

ÁNGEL MARÍA DE LERA

LOS
OLVIDADOS

EDICIÓN DE
ASUNCIÓN CASTRO DÍEZ



Lectulandia

Los olvidados es la primera novela de Ángel María de Lera (1912-1984). En ella traza la biografía social y existencial de un puñado de personajes marginales, emigrantes del campo andaluz que sobreviven en los suburbios madrileños en los difíciles años de la primera posguerra. No hay lugar para la esperanza en esta visión fatalista y determinista del ser humano, abocado por naturaleza al sufrimiento, y donde ningún esfuerzo merece la pena.

Lectulandia

Ángel María de Lera

Los olvidados

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2017

Título original: *Los olvidados*

Ángel María de Lera, 1957

Edición, introducción y notas: Asunción Castro Díez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

VIDA Y OBRA

Ángel María de Lera, que por circunstancias de su vida fue un escritor tardío —no publicó su primera novela hasta cumplidos los 45 años—, alcanzó después un éxito popular rápido, fue traducido a numerosos idiomas y hoy es un escritor casi olvidado, como tantos otros, arrumbado en el rincón de la novela realista de posguerra, tras el descrédito del realismo social. Su momento de mayor auge tuvo lugar entre finales de los cincuenta y, sobre todo, en los sesenta y primeros setenta. En los últimos años apenas ha generado menciones y la escasa bibliografía específica existente se escribió casi toda ella en vida del autor. Hoy se hace necesario explicar quién fue Ángel María de Lera y poner su biografía en relación con una época española reciente, pero olvidada, y necesitada de revisión crítica a la luz de la distancia cronológica y la ausencia de escuelas y directrices literarias que marcaron un tiempo, una estética y un prestigio.^[1]

Nace el 7 de mayo de 1912 en Baidés (Guadalajara). Su padre, Ángel Julio de Lera y Buesa, médico rural, aparece en el recuerdo del escritor como hombre de talante liberal y entregado a su trabajo con verdadera vocación en unos tiempos en que la pobreza, la marginación, y la falta de medios y conocimientos hacía heroica la lucha contra enfermedades y epidemias que también se cebaron con la familia. La madre, María Cristina García Delgado, natural de Zamora, era la hija única de Máximo García Gil, Juez de Instrucción, y miembro de una familia antaño aristocrática que malgastó su fortuna bastante antes del nacimiento de Ángel. Los sucesivos destinos del padre determinan los desplazamientos de la familia que, al año de llegar a Baidés, se traslada a Membrilla, en la provincia de Ciudad Real, y después brevemente a Los Cortijos de Arriba de Fuente el Fresno, en la misma provincia. Las vivencias de esta tierra, donde transcurre la infancia de Lera hasta los ocho años, nutrirán después el ambiente de algunas de sus novelas rurales, como *Los clarines del miedo*, *La boda*, o *Tierra para morir*. Van naciendo los hermanos, cuatro niños y cuatro niñas, pero sólo Ángel y tres de sus hermanas llegarán a la edad adulta.

En 1920 la familia se traslada a Lanciego, en la Rioja alavesa, muy próximo a Laguardia, de donde era oriundo el padre, y donde Ángel pasa largas temporadas con su abuelo Hermenegildo, boticario. El clima conservador de Laguardia y el espíritu tradicional de su abuelo influyen al parecer en su vocación religiosa, e ingresa en el Seminario Menor de Vitoria con doce años de edad. Corren los años de la Dictadura de Primo de Rivera, y el joven estudiante percibe aún confusamente los ecos políticos a los que asiste en las tertulias de la rebotica de su abuelo. En el seminario escribe sus primeros versos encendidos, que publica en la revista interna, *Gymnasium*, y una obra

dramática en verso, *La conquista de Granada*, a imitación del teatro patriótico versificado entonces en boga de Villaespesa o Marquina. Pero aún están lejos los condicionantes que le llevarían a convertirse en novelista años después.

La muerte de su padre en enero de 1927, víctima de la epidemia de gripe, causa tremenda conmoción en el joven de 14 años. La familia queda en una situación desvalida, por lo que la madre ha de marcharse a Madrid con sus hijas, a refugiarse en casa de su madre, María Delgado Díez, también viuda. Ángel se queda en Vitoria donde continúa la vida del joven seminarista entre profundas crisis de misticismo y un progresivo escepticismo que le animó a abandonar el seminario definitivamente en 1930, con 18 años.

Para entonces, a su madre, en calidad de viuda de un médico, le habían concedido una administración de loterías en La Línea de la Concepción (Cádiz), y allí se reúne la familia con el sustento ya asegurado. Ángel finaliza el bachillerato y en 1932 inicia la carrera de Derecho como alumno libre en la Universidad de Granada, de la que cursará sólo cuatro años, interrumpidos por el estallido de la Guerra Civil.

La estancia de Ángel María de Lera en Andalucía supone una experiencia cordial y vitalista en contraste con la dureza de su vida anterior en el seminario. Pero sobre todo, esos años coinciden con la definitiva concienciación política del futuro escritor. Son años complejos en una España que se va escindiendo ideológicamente en dos bandos irreconciliables, ante lo que parece difícil permanecer impasible. Tras la salida de España del rey Alfonso XIII y la llegada de la Segunda República, los partidos políticos asumen posiciones cada vez más extremistas y distanciadas. Andalucía, junto con Cataluña, protagoniza uno de los focos anarquistas de mayor relieve. Las lecturas del joven Lera en esos años están constituidas por las novelas de los grandes realistas decimonónicos: Zola, Víctor Hugo, Dostoievsky, Dickens, Galdós, y también de sus contemporáneos de promociones mayores: Baroja, Hoyos y Vinent, Felipe Trigo, Zamacois. Pero su interés literario se compagina también con el político y lee incesantemente ensayos sobre marxismo y anarquismo: a Marx, Bakunin, Kropotkin, Sorel. Se siente más atraído por el anarcosindicalismo que por el marxismo, pero sin ideas del todo claras y sin una filiación concreta. Pese a ello, a partir de 1932 comienza a publicar artículos combatientes en la prensa anarquista, como en la revista *Estudios de Valencia*. Continuará bajo el pseudónimo de «Ángel de Samaniego» en *La Tierra*, durante su servicio militar en el Cuartel de Zapadores Minadores de Campamento, en Madrid.^[2]

Su definitiva adscripción política tendrá lugar cuando, ya licenciado del ejército y de regreso en La Línea de la Concepción, conozca en junio de 1935 a Ángel Pestaña, quien acababa de fundar el Partido Sindicalista y llegaba para difundir su programa. Lera sintoniza de inmediato con su ideario y, como Secretario, comienza la organización del partido en Andalucía. En las elecciones de febrero de 1936 obtuvo la única acta de diputado del partido, escaño que le sería cedido al propio Ángel Pestaña, porque no había logrado ocupar ninguna candidatura en Zaragoza.

El activismo político, su carrera de Derecho, y hasta sus relaciones amorosas con una «novia formal» de familia burguesa quedan en suspenso tras el estallido de la Guerra Civil. Lera huye a Gibraltar e inicia una serie de penalidades que marcaron inequívocamente su vida y su vocación literaria con el signo del destino fatídico, el dolor y la soledad, motivos que afloran insistentemente en su obra y en sus recuerdos. Lera es nombrado Comisario de Guerra, y acude al frente para inflamar los ánimos, en Madrid, en el frente Norte, en la batalla del Ebro. Su guía político, Ángel Pestaña, muere en diciembre del 37 y el joven Lera asiste al derrumbamiento progresivo de la España republicana en medio de divisiones y desorientación general. A los pocos días de entrar las tropas franquistas en Madrid, donde Lera se esconde, es detenido y en un juicio rápido es condenado a pena de muerte. El estupor y el horror del joven Lera, víctima de la más dura represión en los primeros meses tras el fin de la guerra no conoce límites. Las «sacas» para el fusilamiento se suceden a diario entre los presos hacinados, y durante mes y medio Lera espera oír su nombre, cuando sorpresivamente su pena es conmutada por la de treinta años de prisión. Permanece la mayor parte de su encierro en el penal de Ocaña en condiciones durísimas, hasta que en 1944 se le concede la libertad provisional. Pero aún habrá de regresar a presidio en enero de 1946, esta vez a Carabanchel, porque anulado el consejo de guerra que lo condenó, ha de volver a ser juzgado. El despropósito terminará cuando tras un nuevo juicio en Zaragoza, en diciembre de 1947, sea condenado a 21 años de cárcel y seguidamente indultado.

Lera tiene 35 años cuando comienza por segunda vez su vida. En Madrid se reúne con su familia, que carece de recursos, y comienza a buscar trabajo. Antes, durante su libertad provisional, había trabajado de listero en la construcción, y había escrito fascículos mercantiles para una academia de contabilidad por correspondencia. Ahora se va a emplear también en lo que salga, y un matrimonio lo contrata para un trabajo tan peculiar como escribir obritas de teatro que colman los anhelos literarios de la mujer; más tarde, con el marido reparte y distribuye gaseosas por quioscos y tabernas. Finalmente Manuel Vega Sierra, como él represaliado político, y a quien le unirá una relación progresivamente amistosa, le ofrece un puesto de contable en una fábrica de licores situada en el barrio de Las Carolinas, de Villaverde, en Madrid. Allí, en el chabolismo que crece en torno suyo, procedente sobre todo de la emigración andaluza, encontrará la inspiración de su primera novela, *Los olvidados*. En el empleo de contable permanecerá hasta 1963, cuando encuentre ya suficiente seguridad en su profesión de escritor como para prescindir del único sueldo que, pese a lo escueto, durante muchos años le dio cierta seguridad.

En 1949 Lera conoce a María Luisa de Menés, doce años más joven que él, y en 1950 se casan. Son años aún de miseria en España, y las biografías de Lera hacen continua referencia a las penurias económicas del matrimonio. Nacen dos hijos, Ángel Carlos en 1951 y Adelaida en 1958.

Con la normalidad llega el sosiego para la escritura. Lera siente la necesidad de

contar los fantasmas de la tragedia que ha vivido, de hecho vincula directamente la vivencia del dolor y la soledad con la urgencia de la escritura. Pero además de la conciencia del dolor, en su vocación de novelista le ayuda también mucho su amigo Antonio Vich,^[3] hombre culto, médico de formación, aunque dedicado profesionalmente a escribir guiones cinematográficos, y dueño de una nutrida biblioteca que pone a disposición de Lera. Vich lee sus primeros manuscritos y le aconseja y guía. Hacia 1955 Lera había comenzado a redactar *Los olvidados*, que aparece en 1957 en la editorial Aguilar, en un volumen conjunto de jóvenes escritores noveles que pasa desapercibido.^[4] También por entonces Lera comienza a escribir una novela sobre su vivencia de la guerra, pero Vich le hace desistir de publicarla; no es el momento en una España oficial que sigue dictando consignas triunfalistas, ni tampoco Lera tiene la suficiente madurez literaria ni distancia emocional como para tratar un tema que le duele aún tan de cerca. Escribe entonces lo que será su primer gran éxito como escritor, *Los clarines del miedo*, una crónica condensadísima de la tragedia en una plaza de toros de pueblo, que fue finalista del premio Nadal en 1956. La novela fue publicada por Destino en 1958, proclamada por Eugenio de Nora obra maestra, traducida de inmediato en numerosos países —Francia, Canadá, Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Alemania...—, alabada por Orson Welles como la mejor novela escrita sobre el toreo. A partir de entonces el resto de su producción narrativa se sucede a un ritmo imparable. Lera escribe rápido, prácticamente una novela cada año, y a *Los clarines del miedo* le sigue *La boda* (1959), drama rural que recoge la asfixiante atmósfera de los pueblos del interior, cerriles y apegados a unas costumbres bárbaras. *Bochorno* (1960) y *Trampa* (1962) cambian el campo por la ciudad para trazar en la primera el retrato crítico de una sociedad inmoral y llena de prejuicios que es la de posguerra, y en la segunda una estampa de la burguesía madrileña menos lograda que las anteriores por cierta tendencia al esquematismo tópico.

Y junto con las novelas, avanza también su labor como periodista. Su amistad con Torcuato Luca de Tena le lleva a colaborar frecuentemente en *ABC* con artículos en prensa, reportajes de encargo, y durante un tiempo, en 1965, dirige la sección del «Mirador literario», suplemento semanal literario que se publicaba los jueves.

No hay que olvidar tampoco la ocasional labor de Lera como guionista cinematográfico, tarea en la que se estrenó con el guión de *Los clarines del miedo*, escrito a la vez que la novela y en colaboración con su amigo Antonio Vich. La película sería realizada en 1958 por Antonio Román, con Francisco Rabal como protagonista. Sin duda que la adaptación cinematográfica de algunas de sus novelas contribuiría a la popularización de las mismas. En 1964, y tras largas vicisitudes, Lucas Demare llevará al cine su novela *La boda*, en una producción hispano-argentina de resultados poco notables. En 1962 Manuel Tamayo y Juan de Orduña llevan a cabo una adaptación cinematográfica de *Bochorno*, dirigida por Juan de Orduña. Otros proyectos de adaptación cinematográfica quedarían sin realizarse,

como *Hemos perdido el sol*, guión de 1963 conservado en la Biblioteca Nacional. Lera colaborará en otros proyectos ya al margen de sus novelas,^[5] como en la escritura del guión, junto a Pedro Olea, Ricardo López Aranda y José Trade de *Tormento*, de 1974, dirigida por Pedro Olea.

Lera comienza a ser un escritor conocido y su economía se va asentando. Las novelas aparecen ultimadas siempre durante sus veraneos en la costa mediterránea, y sobre todo en Águilas (Murcia), donde el escritor recala con su familia todos los veranos a partir de 1963. En Águilas, donde tiene dedicada una calle, y a donde poco antes de morir donó su biblioteca, Lera ejerce cierta actividad cultural, sobre todo como promotor del premio Águilas de novela, patrocinado por el Ayuntamiento local, y que alcanzó una dotación económica relevante en la época. Viaja en junio de 1962 a Alemania, donde su obra ya es conocida, primero invitado por el gobierno alemán, por mediación de un periodista que lo entrevista en España. En febrero de 1963 regresa de nuevo, esta vez como enviado especial de ABC para escribir unas crónicas sobre los inmigrantes españoles que después aparecerían en formato de libro (*Con la maleta al hombro*) y que inspirarían sus novelas *Hemos perdido el sol* (1963) y *Tierra para morir* (1964). La primera toma el argumento de las vivencias de los jóvenes emigrantes en Alemania, su nostalgia y dificultades de adaptación a un país y lengua extraños, mientras la segunda contempla la emigración desde la perspectiva de los que se quedan, de los pueblos abandonados que languidecen sin juventud, ni futuro, ni esperanza. *Tierra para morir* recibió los premios Álvarez Quintero y Pérez Galdós.

Pero su definitivo lanzamiento popular llegó con la concesión del premio Planeta en 1967 por *Las últimas banderas*, la novela tantas veces pospuesta donde vuelca su dolorido recuerdo de la Guerra Civil. La intolerancia del totalitarismo, junto con la necesidad de propaganda para la causa, habían favorecido que escritores afines al franquismo, como Rafael García Serrano, José Luis Castillo Puche, Torcuato Luca de Tena, o Emilio Romero, entre otros, publicasen novelas donde se exaltaba la cruzada de los vencedores.^[6] En cambio la perspectiva de los perdedores, convenientemente publicitada por Planeta, resulta inédita^[7] y exitosa, además de humanamente sincera y emocionada. El éxito le lleva a Lera a retomar el mismo asunto hasta componer un ciclo autobiográfico sobre la Guerra Civil que bajo el título de «Los años de la ira» se continuó con *Los que perdimos* (1974), *La noche sin riberas* (1976) y *Oscuro amanecer* (1977). La miseria física y moral de la posguerra dará lugar también a la novela *Se vende un hombre* (1973), que recibió los premios Fastenrath de la Real Academia y el Ateneo de Sevilla.

Tres novelas completan el total de la producción narrativa de Lera: *El hombre que volvió del paraíso* (1979), *Secuestro en Puerta de Hierro* (1982) y *Con ellos llegó la paz* (1984). Estas tres últimas se distinguen del resto del corpus ficcional del escritor, que presenta una fisonomía común en cuanto documento testimonial de una época, la guerra y posguerra españolas, y de un ambiente social y moral. En las tres últimas ensaya Lera otros asuntos más imaginativos y variados, como la parodia del paraíso

prometido en *El hombre que volvió del paraíso*, la aproximación al género negro y los subterráneos de la nueva sociedad capitalista en *Secuestro en Puerta de Hierro*, o en *Con ellos llegó la paz* la normalización de la vida española que protagonizan las nuevas generaciones españolas, para quienes las viejas actitudes autoritarias no son mucho más que un resto pintoresco y exótico. Parece que Lera opta por explorar otras alternativas narrativas en un tiempo, finales de los setenta y primeros ochenta, en que el auge del experimentalismo en narrativa, la influencia de una literatura renovadora y cosmopolita, además del descrédito del realismo social, había hecho viejas sus novelas anteriores, y se imponía una puesta al día. Sin embargo, y pese a la madurez del discurso narrativo y el atractivo de algunos asuntos planteados, Lera no encuentra en estos últimos títulos el dominio del mundo narrativo que sí tenía en el resto de sus novelas sobre la guerra y posguerra españolas.

Por último, su obra se completa con otros títulos de ensayos y reportajes periodísticos. No voy a hacer referencia a toda la obra ensayística firmada por Ángel María de Leía y que en ocasiones responde a encargos de diversa índole, habituales en un hombre que vive de su profesión de escribir, sino a la que adquirió mayor relevancia, también en relación con su obra narrativa. Ya se ha hecho alusión al viaje por Alemania que dio lugar a la serie de reportajes sobre la emigración española reunidos en *Con la maleta al hombro*. Similar fue la circunstancia de publicación de otra serie de reportajes escritos en su mayoría en el verano de 1965, cuando Lera recorre los rincones más olvidados de las regiones españolas para conocer de cerca la vida de los médicos rurales. Los reportajes aparecieron inicialmente en la revista *Tribuna Médica* y lograron un notable éxito, lo que llevó al autor a reunirlos en un libro, *Por los caminos de la medicina rural*, que publicó primero a sus expensas, en 1966, y después, tras una puesta al día, reapareció en Plaza & Janés en 1970. Los médicos adquieren más de una vez protagonismo en sus novelas, siempre desde una vocación altruista y en cierto modo heroica; en *Los olvidados*, *Los clarines del miedo*, *Tierra para morir*.^[8] Otro recorrido, esta vez por los manicomios españoles, dio lugar a *Mi viaje alrededor de la locura* (1972). Otros asuntos obsesionaron a Lera siempre, como hombre y como escritor: el fanatismo, la violencia, la intolerancia, a lo que el escritor contraponía una visión humanista y cordial con la condición del ser humano. Esta convicción, que aflora implícitamente en los argumentos de sus novelas, dio lugar también a numerosos artículos de asuntos varios, algunos reunidos en *Los fanáticos* (1969), además de otros ensayos y reportajes, como *Diálogos sobre la violencia* (1974) y *Carta abierta a un fanático* (1975).

Con la muerte de Franco y la reinstauración del sistema democrático en España, Lera sale definitivamente del silencio y recupera públicamente la fidelidad a unas ideas, ya matizadas por el paso del tiempo y la nueva coyuntura histórica. En las primeras elecciones democráticas, en junio de 1977, se presenta como candidato en Almería en las listas de la Alianza Socialista Democrática, aunque no consigue escaño. Su biografía se conoce ya completa en las solapas de sus novelas y en las

alusiones a su persona, cuando durante años el capítulo de su ideología y encarcelamiento fueron silenciados. Publica entonces Ángel Pestaña. *Retrato de un anarquista* (1978) y *La masonería que vuelve* (1980), un ensayo divulgativo cuya publicación sólo es concebible tras la muerte de Franco.

Después del éxito internacional de *Los clarines del miedo*, sus novelas continuaron siendo traducidas a numerosos idiomas —en Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia, Suecia, Finlandia, Rusia, Alemania, Hungría...—, lo que es un dato más que significativo de su arraigo entre un público lector muy amplio, máxime en unos años en que el mercado editorial español no tenía la proyección internacional que otras coyunturas políticas y económicas posteriores posibilitaron. Este éxito parece haber calado sobre todo en Estados Unidos, donde en 1969 el escritor hizo un recorrido dictando conferencias en diversas universidades americanas. Entonces prende también el interés académico, como pone de manifiesto la realización de tesis doctorales americanas sobre su obra,^[9] en unos años en que la universidad española aún no se había planteado entre sus objetivos el estudio de la literatura contemporánea. De hecho, en España, el éxito popular y comercial de Lera no le supuso renombre intelectual y en parte por lo mismo, su obra no ha tenido una respuesta significativa en el ámbito académico. Los estudios publicados en España durante la vida del escritor son en todos los casos biografías, aunque alguno se complete con juicios sobre su obra, pero en ningún caso se trata de estudios académicos equiparables a los americanos. Y americana es también la única edición crítica existente hasta ahora sobre una novela suya, *Los clarines del miedo*.^[10] Las historias de la literatura española de posguerra sí recogen someras reseñas de su obra, más extensas cuando se trata de historias de literatura social, y en los últimos años contados artículos han abordado algún aspecto de su producción, con especial reincidencia sobre su novela más famosa, *Las últimas banderas*. En todo caso, la bibliografía generada por su obra literaria no deja de ser escasa.

Aparte de la escritura, su actividad pública más relevante en los últimos años está relacionada con la defensa de los derechos del escritor. En 1971 creó con otros escritores la Mutualidad de Escritores de Libros, asociación de la que fue nombrado presidente. En 1977 creó la fundación de la Asociación Colegial de Escritores de España que también presidió. Una de sus obsesiones era conseguir una seguridad social para los escritores, evitar la lastimosa situación de quienes algún día autores prestigiosos, envejecían después sin medio alguno. No podemos dejar de poner en relación este esfuerzo generoso con una condición de su carácter que aflora continuamente en sus biografías: su calidad humana, su afán de ser considerado, por encima de todo lo demás, un hombre recto, íntegro y solidario, comprometido siempre con los más humildes, y fiel a sus ideas: «Mi única preocupación es que el día de mañana mis hijos puedan oír: “Lera fue un hombre íntegro y honrado, fiel a sí mismo y a los suyos hasta la muerte”. Con esto me conformo».^[11]

Ángel María de Lera murió el 23 de julio de 1984, con 72 años, a causa de una

metástasis ósea. Toda la prensa nacional recogió la noticia y trazó semblanzas de su vida y obra. Hoy, de su recuerdo, queda su nombre en una calle de Guadalajara y otra de Águilas, un premio literario de cuentos que bajo su nombre creó en 1990 el Ayuntamiento de La Línea de la Concepción y un grupo bastante nutrido de novelas que, pese a su éxito, han sufrido el olvido que su ligazón a una época, la posguerra española, y a una estética, el realismo social, han determinado en las últimas décadas. [12]

ÉTICA Y POÉTICA

Las circunstancias de la guerra civil española trastocaron el fluir natural de todo, también del momento y modo de manifestarse literariamente los escritores. Para comprender la obra de Lera hay que comenzar por imaginarse las circunstancias que marcaron su vida, recién salido de la cárcel tras una condena a muerte permutada, y comenzando a buscar oficios con los que sobrevivir. La represión sufrida, la obligada anulación ideológica, la condena al silencio en una España opresora, de castigos, miedos y prohibiciones exigen, en un temperamento inquieto como el de Lera, una válvula de escape. Y esa vía la va a encontrar, cuando la vida comience a normalizarse, en la escritura de novelas. De un modo tácito, Lera vincula su escritura directamente con el sufrimiento; entrevistas, biografías, semblanzas del escritor repiten esta misma convicción de Lera, la de que para ser escritor es necesario haber sufrido. O de otro modo, en ese sufrimiento se encuentra la urgencia de contar, de pergeñar historias nutridas de sus vivencias que, una vez encauzadas, se suceden vertiginosas, en novelas escritas con rapidez porque ya las siguientes requieren la atención del escritor.

Esto nos lleva a dos consideraciones. De un lado la constatación para Lera del sentido trágico de la existencia como dolor y sufrimiento. La persistencia del tema de la muerte en sus novelas, de la vida como dolor, la lucha constante de los personajes por sobreponerse y, sin embargo, la inutilidad de la lucha del hombre contra su destino, son algunas constantes de sus novelas que brotan del fondo dramático del autor. Así lo explicaba él mismo:

Tengo un concepto épico de la novela. Para mí, la vida del hombre es eminentemente trágica, luchando contra el imposible, contra su destino. Esto es lo que me interesa novelar: seguir al hombre y a su camino de sufrimiento, ya que es el único ser en el mundo que sabe que tiene que luchar y no hay solución en la existencia, que sabe que tiene que morir y lucha como si viviera en la eternidad. [13]

El hombre se convierte así en centro del universo narrativo de Lera. No hay redención alguna para esta consideración trágica de la existencia humana. Superado el misticismo conventual de la adolescencia, Lera no volverá a encontrar en la religión la respuesta a las preguntas del ser humano. Sus novelas aparecen pobladas de personajes con una carga de vida a sus espaldas que sostienen con una convicción

determinista: don Antonio en *Los olvidados*, Aceituno en *Los clarines del miedo*, Luciano en *La boda*, los perdedores en *Las últimas banderas*, etc., seres que han conocido el sufrimiento o el fracaso y han aflorado a la vida con una perspectiva exacta de su condición. Enlaza Lera en este sentido, aunque desde su experiencia personal, con la filosofía y literatura existenciales, y cercanamente con el 98.

La segunda consideración atañe a su concepción de la novela. Y es que en principio su escritura no surge de una exigencia estética, sino de una necesidad vital. La guerra y sus consecuencias determinan su condición de escritor tardío y le roban años de vida. Pero al tiempo, y paradójicamente, esas mismas circunstancias le sirven de motor, de acicate hacia la novela, género en el que encontró el cauce adecuado de expresión.^[14] Es un escritor que escribe impulsado, urgido por el asunto, nunca por el estilo. Se da una vinculación exacta entre literatura y vida, la novela surge para dejar testimonio de lo vivido. Cabe preguntarse si la vocación literaria de Lera se habría consolidado de no haber mediado la vivencia dolorosísima de la guerra. Antonio R. de las Heras interpretaba así la relación del escritor con la novela:

Lera no es nada cerebral, es sólo un novelista apasionado que lucha por contener y administrar un torrente interior de comunicación y creación. Tras cualquiera de sus novelas no hay una tesis a desarrollar, hay un impulso. Su narración no es una experimentación de formas ni una mesurada y racional exposición, es un arrebató.^[15]

Pero para hablar de su concepción de la novela, antes hay que hacer siquiera una breve referencia al contexto literario español de aquellos años. Aunque por edad pertenece a la primera promoción de posguerra, Ángel María de Lera hace su aparición literaria con «los del 50». Para entonces, los jóvenes narradores del 36 ya habían convertido el género novelesco en el dominante en la literatura de la primera posguerra. Tras el prestigio de la poesía pura en los años veinte, el compromiso con la realidad había comenzado a cambiar los rumbos de la literatura en general y de la narrativa en particular ya en los años de preguerra con la novela social de Ramón Sender, Carranque de Ríos, César Arconada, entre otros, y los jóvenes continúan esta tendencia situándose con preferencia en el realismo. Para entonces se había producido también una revalorización de los hombres del 98, con interés en su juventud regeneracionista y la expresión de su problemática existencial.^[16]

Cuando Lera comienza la escritura de sus novelas ya hay una tradición literaria previa constituida no sólo por la obra de generaciones anteriores, sino por la de sus más precoces compañeros: Cela, Delibes, Torrente Ballester, Ignacio Agustí, José María Gironella, etc. Es sabido que tras la guerra civil, una de las modalidades narrativas que predomina es la de la novela testimonial, resultado de la experiencia personal del escritor en la guerra o en la posguerra, y que dicha experiencia se vierte predominantemente en un molde de realismo tradicional. Además, el éxito de *La familia de Pascual Duarte* de Cela y de *Nada*, de Carmen Laforet, había supuesto desde fecha muy temprana la tendencia a ofrecer un panorama desolador de la

existencia, contrario a la exaltación sin fisuras de la patria que la narrativa militante del nuevo Régimen proponía y aún vigilaba como obligatorio cumplimiento en los primeros años tras el conflicto. Estamos hablando de novelas que, curiosamente, frente a la propaganda oficial, ponen en evidencia los contravalores de la sociedad y cuya referencia literaria puede hallarse en una tradición extensa que va desde la novela picaresca para la obra de Cela, pasando por la tradición decimonónica, la novela del 98 y la novela social de preguerra. De este modo, los escritores que comienzan su labor literaria ya avanzada la posguerra tienen mayor seguridad de inserción en una tradición realista y comprometida que ya ha mostrado su rendimiento. Desde este contexto, Lera va a denunciar en sus novelas la miseria e indignidad del ser humano en la sociedad de posguerra adaptándose a las posibilidades que una época de férrea censura imponía.

Los escritores del 36 se refugiaron en su mayoría en una novela que recupera el modelo tradicional galdosiano —caso de Ignacio Agustí, Ramón Ledesma Miranda—, con el que en principio Lera parece sentirse cómodo. En su vocación de escritor entronca con la novela existencial de la posguerra, en cuanto a la concepción escéptica y desolada de la condición humana. Este molde narrativo le permitía desvincularse más de otras preocupaciones estéticas que no le interesaban, para poner el énfasis en el contenido, en la peripecia de los personajes.

Este planteamiento llevado a su extremo constituye precisamente el mayor defecto de la narrativa de Lera. Al poner la novela al servicio de un testimonio, al venir el argumento urgido por la necesidad de la denuncia y la catarsis del lector, Lera a menudo apela a lo melodramático. Narrador intuitivo, concededor de los entresijos del alma humana, hábil a la hora de crear personajes y situaciones, sin embargo confía el desarrollo de éstas en exceso a lo emocional, sobre todo en sus primeras novelas. Quizá por eso mismo Lera se convirtió en un escritor popular de enorme éxito, capaz de llegar a todos los lectores, también los menos exigentes, porque conmovía sus fibras más sensibles. Así sintetizaba Sanz Villanueva las causas de su popularidad:

Tal éxito en un país de tan escasa afición a la lectura se debe a una afortunada mezcla de factores: un realismo tradicional puesto al servicio de historias con fuerte carga dramática y emotiva y desarrolladas en unas ágiles construcciones novelescas. Desde un punto de vista artístico, sin embargo, la de Lera no es una literatura muy exigente: el estilo a veces es premioso y casi siempre descuidado; utiliza elementos folletinescos que le aproximan a un neto populismo.^[17]

Hay que tener en cuenta que existía en España un público muy amplio consumidor de novela popular, de entretenimiento y evasión, un género que continuó cultivándose y traducándose con éxito en la posguerra, con el beneplácito además de quienes velaban por la ortodoxia ideológica que mantenía el sistema. Desde su desarrollo en el siglo XIX había subsistido un paradigma popular, a veces con cauces fluyentes hacia la literatura culta, adaptable a cualquier circunstancia, y fácilmente a la

exaltación de valores patrióticos en la guerra, o del sufrimiento en el caso de Lera. Sus características básicas son conocidas: trama anecdótica, apelación a los sentimientos, personajes definidos según parámetros prototípicos, antagonismos claros y *fatum* inapelable. Más de uno de estos factores combinará Lera, especialmente en sus primeras novelas.

Pero pese a ser nuestro autor un escritor que se encuentra cómodo en los cauces tradicionales de la novela, tampoco pudo ni quiso permanecer ajeno a las renovaciones técnicas que trajo consigo la evolución de la narrativa española, dentro de los moldes realistas, algunas de las cuales, las que mejor se acomodaban a su temperamento como escritor, acogió con entusiasmo y practicó. La generación de los 50 trajo consigo el prestigio de la novela social, objetiva y de denuncia. Los escritores españoles recibieron el influjo del neorrealismo italiano en cine y novela, de los narradores norteamericanos como Hemingway o John Dos Passos. Lera coincide con los escritores de la generación de los 50 en el interés por denunciar las lacras del país poniendo el énfasis en la representación social de los más desfavorecidos, con una evidente tendenciosidad en que la obra se pone al servicio de la denuncia. La novela aparece como medio idóneo de comunicación y acción sobre la sociedad, lo social mismo adquiere categoría artística por encima de las veleidades del estilo y lo ficcional se rige muy directamente por lo real. También adopta algunos de los mecanismos habituales de la novela objetivista, como la abundancia de diálogo y la captación del lenguaje popular, hablado, el protagonismo concedido a la colectividad (aunque sin desaparecer del todo los protagonistas individuales), así como la concentración espacio-temporal. Pese a estas coincidencias, especialmente significativas en sus primeras novelas, Lera va por libre, sin consignas ni escuelas, al margen del grupo que por entonces lideraba Castellet en torno a la editorial Seix Barral. Y cuando los escritores del 36 o del 50 abordan la modernización de la novela que culminaría en el experimentalismo, Lera se mantiene dentro de los cauces realistas.

Con todos estos componentes e influencias, Lera concibe desde el principio con seguridad su propio modelo narrativo que ha explicitado, no sólo con su práctica literaria, también en reflexiones habituales al hilo de entrevistas. Un modelo muy condicionado, como no podía ser de otro modo, por la España que vivió; más aún, la narrativa de Lera no se entiende desligada del marco español de su época. Él mismo se definió como «un novelista de tendencia española»,^[18] noción que, además de lo dicho sobre su intención testimonial, debe ponerse en relación con un concepto casi racial de lo hispano que atañe sobre todo a cierta tipificación de los protagonistas masculinos y femeninos. Iglesias Laguna, en su *Historia de la literatura*, situó a Lera en la tradición de los escritores realistas herederos del 98 que buscan la esencia de lo hispánico, expresan el sentir de la raza y la angustia común de la patria.

Cuando en 1966 Luis Escolar prepara una introducción para la colección de *Novelas* de Lera que van a aparecer en la editorial Aguilar, el crítico cifra el prestigio

de sus obras fundamentalmente en que constituyen «una escueta exposición de hechos sociales que hacen de su testimonio literario un documento fiel». Y añade: «En adelante no se podrá prescindir de sus obras cuando se quiera reconstruir el ambiente y las costumbres de la época en que se desarrollan sus novelas».^[19] Esto es, cifra la calidad literaria en su parecido fiel con la realidad de la que pretende ser documento, un criterio que el paso de los años y la evolución de la narrativa a lo largo del siglo XX terminarían por desdeñar, pero que en aquellos años constituía un valor relevante. La literatura se nutre de la vida. En este sentido, Lera se siente heredero de una tradición realista española que tiene sus maestros sobre todo en Galdós y Baroja. No considera entre sus influencias a los neorrealistas italianos que tanto influyeron en la narrativa española de posguerra, pero sí a los narradores norteamericanos (sobre todo Hemingway), quienes a su juicio aportaron claridad y concisión al relato:

Considero que la influencia de la literatura norteamericana ha sido beneficiosa, al descargar a la novela de barroquismos, discursivismos y retórica, podándola además de simbolismos, en beneficio de la narración en sí. La ha humanizado, en una palabra. Y ésta es la base de la novela.^[20]

Todo lo que no sea la narración escueta de las vivencias de unos personajes le parece a Lera secundario. Para él la novela es sobre todo anécdota, con un planteamiento, un nudo y un desenlace. Ya se ha señalado, y bueno es volver a recordarlo, que Lera escribe por una necesidad vital y que el ser humano se constituye en centro de su mundo narrativo. De ahí la preponderancia concedida a los personajes y, supeditado a ellos, todo lo demás:

Para mí, la técnica cuenta mucho menos que el personaje. Es éste quien me inspira y me dicta el relato. No suelo tener más preocupación técnica que la claridad, la sencillez y prescindir de todo aquello que pueda suponer una adiposidad innecesaria, por muy bella que pueda aparecer a primera vista. Prescindo de todo lo que no está en función del relato y procuro que éste sea directo, a ritmo creciente, y que, a través de él, los personajes se nos descubran y nos digan lo que llevan dentro. Para ello, ningún método mejor que el diálogo, siempre que sea sincero, diferenciado y propio.^[21]

He aquí sintetizada la poética de Ángel María de Lera.

Lo vital domina su novela por encima de todo planteamiento intelectual o estético. En los inicios de su vocación de novelista esto no sólo iba ligado a la urgencia de expresar su visión de la existencia, también estaba condicionado por el miedo a la pobreza, a la penuria económica. A fin de cuentas Lera estaba buscando también en la escritura de novelas un modo digno de ganarse la vida. Y así le confesaba a su biógrafo, Antonio R. de las Heras, que este miedo del que ha conocido la pobreza le lleva a escribir lo que tiene entre manos con una ansiosa precipitación. Ello conlleva cierto desaliño en el estilo no sólo achacable a la urgencia primera de dar a conocer su obra, puesto que con el tiempo, y ya asentado su reconocimiento como escritor, el descuido estilístico se convierte en una convicción estética. Así lo demuestran los repetidos juicios de Lera en los que éste se manifiesta abiertamente

opuesto y aún receloso de todas las veleidades del estilo: «... cuando la intención del autor no sale fluida, se cae en el retorcimiento, en la reiteración, en el efectismo. Tras el barroquismo se esconde muchas veces la incapacidad».^[22] O, interpretado en palabras de su biógrafo:

Lera no está conforme con la literatura del absurdo, porque no es cuestión de que, encima de estar el hombre en esta trágica situación, el escritor caiga en el masoquismo y el sadismo de resaltar, para más dolor y estupefacción todavía, el absurdo de la vida. Ni tampoco tire al otro extremo y darnos una literatura de evasión y fantasía, creándonos un mundo artificial, falso, por tanto.^[23]

En definitiva, Lera, como no podía ser de otro modo dados los condicionantes personales y circunstanciales de los que partió, encontró en el realismo el cauce más adecuado para expresar su visión del hombre. Nada hay que objetar a esta consciente elección de modelo literario, pero sí cabe una reflexión sobre las consecuencias de su particular consideración de lo que ha de ser la obra literaria. Esta acérrima defensa de una novela sujeta a la realidad más inmediata, esta vocación de hacer una novela de y para su tiempo, junto con la ausencia de voluntad estética en un escritor popular quitan vuelo a su producción narrativa, la convierten en un producto perecedero, sujeto precisamente a su validez como documentación de una época. Desde luego que lo salva el vigor de su narración, la raigambre existencial de muchos de sus personajes, además de la excelencia de los trazos sociales en las novelas y, desde luego, el interés de unas peripecias y conflictos humanos que sostienen siempre el interés del lector.

Veamos sintetizados con cierto detalle algunos rasgos sobresalientes de su narrativa. Acostumbra Lera emplear títulos escuetos y sintéticos para sus novelas, que anticipan el sentido de las mismas. Lera parte de un tema —el chabolismo, el toreo, la emigración, la guerra— y a partir de sus propias vivencias configura un argumento. En su novela *Se vende un hombre*, un personaje novelista justifica la inspiración de sus obras en una especie de sustrato vivencial que fácilmente es adscribible al propio Lera:

Le expliqué que el novelista es como un papel secante. Absorbe todo lo que ve, oye, huele, siente e, incluso, lee o imagina. Todo ello va a pasar al fondo de su memoria, que es como un desván. Allí se remansa y se sedimenta y yace olvidado hasta que, en cualquier momento, una corriente de aire del exterior abre sus puertas y remueve su contenido. Entonces, algunas de esas remembranzas se convierten en imágenes luminosas, en impresiones vivas o en ideas radiantes que, luego, el novelista reproduce en sus obras, sin saber casi nunca de dónde provienen.^[24]

Una vez concebida, la novela se desarrolla al dictado de la peripecia. Presenta habitualmente un inicio inmediato, que sumerge al lector de golpe en el mundo narrativo, *in medias res*. El desarrollo de los acontecimientos está rigurosamente sujeto a un esquema esencial: prolegómenos de la acción, desarrollo de la misma que determina un progresivo aumento de la tensión emocional, y culminación en un desenlace siempre conclusivo y cerrado. A este respecto es significativo comprobar

que un número relevante de sus novelas termina en muerte: en *Los olvidados*, *Los clarines del miedo*, *La boda*, *Trampa*.

Predomina la narración lineal y en tiempo presente, aunque con algunas singularidades, como la simultaneidad temporal en *Los clarines del miedo* y, sobre todo, la habitual inserción de analepsis que ponen al lector en antecedentes sobre los personajes, y que suelen aparecer en fragmentos separados del principal recurriendo a grafías diferenciadas. Esta peculiar forma de incorporar el pasado, pero al margen del discurso narrativo principal, con lo que éste se ve interrumpido, va a ser frecuente a lo largo de su producción novelesca, en *Los olvidados*, *La boda*, *Las últimas banderas*, *Se vende un hombre*, *Los que perdimos*.

A excepción de las tres últimas novelas, donde ensaya técnicas y temas nuevos, el resto de su producción novelesca encaja en un modelo que se repite prácticamente sin variantes, a excepción de las modulaciones diferenciales que cada argumento concreto exige. Aunque en *Los olvidados* aún va a predominar una factura clásica, en el resto la tercera persona narrativa tradicional tiende a perder su omnisciencia sustituida por el predominio del diálogo, vehículo narrativo esencial, a la vez que ensayo de captación excelente del habla popular e identificación de los personajes. Junto con los diálogos, Lera recurre ocasionalmente a intercalar monólogos interiores en *Los clarines del miedo*, *Los que perdimos*, o *Secuestro en Puerta de Hierro*. En la voz de tercera persona recae la captación del ambiente colectivo, tarea en la que destacan las páginas más brillantes de Lera, y se manifiesta con cierta frecuencia para enjuiciar, aunque otras muchas veces prefiere dejar tal labor en boca de los personajes, a la vez protagonistas e intérpretes críticos de su propio mundo. No obstante su aparente ausencia, la voz de tercera persona conduce los hilos de la trama y no podemos hablar de objetivismo, pese a que Lera utilice en parte las técnicas que esta modalidad narrativa puso de moda en España en los años cincuenta. También en sintonía con esta renovación técnica, predomina en sus novelas la concentración espacio-temporal, especialmente relevante en sus primeros dramas rurales, donde contribuye a intensificar el ambiente de tragedia que se va desarrollando inexorablemente, en un proceso que parece inevitable hasta desembocar en el desenlace tremendo. *Los clarines del miedo* o *La boda* recrean el ambiente colectivo de un pueblo del interior en apenas unas horas, un día, en que se pone de relieve con rápida y concentrada pincelada el atraso secular y el carácter bronco y brutal de unas gentes primitivas que encierran en su atmósfera viciada el germen de una y mil tragedias. El resto de las novelas desligan su unidad de sentido e intensidad de esta limitación temporal, pero tampoco abarcarán periodos dilatados de tiempo. Lera prefiere ajustar sus novelas a un asunto concreto, unos personajes, un espacio que puede ser el del chabolismo, la burguesía, las calles del Madrid de guerra y posguerra, etc., y un tiempo de transcurso que puede ir desde unos días a unos meses. Esta concentración le permite trabajar la realidad narrativa en profundidad, en pequeños cuadros sucesivos de los que extrae todo el potencial de verdad humana,

intensidad de sentimientos y denuncia social y ética que el planteamiento da de sí.

Cuando en sus tres últimas novelas cambia de asunto y trata de abarcar argumentos más complejos pierde la intensidad y unidad de sus otras novelas y la desenvoltura del discurso narrativo que se vuelve a ratos farragoso. Ya en *Se vende un hombre* había ensayado Lera el cambio de técnica al recurrir a la primera persona narrativa y limitar notablemente el uso de los diálogos, si bien en esta ocasión el tema seguía centrado en la posguerra española que ha inspirado más fecundamente al escritor. A partir de *El hombre que volvió del paraíso*, desaparece el predominio de lo colectivo y con ello de los diálogos, la sociedad de posguerra es sustituida por la nueva capitalista y moderna cuyas contradicciones y lacras trata de poner en evidencia el desarrollo argumental, y predomina la voz narrativa —de primera o de tercera persona— en largos discursos en los que Lera no alcanza la ligereza de las voces dialogadas. No consiguió el escritor superar la motivación primera y última de su narrativa: el dolorido existir de las gentes de la España de guerra y posguerra.

Como ya se advirtió antes, las novelas giran en torno a una serie de temas recurrentes: la soledad, el sufrimiento, el sinsentido de la vida, la contradicción entre los ideales repetidamente negados y una realidad alienante, de hambre, miseria y degradación física y moral. En esta recurrencia se unen la temática existencial y social. Las novelas hablan de la vida y la muerte, de ambiciones, de miedos y esperanzas, pero siempre en un contexto social que determina a los individuos y proporciona las claves para su comprensión exacta. El miedo a la represión, al qué dirán, la necesidad de huir de la miseria, el desarraigo ambiental e ideológico cobran dramatismo precisamente porque la sociedad de posguerra, ya sea rural o urbana, aliena al individuo. Las novelas no se nutren de vencedores, de gente que ha logrado éxito social o económico, sino de perdedores que luchan día a día por sobrevivir, de gente normal que proporciona una dimensión colectiva con tonos veraces. Dinero y sexo constituyen la obsesión mayoritaria de la abigarrada muchedumbre que puebla las novelas de Lera. En prácticamente todas ellas, la sexualidad se muestra como un impulso irracional y desbordado, pero en una sociedad pacata y represora el sexo es algo oscuro y triste que produce frustración, sobre todo en las mujeres que, urgidas por el deseo del macho, si «caen» son repudiadas y estigmatizadas.

Pese a todo, la dimensión social no es la prioridad absoluta de sus novelas, marcadas por conflictos existenciales. Lo social existe como contenido ineludible, no como actitud dialéctica ni como propósito explícito de reforma o cambio. No hay protagonistas revolucionarios que traten la reforma radical de la sociedad, al contrario, todos sus esfuerzos los conducen a integrarse en ella, a tener una vida respetable y reconocida por los demás. Sólo que a todos les falta algo: dinero, dignidad, reconocimiento, y la crítica social vuelve a aflorar en las desgracias de los personajes o en algunos juicios de índole regeneracionista emitidos por los más concienciados, pero que no pasan de ser un comentario reflexivo. Al fin, la sociedad se ajusta al postulado de *homo homini lupus est* y el individuo siempre está solo en

ella.

Pese al dominio de la perspectiva colectiva, Lera siempre subordina el interés de sus anécdotas al protagonismo de un número limitado de personajes que son los que protagonizan un argumento cerrado, mientras el curso social fluye más allá de la novela. Esas peripecias suelen caracterizarse por un fuerte dramatismo, antagonismos bien perfilados y personajes que, aun sustentando conflictos de honda raigambre existencial, suelen responder a modelos arquetípicos, en cuanto síntesis representativa de un modo de ser o de actuar. Por eso se repiten en sus novelas algunos modelos, como el reformador inhabilitado por su escepticismo y el determinismo ambiental, la prostituta de alma pura, la muchacha hacendosa y honrada, el médico entregado y altruista que poco puede contra la miseria, el individuo con principios éticos incommovibles o su antítesis en el triunfador aprovechado y carente de escrúpulos, la joven que defiende su virtud ante el acoso del hombre, etc. Los protagonistas sostienen conflictos melodramáticos que mueven las pasiones del lector: la indiferencia general ante la muerte que frustra todas las esperanzas de redención, o de realización de ideales juveniles, el contraste entre la voluntad enérgica y rigor ético de algunos personajes y su destino fatal, la desvalida situación de las mujeres solas que deben velar por su virtud en una sociedad machista e hipócrita, etc., etc. Al fin, el drama predomina en la perspectiva dolorida y desencantada que Lera tiene de la vida, y la denuncia de esta condición del ser humano se realiza fundamentalmente por vía melodramática y con una fuerte carga de determinismo.

LOS OLVIDADOS

La primera novela de Ángel María de Lera fue escrita en 1955 y publicada en un volumen conjunto en 1957, pero pasó totalmente desapercibida hasta que, ya alcanzado el éxito con *Los clarines del miedo*, la editorial Aguilar la reeditó en 1960. Entonces sí recibió atención crítica y aparecieron varias reseñas en la prensa literaria que, si advertían los defectos de una obra primeriza, también encontraban sentadas las bases de su narrativa posterior.^[25]

La novela se divide en tres partes que básicamente se corresponden con una organización tradicional del material narrativo: la primera nos sitúa ante los prolegómenos de la acción, mediante la dilatada presentación de los personajes y el clima social y existencial predominante; la segunda se constituye como nudo o desarrollo y se organiza fundamentalmente en torno a las relaciones amorosas entre Pepe el Granaíno y Mercedes; y la tercera, mucho más breve, constituye el rápido desenlace cerrado. Transcurre un año aproximadamente entre la noche invernal con que se abre la novela, cuando Antonio se enfrenta a los ladrones de la banda del Granaíno que actúan con total impunidad en el mercado de Legazpi, y esa otra noche final que cierra la novela con la desoladora imagen de la nieve cubriendo el cadáver

de Antonio. Antes y después la vida fluye en la «Colonia sin Ley», nombre que recibe el poblado suburbial de chabolas en que habita la mayoría de los personajes que componen la abigarrada y lastimosa humanidad de esta novela.^[26] Sin embargo, el protagonismo no llega a ser exclusivamente colectivo y del conjunto se destacan algunos personajes: Antonio, el viejo anarquista que trabaja como contable en el mercado de Legazpi; don Jesús, el médico altruista que dedica su tiempo a luchar contra la enfermedad y la miseria del barrio; Mercedes, la joven protegida por Antonio, y Pepe el Granaíno, jefe de una organizada banda de ladrones. Estos dos últimos protagonizan una relación amorosa que constituye la única peripecia completa de la novela, con inicio, desarrollo y conclusión que se inserta a la perfección en el fluir colectivo de la colonia. Sin embargo, la dramática conclusión de su relación amorosa no constituye el final de la novela que sólo se cerrará definitivamente con la muerte de Antonio, el mismo personaje con el que se había abierto, y que seguramente alcance el mayor protagonismo en la novela. Y no sólo por su relación destacada con el resto de los personajes —protector de Mercedes, antagonista de Pepe, amigo de don Jesús, consejero y ayuda de todos los habitantes de la colonia—, sino también porque, como una especie de *alter ego* del autor, Antonio es la conciencia que desde dentro de la novela interpreta el sentido trágico de la vida. Tras su muerte la colonia continúa su fluir colectivo.

La división de cada una de las tres partes de la novela en capítulos numerados, y a su vez éstos en secuencias, facilita la alternancia del punto de vista narrativo que se presenta como sucesión de planos protagonizados por personajes diversos para componer un mosaico abigarrado y múltiple de la sociedad de la colonia, con especial relieve de los mencionados protagonistas.

La acción se plantea fundamentalmente en tiempo presente, aunque el narrador de tercera persona introduce ocasionales *flash backs* para poner al lector en antecedentes de situaciones que se le presentan en pleno sucederse. Así por ejemplo, la Segunda Parte comienza remontándose a un tiempo anterior a aquél en el que comienza la novela para presentar desde el inicio la relación entre Pepe y Mercedes, contextualizando así algunas escenas iniciales donde se mostraba la contradictoria atracción temerosa que Mercedes siente hacia el hampón. Pero más significativos son los largos *flash backs* que, separados de la acción en tiempo presente mediante tipografía en cursiva, sirven al propósito omnisciente y didáctico de presentar pormenorizadamente a cada uno de los tres personajes principales —Antonio, Mercedes y Pepe el Granaíno— desde sus orígenes hasta enlazar con la acción presente. Esta separación de los materiales narrativos resulta demasiado rígida y los excursos del pasado, contextualizados bien como memoraciones solitarias, bien como confesiones, pero en todo caso dictados por la voz de tercera persona, rompen el fluir de la narración.

La voz de tercera persona mantiene la omnisciencia tradicional y se muestra en continuas intromisiones mediante las que manifiesta su subjetividad en la novela. El

narrador enjuicia a los personajes, valora su situación y carácter y guía al lector en su valoración del mundo ficcional. A menudo interrumpe la narración para introducir reflexiones o valoraciones sobre los personajes: «Hay existencias que se plantean como rieles lanzados hacia el horizonte, y otros, sobre curvas concéntricas, como vueltas de noria sobre un mismo punto. El destino de Mercedes era hasta ese momento como una revuelta madeja...». Falto de distancia, el discurso de la tercera persona a menudo transparenta las filias y fobias del autor, su sentido de la vida. A veces el mismo narrador se introduce en la novela para sentir con los personajes: «la llegada de la primavera siempre *nos* conmueve, *nos* turba y *nos* exalta». En cambio, ante el espectáculo de la sociedad que conforma la colonia, el narrador adopta la posición de mero espectador que cuenta lo que ve y oye, deja hablar a los personajes y describe lo que hacen, manteniendo entonces la impavidez de la posición objetiva y el predominio del diálogo. Además, también es frecuente que algunos personajes sustituyan al narrador en su función de intérprete subjetivo de la realidad ficcional, tarea que desempeñan fundamentalmente Antonio y don Jesús en las largas charlas en las que manifiestan su conciencia crítica del mundo y su contrapuesto sentido de la existencia.

Ya se ha dicho que Lera concede al lenguaje narrativo un valor instrumental, lo que no invalida la existencia de un estilo personal que comienza a configurarse en ésta su primera novela. Destaca en ella la ágil construcción novelesca, la eficacia del lenguaje narrativo que evoluciona con fluidez. Le resta eficacia cierto descuido general, así como el empleo de frases hechas, tópicos, propias de una mentalidad de época, pero también de un lenguaje folletinesco siempre proclive al juicio cerrado y al matiz melodramático. Sobre todo cuando alude a la mujer, referente que da lugar a imágenes como «la tierra, seria, sumisa, dispuesta, siempre dispuesta a la nueva cópula, como una esposa mil veces poseída». El erotismo de ciertas situaciones se precipita en frases tópicos y folletinescos: los labios femeninos son «húmedos y fragantes», la proximidad de la mujer envuelve al varón «en los efluvios de su carne».

Lo mejor está en las escenas dialogadas, corales, donde la pluma del escritor se mueve con más soltura. Destaca la recreación del lenguaje coloquial, entre personajes de baja formación, lo que da lugar a léxico a veces de argot, vulgarismos, pero sobre todo a expresiones y giros coloquiales, algunos de época, que reproducen convincentemente el habla de las gentes y transmiten toda la expresividad y énfasis del lenguaje hablado: exclamaciones, frases truncadas, apelaciones mediante motes, etc. No abusa el autor sin embargo de vulgarismos.

El empleo de imágenes suscita impresiones, evoca un ambiente, o sirve a la creación de un estado de conciencia ante la realidad ficcional, como sucede con la colonia tildada de «troglodítica», donde los habitantes, que a duras penas superan una animalidad visceral, asoman a la puerta de sus «cubiles». En una sucesión de imágenes gradativas que inciden en la oscuridad del submundo, el poblado se

describe como «una explanada donde por doquier, sin orden ni concierto, habían brotado pequeñas casitas de adobes y latas, muchas de las cuales parecían más bien abscesos de la propia tierra. La entrada de algunas de ellas se abría a ras del suelo, como bocas de minas. Podría confundirse muy bien aquel extraño poblado con un cementerio en la noche de difuntos». Del mismo modo la miseria de los habitantes de las chabolas que viven de los residuos de la ciudad se manifiesta en la imagen de las mujeres revolviendo en el vertedero, como «los gusanos que pululan en un gran vientre en descomposición». Y pese a que predomine en la novela un empleo denotativo del lenguaje, ocasión hay en que un elemento adquiere valor simbólico, como los «camino en sombra» que desde los temores infantiles de Mercedes son presagios funestos de muerte.

En *Los olvidados*, el autor se sirve de un doble argumento. Por un lado el que genera la colonia como colectividad suburbial, el chabolismo, la lucha por sobrevivir en un medio social hostil. Por otro las peripecias individuales de los protagonistas principales. De su continua alternancia surge reiteradamente una concepción fatalista y trágica de la existencia humana, lo que constituye el sentido último de la novela. Ese fatalismo se apoya también en un determinismo social continuamente puesto de relieve, heredero de cierto naturalismo, pero también emparentado con la moda de novela colectiva social que por los años cincuenta predominaba en España. Sin embargo, Lera no adopta fielmente el modelo *behaviorista*, sino algunas de sus técnicas y contenidos —abundancia del diálogo, protagonismo colectivo social— combinados con otros propios del realismo tradicional a los que no renuncia —omnisciencia narrativa, subjetivismo explícito, protagonistas individuales y recursos melodramáticos para enfatizar la denuncia.

Las escenas colectivas aparecen excelentemente tratadas. Lera describe el espacio mísero del poblado de chabolas, el ambiente no sólo social, también espiritual que asfixia a cuantos, huyendo de la miseria del campo, han venido a parar a la miseria de los suburbios urbanos, más envilecedora y alienante, donde las únicas opciones son la mendicidad o el hampa. Hay dos ciudades, el Madrid bullicioso del centro, lleno de animación, de luces, de porvenir, y ese otro Madrid suburbial que le es ajeno, que vive de los detritus del centro en el exacto sentido que protagonizan las buscadoras del vertedero. El segundo crece como imagen envilecida del primero, organizado en una rigurosa jerarquía establecida de clases sociales y privilegios dentro de la miseria. Hasta la mendicidad y el hurto están perfectamente organizados. Ambas ciudades viven de espaldas, y los habitantes de las chabolas saben que la otra ciudad no les pertenece, algo que se pone de relieve en repetidas ocasiones a lo largo de la novela. Unos, la mayoría, se conforman, acomodados a un fluir de días que es siempre igual y no ofrece posibilidad alguna de regeneración. Otros en cambio reniegan de su condición y luchan por mejorar y conquistar la ciudad por el medio que sea, opción que representa Pepe el Granaíno. Al fondo de esta visión de la sociedad están Galdós y, sobre todo, Baroja.

La sociedad de *Los olvidados* se presenta como un laboratorio biológico que responde al modelo darwiniano de la lucha por la vida. Sólo los más fuertes sobreviven en este clima de miseria física y espiritual que tiende a perpetuarse sin redención posible. El Granaíno lo entiende así: «Si eres blando te comen. Y tiene uno que estar siempre como una escopeta cargada, dispuesto a matarse con quien sea. Y pegar antes que te peguen. La vida es así». A lo largo de la novela asistimos a la radiografía de la miseria humana. Hay cierto naturalismo en la presentación en toda su crudeza de la miseria, el primitivismo y la animalidad en que viven muchos seres, además de la evidencia de que la sociedad envilece al individuo, y que la herencia es un lastre al que es imposible escapar.

El autor traza rápidos esbozos que identifican a los personajes asociándolos a una ocupación, una anécdota, una característica. Cobra vida así una fauna social variopinta, abundantísima, siempre en la marginalidad, que ilumina aquí o allá una escena, protagoniza una anécdota significativa para volver de nuevo al reflujó colectivo: hembras fornidas y azote de sus maridos como la Mellada o la Araña, hombres borrachines y sin carácter, muchachas hacendosas que queman su vida trabajando y sueñan con casarse para huir, gentes venidas a menos, ladrones de toda catadura, mujeres de la busca en el vertedero. El autor extiende sobre todos ellos una mirada compasiva, cordial, humanizada. Incluso sobre los que están en el límite de la animalidad, como la Mellada, que en su limitada inteligencia llora el destino incierto de sus hijos. Todos los habitantes de la colonia se debaten entre el deseo de mejora y la costumbre, entre la ilusión y el conformismo. Crucita sueña con comprarse un impermeable que ha visto en un escaparate, Emilio con lograr un empleo de contable, la «Marquesa» con una casa con retrete en el centro de Madrid. Otros no tienen sueños y se burlan de las ilusiones de los demás. Y es que en la mayoría predomina una abulia y pereza que ni siquiera es resignación, sino vencimiento, desgana biológica del que se deja llevar sin oponer resistencia. Como Romualdo, apodado «Cachopán» de puro bueno, en opinión de todos, que ni ante la evidencia de la enfermedad del hijo causada por la miseria es capaz de reaccionar y ponerse a trabajar porque, dice, «no valgo». Las visitas médicas de don Jesús, acompañado de Antonio, configuran un excelente muestrario de todos los registros de la pobreza y la degradación, el continuo repetirse cada día del mismo espectáculo: «en las más, desesperado afán de vivir, y en otras resignación y hasta indiferencia mineral ante la desgracia».

Cada nueva anécdota no hace sino incidir en una misma convicción: la de que la vida es dolor y desgracia y que hay seres «negativos» que nacen predestinados por un destino aciago del que no hay escapatoria alguna. Este motivo de la vida como desgracia opera por acumulación y configura en la novela una suerte de determinismo fatalista del que rada historia personal es una nueva confirmación. La conclusión necesaria es la inutilidad de todo esfuerzo, filosofía vital que sostiene fundamentalmente Antonio. La novela ofrece sucesivos ejemplos de esta

desesperanzada convicción. Frente a los mencionados seres abúlicos que predominan en la colonia, cuando hallamos algún personaje con energía y voluntad de superación, la vida se encarga de destruirlo. Es el caso de Magdalena, la joven costurera que ama su oficio, pero a costa de ir perdiendo la vista hasta una segura ceguera. O del Granaíno, del que se destacan una inteligencia, voluntad, energía y disposición poco corrientes, pero que tras probar sucesivos oficios en que es humillado o se muere de hambre, termina por emplear su potencial humano en desplazar al jefe de la banda de ladronzuelos y ocupar su lugar. Tampoco la educación aparece como una vía de superación del individuo, y así en varias ocasiones se aduce como ejemplo determinante el caso del analfabeto que se ha hecho millonario con su negocio de camiones, o del jefe de Antonio, incapaz de llevar las cuentas pero dueño de un negocio próspero en el mercado. El propio Antonio, que da clases de contabilidad a los muchachos de la colonia que se lo piden, asiste escéptico a sus ilusiones de superación. Nos hallamos ante una dialéctica sin salida heredera del pensamiento noventayochista en torno al conflicto de la voluntad y su proyección social. Quienes no la tienen se echan a perder de inmediato y caen en los peores vicios sociales, o en una abulia vegetativa y aniquiladora. Pero quienes se esfuerzan por superarse y vencer las circunstancias que los empujan —como Magdalena en su trágica lucha contra la ceguera, o Mercedes por no dejarse arrastrar hacia el Granaíno— cobran conciencia del dolor de la vida, de la tensión y angustia que genera su lucha por sostener la voluntad. Y además, como dice Antonio, su futuro es igualmente nefasto, porque son criaturas marcadas por el destino de los seres desgraciados. A esto se añade que, en opinión de una mayoría, los móviles que mueven al ser humano son ruines y bajos: el ansia de posesión, de dominio, de poder y quienes han triunfado lo han hecho pisoteando y engañando a los débiles. Para el Granaíno el ser humano sólo es digno de desprecio y por eso no tiene escrúpulos en robar ni explotar a los demás, porque todos lo hacen a su manera. No hay salida alguna a esta visión nihilista del ser humano y su sociedad.

Antonio y don Jesús asisten a este espectáculo desde la lucidez de sus años y su experiencia. Don Jesús es el vitalista. A su juicio es necesario desear ardientemente algo para poder vivir, y él quizá lo ha encontrado en su tarea de ayudar a los demás, pese a que su profesión lo enfrenta a diario con la conciencia de que poco puede hacer para remediar los males de los demás. Antonio en cambio es un escéptico. Contempla la realidad y la analiza, pero sin intervenir en ella. Porque sabe de lo inútil de cualquier esfuerzo, pero también porque está convencido de que ningún acto es inocente, y siempre generará algún nuevo sufrimiento. El análisis sistemático y el escepticismo lo incapacitan para acción alguna, y se limita a contemplar la vida en su fluir natural, aceptándola como es, desde una ataraxia que es renuncia a vivir. No espera nada de la vida porque vivir es para él sentir la angustia de existir.

En este contexto presidido por el sentido trágico de la vida, las peripecias particulares de los protagonistas vuelven a enfatizar lo mismo: la condición del ser

humano abocado al fracaso, la soledad y la muerte. Sólo que en estas peripecias individuales, el autor no se limita a mostrar el espectáculo de la vida, sino que se ayuda del énfasis que le proporciona el tratamiento melodramático y a menudo folletinesco de las situaciones y de los personajes. Por lo mismo, los protagonistas presentan cierta esquematización arquetípica, síntesis de conductas o actitudes identificables como paradigmas básicos. De hecho, Antonio, Pepe el Granaíno y Mercedes, significan mejor que otros la soledad, el desarraigo y el destino injusto de unos seres destacados por sus cualidades y, por lo mismo, más significados con lo injusto de sus destinos. Así se pone de relieve al insertarse el detalle de sus vidas pasadas en la acción presente.

Antonio tiene una biografía de hombre del pueblo, hecho a sí mismo, pero con una conciencia dolorida de la existencia que lo distingue del común de la gente. En él hay mucho de proyección idealizada del propio autor. Cuenta Lera que Antonio es el trasunto literario de Antonio Pareja, un viejo anarquista con quien coincidió en la cárcel de Ocaña, pero también está concebido desde su propia autobiografía ideológica y emocional. Su soledad y desarraigo se ponen de manifiesto desde su nacimiento; huérfano, criado en un hospicio sin afecto alguno, Antonio presenta una especial sensibilidad y una energía que le llevan a intentar varios caminos de entrega a lo largo de su vida. Entra en el seminario, pero, poseído por un amor místico a la humanidad, sale a predicar por los caminos donde es burlado y escarnecido como un nuevo mesías. Esa misma exaltación mística puesta en contacto con la experiencia de la vida, la visión de los pobres y desvalidos despierta su conciencia social y decide militar en las filas del anarquismo hasta su encarcelamiento. Al relativizar los ideales revolucionarios muere el hombre de acción y nace el escéptico. Pero se mantiene siempre su preocupación por el ser humano, manifestada en su dedicación a la enseñanza y ayuda a los demás, y un sentido ético incommovible puesto de relieve desde la primera escena de la novela. Personaje idealista y quijotesco, sin embargo ha renunciado a todo deseo —en su juventud rechazó el amor— y se refugia en una pasividad contemplativa y un aislamiento de los que sólo le saca la presencia de Mercedes. Su muerte no es sino la última renuncia, el resultado final de un proceso de neurastenia y desesperación ante el dolor.

También don Jesús presenta peculiaridades que lo destacan como héroe. Basado en un personaje real, pero también proyección de la labor altruista de tantos médicos vocacionales en su lucha contra la enfermedad de la miseria, destaca en él su voluntad de sacrificio por los demás. Le une a Antonio su condición de solterón solitario, su humanitarismo, su inteligencia y sensibilidad ante cuanto les rodea. Por eso, y pese a su marcado optimismo y curiosidad vital, es su interlocutor válido y ambos representan en la novela la expresión de la conciencia crítica de su realidad. También su pasado está marcado por el dramatismo, como se pone de relieve en la sorprendente y efectista anagnórisis final, cuando el lector descubre que su silenciosa ama de llaves es en realidad su esposa, una mujer perdida en su propio olvido e

incapaz de reconocerlo tras un fatal accidente.

Mercedes es el eje sobre el que confluyen todas las fuerzas de los protagonistas masculinos, bien de protección: Antonio y don Jesús, bien de posesión: el Granaíno. Precisamente por su condición femenina, en su persona se acentúa el determinismo fatalista que preside la novela y protagoniza la anécdota más marcadamente melodramática desde su misma aparición súbita en la chabola de Antonio, en medio de la oscuridad de una noche lluviosa, abandonada y sin pasado. El relato de éste no hará sino incidir en su condición de ser predestinado al dolor: en su temprana orfandad, su soledad de niña abandonada por la madre, el odio a un padrastro progresivamente envilecido del que huye. El recuento de su vida pasada da lugar a numerosas estampas sociales del campo andaluz. Pero sobre todo Mercedes encarna el drama de la mujer sola, desvalida, necesitada de protección que, a falta de un padre, encuentra refugio en Antonio. Lera presenta siempre en sus novelas la condición femenina dentro de los cerrados arquetipos que impone la sociedad machista e hipócrita de posguerra, donde la mujer sola aparece como una tentación, acosada por el varón y celosa de su virtud. A lo largo de su vida, Mercedes recibe una serie de enseñanzas encaminadas en el mismo sentido. De su madre viuda heredó la noción de que «las mujeres sin el amparo de un hombre somos como la hierba del campo que cualquiera puede pisar». Su amiga Martina, que representa el otro arquetipo, el de la mujer que ha perdido la virtud engañada por un hombre, resume el peculiar «feminismo» que encierra la novela:

—Te enamoras de un hombre —dijo—, y éste en seguida empieza a pedirte, a rogarte, a mendigarte. Llega un momento en que una no puede resistir y da, da, da... Y un día cualquiera cae. Dicen que cae una mujer cuando entrega lo que le piden con tan ardorosas súplicas. Se queda una sin honra. Ya no vale nada. Te quedas convertida en una mujer perdida. No has robado, no has matado, no has mentido. Al contrario; te han robado a ti. Es igual. Tú pierdes. Entonces todos, desde tu padre hasta el forastero que no te conoce, pero a quien le cuentan el caso, dicen que eres una mujer mala.

Las relaciones entre hombre y mujer, en esta sociedad, se presentan desde la fuerza irracional del instinto, y por eso Mercedes, que es joven e inusualmente hermosa, debe protegerse del acoso natural del macho. En varias ocasiones atisba los deseos de los hombres y huye. El relato de su amiga Martina le horroriza, hasta el punto de manifestarse en la reiterada pesadilla de los ciegos que la persiguen con sus miradas vacías. El problema es que la única redención existencial y social que se le ofrece a la mujer en este contexto social, a fin de cuentas conservador, es el matrimonio. Insegura de las intenciones de Pepe el Granaíno, por quien se siente irremediabilmente atraída, Mercedes busca en propuestas desesperadas de matrimonio su salvación, pero al no hallarla, sus temores, inquietudes y las vacilaciones de su voluntad ante el asedio de Pepe crecen. Ni Antonio, ni don Jesús, ni el proyectado noviazgo con Emilio se ofrecen como soluciones viables y ella sabe que ha de luchar sola por su voluntad de no caer.

Las cosas cambian aparentemente cuando Pepe el Granaíno pierde ante ella su

coraza de dureza y desconfianza y ambos se sinceran contándose su vida, donde se reconocen como seres abocados al infortunio: «eres, poco más o menos, como yo». En este triángulo de relaciones que tiene su eje en Mercedes, Pepe es probablemente el personaje más paradigmático. Repite el periplo del hombre del campo que, huyendo de la miseria, no encuentra en la ciudad alternativas dignas, hasta caer en el hampa. Su primera experiencia en trabajos honrados le lleva a comprobar la insolidaridad de una sociedad donde el hombre es un lobo para el hombre. En una evolución vertiginosa, el Granaíno pasa de ser el joven emigrante esperanzado a liderar el hampa organizada que opera en el mercado de Legazpi, respetado y temido por todos. Sabe que no puede descuidarse ni confiar en nadie; del mismo modo que él ha arrebatado su parcela de poder, alguien más capaz puede quitársela a él en cualquier momento. No deja tampoco el autor ocasión de interpretar la circunstancia individual de este personaje como paradigma de otros muchos: «su sueño y ambición era el de otros muchos seres que en los suburbios de las grandes ciudades del mundo sufren la misma fascinación de las riquezas». Y es que el Granaíno no se resigna a pertenecer al espacio de los miserables y el robo no es para él sino un medio de acceso al Madrid del centro que significa la prosperidad.

Para Mercedes y el Granaíno, el amor se presenta como un modo de redención tanto existencial como social; un medio de escapar de la soledad y desarraigo que viven, a la vez que el logro de un estatus social mediante el matrimonio. A fin de cuentas sus valores son los de la sociedad burguesa y aspiran a tener lo que otros poseen: una vida ordenada, hijos, un medio de subsistencia digno y honrado. No quieren cambiar la sociedad, sino integrarse en ella. No lo lograrán, y el final folletinesco y dramático de sus amores, encerrado él en la cárcel y loco, mancillada ella con un vergonzoso embarazo que causa su muerte, cierran toda esperanza y producen la catarsis emocional del lector. Muere también Antonio y la novela se cierra así, clausurando toda opción a la esperanza.

Su primera novela le salió a Lera muy barojiana en el periplo social de unos personajes abocados a la destrucción, y sobre todo en el nihilismo existencial que acompaña al espectáculo de la vida humana. El determinismo biológico de raíz darwiniana, la dialéctica entre voluntad y abulia, así como el sentido trágico de la existencia humana lo hacen heredero de una tradición de pensamiento noventayochista con especial parentesco con la trilogía de «la lucha por la vida» de Baroja. Una convicción vital que, por otra parte, y como ya se ha advertido antes, es el resultado de la dolorosa experiencia de la vida de Lera, donde éste encuentra la motivación de su escritura. Solidario con la condición del ser humano, el autor se sirve de la narrativa como medio de denuncia, y para ello combina el efectismo de lo melodramático con la tradición de la narrativa realista. Hay un trasfondo romántico en la aureola fatal con que destaca a estos héroes perdedores, derrotados por la vida, desarraigados, solitarios que protagonizan sus novelas y que dejan en el lector siempre un sentido de tragedia.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

Las ediciones de *Los olvidados*, todas ellas publicadas en vida del autor, son las siguientes:

1. *Los olvidados*, Aguilar, Madrid, 1957, colección «Nova Navis», vol. 4. Se trata de una colección que recogía novelas de escritores noveles. La de Lera apareció en el volumen cuarto junto con *Alvaro Villagrán y cuatro mujeres*, de Enrique José Agustín; *¿Y el último crimen?*, de Cástulo Carrasco y *Como el viento*, de Víctor Alperi. *Los olvidados* es la que ocupa mayor extensión (pp. 113-393), y aparece precedida de un breve prólogo del autor.
2. *Los olvidados*, Aguilar, Madrid, 1960, colección «Novela Nueva». Edición corregida. Aparece dedicada «A Manuel Vega Sierra, testigo excepcional de mis fatigas y de mis fracasos, en prueba de amistad».
3. *Los olvidados*, Aguilar, Madrid, 1966, colección «Novela Nueva». Aparece como segunda edición y reproduce la de 1960.
4. *Novelas*, Aguilar, Madrid, 1966, colección «Biblioteca de Autores Modernos». Prólogo de Luis Escolar Bareño. Incluye *Los olvidados*, *Los clarines del miedo*, *La boda* y *Trampa*. Se volvió a editar en 1967. Para *Los olvidados* reproduce el texto de la edición de 1960.

BIBLIOGRAFÍA DE ÁNGEL MARÍA DE LERA

NOVELAS

Los olvidados, Madrid, Aguilar, 1957.

Los clarines del miedo, Barcelona, Destino, 1958.

La boda, Barcelona, Destino, 1959.

Bochorno, Madrid, Aguilar, 1960.

Trampa, Madrid, Aguilar, 1962.

Hemos perdido el sol, Madrid, Aguilar, 1963.

Tierra para morir (Y las cien casas no se abrirán ya nunca), Madrid, Aguilar, 1964.

Las últimas banderas, Barcelona, Planeta, 1967.

Se vende un hombre, Barcelona, Planeta, 1973.

Los que perdimos, Barcelona, Planeta, 1974.

La noche sin riberas, Barcelona, Argos, 1976.

Oscuro amanecer, Barcelona, Argos, 1977.

El hombre que volvió del paraíso, Barcelona, Planeta, 1979. *Secuestro en Puerta de Hierro*, Barcelona, Planeta, 1982.

Con ellos llegó la paz, Barcelona, Planeta, 1984.

NO FICCIÓN

Con la maleta al hombro (notas de una excursión por Alemania). Madrid, Editora Nacional, 1965.

Por los caminos de la medicina rural, Graficesa imp., Salamanca, 1966, 2.^a ed. aumentada, Barcelona, Plaza & Janés, 1970.

Los fanáticos, Barcelona, Linosa, 1969.

Mi viaje alrededor de la locura, Barcelona, Planeta, 1972. *Diálogos sobre la violencia*, Barcelona, Plaza & Janés, 1974. *Carta abierta a un fanático*, Madrid, Edics. 99, 1975.

Ángel Pestaña. Retrato de un anarquista, Barcelona, Argos, 1978.

La masonería que vuelve, Barcelona, Planeta, 1980.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA SOBRE ÁNGEL MARÍA DE LERA

(No es nuestro propósito ofrecer una bibliografía exhaustiva sobre Ángel María de Lera por lo demás compuesta, casi en su mayoría, por reseñas en periódicos y revistas. Una referencia más completa de las mismas hasta 1980 puede encontrarse en los estudios de Escolar Bareño, Heras, Hernández, Leeder y Listerman que se mencionan a continuación).

Bertrand de Muñoz, Maryse, «Dos novelas de los momentos finales de la guerra civil en Madrid: *Campo del moro* de Max Aub y *Las últimas banderas* de Ángel María de Lera», en Cecilio Alonso (ed.), *Actas del Congreso Internacional Max Aub y el laberinto español*, celebrado en Valencia y Segorbe, 13-17 diciembre 1993, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1996, vol. I. pp. 471-480.

Escolar Bareño, Luis, prólogo a Ángel María de Lera, *Novelas*, Madrid, Aguilar, 1966.

Gil Casado, Pablo, *La novela social española (1920-1971)*, Barcelona, Seix Barral, 1975, 2.ª edic. aumentada.

Gilabert, Joan, «Tiempo y sensibilidad histórica en *Las últimas banderas* de Ángel María de Lera», *España Contemporánea*, n.º 2, IX, 1996, pp. 41-54.

Heras, Antonio R. de las, *Ángel María de Lera*, Madrid, Epesa, 1971.

Hernández, Ramón, *Ángel María de Lera*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1981.

Iglesias Laguna, Antonio, *Treinta años de novela española, 1938-1969*, Madrid, Prensa Española, 1970.

Leeder, Ellen Lismore, *El desarraigo en las novelas de Ángel María de Lera*, Miami, Ediciones Universal, 1978.

———, «Dimensión existencial en la narrativa de Lera», en Juan Villegas (ed.), *Actas Irvine 92. Asociación Internacional de Hispanistas IV. Encuentros y desencuentros de culturas: siglos XIX y XX*, Irvine, Universidad de California, 1994, pp. 194-201.

Listerman, Mary Sue, *Ángel María de Lera*, Boston, Twayne Publishers, 1982.

Marra López, José Ramón, «Diálogo con Ángel María de Lera», *Ínsula* 171, febrero 1961, p. 4.

———, «*Los olvidados*», *ínsula* 174, mayo 1961, p. 8.

Nora, Eugenio de, *La novela española contemporánea 1898-1967*, Madrid, Gredos, 1962, vol. III.

Sanz Villanueva, Santos, *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Madrid, Alhambra, 1980, 2 vols.

———, *Historia de la literatura española 6/2. Literatura actual*, Barcelona, Ariel, 1984.

Soldevila Durante, Ignacio, *Historia de la novela española (1936-2000)*, Madrid. Cátedra, 2001, vol. I.

Villanueva, Darío, *Estructura y tiempo reducido en la novela*, Valencia, Bello, 1977.

NOTA PREVIA

PARA la presente edición seguimos la segunda del año 1960, corregida por el autor, y reproducida en lo sucesivo. Presenta numerosas variantes respecto a la primera edición de 1957, con la supresión de párrafos completos, la organización en capítulos numerados, el cambio en el orden de algunas secuencias, además de la supresión del prólogo y de las citas de las «Bienaventuranzas» que en la primera edición antecedian cada una de las tres partes en que se divide la novela. Se señalarán únicamente las variantes significativas, habida cuenta que lo que Ángel María de Lera llevó a cabo fue sobre todo la eliminación de algunos párrafos que no añadían nada relevante, además de una más clara distribución del material narrativo mediante su organización en capítulos. Fuera de ello, no añade material nuevo a la novela, sino que, como se ha indicado, suprime el que le parece sobrante.

A. C.

LOS OLVIDADOS

*A Manuel Vega Sierra
testigo excepcional
de mis fatigas y de mis fracasos,
en prueba de amistad*

PRIMERA PARTE

La noche y el frío desolaban aquellos parajes. Contados y temerosos transeúntes y algún retrasado tranvía cruzaban ya por el puente. En el momento de mayor soledad asomó la cabeza de un camión de alto bordo, precedido de sus largas antenas de luz. No hizo más que enfilarse el puente cuando empezó a desmoronarse la cima de su oscuro lomo, dejando tras de sí un reguero de hortalizas. Dos golfos, salidos de las sombras, las iban recogiendo en sacos. Del coche en marcha saltaron dos hombres más. Brillaban pálidamente los reverberos y sus luces anémicas se balanceaban en la móvil superficie del Manzanares.

Los golfos, frotándose las manos, se habían detenido en el extremo del puente mientras el camión penetraba en el gran mercado de Legazpi.^[1] Los escasos viandantes pasaban recelosos y sin atreverse a formular un comentario en voz alta. Sólo uno se dejó llevar del enojo que le había producido la escena y exclamó, dirigiéndose a los demás:

—Pero ¿no es esto una vergüenza? ¡En las propias narices de todos!

Hubo un pequeño revuelo amenazador entre el público detenido por estas voces. Los ladrones asieron los sacos disponiéndose a la huida ante el temor de que estallase una protesta general y se vieran arrastrados a una comisaría.

Cuando aquel movimiento de ira parecía querer cristalizar en torno del espontáneo orador y cuando éste, animado por las miradas y los gestos de algunos, se disponía a lanzar al viento su iracundia, oyó a su espalda una voz cortante:

—¿Qué está usted diciendo, imbécil? ¿Quién le ha dado vela en este entierro?

El aludido se volvió como si le hubieran pinchado y se encontró frente a los ojos fulgurantes de un hombre que le miraba con una furia tremenda. Era alto y delgado, pero musculoso. El aire le agitaba la revuelta cabellera endrina y sus dientes despedían blancos destellos al hablar.

—¡Hala, siga su camino y no se meta en camisa de once varas!

Los siete u ocho individuos que se habían concentrado en derredor del que protestara reaccionaron cobarde y borreguilmente ante la actitud desafiadora del hombre de la revuelta cabellera.

—¡Es el Granaíno! —dijo uno en tono entre admirativo y temeroso.

Se inició rápidamente la desbandada. Muchos no habían oído nunca semejante nombre, pero el gesto y la voz de quien lo pronunciara bastaron para desatar en ellos el miedo.

Se quedó, pues, solo el de la protesta. Era un hombre de edad madura, con aspecto de obrero calificado. Había advertido la unánime deserción de los demás, pero no por eso se amilanó. Sostuvo la mirada provocativa del jarifo^[2] sin inmutarse. Era aplomado y seguro.

—¿Es que tienen permiso para robar?

Había señalado con un gesto a los ladrones del camión, que, con sus sacos a cuestas, se aproximaban, desafiadores también.

—Hacen lo que yo les mando —contestó el Granaíno, asombrado de la tranquilidad del viejo.

—¿Y tú quién eres?

—Ya lo has oído: Pepe el Granaíno. Puedes apuntarlo si quieres...

—El jefe, ¿eh?

—Eso mismo.

La pachorra de aquel hombre, que, al parecer, estaba dispuesto a seguir haciendo preguntas, exasperó al Granaíno.

—¡Vete ya! —le gritó, inclinándose con rabia sobre su oído—. ¡Largo!

El viejo se vio rodeado por los otros cuatro ladrones. Pero, sin perder la serenidad, le lanzó a la cara su pregunta:

—¿Y si en vez de marcharme avisara a los guardias?

El Granaíno se mordió una risa.

—¿Has visto lo que hemos hecho con ese camión? No quiso darnos las verduras por las buenas, como hacen otros. También nos amenazó un día. Pero nosotros le hemos esperado hoy. ¡Anda, avisa a los guardias, si tienes reñones, que por aquí has de pasar otro día!

—Está bien, hombre, está bien...

Se encogió de hombros despectivamente y añadió:

—¡Con lo bien que estaríais los cinco en Carabanchel! Si de mí dependiese...

Mas al intentar la marcha se encontró detenido por la barrera que le habían formado los granujas. Apenas se veía algún transeúnte apresurado, y por ninguno de los lados del puente asomaba en ese momento la mole de un tranvía. La situación en que se había colocado era muy peligrosa.

—A ese tío le parto yo la cara. ¿Le zumbo, Pepe? —dijo uno de los ladrones, al tiempo que se disponía a coger por las solapas al viejo.

—No. Déjale marchar. ¡Hala!

El hombre se fue lentamente y aún se volvió para saludar otra vez al grupo desde lejos.

—¡Es un macho! —exclamó el Granaíno—. Pero es viejo y no estaría bien...^[3]

Luego se volvió a sus hombres para ordenarles:

—Vosotros tres, a llevar eso al señor Enrique, pero al contado, ¿eh? Tú, Pinto, vente conmigo. ¿Traes el gato?

—Sí —contestó el Pinto, mostrándole un bulto cubierto con jerga.^[4]

—Pues andando. Cada uno a lo suyo. A las once nos veremos en el bar para el reparto, como siempre...

Tres de ellos se marcharon en dirección al barrio de Usera, llevando los sacos de las verduras, y el Granaíno y el Pinto se dirigieron hacia la plaza de Legazpi. La

cruzaron en dirección a uno de los bares que sirven de estación a los numerosos conductores de camiones que la proximidad del gran mercado hace confluir allí. Frente al bar se extendía una espesa parada de grandes camiones, todos ellos vacíos y dispuestos, al parecer, para la partida. Los dos hombres recorrieron con la mirada la hilera de coches.

—¿Cuál es? —preguntó el Granaíno.

—Aquel Leyland.^[5] El que hace el quinto.

—¿Y el chófer?

El Pinto lo había visto ya dentro del bar, arrimado al mostrador.

—Mira: aquel tío gordo. Es un che.

—Está bien. Espérame ahí, a la vuelta.

Y el Granaíno penetró en el bar. Efectivamente, dos hombres se hallaban junto al mostrador gustando unas cañas de cerveza mientras hablaban de cosas del oficio. El gordo tenía un rostro abierto y simpático. Era uno de esos tipos habladores y optimistas que discuten de todo por pasar el rato y están siempre dispuesto a jugarse una merienda o unas copas con cualquiera. Su acompañante parecía un mozo de la descarga del mercado, forzado, de pelambre revuelta, de gruesos labios, vestido con la típica chaqueta llena de remiendos de lona.

—Con perdón... —dijo el Granaíno, dirigiéndose al hombre gordo.

El aludido se le quedó mirando sonriente. A su espalda, el otro hacía un guiño al recién llegado.

—¿Por casualidad es usted el que ha perdido el gato del coche esta mañana?

—¿Perdido? Me lo han robado, che. Esto está infestado de ladrones.

—Más bajo, más bajo —le aconsejó su compañero.

—Pero si es la verdad, ¿no le parece?

—Hombre...

Y el Granaíno hizo un gesto ambiguo.

—Para ser mi primer viaje, me he lucido. ¡Chico! —llamó al mozo del mostrador —: sirve al señor lo que quiera.

—No, gracias.

—Sí, hombre, sí. Ande: ¿qué quiere?

—Pues una caña de blanco.

—Bueno: usted quería decirme algo del gato, ¿no?

—Pues sí. Tengo uno y he pensado que quizá pudiera interesarle. Es muy expuesto viajar sin ese chisme...

Luego le precisó la marca y características.

—¡Igual que el que me han robado!

—¿Sí? ¡Qué casualidad!

—Igual, che, igual. ¿Y dice usted que lo vende?

—Claro. Me dedico a la compra y venta de toda clase de herramientas.

El valenciano pidió otra copa. Aquello empezaba a ponerse bueno: charlar,

regatear, beber... Y bebieron y charlaron generosamente.

—Eres un che estupendo. ¿Cómo te llamas?

—Visentet. Pero tú tampoco eres de Madrid, ¿eh?

—De Granada. Me llaman el Granaíno.

—Chócala, che. ¿Amigos?

—Para in secula.^[6]

El hombre de la chaqueta con petachos de lona bebía en silencio, contemplando los arreboles del valenciano, cada vez más encendido, y acusando los mensajes cifrados de las relampagueantes miradas del Granaíno.

—¿Y dónde tienes el gato?

—Ahí mismo. Vamos a verlo.

Pagaron y salieron. En la esquina prevista, lejos de la luz y de la gente, esperaba el compinche del Granaíno. Pero Visentet, encandilado por las libaciones y la charla, no reparó en lo sospechoso del escenario.

—A ver, Pinto: enseñale el cacharro aquí al amigo.

—El Pinto deshizo rápidamente el envoltorio y apareció la masa negra y confusa del aparato.

—No se ve ni gota, che.

—Para lo que hay que ver, Visentet...

El valenciano tuvo que agacharse para examinarlo bien. Más que ver, palpó, y sus manos se fueron derechamente a uno de los ángulos, donde sus dedos registraron las hendiduras de una pequeña cruz en forma de aspa, grabada toscamente a lima. Entonces, sonriendo infantilmente ante el increíble hallazgo, levantó la vista hasta el Granaíno.

—¡Si es el mío, che!

Los otros tres hombres le miraban duramente desde lo alto.

—Es el mío. ¡Te lo juro!

Y se incorporó sonriendo todavía, quizá de propia admiración por su buena suerte. Pero su sonrisa de hombre gordo, imbécil de puro ingenua, se apagó repentinamente ante el hosco aspecto de los demás. Los ojos del Granaíno, clavados en los suyos, le hicieron sentirse molesto. El golfo también sonrió, pero despectivamente, y sus palabras sonaron frías y hostiles.

—Hay muchos iguales a ése. ¿Es que crees que la casa no ha fabricado más que el tuyo?

Visentet se enardecía.

—Pero si tiene la marca que yo le hice cuando lo compré...

—¿Y cuánto te costó, Visentet?

—Setecientas cincuenta pesetas.

—Pues ahora por cincuenta duros es tuyo.

—¿Cómo?

Y se abalanzó sobre el aparato; pero, más rápidos que él, los otros tres hombres le

impidieron apoderarse de la presa, sujetándole fuertemente por los brazos.

—No seas tonto, che; paga y asunto concluido —le aconsejó amigablemente el cargador, que hablaba entonces por primera vez.

—Pero si lo tengo pagado ya en buenos billetes —se empecinó Visentet.

—Mire, amigo —y la sustitución del tú por el usted imprimió a sus palabras un acento más distante y más serio—: el gato es mío, porque yo se lo compré a éste. ¿No es cierto?

Entonces el valenciano fijó su atención en el Pinto, que asentía con un gesto a las palabras del Granaíno.

—Es verdad. Yo se lo he vendido —dijo.

Una ola de sangre caliente incendió aún más el rostro apoplético del valenciano. Desentendiéndose del Granaíno, se dirigió a su compinche:

—¿Tú? —y la rabia le entorpecía la lengua—. ¿Tú? —repitió violentamente—. Tú estabas en el mercado esta mañana cuando la descarga, ¿eh? Ahora me acuerdo.

—El muchacho se gana la vida en el mercado, hombre.

—¿Que se gana la vida en el mercado? ¡Robando! Él me lo quitó en un descuido y luego fue a vendértelo a ti. ¡Me ha robado a mí y te ha engañado a ti, Granaíno!

El Granaíno se encogió de hombros.

—¡Y qué le vamos a hacer! El muchacho es un águila: eso es todo. Pero no pensarás que vaya yo a perder mi dinero...

—¿Quién lo va a perder entonces?

—¡Tú!

Lo dijeron los otros tres al mismo tiempo. El cargador, con aire de hombre bueno, añadió:

—Hazme caso, hombre: suelta la pasta y déjate de tonterías. ¡Una mala suerte la tiene cualquiera, digo yo!

—¿Y si no pago?

—De momento, te quedas sin gato —respondió el Granaíno.

—¿Y si fuera a poner una denuncia?

El Granaíno se echó a reír con una risa falsa.

—¿Es que estás borracho de veras, che?

Luego, clavando sus ojos en los de Visentet, metiéndole las amenazas por la boca, le abofeteó con el aire silbante de sus palabras:

—Puedes hacerlo si tienes coraje, pero no olvides que el gato no aparecería, que no tienes testigos de nada y que te veremos algún día por aquí...

El valenciano se hizo atrás ante la violencia y el cinismo de aquel hombre, como si hubiera sentido un golpe de viento ardiente. Después buscó con la mirada el rostro amigable del cargador, pero éste se encogió de hombros, diciéndole:

—Es verdad: no hay testigos de nada.

Visentet comprendió al fin que estaba a merced de aquellos hombres.

—Nada, que estoy copado —dijo suspirando, al tiempo que hundía su mano en el

bolsillo del pantalón.

Cuando sacaba un pequeño rollo de billetes, oyó que el cargador decía:

—Es la ley, che.

—Los descuidos se pagan. Es natural, amigo —afirmó el Granaíno.

Visentet contó los billetes en silencio y se los entregó.

nova navis

álvaro villagrán
y cuatro mujeres

ENRIQUE JOSÉ AGUSTÍN

los olvidados

ANGEL MARÍA DE LERA

¿y el último
crimen?

CÁSTULO CARRASCO

como el viento

VÍCTOR ALPERI

AGUILAR

Cubierta de la primera edición.
[Colección *Nova Navis*, vol. 4.
Aguilar. Madrid. 1957]

Enrique José Agustín
**ALVARO VILLAGRAN
Y CUATRO MUJERES**

*

Angel María de Lera
LOS OLVIDADOS

*

Cástulo Carrasco Martínez
¿Y EL ULTIMO CRIMEN?

*

Víctor Alperi Fernández
COMO EL VIENTO



AGUILAR

MADRID - 1957

Portada de la primera edición.
[Colección *Nova Navis*, vol. 4.
Aguilar. Madrid. 1957]

—Negocio concluido —sentenció el Pinto.

Luego, mientras Visentet se agachaba para apoderarse de lo que acababa de comprar por segunda vez, el Granaíno dio al Pinto unos duros, diciendo:

—Para el alboroque.^[7] Yo tengo que marcharme ahora... Y desapareció rápidamente entre las sombras.

El valenciano, el cargador y el Pinto se dirigieron al bar. Por el camino preguntó Visentet:

—Entonces, el fulano ese es el jefe, ¿no?

—Sí —contestó el Pinto.

—Listo, ¿eh?

—¡Mucho!

El valenciano se encogió de hombros. Se detuvo y, mirando alternativamente a sus acompañantes, les preguntó con sorna:

—Y yo un tonto por haber comprado lo que era mío, ¿no es eso?

—¡Qué se le va a hacer, hombre! —exclamó el cargador—. El que juega con el Granaíno pierde siempre.

Visentet se echó a reír convulsivamente. Entre carcajada y carcajada decía:

—Listo, ¿eh?

Los golfos le miraban con asombro. Por un momento llegaron a temer que aquel hombre hubiera enloquecido de rabia. Pero el valenciano cesó de reír de golpe y, encalándose con ellos, dijo:

—Pues yo os aseguro que ese tío no sabe terminar los negocios.

El Pinto, guiñando un ojo al cargador, preguntó con zumba:

—¿De veras?

—Lo que yo os digo. ¿Sabéis cuánto hubiera dado yo por el chisme este si me llega a apretar un poco?

Y como sus opositores guardaron silencio, agregó:

—¡Quinientas pesetas! ¡Y más! Porque vale cerca de las mil. Así que ya veis si es listo el mozo ese. Vosotros valéis para quitar las cosas; pero de lo que se dice negocio, no tenéis ni idea. Yo lo había perdido todo esta mañana, pero ahora resulta que me he ganado de un golpe unas setecientas pesetas. ¿Quién ha hecho entonces el negocio? ¿Quién? A ver, ¿quién? ¡Visentet!

* * *

El Granaíno, desde la esquina lejana y oculto en las sombras, había seguido la marcha de los tres hombres, y cuando vio que, al fin, entraban en el bar en amigable compadrazgo, riendo la ocurrencia de Visentet, reanudó su camino.

Soplaba un frío viento invernal que le venía de frente, azotándole el rostro. Pero el mozo apenas lo notaba, ya que su carne estaba bien curtida por las intemperies. Andaba con paso elástico y se deslizaba silenciosamente como una sombra más entre

las densas tinieblas de la calle solitaria. Siguió un largo rato la hilera de vagones del ferrocarril, segregados en la vía muerta para ser recompuestos, hasta cruzar la pequeña playa de carbonilla y alcanzar el puente. De pronto se le ocurrió una idea, que expuso en voz alta:

—¡Qué sitio más estupendo para un atraco!

Y cuando desde lo alto del puente pudo dominar con la vista ambos márgenes del río, volvió a decirse:

—¿Y a quién?

Bajando las escaleras del puente, se adentró por la pequeña alameda de árboles desnudos y ateridos, donde la oscuridad era aún más densa. A su izquierda se deslizaba silenciosamente el Manzanares por un resbaladizo cauce de cemento. Un bulto informe denunciaba el quiosco del Araño, cerrado ya, sin duda, a causa del frío.

Después de la alameda se encontró en una explanada donde por doquier, sin orden ni concierto, habían brotado pequeñas casitas de adobes y latas, muchas de las cuales parecían más bien abscesos de la propia tierra. La entrada de algunas de ellas se abría al ras del suelo, como bocas de minas. Podría confundirse muy bien aquel extraño poblado con un cementerio en la noche de difuntos, con sus lucecitas desperdigadas entre las sepulturas alumbrando los tristes pensamientos de los yacentes; pero las delgadas columnitas de humo que se elevaban de aquellas cancerosas arrugas de la tierra y un olor acre de grey humana testificaban la presencia viva del hombre.

El Granaíno avanzó hacia el centro de aquella troglodítica colonia, hasta donde se abría una diminuta plazuela. No había más puntos de referencia ni más señales de vida que las tenues rayas de luz que se escapaban por las rendijas de las puertas desvencijadas o por entre los desgarrones de las viejas arpilleras que tapaban las bocas de los tugurios. Sólo se distinguía una puerta con reales apariencias de tal, con una vidriera en su parte superior que aparecía iluminada como si fuera el único ojo vigilante en la noche de las chabolas. Como ruidos ahogados y distantes se oían llantos de niños, agudos chillidos de mujer y broncas interjecciones varoniles.

El Granaíno se situó en el extremo opuesto de la puerta iluminada, se introdujo dos dedos en la boca y emitió un silbido, que atravesó las tinieblas como un pájaro asustado. Nada ni nadie le contestó. Volvió a silbar, al tiempo que espiaba la pequeña pantalla de luz que tenía enfrente. Aguardó unos segundos, sintiendo que las piernas le temblaban de impaciencia. Entonces se abrió la puerta de la vidriera y en el recuadro de luz se recortó la oscura silueta de una mujer.

La mujer, arropándose en una bufanda y saltando sobre los charcos de la plazoleta, corrió hacia donde estaba el Granaíno y se detuvo jadeando ante él. El hombre no se movió. Sólo dijo en tono agresivo:

—¿No oíste mi primera llamada?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no saliste inmediatamente? Ya sabes que no acostumbro esperar a las mujeres.

—No podía en ese momento, hombre.

El Granaíno la cogió de un brazo, apretándola fuertemente.

—¿Es que no te dejó el viejo, di?

Ella casi no podía resistir la brutal presión en el brazo, pero en vez de gemir gritóle:

—¡Suéltame!

El hombre obedeció. Entonces ella agregó, desafiadora:

—Y procura no llamarle viejo delante de mí. Para ti, como para todo el mundo, es el señor Antonio.

Al Granaíno le rechinaban los dientes.

—¡Cállate!

Ella echó un paso atrás, como si hubiera recibido una bofetada en pleno rostro.

—Si me estorba otra vez, le quitaré de en medio, ¿entiendes?

La mujer quiso resistir la intimidación:

—¿Y quién eres tú? —dijo—. Sí, ¿quién eres tú?

—¿Quién soy yo? —y el hombre avanzó hacia ella, que habíase quedado súbitamente paralizada de miedo—. ¿Que quién soy yo?

La cogió de los brazos y la atrajo hacia sí con una terrible violencia. La mujer se resistía, rebulléndose fieramente entre las tenazas de los brazos musculosos del chulo. Pero no pudo evitar que la besara. Fue un mordisco en los labios que le hizo dar un grito de dolor. Él la volvió a besar con más codicia aún.

—¡Suéltala!

Como surgiendo de las sombras, apareció la figura de un hombre. Su voz volvió en sí al Granaíno, que soltó inconscientemente su presa. La mujer, dolorida y quebrantada, fue a refugiarse en los brazos del recién llegado.

—¡Vete rápido de aquí, canalla!

El Granaíno sintió un escalofrío de ira. Le rechinaron los dientes y le temblaron las piernas. Un furor asesino se apoderó de él. Hundió la diestra en el bolsillo de la chaqueta, mientras decía con acento siniestro:

—¡Te voy a matar, viejo cabrón!

La mujer reaccionó bruscamente y se abalanzó sobre la mano asesina.

—¡Pepe!

Él la empujó y la mujer cayó al barro. Su protector se mantenía impassible, con los brazos cruzados sobre el pecho. El Granaíno sacó la navaja.

—¡Pepe! —volvió a gritar desgarradoramente la mujer, arrastrándose entre los dos hombres.

Como por ensalmo, se abrieron las puertas de algunas chabolas y quedó dibujado un círculo de luces en la plazuela. Una voz de hombre gritó:

—¿Pasa algo, Mercedes?

—Nada. No pasa nada —contestó tranquilamente el hombre que desafiara al Granaíno.

Luego se agachó para ayudar a levantarse a la mujer, diciendo:

—Que Mercedes ha dado un tropezón y se ha caído al barro. Está esto tan oscuro...

—Como boca de lobo, señor Antonio.

—¡Vivimos como queremos! —exclamó un chusco.

—Pues dicen que nos van a poner la luz.

—Sí, y cuartos de baño también.

—Quisiera saber para qué lo querrías tú.

—¡Cállate, moscón!

Siguieron pullas y carcajadas y luego empezaron a cenarse los rectángulos y círculos de luz, hasta quedar la plazuela nuevamente sumergida en la oscuridad.

—Vámonos a casa, Mercedes —dijo Antonio, cogiendo suavemente a la mujer por un brazo.

Pero la muchacha, recelándose alguna artera reacción del Granaíno, trató de localizarlo en las sombras. Mas el mozo ya no estaba allí. Tal vez le hizo cambiar de propósitos la súbita interrupción de los vecinos. Tal vez, como a las aves de la noche, le había ahuyentado la luz. Lo cierto es que el Granaíno había desaparecido silenciosamente, como una alucinación.

II

Antonio yacía sobre su estrecho camastro, tratando vanamente de conciliar el sueño. Al otro lado de la arpillera encalada oía rebullirse en el lecho a Mercedes, que, indudablemente, luchaba también por dormir. Uno y otro, pues, se mantenían en una dolorosa vigilia. Reinaba la oscuridad, y en el pesado silencio se percibían claramente la acompasada respiración de él y la entrecortada de ella.

—¡Mercedes!

—¿Qué le pasa?

—Nada. ¿Es que no puedes dormir?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco.

—Pero hay que dormir.

—Claro que sí.

—Sí, hay que dormir...

Pero era inútil. El insomnio los pellizcaba sin interrupción, para no dejarlos caer en la inconsciencia, y no podían escapar de las íntimas congojas que los perseguían. Era la hora peligrosa en que los objetos pierden sus contornos físicos y crecen, se ondulan y se alargan como ingravidas figuras de humo. Hora angustiosa y dramática, en que todo se ve con los ojos de la imaginación, que miran siempre para adentro...

—Pero ¿le quieres?

—No lo sé. ¡Ay, no lo sé!

—¿Te casarías con él?

—Unas veces me parece que sí, y otras, que no. Ahora sólo pienso en que le ha insultado.

—No te preocupes por eso. No le he oído.

—¿Y si intenta matarle otra vez?

—No. Ya no. Él irá a la cárcel por ladrón, pero no por matarme a mí. Creo que en el fondo tiene mucho miedo...

Callaron de nuevo. Y los fantasmas, ahuyentados por sus propias voces, tornaron a espesarse, como las sombras, alrededor de aquellos dos seres. Transcurrieron así unos minutos y, de pronto, se oyó el ruido que hizo Mercedes al saltar del lecho. Antonio volvió los ojos mecánicamente hacia el hueco que servía de puerta de comunicación entre ambos compartimientos, y en el oscuro cuadrilátero advirtió la confusa silueta de la muchacha. Ésta se quedó quieta en la línea divisoria.

—Pero yo necesito la protección de un hombre —dijo en voz baja, pero con un concentrado acento dramático, como el de una súplica desesperada.

El hombre se incorporó en el lecho y contestó con aire paternal:

—¿No te protejo yo, chiquilla?

—¿Y quién es usted, señor Antonio?

La voz de Mercedes era silbante y aguda como el primer aviso de la tormenta. Antonio quedó desconcertado por la pregunta y no supo qué contestar. Se limitó a concentrar toda su atención en la mujer, esperando a que ella misma aclarase el problema.

—¿Es usted mi padre?

—No. Desde luego que no —contestó Antonio, sin poder adivinar el curso de aquel pensamiento de Mercedes.

—Ni mi hermano. Ni siquiera mi tío.

—Claro que no.

—¿Entonces...?

Todas aquellas preguntas le parecían a él fuera de lugar. ¿A qué repetir y remachar lo que ambos sabían perfectamente?

—Pero mujer...

Y el ademán conciliador y persuasivo de sus manos quedó cortado en seco, porque ella avanzaba hacia él. Mercedes se irguió junto a la cabecera de su yacija. Estaba casi desnuda y temblaba de frío.

—¿Por qué no se casa conmigo, señor Antonio?

Y su voz, forzada, expulsada violentamente por la presión angustiosa del pecho, sonó ronca y seca.

Fue para Antonio como un golpe inesperado en pleno rostro, como una bofetada.

—¿Casamos? Pero ¿qué dices? ¿Estás loca?

—No estoy loca, no. Pero ¿qué? ¿Le parece mucho? Claro que es mucho pedirle que se case con una mujer como yo. No sabe ni de dónde vengo ni adónde voy...

—No es por eso, Mercedes. Es que casarme... Es ya tarde para mí... ¡Demasiado tarde!

Lo dijo con toda la pena concentrada de dolorosos fracasos. Pero Mercedes se le acercó aún más, envolviéndole en los efluvios de su carne.

—¡Hágame su querida por lo menos!

Antonio retrocedió sobre el lecho, asustado. Pero ella se hincó de rodillas, le cogió las manos y, mientras se las besaba, decía:

—No me importaría. Es usted muy bueno y a mí no me importaría. No me importaría...

Y lloraba. Antonio sentía las lágrimas calientes correr por sus manos, y hubiera querido llorar también. Hubiera llorado, sí, con todo el contenido dolor de su vida perdida entre los sueños locos de sus aventuras, sin mujer y sin hogar, sin luz y sin paz... Le dolía su vida como un pecado de suicidio, como una castración ignominiosa. ¡Su vida!

Mercedes seguía llorando, y Antonio, conmovido, revuelto, sintiendo el desorden y el tumulto hasta en los más oscuros rincones de su ser, era incapaz de articular palabra. La ofrenda de aquella mujer, joven y hermosa, le horrorizaba.

—No quiero caer y rodar luego. ¡No quiero! —clamaba Mercedes.^[8]

—No te atormentes inútilmente, Mercedes. Ya hablaremos de esto más adelante. Ahora vete a tu cama, no vayas a enfermar de frío.

Desde luego hacía un frío terrible y a la muchacha le castañeteaban los dientes. Se levantó tambaleándose, sin comprender cómo podía ser rechazada de aquella manera.

Antonio la vio desaparecer en la oscuridad de su cuchitril y luego la oyó caer sobre el colchón. Comprendía que la muchacha se hallaba en trance de desesperación. Sola, abandonada, era una presa fácil para cualquier glotón desaprensivo. Ella lo sabía y se esforzaba desesperadamente en asirse a cualquier punto de apoyo para evitarse la caída. Pero ¿qué podía él ofrecerle?

Mercedes suspiró profundamente, y como suprema apelación a Dios, que era quien únicamente podría prestarle ya ayuda, murmuró:

—¡No me dejes caer tú, Dios mío, no me dejes caer!

Antonio guardó silencio. Olvidándose de su propia situación, dramáticamente ridícula, recordó el momento en que la vida de Mercedes se cruzó con la suya, viviendo de nuevo intensamente las escenas de aquella noche no muy lejana.

* * *

Diluviaba y el fuerte viento crujía sobre las miserables chozas. Antonio, como de costumbre, prolongaba la velada hasta las altas horas de la noche. Solía aprovechar aquel lapso de recogimiento para corregir los ejercicios de sus alumnos y añadir luego unas cuartillas a su diario, donde solía plasmar sus recuerdos y sus más vivas impresiones.

Disponíase ya a escribir, cuando los bramidos del vendaval distrajeron su atención. Ululaba ferozmente el viento y Antonio se estremeció pensando en los estragos que causaría entre las débiles viviendas del barrio. Íbalas repasando mentalmente una por una, asociándolas a los rostros de sus moradores, y calculó las que perderían aquella noche sus techumbres, quedando como ollas sin cobertera. Sus habitantes, sorprendidos en el sueño por el estruendo del techado volador, se verían obligados a pasar la noche a la intemperie y alcanzarían la luz del nuevo día arracimados bajo los cobertizos de otras chabolas más solidas, tiritando de frío y de angustia. Muchos de ellos, principalmente los niños, vendrían a cobijarse bajo su techo, como en tantas otras noches semejantes de la «Colonia sin Ley». Y a la mañana siguiente, las víctimas luchando otra vez por rehabilitar sus cubiles, achicando el agua y cubriéndolos con viejas lonas, y sacos, y latas...

Se abrió la puerta y sintió un fuerte golpe de viento, que abatió la llama del quinqué, extinguiéndola casi. Se hincho tanto el aire en la angostura del pequeño recinto, que sus cuatro paredes gimieron a la vez de zozobra, y la cuartilla le fue arrebatada de entre los dedos. Antonio se levantó de un salto, con ánimo de lanzarse a cerrar la puerta, pero quedó paralizado de asombro. En el marco de ella aparecía

una mujer joven y desconocida. Traía la ropa empapada, y los cabellos, pegados a la frente, escurrían lluvia. Al descubrir la mirada suplicante de sus ojos fue cuando pudo reaccionar. Corrió hacia ella y, cogiéndola de una mano, la hizo entrar. Luego encajó la puerta fuertemente. La mujer quedó en medio de la estancia. La luz del quinqué se enderezó y la quietud y la seguridad, una vez desaparecida la garra del viento, se hicieron sentir más consoladoramente.

Hubo un momento de indecisión, muy breve. Y aún se hallaba Antonio recostado contra las jambas, cuando la mujer, mirándole humildemente, le dijo con voz lastimera:

—Usted perdone por haber abierto la puerta, pero iba perdida dando tumbos y ésta era la única luz. Y me vine derechamente aquí sin pensarlo. Apenas toqué el pestillo, se abrió la puerta...

—No se preocupe, mujer. Ha hecho usted perfectamente.

La mujer sonrió agradecida e instintivamente se recogió hacia atrás los cabellos, dejando al descubierto su cara. Una cara cuya gracia y juventud no pudo apreciar Antonio, porque se hallaba únicamente preocupado por el evidente desamparo de aquella criatura, que además era mujer.^[9]

—Debe usted de tener mucho frío, porque trae la ropa chorreando —le dijo mientras se acercaba a ella—. Ande, quítese el abrigo.

La ayudó a despojarse de la prenda, que extendió en el respaldo de la única silla existente, y luego la hizo sentarse sobre un taburete, junto al anafe;^[10] para que se calentara y pudiese secarse más fácilmente la ropa, aunque fuera sobre el propio cuerpo.

La muchacha ejecutó todos estos movimientos sin despegar los labios, con aire tímido, y se quedó en actitud encogida, con los ojos clavados en las rubias brasas del anafe. Antonio le habló de nuevo:

—¿Tiene usted hambre?

Ella levantó los ojos para mirarle, muy sorprendida por la pregunta. ¿Hambre? No había pensado en ello siquiera, pero ahora se acordó de que llevaba muchas horas sin tomar ningún alimento. Aleteó los párpados, como azarada, y luego bajó la vista de nuevo a las brasas.

—No —dijo.

Pero Antonio adivinó la verdad. Fue a la pequeña alacena que colgaba de la pared y sacó de ella unas naranjas y un pedazo de pan.

—Siento no poder ofrecerle otra cosa, pero soy vegetariano y, por otra parte, no suelo hacer provisiones más que para el día...

La muchacha cogió las viandas con gesto avergonzado. Él añadió aún:

—Le hubiese sentado muy bien una taza de algo caliente, pero se me terminó esta mañana la cebada, que es el único café que puede uno tomar...

Sonó a broma y ambos se miraron sonrientes.

—Bah, no se preocupe tanto. Ya es demasiado lo que hace por mí.

Él fue a sentarse de espaldas a la muchacha, dejándola en libertad de comer a su gusto.

—Nunca se hace bastante por los demás —dijo, requiriendo de nuevo pluma y papel—. No puedo decirle más que está usted en su casa y que tiene a su disposición cuanto en ella hay. Ahora, mientras usted come, yo voy a continuar mi tarea.

La intrusa no sabía qué contestar a las extrañas palabras de aquel hombre, que se comportaba con ella de una manera tan insólita. Decirle «gracias» a secas le parecía poco, y añadir algún cumplimiento más se le antojaba imposible. Optó por callarse y mirarle. Ahora podía hacerlo sin que los ojos de él la sorprendieran. Le veía de perfil, con la gris cabellera rizada, el trazo agudo de la nariz, los angulosos contornos del busto y del torso. Era un hombre extraordinariamente delgado, pero sin apariencias de decrepitud. Debía de hallarse en los comienzos del invierno de la vida; pero cuando miraba y sonreía brotaba tanta luz de sus ojos, que daba la sensación de ser un joven prematuramente envejecido. De pronto podía parecer feo, pero luego se observaba en él un indefinible encanto, que no residía concretamente en sus facciones, sino que emergía de toda su persona como un efluvio. Al final cualquier mujer se hubiera confesado que era atractivo e interesante.

Antonio, por su parte, se esforzaba en vano por hilvanar alguna idea. Hubiera querido reflejar sus impresiones de aquel momento, relatar simplemente lo sucedido; pero hervía tal tumulto de sensaciones contrapuestas en su cerebro y le asaltaba tal cúmulo de preguntas, que le era imposible redactar la crónica sucinta de los hechos. Pero ¿sabía él realmente lo sucedido? ¿Quién era aquella mujer? ¿De dónde venía? ¿Qué buscaba allí?

Fuera gemía el viento, cada vez con mayor estrépito. Parecía como si la noche se desgarrara y el gemir del viento fuera el grito de su espantosa agonía. Por los huecos del tejadillo se filtraban algunos de sus tentáculos, que batían el aire tranquilo de la habitación como si de repente se zambullera en él una bandada de murciélagos deslumbrados. La llama del quinqué se ondulaba y se quebraba como una bailarina, proyectando sobre las paredes una asombrosa distorsión de negras figuras aleteantes.

Antonio renunció a su trabajo y por el rabillo del ojo observó que la mujer debía de haber terminado hacía ya rato el frugal refrigerio, puesto que, con la cara entre las palmas de las manos, le miraba fijamente sin apenas parpadear. Entonces se volvió hacia ella en un rápido movimiento involuntario. Ella, sorprendida de pronto, se azaró.

—¿Se encuentra ya mejor? —preguntó él.

—¡Oh, sí, mucho mejor! —contestó ella con cierta indecisión, retornando a una realidad olvidada.

—Bien.

Pero Antonio no sabía cómo empezar. Era necesaria una somera explicación, había que decir algo, aludir de alguna forma a la nueva situación planteada.

—Bien —repitió, y se calló de nuevo.

Era muy difícil. Si al menos ella dijese algo... Pero la intrusa permanecía sumida en una absoluta pasividad, encogida sobre sí misma, tal vez insensibilizada e irresponsable. Sólo sus ojos, que mantenía bajos, descubrían alguna vez el oscuro temor animal que debía de poseerla. Antonio pensó que en aquel momento era como una bestezuela perseguida, sin ánimo ya para seguir defendiéndose.

Mirándose las propias manos para evitarle la punzada de sus ojos, habló al fin el hombre:

—No necesito que me dé usted ninguna explicación. Solamente quisiera saber adónde va, por si pudiera ayudarla en algo.

Ella le miró con los ojos humedecidos de llanto. Trató de sonreír tristemente.

—No voy a ninguna parte.

—Entonces, ¿no tiene adónde ir?

—No.

Siguió un silencio. Antonio se levantó como a escuchar los ruidos siniestros de la noche tormentosa. Luego dijo pausadamente:

—Es igual. Puede permanecer aquí todo el tiempo que quiera.

Ella no contestó. Antonio se puso a su lado. Ahora la dominaba físicamente y le parecía más acobardada, más insignificante, mucho más disminuida.

—Deberá desnudarse para que se le seque bien la ropa y descansar.

La mujer se estremeció, y por primera vez se le ocurrió examinar aquella única habitación de la casa.

—No, no hay más que una cama —se adelantó a decir él—. Es claro: vivo yo solo aquí...

Entonces la muchacha levantó sus ojos hasta los de Antonio, asomando a ellos una tímida y doliente súplica, la última súplica infantil y desesperada de un mujer vencida que se somete a la piedad del vencedor. Antonio lo comprendió así: que era una fruta en la mano.

—No tema, por Dios, chiquilla.

Se sonrió dulcemente y puso una mano sobre su cabeza. Y oyó que la mujer lanzaba un suspiro de alivio.

—Yo pasaré la noche de cualquier manera. La verdad es que aún tengo trabajo para unas horas. Mientras usted duerme, yo proseguiré mi tarea. Ahora voy a dar una vuelta por ahí. Cuando regrese quiero verla en la cama, bien arropadita, descansando con la misma tranquilidad que si fuese mi hija...

Y salió. La noche continuaba debatiéndose entre iras y dolores avernales. Ya no llovía, porque el fuerte viento consiguió rasgar las nubes y arrastrar sus jirones hacia el Sur. Encima del barrio se veía un cielo negro, ásperamente negro como un cielo de hollín. Las estrellas se habían corrido más allá, hacia los altos de la urbe, donde brillaban las luces de la Telefónica. Mientras chapoteaba en los charcos y resbalaba en los barrizales, con peligro de estamparse contra el suelo, iba pensando

en el brutal y absurdo contraste que ofrecían las vidas de la «Colonia sin Ley», sin esperanzas y sin estrellas, con las de los que vivían en los palacios que se vislumbraban a lo lejos. ¿Qué méritos el de aquéllos para merecerse tanto, y qué pecados el de éstos para conseguir tan poco? Ya hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que los hombres se dividen en dos especies o castas, según el signo de que van precedidos: hombres positivos y hombres negativos, hombres más y hombres menos. El signo determinaba toda una vida, todo un destino, sin que la voluntad pudiera prevalecer contra él.^[11] ¿Por qué? ¡Vaya usted a saber! ¿Por qué la Tierra es redonda? ¿Por qué el agua gana en volumen al solidificarse? ¡Vaya usted a saber!

Conocía bien todos los vericuetos del barrio; callejuelas sinuosas, y, más que callejuelas, regueras entre las filas de chabolas. Cuando lo hubo recorrido en todas direcciones, comprobó con gran satisfacción que no había ocurrido ningún siniestro. Los débiles edificios habían podido resistir el embate del huracán y de la lluvia. No vio ni una sola luz ni oyó un solo llanto de niño. Todos sus habitantes debían de dormir profundamente, y tal vez algunos sonaran. ¡Sería interesante conocer sus sueños! Y, sobre todo, esos que luego no se recuerdan, pensó. «He soñado, pero no me acuerdo de nada» se dice uno a sí mismo. Y a veces se siente una alegría desusada, como si aún durase el regusto de una aventura feliz, vivida allá donde no sabemos...

Llegó hasta el río, que corría turbio y orgulloso. El viento se desflecaba por entre la arboleda. Su silbante voz hacía dúo con la bronca del río. Voces antiguas que le hablaban, le hablaban sin que llegase a entenderlas nunca, pero que le eran familiares y que despertaban en su espíritu un tumulto de nostalgias, como si él hubiese vivido otra existencia, no sabía dónde ni cuándo, y aquellas voces quisieran recordárselo. Siempre amó a los hombres, a los animales y a las plantas, pero nada le penetraba de tan íntimos temblores, de tan entrañables y confusos anhelos como la sensación, a solas, de la Naturaleza desencadenada, embravecida y dominadora. Se sentía polvo, átomo de viento, gota de agua... Muchas veces en estas situaciones se había echado sobre la tierra para abrazarla y llorar...

Volvió lentamente sobre sus pasos. Cuando penetró en su casa distinguió en el lecho el bulto de la mujer yacente. Cerró con cuidado la puerta y, después de alimentar silenciosamente el anafe, fue a sentarse en su sitio habitual. La intrusa no pronunció palabra ni hizo el menor movimiento. Tal vez durmiera... Ni su respiración se oía. En aquella situación, lo mejor era el silencio. Durmiese o no, el vacío de la noche entre ambos establecía una lejanía saludable y necesaria.

Vio, esparcidas por los taburetes, hasta las más íntimas prendas de aquella mujer, y un audaz pensamiento estalló en su cerebro como un cohete: «Debe de estar desnuda», pensó, estremeciéndose. Pero fue un resplandor fugaz que se apagó en seguida. Se rió de sí mismo para sus adentros y el pulso desbordado volvió a su tranquilo cauce. Nunca supo si la intrusa durmió realmente aquella noche; pero él veló su sueño como un ángel.

A la mañana siguiente, cuando la oyó rebullir en la cama, salió de nuevo a recorrer el barrio, y al volver se la encontró ya vestida. Era lo que él deseaba.

—¿Se queda usted? —le preguntó.

—Me quedo.

—Muy bien. Desde ahora la casa corre de su cargo. Bueno: es poca cosa, ya lo verá usted.

Y al decir esto último empezó a señalar, con gesto burlón, los escasos y elementales muebles y los estrechos límites de las cuatro paredes. Luego, deteniendo la mirada en el único lecho, dijo ya seriamente:

—Habrá que adquirir otra cama y dividir el cuarto con una arpillera para que le quede un cuchitril independiente que le sirva de dormitorio.

Ella seguía en silencio estas explicaciones y asentía con movimientos de cabeza. Antonio aún añadió:

—Bueno: pero tú tienes que ser alguien aquí. Preguntarán y será necesario contestar. Tú puedes ser, por ejemplo, hija de una hermana mía que ha muerto allá, en cualquier pueblo del Sur... ¿No te parece?

La había tuteado repentinamente, sin darse cuenta de ello, sin duda influido por la nueva situación familiar que se le creaba. A ella le pareció bien.

—Ahora dime cómo te llamas.

—Mercedes.

A Antonio le sonó bien. Era un nombre bonito. Y ella lo era también, y mucho. ¿Cómo no se había dado cuenta de ello hasta entonces?

* * *

Antonio no podía aceptar el sacrificio de Mercedes; pero, por otra parte, al rechazarlo la dejaba indefensa frente a los oprobiosos designios de Pepe el Granaíno. No había más solución que un posible tercero en discordia. «Tal vez Emilio», se dijo. Andaba tras él otra chica del barrio, Magdalena; pero el muchacho no parecía prestarle mucha atención. Por el contrario, se le iban los ojos detrás de Mercedes. Él le había sorprendido en muchas ocasiones pendiente de los movimientos de su supuesta sobrina y ajeno por completo a sus explicaciones sobre contabilidad.

Este Emilio, que trabajaba como oficial calderero en un taller del Rastro, vino a verle un día y le dijo:

—Señor Antonio, yo quiero ser contable.

Presentaba el rostro tizado y mugriento el viejo *mono* con que se vestía. Antonio sonrió, no por su aspecto, sino por la peregrina pretensión del mozo. Pero Emilio, creyéndose de antemano descalificado por su ruin indumentaria, añadió con cierta jactancia:

—Tengo cabeza para ello, créame. En el Ejército llegué a aprobar los exámenes para cabo. No se deje guiar por las apariencias, señor Antonio.

Tuvo que darle unos amistosos golpecitos en la espalda con objeto de ahuyentarle aquella falsa sospecha.

—A mí no me importa que vengas manchado de grasa, muchacho. Pero ¿es que tú tienes idea de lo que es ser contable?

—En el bar donde yo paro suelo ver a uno. Lleva la contabilidad de un almacén de alpargatas. Viste bien, siempre está limpio y le llaman don. ¡Es todo un señor!

Emilio estaba harto ya de martillar, de limar y de estañar. De andar siempre sucio y desgredado y de oler mal. Quería ser una persona, poderse casar y tener a su mujer como es debido. Los contables vivían como señores y él quería ser contable también. ¿Para qué desilusionarle? Y Antonio se comprometió a enseñarle contabilidad.

No era tonto, no, Emilio. Y se aplicaba, con verdadera pasión, a los estudios. Después de la dura jornada en el taller, en ocasiones agotadora, asistía a las clases, y luego, resolvía los problemas y realizaba los ejercicios. A veces, Antonio lo veía tan cansado, que se negaba a redactarle ningún problema.

—Ahora vete a descansar, que bien lo necesitas. Dejaremos el problema para mañana.

Pero Emilio se erguía, indómito y enfebrecido. Fruncía el ceño y los ojos le brillaban como ascuas.

—No, no; póngame el problema también. Puedo con todo. Quiero adelantar todo lo posible.

—Pero te estás matando, muchacho.

—Donde se matan los hombres, señor Antonio, es en el taller. Vengan golpes y más golpes. Y en invierno, frío; y en verano, un calor achicharrante bajo la uralita del cobertizo. Quiero dejar eso. No quiero morir dando golpes...

Siempre el quiero, quiero y quiero. Era toda una voluntad aquel muchacho, toda una voluntad desesperada. Su padre había muerto en una mina de Asturias picando carbón, reptando por la veta como un gusano. Antonio llegó a admirarle sinceramente, y, en el fondo, a compadecerle. No merecía la vida un esfuerzo así. Cuando consiguiera lo que pretendía, la vida se le habría escapado de entre los dedos como un puñado de arena seca...^[12]

Pero era el hombre que convenía a Mercedes, el único que podría salvarla. Estaba enamorado y poseía una voluntad de hierro... Antonio respiró más tranquilo, pensando que tal vez había hallado la mejor solución a aquel angustioso problema. Le pesaban los párpados y los ojos le dolían de tanto mirar a las tinieblas. Pero antes de dormirse hizo un esfuerzo para escuchar. Mercedes debía de haber caído vencida por el cansancio de los nervios, pero su sueño no era sosegado, ya que la oía gemir quedamente, como si en el trasmundo onírico siguiese viviendo una aventura de lágrimas. Antonio se fue alejando más y más... Y ya no pudo saber si era sueño o realidad, o sólo un recuerdo, aquella sombra que se acercaba a su lecho y le suplicaba con voz dolorida:

—Usted es muy bueno y a mí no me importaría. A mí no me importaría...

III

Muy temprano aún, Antonio, apoyado en el quicio de la puerta de su chabola, contemplaba el lento surgir de la vida en el barrio.

Mercedes se había ido a la busca. Se levantó silenciosamente, cogió un saco y se marchó sin decir palabra. Se acusaban en su rostro las huellas moradas del insomnio y del dolor íntimo. Antonio no quiso preguntarle nada, porque comprendía que una tensión espiritual como la que ella soportaba sólo puede reducirse por la intervención de factores ajenos. Las conversaciones, tal vez los chistes y las bromas de las compañeras, la impresión de la fría mañana y el trabajo físico, operarían de elementos sedantes, como heladas compresas sobre la herida de su espíritu. Nunca había permitido que Mercedes, siguiendo la costumbre de la mayoría de las muchachas del barrio, fuese al vertedero a recoger desperdicios. Pero aquella mañana no intentó detenerla y la vio formar en el grupo de las demás busconas. Todas llevaban un saco vacío a cuestas y empuñaban un garfio de hierro. Al transponer el lomo de la vía férrea, desaparecieron.

Los anafes iban surgiendo, poco a poco, junto a las puertas de las casitas. Las mujeres los colocaban así, sin asomar más que los brazos, para que el aire de la mañana los encendiese. Y pronto de todos ellos fueron brotando columnas de humo que, trenzadas y batidas por los remolinos del viento, formaron una niebla pestilente que anegó el barrio entero. Pasó la cerda de Matías, único ejemplar de la raza porcina existente en la colonia. Era un corpulento animal de cría, de robusto hocico y largas orejas que le tapaban los ojuelos. Durante todo el día se buscaba la vida libremente, husmeando por todos los montones de inmundicias. Los perros vagabundos la respetaban porque tenían sus fuertes colmillos, que alguna vez hicieron presa implacable en más de un imprudente, rompiéndole los huesos y devorando luego sus partes blandas, en vivo, mientras la víctima se estremecía convulsa y agonizaba en un largo y lastimero aullido. A veces, cuando el hambre la obligaba a hozar con furia, su hocico, fuerte como una palanca de acero, llegó a poner en peligro algunas chabolas. Los chiquillos huían de ella, aleccionados por sus madres, que les repetían la historia del niño devorado por los cerdos. Era una bestia feroz, que imponía a todos la ley de su fuerza y de su apetito. Sin embargo, constituía el orgullo de su dueño. Cuando se refería a ella, solía decir:

—El animalito este es una mina. Me gana un jornal casi como el mío.

Y era verdad. Todos los años le regalaba unos ocho o diez lechoncillos, que suponían una pequeña fortuna para él. Y como su alimentación se la procuraba ella misma, en realidad, el bicho aquel resultaba ser un negocio sin posibles quiebras.

Algunas mujeres despeinadas y chancleteando salían a verter los cubos de las aguas sucias. Los chiquillos empezaban a abandonar sus madrigueras. La madre de

Magdalena abrió su tiendecilla de verduras, y por el puentecillo se dejó ver el traje negro y el sombrero de alas levantadas de don Óscar, el estanquero. El hospitalario quiosco del Araño, saliendo al paso de los que iban o venían de la ciudad, llevaba ya unas horas brindando copas de ardiente cazalla a los madrugadores...

Era el comienzo de un nuevo día, gris, miserable y hampón...

Antonio recordaba que cuando a él se le ocurrió edificar allí una casita, la suave hondonada que ahora ocupaba el barrio estaba completamente desierta. Era uno de tantos solares abandonados, sin dueño aparente, que existían ignorados por los especuladores. Por eso, cuando llegó allí con sus ladrillos y sus sacos de yeso, no encontró resistencia alguna. Él no pensó, ni por un momento, tampoco solicitar permiso a nadie.

Trabajaba en el mercado de Legazpi, llevándole las cuentas a un asentador, y necesitaba vivir por allí cerca. Aquel paraje solitario y tranquilo, a orillas del Manzanares, le gustó. Y en cuatro días, bajo la dirección de un viejo amigo albañil, levantó su casita. Pero le duró poco tiempo el disfrute goloso de la soledad.

Una tarde, al volver del trabajo, quedó sorprendido por la presencia en el solar de un cavador que trazaba a toda prisa el emplazamiento de otra casucha. El hombre aquel trabajó hasta bien entrada la noche. Seguramente durmió allí mismo, y al día siguiente continuó febrilmente su tarea. Así, cuando Antonio regresó otra vez a su casa, se encontró con que ya estaban levantadas las cuatro paredes y cubiertas, a guisa de techo, con las lonas que en los talleres de enfrente arrancaban a los viejos vagones del ferrocarril.

Antonio se acercó a saludar a su vecino. Éste resultó ser andaluz, procedente de un pueblo de la provincia de Granada.

—Me llamo Fernando, pero allá me conocen por el Pingo.

Tendría unos cuarenta años. Y era fornido, con la piel muy morena, quebrada por los vientos y las solinas. Un típico campesino andaluz, pero de ojos gatunos.

Las cosas no andaban muy bien en su pueblo. Allí la tierra era de unos pocos y los arrendatarios podían considerarse como unos seres privilegiados, porque aunque el precio fuese caro, la tierra siempre da y, en el peor de los casos, permanece como algo sólido, palpable. La tierra siempre encierra una esperanza; la tierra, seria, sumisa, dispuesta, siempre dispuesta a la nueva cúpula, como una esposa mil veces poseída...

Mucho peor era la situación de los que no conseguían tierra en alquiler. Su sustento y el de sus familiares dependía únicamente de los jornales que podían conseguir en las fases del ciclo agrícola en que las faenas se presentaban con carácter urgente e inaplazable.

Fernando el Pingo resumió así su situación:

—Me dijeron que en el Brasil necesitaban campesinos; que a todo el que va le dan tierras, y me vine a Madrid para arreglar los papeles con el fin de poder marcharme. Pero vi que aquí comen sin navaja, a puñaos, y me he dicho: «Fernando,

tú te quedas aquí».

Y se quedó. Pronto trajo a su mujer y a sus hijos. Entre todos construyeron otra casita más amplia, y la primera se la vendieron a un cuñado que se vino también del pueblo, engolosinado por las halagüeñas informaciones del Pingo. A continuación fue un primo, después un hermano y luego un amigo de la misma quinta. El Pingo construía casas para todos. Ése, el de constructor de chabolas, fue su primer negocio en Madrid.

Así fue poblándose el solar. Hubo chabola que se construyó en una noche. La corriente emigratoria de Andalucía fue llegando a la ciudad en olas intermitentes que morían en la rompiente de los suburbios. Aquí se polarizó la procedente de la provincia de Granada. Debido a la forma anárquica en que fueron brotando las toscas edificaciones y a la indisciplinada conducta de sus habitantes, a alguien se le ocurrió decir que aquel abigarrado campamento era una colonia sin ley. Y con este nombre se quedó, aunque le hubiera cuadrado mejor el de aduar,^[13] porque eso era, como si estas gentes, al poder producirse espontáneamente, se hubieran dejado arrastrar por el viejo resabio moruno, en vano contenido por cinco siglos de municipio castellano.

Todo el censo, pues, de la colonia lo constituían familias andaluzas, excepto dos: la de Emilio, que era asturiana, y la de Rogelio, un madrileño empleado en el Metro, cuya mujer, Andrea, se daba aires de gran señora y anatematizaba con un profundo desprecio a toda aquella bullente y pintoresca vecindad.

—Es una chusma pringosa, señor Antonio —solía decirle—. Digan lo que digan, son gitanos y nada más que gitanos.

La pobre mujer soñaba con un piso en cualquier parte de la ciudad, con tal que estuviese lo más lejos posible de aquellos parajes. Y aprovechaba cualquier oportunidad para sacar a colación la calle de Goya, donde sus padres aún conservaban un ático, de donde ella saliera cuando se casó. Aquello era vivir como las personas, y aquélla sí que era una calle con casas, y tiendas y cines de verdad... ¡Aquella calle era Madrid!

Antonio le preguntaba siempre que se la encontraba:

—Qué, ¿y lo del piso, Andrea?

—Nos han dado muy buenas esperanzas sobre los que están construyendo en Carabanchel. Mi marido dice que esta vez va de veras...

—Pero Carabanchel no es la calle de Goya...

Ella ponía entonces los ojos en blanco.

—¡Huy, la calle de Goya! Y pensar que una ha vivido allí toda su vida y verse ahora entre estos beduinos... ¡Es para morirse!

Cuando no en Carabanchel, era en Ventas, o en Cuatro Caminos, o en Vallecas... Ella tenía siempre un piso al alcance de su mano. Y mientras, fregaba y fregaba suelos y puertas y encalaba las paredes para dar a su chabola un aire de decencia y una sonrisa de civilización.

Andrea no pudo escapar a la manía de los apodos entre sus convecinos, y a ella le

pusieron el de la Marquesona. Fue el Pingo el que la rebautizó. Y a ella le gustó.

—Siempre es mejor que la llamen a una la Marquesona que no la Pinga...

Antonio había escogido la soledad, pero el Destino le obligó a vivir en medio de gentes díscolas, discutidoras, agresivas y superlativamente sucias. Cuando llegaron las primeras irrupciones de pobladores e intuyó la inminente invasión, estuvo tentado de huir de allí, abandonándolo todo. Después de una vida asendereada y de una tan copiosa cosecha de fracasos y decepciones a lo largo de ella, le daban miedo los hombres y sentía, además, una instintiva repugnancia por las multitudes. Para él éstas eran siempre brutales e ininteligentes. Para concretar este pensamiento solía emplear un símil de sus tiempos de músico:

—Un fagot es un fagot; dos fagots, medio fagot; tres fagots, ningún fagot.

No pudo huir. El interés humano por aquellos seres que llegaban allí envueltos todavía en el olor de la tierra le retuvo.

—Son seres negativos, como yo —se dijo—. Mi sitio está entre ellos.

* * *

Sus primeros recuerdos arrancaban del hospicio de Sevilla. ¿Quiénes fueron sus padres? No lo supo nunca. Durante cierto tiempo, cuando ya andaba libre por el mundo, le dominó la obsesión de descubrirlos. Cada hombre o mujer desconocidos que topaba, en edad suficiente para haber podido ser sus progenitores, los examinaba cuidadosamente, tratando de sorprender en ellos cualquier rasgo físico, cualquier gesto que pudieran establecer una correlación con los suyos propios. Muchas veces sufrió el efecto de un espejismo, y a cada titubeante esperanza siguió siempre una inapelable decepción.

Por aquel entonces estuvo siguiendo los pasos de una mujer y logró reconstruir toda su vida. Había un punto oscuro en ella; pero a fuerza de tiempo y de tesón en sus pesquisas logró aclararlo. Era una solterona de buena familia que había tenido un hijo. La criatura fue ocultada entre la numerosa prole de un cortijero. Pero el niño murió antes de cumplir un año. Lo supo porque el mismo cura del pueblo le dejó leer la partida de defunción.

Otra vez fue un chalán, borracho y pendenciero. Tenía el mismo color de sus ojos y el mismo tono de voz. Y hasta ciertas gesticulaciones al hablar parecían gemelas de las suyas propias. A éste le abordó en una taberna, tras haber conseguido su amistad pagándole muchas copas de cazalla durante unos días.

—¿No ha tenido usted hijos?

El hombre aquel le guiñó un ojo.

—Las malas lenguas dicen que muchos —contestó, vaciando la copa de un trago.

—¿Y no recuerda ninguno?

—El otro se echó a reír.

—Pero, niño, ¿tú crees que yo soy un ama de cría? Los hijos son para las

mujeres, que los desean y que los quieren. Un hijo... Bueno, ¿y para qué queremos los hombres un hijo?

Antonio no quiso desanimarse todavía, aunque aquella vaharada de bribonería le quemaba el rostro.

—Pero ¿no sabe de alguna que fuera a parar al hospicio?

El terne hizo un gesto como dando a entender que todo era posible. Luego se quedó mirando fijamente al muchacho, ardiéndole los ojos de malicia. Antonio se sintió molesto por el brillo burlón de las pupilas alcohólicas y se sonrojó.

—Es que yo..., ¿sabe? —dijo tartamudeando, sin saber cómo continuar—. Es que tal vez yo...

—¿Has salido tú del hospicio, muchacho?

Antonio hizo un silencioso gesto afirmativo, asomándole a los ojos toda la emoción y la angustia que embargaba su ánimo.

—Conque eres un bastardo, ¿eh?

Y el hombre reía otra vez hasta temblar.

Para Antonio, la risa del energúmeno fue como una descarga de golpes brutales: bofetadas, puntapiés, salivazos... De buena gana le hubiera matado; pero la sensación de su profundo ridículo le dejó sin fuerza. No pudo hacer otra cosa que salir corriendo de allí, huyendo de la risa que le golpeaba.

Cuando pudo pensar fríamente, las pesquisas realizadas en busca de sus padres le parecieron estúpidas, efecto de un absurdo delirio sentimental. Las abandonó definitivamente, y poco a poco fue decreciendo su interés por conocer a sus progenitores. Por último desapareció, y sólo en contadas ocasiones, cuando la vida le flageló demasiado y llegaba a un punto de dolor insoportable, afloró en su alma el dormido anhelo de haber tenido una madre...

No conoció más afecto que el de sor María, una de las monjas del hospicio. Pero era éste un cariño lleno de alternativas, cambiante, como el de todas las mujeres que no han sido madres: agridulce, como el de una tía solterona. Sor María era buena y le dio todo el amor y le prodigó toda la ternura que ella era capaz de sentir. Y él la recordó siempre con veneración. Una vez escribió un artículo que se titulaba «Santa María del Hospicio», saliendo al paso de ciertos ataques contumaces que se dirigían, sin discriminación, a las mujeres de hábito religioso. Su pluma salió al palenque por ella, desafiando las iras de todos, revolviéndose contra su nueva familia adoptiva.

Fue acólito y cantó en el coro. Aprendió música y latines. Su alma, sensibilísima, se impregnaba de incienso. Y un día cualquiera, entre el rumor de los rezos, creyó oír la voz que le llamaba al claustro. Tenía ansias de sufrir, de cargar con la cruz de todos, donde su carne fuera crucificada y donde su corazón se rompiese como un ánfora rebosante de caliente amor.

Ingresó en una orden austera y contemplativa, cuya casa novicial se hallaba en una pequeña ciudad de la provincia de Cádiz. La quietud, el silencio y el continuo soliloquio exaltaron su imaginación. La lectura y meditación del Evangelio le

saturaron de misticismo. En el momento cumbre de su transfiguración cayó en sus manos una apasionada y lírica biografía de San Francisco de Asís. Tanta poesía, tan generoso desprendimiento, tal volcán de amor como se desprendían de la historia del Pobrecillo, le turbaron profundamente. Fue como un dulce veneno, como una droga heroica que no pudo contrarrestar. Y le poseyó una alta fiebre espiritual. Ingrávido, delirante, obseso, se lanzó a una aventura mística que, derivando luego por otros cauces, habría de consumir la mejor parte de su existencia.

No pudo soportar la inactividad del convento. Creía que la causa del dolor humano se podría destruir recorriendo el mundo y predicando el viejo amor del Sermón de la Montaña. Y una tarde, sin más pertrechos que su entusiasmo y su inexperiencia, echó a andar campo adelante. Por primera vez durmió a la intemperie, bajo un dosel de estrellas, y soñó que los hombres le creían y marchaban tras él en busca de Dios...

Pero nadie le hizo caso. Los más se burlaron de su ingenuidad, y algunos le persiguieron y le apedrearon. Le expulsaban de las aldeas como a un loco o a un idiota. Anduvo errante por campos y bosques. Pasó hambre y frío. Y, mientras el temor le hacía esconderse de los hombres, se preguntaba a sí mismo:

—¿Por qué me pegan? ¿Por qué? Si yo no quiero hacerles ningún mal... Si vengo a traerles consuelo... Si yo traigo la paz...

No conocía el verdadero estado de los hombres. Tenía un concepto literario de su dolor. Desconocía al mundo, y aunque hasta él habían llegado algunos vagos rumores de la tragedia humana, estaba muy lejos de la verdadera entraña del problema. ¿Qué sabe el ruiseñor de la oscura vida de la ínfima fauna que hierve en los pantanos?

El velo empezó a descorrerse ante sus ojos en la gañanía^[14] a donde fue a parar. Allí, de cerca, y hora tras hora, fue aprendiendo la verdad. No era un problema simple de amor. Una complicada trama de intereses, de supuestos derechos y de prácticas tradicionales, constituía una espesa red que aprisionaba al hombre. Éstos no eran específicamente malos, no. Las malas eran ciertas ideas que les servían de norma y de pauta. Lo verdaderamente perverso era el ambiente, fruto de esas normas y de esas prácticas abusivas. Todo estaba de acuerdo con la ley, pero era ésta la que establecía y consagraba aquellas diferencias abominables. Esas leyes eran como látigos mordientes que reducían a una verdadera esclavitud a muchos hombres. En virtud de ellas había quien ejercitaba una satrapía cruel y despótica sobre los demás, siendo en el fondo buenas personas, pero que obraban así inocentemente, siguiendo una tradición y produciéndose con arreglo a una mentalidad cristalizada en el decurso de los siglos. Sus acciones expoliadoras estaban ordenadas por un viejo derecho indiscutible. Así, un hombre ahíto podía ver, impertérrito, cómo otro perecía de hambre. Él no tenía la culpa, y ni por un momento se sentía responsable. Siempre fue así y así tenía que seguir siendo. En este estado de cosas, el único delincuente, el único reo, era el pobre como si purgara el horrendo pecado de haber sido pobres sus

cient generaciones de antepasados. No, no eran de por sí malos los hombres. Y no era aquél un simple problema de amor. Era un problema de justicia. El amor vendría después...

Precisamente por aquel entonces las gañanías eran foco de propaganda anarquista. De noche y subrepticamente llegaban a ellas hombres pálidos y de ojos febriles, que explicaban de una manera clara y simple la tremenda injusticia social. El mensaje de aquellos hombres era una llamada a la ira, a la terrible ira vengadora. Sus palabras, como gotas de plomo hirviente, perforaban la ruda sensibilidad de los gañanes. Los propagandistas sabían demasiado que para despertar la acción de aquellas gentes no bastaba convencer, sino irritar. La única fuerza motriz de las castas aherrojadas es el rencor. Y lo despertaban, lo acrecían y lo cuidaban, fiados en que sería la bomba que, al estallar en un momento dado, derrumbaría estrepitosamente el edificio social.

Otra de las armas de estos hombres en la captación de prosélitos ardientes era el fulgor poético y sentimental de sus teorías, simples, infantiles y rudimentarias. Llamaban compañeros a los campesinos, les traían palabras de aliento de todos los parias de la tierra y, ante el espectáculo mismo de su vida miserable, les describían las bellezas de los futuros paraísos ácratas: todo, de todos; ausencia de fuerza; fraternidad entre los hombres; el amor de los sexos, como una floración libre y espontánea... Y, como final, un rumor de canciones entre los campos en flor...

Estas reuniones solían celebrarse al amparo de las sombras, bien en una cueva, en el cauce seco de un río o bien en lo más intrincado de la maleza. Empezaban y terminaban con un apretón de manos y la palabra compañeros. Y cuando aquellos hombres desaparecían tan silenciosamente como habían llegado, quedaban en las manos callosas hojillas y folletos de propaganda para que no se olvidasen sus prédicas y para que el fuego, encendido ya, siguiera teniendo combustible para alimentarse y crecer.

Antonio asistió a muchas de estas asambleas clandestinas y devoró ávidamente toda aquella nueva literatura, que propugnaba la ira, la violencia, la destrucción. Había que llegar al paraíso a través de un campo de ruinas. Contra el estado de cosas imperante, el supremo argumento: la bomba de Bakunin... Y su alma, que se impregnara de incienso y que flotara en la música gregoriana de las cogullas; su alma mística, generosa y arrebatada, vibró con un nuevo acorde trágico y se hizo huracán. Se inflamó y ardió. Para la tea anarquista, su corazón fue como una pira de leña resinosa y seca.^[15]

Desde aquel punto fue un agente incansable de las nuevas ideas. Desde su centro irradió una activa y eficaz propaganda a todas las gañanías de los alrededores y estableció conexión con las fuentes matrices de la ciudad. El entusiasmo y la pasión le hacían arder constantemente como una lámpara votiva. Y pronto un sordo rumor de agitación, como de mieses batidas por el viento, se extendió por toda la campiña.

Los campesinos le escuchaban como hipnotizados, y hasta sus mujeres, transidas

siempre de dolores de parto, se sintieron conmovidas por su palabra ardiente y por sus rosadas profecías, y creyeron que una nueva vida, más femenil y tierna, se anunciaba, como una espléndida aurora, sobre la noche de la gleba. Las mujeres fueron sus auxiliares más perennes y fieles. Ellas servían de correo y enlace entre los diversos grupos; ellas escondían la peligrosa literatura; ellas animaban a los hombres y le envolvían a él en un clima de ternura y de admiración. Las llamaba compañeras y hermanas, y su fría e invulnerable castidad alejó de sí hasta la sombra de cualquier sucia sospecha.

Pero su mismo ardor y su inexperiencia atrajeron sobre su persona el rayo de sus enemigos. Las indiscreciones, propias de todo movimiento proselitista, y la frecuente y voluminosa correspondencia que recibía de Sevilla, le dejaron pronto al descubierto ante los cien ojos sobresaltados de los mantenedores del orden. Y una noche, cuando dormía confiadamente en la cuadra sobre un montón de tamo^[16] y envuelto en las mantas de las bestias, fue despertado bruscamente. Pasada la momentánea ceguera que le produjo la luz del farol enfocado sobre su cara, percibió la presencia de una pareja de la Guardia Civil y, detrás de ella, un grupo de rostros atemorizados.

—¡Levántese! —le ordenaron.

Estaba vestido y se puso en pie de un salto. Y otra vez la misma voz:

—Eche para adelante.

Quiso coger sus ropas y sus libros. No se lo permitieron. Sin darse cuenta aún de lo que le acontecía enderezó sus pasos hacia la puerta de la cuadra. Un grupo de campesinos le miraba en silencio. Creyó leer indignación en algunos ojos, pero canina cobardía en los más. Se despidió de todos con una mirada intensa. Y les mostró cómo se puede marchar sin miedo y sin temblores hacia el destino incierto de la noche y de los fusiles...^[17]

Fuera brillaba la luna fría de marzo. Se estremeció involuntariamente al beso helado de la campiña. Entre las densas sombras de la noche que bordeaba el camino percibió suspiros y llantos de mujeres. Y esto le reconfortó como una bebida caliente.

Salieron a la carretera; él, delante, y detrás, la pareja. En una revuelta, y de reojo, pudo ver a los guardias. Eran dos tipos altos, cetrinos, de poblados bigotes negros. Hieráticos y silenciosos, dos sombras alargadas. Dos rostros lunares, dos almas tal vez tristes. ¿En qué irían pensando? Tal vez en acabar pronto el servicio y volver al lecho caliente. No osó preguntarles nada. ¿Para qué?

Amanecía temblorosamente. La luz venía en alas del viento, que rizaba de olas los inmensos trigales. Ya podía ver ante sí la interminable cinta de la carretera... De pronto se detuvieron los guardias. Él hizo lo mismo. ¿Qué pasaba ahora? Sonaron las culatas de los fusiles al ser apoyados en el suelo y el rechinar de las botas... Cerró los ojos. Y se le antojó hermoso morir al amanecer, entregar el espíritu en las manos blandas de aquel viento.

Le pusieron una mano en el hombro y se estremeció. El más viejo de los guardias,

de cara verde y dientes amarillos, le habló:

—Ahora siga adelante, siempre adelante. Y no sea tonto: no vuelva más por aquí, no vuelva ni siquiera la mirada...

El otro guardia carraspeó, aseverando las palabras de su compañero. Ni una palabra más.

Antonio, sin esperar nuevas órdenes, reanudó la marcha. ¡No iba a morir, no! ¡Quedaba en libertad! No temía a la muerte, pero aquella repentina seguridad de vivir le estalló en el pecho como una catarata de luz y de alegría. Se sintió liviano, como si el viento le llevase en volandas, y optimista como el navegante perdido que avizora en el horizonte el perfil de una nueva tierra, desconocida y fantástica... Casi corría, sin sentir cansancio, ni hambre, ni sed.

Así anduvo muchos kilómetros. Cuando se detuvo, tras varias horas de caminar, era ya pleno día. Entonces se volvió a mirar el camino andado, y hasta donde alcanzaron sus ojos no pudo distinguir ya ninguna silueta de Guardia Civil perseguidora. Sintió de pronto toda la fatiga acumulada y el cosquilleo del hambre. Se sentó al amparo de un talud. Un dulce desmayo le fue dejando inmóvil e insensible. Y se durmió pensando en la ciudad, donde tantos hombres decididos le esperaban...

En la ciudad entró de noche, como una sombra misteriosa y cargada de presagios, como un espíritu insomne que habría de interrumpir el sueño de los que en esa hora dormían confiadamente.

* * *

En Sevilla se puso en contacto rápidamente con los grupos de acción, formando en sus filas. Para no infundir sospechas y ganarse la vida, ingresó en una orquesta de café que se desplazaba con frecuencia a los pueblos de alrededor. Aquella primera fase la pasó oyendo y estudiando. Por sus manos discurrió todo un acervo de ardiente literatura subversiva. Libros y más libros de autores exóticos, que hablaban de estepas y de gemir de esclavos, de fuegos purificadores, de cataclismos sociales inminentes, de mesiánicas promesas deslumbradoras. Absorto en su catequización, no oía el estampido de las bombas que estallaban en su torno, ni el crujido de lo que amenazaba desplomarse por doquiera. Ni contaba los hombres que desaparecían, ni escuchaba los ayes de los que iban cayendo.

Eran aquéllos años de conmoción profunda, cuando hasta el aire de fandanguillo y de fiesta de Hispalis se impregnaba del hedor de las trincheras de Europa, y se dramatizaba con las ondas de perturbación que llegaban de la gran explosión de Rusia. Los episodios de la revolución bolchevique le enardecían. Y hubiera cambiado de rumbo a no ser por la intervención rápida y tajante de su maestro, un viejo zapatero remendón que había conocido a Reclus y a Bakunin.

—Lo de Rusia es una mixtificación abominable. Los bolcheviques han asesinado

la libertad y fusilan a nuestros compañeros...

Atracos, atentados, huelgas. El absurdo de una ciudad de señoritos flamencos convertido en crisol de la revolución proletaria, disputándole la hegemonía a Barcelona. Todo por el ardor frenético de unos minúsculos grupos de hombres delirantes...

Antonio fue pronto encargado de la fabricación de las bombas. Y sus finas manos femeniles, de seminarista y de novicio, fueron empleadas en rellenar de fulminantes y de explosivos viejas latas de conserva vacías. Él las fabricaba y las repartía, atendiendo las apremiantes demandas de los grupos. De su laboratorio, en el sótano de la casa donde vivía un sochantre de la catedral, las sacaba ocultas en el estuche de su violín. ¡Quién podía pensar que aquel joven pálido, de ojos aterciopelados, cuya negra chalina le daba aire de poeta romántico, fuera un terrorista!

Las citas eran de noche, entre los cañaverales del río. Se reunían tras un complicado y un tanto truculento sistema de consignas y reconocimientos, que era una reminiscencia de las anacrónicas sociedades secretas del siglo decimonono. Cuando estaban todos presentes, Antonio procedía al reparto y a dar las últimas instrucciones sobre las características y maneras de utilizar con eficacia y sin peligro los mortíferos artefactos. En muchas ocasiones tuvieron que lanzarlos presurosamente al río ante la súbita presencia de los acharolados tricornios de la Guardia Civil, atraída allá por alguna confidencia.

Cuando adquirió cierta maestría en la fabricación de pequeñas bombas que, aparte los sustos, no conseguían sino arrancar un trozo de valla o desvencijar una puerta, cifró su empeño en la construcción de una grande que pudiese volar un gran edificio. Y lo consiguió. Pesaba doce kilos. Y se creyó en el caso de probarla él mismo. ¿Qué mejor objetivo para el estreno que una comisaría de Policía?

Y una hermosa noche de verano, acompañado de otro terrorista, y llevando la bomba oculta en una cesta de mimbre, se fue a verificar la eficacia de su invento. Frente a la comisaría se abría una plazuela con árboles y bancos públicos. Como hacía tanto calor, los guardias y los agentes de servicio se hallaban sentados fuera en mangas de camisa, tomando el fresco. Los dos anarquistas comprendieron que para realizar su propósito era necesario que aquellos hombres se recluyeran dentro del edificio. Y se sentaron a su vez en uno de aquellos bancos públicos, decididos a esperar el momento propicio.

Pasó quizá una hora, y ni guardias ni policías parecían dispuestos a seguir los ocultos deseos de sus victimarios. Por otra parte, era peligroso permanecer tanto tiempo en el mismo sitio. Dos hombres jóvenes, silenciosos y custodiando una cesta a aquellas horas podrían levantar sospechas. Más de una persona se les quedó mirando al pasar y otras, sentadas en bancos próximos, empezaron a cuchichear.

Antonio tuvo la idea de que el mejor sitio para esperar sería un cine al aire libre que había allí cerca. El portero no les quería dejar entrar con aquel bulto. Tuvieron que engañarle diciendo que eran dos forasteros que no querían dejar en la posada la

cesta con la comida y con los regalos que habían traído del pueblo, por temor a que se la robasen.

El portero se sintió superior y los dejó pasar. El cine estaba de bote en bote y tuvieron que ir a ocupar sus asientos llevando la cesta en vilo y pasándosela por encima de las cabezas de algunos espectadores dormidos. Hubo protestas y pullas por parte del público y sudores por parte de los terroristas. Al fin ocuparon su localidad; pero era tan exiguo el espacio libre entre las hileras de asientos, que tuvieron que colocar la cesta sobre las propias rodillas.

La gente iba a aquel cine, más que para ver viejas películas incompletas, a tomar el fresco cómodamente. Por eso algunos espectadores roncaban plácidamente y otros se levantaban con frecuencia para refrescarse con gaseosa. Y cada vez que uno de éstos pasaba por delante de los anarquistas, ponía en peligro, sin sospecharlo siquiera, la vida de todos los concurrentes. Antonio y su compañero se las veían y se las deseaban para poder dejarle paso franco. En estos apuros, la cesta iba de un lado para otro y, a veces, recibía fuertes golpes. En uno de estos trueques se les escapó de las manos y ambos a dos se precipitaron a detenerla, consiguiéndolo a duras penas, sólo a unos centímetros ya del suelo. En la penumbra se miraron los dos hombres y a cada uno le pareció que su compañero estaba pálido como la muerte y chorreaba sudor. ¿Y si alguno de aquellos mozuelos zumbones se fijaba en el bulto y con sus burlas llamaba la atención general sobre ellos?

La tortura terminó al fin. Otra vez se asomaron a la glorieta, pero vieron que los guardias y los agentes continuaban sentados a la puerta de la comisaría. No era posible esperar más. Entonces su acompañante se acordó del nombre de un periódico reaccionario que mantenía una campaña feroz contra los anarquistas pidiendo a gritos la adopción de medidas enérgicas por parte de los poderes públicos para extirpar de raíz aquel cáncer social.

—Has tenido una buena idea —dijo Antonio—. Vamos. Ellos merecen ser los elegidos.

Era una estrecha callejuela donde las tinieblas se remansaban. Ni un alma pasaba por allí. Rápidamente colocaron la bomba en la boca del respiradero del sótano, prendieron fuego a la mecha y echaron a correr. Desde la esquina pudieron ver sus últimos chisporroteos. Luego, una terrible explosión paralizó de espanto el corazón de la ciudad.

—Dame un cigarrillo —pidió Antonio a su compañero, y, cuando lo hubo encendido, añadió—: Ahora, separémonos.

Se fueron por calles divergentes. Sonaron unos locos disparos en la noche y voces de gentes despavoridas. Antonio no tenía el vicio del tabaco, pero encendió el pitillo para concentrar en él su atención y olvidarse momentáneamente del drama que dejaba atrás. La lumbre de su cigarro fulguraba o se oscurecía alternativamente, como si siguiese el mismo compás angustiado de su corazón.

Se tropezó con un guardia.

—¿No ha oído?

—Sí. Allá lejos...

El guardia siguió corriendo. Antonio respiró más tranquilo. Sobre el arroyo chisporroteó un segundo el cigarrillo abandonado y el anarquista se perdió entre las sombras.

* * *

La bomba arrancó parte del muro de la casa del periódico. Afortunadamente, no hubo que lamentar víctimas humanas, pero entre los escombros apareció, intacta, la cesta de mimbre, como un mudo testigo acusador. Las gentes de la plazuela, el portero del cine y algunos espectadores la reconocieron. La Policía siguió la pista.

Seis meses en la cárcel. Seis meses de concentración, de paladeo del propio sacrificio. En la calle sonaba su nombre como el de un héroe. En múltiples periódicos, revistas y hojillas volanderas, su efigie... Antonio aspiró a pleno pulmón el aire tóxico de la gloria.

La cárcel no le quebrantó. Le exaltó. Fue su bautismo revolucionario. Remachó a fuego sus creencias. Y salió de allí con mayores ansias de lucha, como un obseso, como un iluminado. Seguramente su mayor deseo, su más alta ambición por aquel tiempo hubiera sido eruirse en la barricada como una bandera y morir gritando: «¡Compañeros!»

Las convulsiones sociales persistían. Fue enviado a Málaga, a Granada, a Cádiz. Ocupaba las tribunas, escribía en los periódicos. Era un orador que provocaba fácilmente el delirio del auditorio. Y cuando escribía, su pluma repetía hasta el infinito el eco de su propia voz.

Nuevas detenciones, huidas, subterránea vida de conspirador profesional. No supo nunca cuándo ni qué comía, ni dónde dormiría cada noche. Se quemaba como una tea. En realidad, sus estancias en la cárcel constituían para él períodos de verdadero descanso, que empleaba para recapacitar y acumular energías.

En una de estas ocasiones fue a verle sor María. Contra lo que él se temía, ella no le reprochó nada. Le llevó ropas y golosinas. Casi no pudieron hablar de emoción. La monja sólo le preguntó si pasaba frío y hambre y si se acordaba alguna vez de ella. Él la tranquilizó, conteniendo a duras penas el llanto. Al marcharse, le recomendó la buena mujer:

—Y no te olvides de Dios, hijo mío, aunque te olvides de mí.

Es cuando escribió el artículo titulado «Santa María del Hospicio». Lloró mientras lo escribía. Sor María murió poco después y, cuando lo supo, comprendió que había perdido definitivamente la única madre posible para él. Instintivamente pidió al Dios de su niñez que concediera a sor María la entrada en el paraíso que debe haber para todas las madres buenas. Un paraíso desde el que nos ven y nos siguen hablando cuando dormimos...

* * *

De mujeres, eróticamente hablando, no tenía la menor experiencia. No sabía aún lo que era un beso en los labios húmedos y fragantes de una mujer. Su absorbente vocación revolucionaria, la febril actividad de las conspiraciones y la inseguridad de su vida no le permitieron el más ligero asomo de aventura. Su corazón se daba entero a la lucha y se desangraba en el amor a los hombres. Cualquier desviación hubiera disminuido considerablemente el ímpetu de su acción y de su pensamiento. Él sabía que la mujer es como un remanso en el recodo de un río, un remanso demasiado hondo que, a veces, absorbe toda el agua de un caudal y la paraliza en un éxtasis inútil... Esto lo consideraba él como un pecado imperdonable en un anarquista militante. Por otra parte, desde sus comienzos, y hasta su pubertad, desechó, como absurda, la idea de su fusión anímica y carnal con una mujer. No es que huyera de la mujer. Es que en sus idas y venidas en sus roces con ella, tanto en los momentos simples de la vida como en los dramáticos de su acción contra la ley, no la veía como hembra. Ni se enteró nunca de los ardores que despertaba entre ellas. Él pasaba entre las cabeceantes rosas como un frío aire de montaña.

Sin embargo, hubo de tropezarse con el amor. Fue en una de aquellas jiras campestres a que tan aficionados eran entonces los anarquistas. En realidad, estas jiras eran inocentes pretextos que encubrían el sistema que empleaba la organización para efectuar nutridas concentraciones de militantes y neófitos en determinados puntos de la campiña, lejos de la vigilancia del enemigo.

Llegaban los convocados por diversos caminos convergentes, en pequeños grupos, con aire dominguero, con sus morrales al hombro y cantando alegremente. En el sitio elegido, mientras los catecúmenos se dedicaban a la organización del efímero campamento, los militantes activos, hombres y mujeres, se reunían para discutir y resolver los asuntos específicamente revolucionarios. Se estudiaban planes de acción y puntos de doctrina, y se tomaban aquellas determinaciones que el desarrollo de los acontecimientos impusieran. Durante la comida, realizada en grandes corros, alguien que llevaba la voz cantante proponía temas de discusión general sobre los resultados de los últimos movimientos vindicadores de la clase obrera. Por último, y antes de dar comienzo al esparcimiento general, un destacado militante, casi siempre forastero, dirigía una exaltada arenga a la concurrencia.

Ella era hija de un intelectual anarquista, cuyas dos cualidades había heredado. Y se llamaba Minerva, por esa infantil predilección de los anarquistas por los nombres y los mitos clásicos. Tenía apenas veinte años y todos los hombres la consideraban hermosa. Ella podía o no saberlo, pero no hacía nada por resaltar o acentuar su belleza. Vestía con suma sencillez, y su aliño respondía únicamente a una preocupación de salud e higiene.

Minerva vivía entregada también a la acción revolucionaria. Era una

propagandista infatigable. Y para ella el amor era un mito, nacido en la holganza animal de los gineceos. No pensó nunca en el hecho de que un día pudiera llegar a ser madre. Y cuando por azares de la conversación se encontraba con este tema, exponía una concepción puramente intelectual y eugenésica del mismo, pero sin inmutarse por su mecánica misteriosa.

La lucha los aproximó. Y desde el primer momento ella se sintió turbada por los efluvios de aquel joven compañero con aire de seminarista, de mirada frecuentemente perdida en ausencia y que, de pronto, se erguía ante todos con los fulgores de los predestinados. Quizá fuera inicialmente una simple admiración de sus dotes intelectuales, o tal vez la impresión de encontrarse frente a un hombre con la menor dosis posible de animalidad. El caso es que, poco a poco, fue absorbiendo su atención y señoreándose de su espíritu. Y un día se dijo a sí misma, ruborizándose a solas, que lo amaba. Entonces se miró al espejo y sintió el inefable gozo de saberse hermosa. Y desde ese momento ya no deseó otra cosa sino que él se sintiera atraído por el mismo misterio.

Durante todo aquel día Minerva estuvo más atenta a Antonio que a todo lo que allí se hacía o se hablaba. Por primera vez en su vida, la dialéctica revolucionaria le pareció una jerga insoportable. No intervino en las discusiones y únicamente escuchó con interés los razonamientos de Antonio, y más que por lo que decía, porque su voz le retumbaba dentro de sí en ecos prolongados que seguían el mismo camino de su sangre. Cuando llegó la ansiada hora de la dispersión, se las compuso de manera que quedo emparejada con él.

Era ya de noche. Bajaban por una estrecha senda entre cañaverales. Después de un día de intenso calor, la Naturaleza, como suspensa y atónita hasta entonces, empezaba a revolverse, a desperezarse. Daba la sensación de que todas las plantas se estirasen y alisaran sus arrugados vestidos para recibir al novio enamorado y acariciador que bajaría del monte. Y en efecto, unos rizos del aire anunciaban la llegada del viento serrano, repartiendo besos y aromas de tomillos.

Iban hablando de generalidades. Antonio aún repetía, una vez más, las ideas que aquel día se habían controvertido. Hablaba mirando a lo lejos. Por el contrario, la muchacha tenía los ojos clavados en él, cuya sombra la envolvía completamente. De pronto Minerva le interrumpió para preguntarle:

—¿Tú no crees, sin embargo, que la vida es hermosa y nos reserva a todos momentos de intensa felicidad? Aunque sólo sean momentos. ¿Tú no lo crees así?

Frente a ellos fulgían las luces de la ciudad. Era una claridad fantasmagórica que corría sobre la lámina del río hasta perderse en las frondas lejanas. Antonio suspiró como saliendo de un sueño y dejó que le entrara por las pupilas la visión estremecedora del nocturno. Una voz corría por los campos: la polifonía de millones de seres vivos que entonaban en las sombras la canción de las especies. El vaho mismo de la tierra era sensual como una caricia.

—Tienes razón —dijo Antonio tras un breve silencio—, y más hermosa sería si no

la empañara de tristeza la maldad de los hombres. A mí todo me parece enfermo de melancolía. La vida está triste, y es como la imagen de una mujer hermosa podrida por dentro...

Pero Minerva, saturada de perfumes campestres, transida de sensualidad, no podía compartir los negativos y lúgubres pensamientos de su camarada.

—A pesar de todo, yo en este momento me siento libre como el viento e ingrávida como las sombras —dijo, exultante—. Aquí no llega la garra de los tiranos. Este gozo mío no lo pueden estrangular las malditas leyes. Fíjate: la oscuridad lo iguala todo. No llora nadie a nuestro alrededor, ni vemos caras de seres hambrientos o embrutecidos. ¿No es un estado así, de calma, de sosiego y de amor, el que soñamos nosotros?

Él no contestó, pero se detuvo, impresionado por el embrujo de la noche. Minerva le cogió de una mano.

—Ven.

Salieron de la linde y subieron a una pequeña meseta desde donde se dominaba la noche del campo.

—Seamos felices unos momentos siquiera.

Y se sentó. Antonio hizo lo mismo. Entonces ella pellizcó la hierba y se llevó una brizna a los labios. Era un débil tallo que amargaba tenuemente. Luego se echó hacia atrás, quedando con el rostro vuelto hacia las estrellas.

Antonio se hallaba en una situación inesperada y se sentía incómodo. No quería mirar a la muchacha, tendida a su lado, aunque todo su ser, hondamente estremecido, estaba vuelto hacia ella, mirándola, oliéndola, acariciándola.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Antonio?

—Cualquiera sabe...

—Pues en que aún no conozco el amor. ¿Y tú?

—Tampoco.

Pareció pensar un momento, jugando entre sus labios con la brizna de hierba.

—Quiero que me digas una cosa, Antonio.

—Di.

—Sabes que soy joven y que me conservo virgen. ¿Sabes también que soy guapa?

—¿Por qué me preguntas eso «ahora»?

Comenzaba a indignarle la conducta de Minerva, que se le antojaba cruel.

—Porque me gustaría oírlo de tus labios precisamente ahora.

—Pues sí. También sé que eres bella.

—¿Mucho?

—Sí —contestó secamente.

El diálogo casi era una lucha, un forcejeo, en que parecía imponerse la voluntad de Minerva.

—Te quiero, Antonio.

¡Qué silencio más profundo! La voz que rodaba por el campo había enmudecido

de repente.

—Tengo que decirte yo lo que tú nunca me hubieras dicho a mí tal vez. Pero no me importa.

Y como Antonio callase, se incorporó un poco, reclinándose en él.

—Deseo ser tu mujer, tu compañera, tuya, tuya...

Él saltó como si le quemasen.

—¿Qué estás diciendo?

—Tuya, tuya...

Era un susurro que quemaba. La rechazó casi con violencia.

—No. Tú sabes que nosotros no podemos caer en eso.

Y se apretaba las sienes, como si fuera a saltarle la cabeza. Ella quedó desconcertada.

—Te olvidas de que mañana tal vez debemos jugarnos la vida. Te olvidas de que no nos pertenecemos. Legiones de seres hundidos esperan nuestra mano que los levante. ¿Se puede ser feliz cuando los demás lloran, cuando los demás sufren, cuando los demás mueren? ¿Cómo es posible que hayas podido olvidar todo esto?

Hablaba con tremenda ira. Hablando se recuperaba, sintiéndose más fuerte y enardecido a cada frase, y se aturdía, se aturdía con la música de sus propias palabras. A ella, por el contrario, todo aquello le sonaba a vacío sonsonete. Por primera vez se dio cuenta de que era absurda toda aquella retórica, absurda y peligrosa como un anuncio de demencia. Pero no pudo menos de admitir el espíritu de sacrificio y la indomable voluntad de aquel hombre.

Él se había puesto en pie y ella le imitó. Quedaron frente a frente, pero en ella se había desvanecido la demanda apremiante del sexo.

—¿Cuándo entonces? —preguntó débilmente, sintiéndose muy cansada.

—Cuando haya pasado todo esto, Minerva. Estoy seguro de que mañana pensarás lo mismo que yo ahora. Y estarás orgullosa de que hayamos podido vencer la tentación.

Minerva no estaba muy segura de que sucediera así. Se vio una mujer pobre, una femineidad más con la raíz clavada en la tierra y sus ramas tendidas al sol. No era más que eso y no quería ser ya otra cosa. Miró una vez más al hombre y vio que sólo era espíritu. Y notó como un soplo de aire frío de las montañas.

—Perdona. Nunca pensé que volaras tan alto. Tú eres un ángel, un ángel ácrata...

Y antes que él pudiese contestar, le estampó en los labios un beso ardiente y doloroso. Y salió corriendo. Antonio quedó paralizado, sin decidirse a seguirla ni llamarla. Pronto no quedó de ella más que una leve estela de rumores entre los cañaverales.

Había rechazado el amor como una flaqueza. Pero no se sintió orgulloso, sino triste. Acababa de confirmar su destino de sacrificio. Desde ese momento su mismo ardor combativo sufrió un eclipse. Entre su espíritu y las visiones utópicas se

interpuso una nube de melancolía cada vez más oscura, que había de entenebrece-
ya su existencia, hundiéndole en la noche sin esperanza.

Desde entonces, también en los círculos anarquistas se le llamaría familiarmente
el «ángel».

* * *

Y cayó, como tantos otros, en las mallas de la odiada ley. Le tocó sufrir la más
extraña de todas: la de conducción por carretera. Andar y andar, desde la mañana a
la noche, entre una pareja de la Guardia Civil. De un pueblo en otro, de una en otra
cárcel, bajo la lluvia y el sol, contra el bochorno y el cierzo. Así, durante un año
entero, estuvo recorriendo toda la Mancha, en un viaje sin objeto y sin fin.

Por la mañana temprano lo recogía una pareja de guardias y echaban a andar
los tres por la carretera. Mucho aprendió por esos caminos. Los guardias eran
hombres como los demás. Desde la noche en que le despertaran en la cuadra para
expulsarlo de aquel primer escenario de sus actividades revolucionarias, siempre se
los imaginó como seres astrales, de cráneo triangulados, ciegos, sordos... Pero la
verdad es que tenían hijos, y mujer, y vivían bajo el agobio de unos sueldos míseros,
como otros proletarios, y soñaban a veces, y a veces reían también bajo los adustos
bigotes. Tenían, eso sí, el alma almidonada de reglamento, pero sabían ser
transigentes y humanos en muchas ocasiones. Fue un descubrimiento para él. Se hizo
amigo de algunos de ellos y muchos días compartieron la comida como buenos
camaradas.

Las jornadas transcurrían entre largos silencios. El entonces pensaba y pensaba.
Ni todos los hombres de un lado son buenos, ni son malos todos los del otro. ¿Y
aquellos que permanecen indiferentes entre ambas líneas de fuego? En definitiva,
¿quién estaba en posesión de la verdad? La verdad que siempre creyó clara y
rutilante no debía de serlo tanto, porque al ser de tal manera evidente, nadie podría
negarla ni resistirla. Dos y dos son cuatro, a nadie se le ocurre decir que sean tres o
cinco. ¿Qué pasaba, pues, para que hubiera estado de guerra permanente entre los
hombres? En las madrugadas vio que lo luz y las sombras se confunden y que cuando
se separan nadie sería capaz de señalar la línea divisoria. ¿Dónde termina la verdad
y comienza el error? ¿Dónde?

Al llegar la noche ingresaba en el calabozo del pueblo donde finalizaba la etapa,
generalmente un camaranchón sucio y destartado, mal alumbrado las más de las
veces con una vela de sebo. Las ratas y los ratones solían contenerse al principio
ante la presencia del recluso. Salían de todos los rincones y desde el filo de las
sombras le observaban atentamente. Un círculo de ojos brillantes, como chispas de
fuego, se iba estrechando a su alrededor hasta lograr desasosegarle. Entonces se
levantaba rabioso y a puntapiés ponía en fuga la osada tropa de roedores.

Alguien le traía cada noche un jergón y mantas, un plato caliente para cenar e

incluso cartas y periódicos. Entre éstos, unos le traían el eco general de los acontecimientos del día en el ámbito mundial, y otros el de los avatares de la lucha revolucionaria. Sus compañeros no le olvidaban y habían hecho del ángel una bandera de agitación y propaganda. Todo seguía, no obstante, girando sin él en torno al eje del tiempo. La vida se deslizaba por su ancho cauce en el mundo mientras él permanecía varado en la orilla... Era casi como un muerto cuya errante memoria se va desvaneciendo en el aire, igual que una niebla matutina.

La letra de Minerva era grande y redonda. Distinguía rápidamente sus sobres y eran sus cartas las que abría con más emoción. Pasado algún tiempo, eran las únicas que leía. En ellas se translucían las fluctuaciones del espíritu de la muchacha y hasta el latido de su sangre. En una le decía: «Tenemos que redoblar nuestros esfuerzos, ahora que nos faltas tú...» En otra: «Es desesperante la lentitud con que pasan los días». Posteriormente: «No pienso en nada más que en ti. Nada me importan la organización ni los compañeros. Estoy harta de lucha inútil. Sólo me importas tú. Sólo espero tu vuelta...»

En muchos pueblos, sin embargo, la acogida era hostil y medrosa. Las gentes le miraban con recelo, e incluso los niños cesaban en su algarabía al verle pasar entre los guardias. El aire de estos pueblos era denso y amargo. Recordaba que una vez le encerraron en un calabozo cuya puerta enrejada daba a la plaza, y por delante de él estuvieron pasando y repasando hombres de mirada estúpida y niños curiosos, como por delante de la jaula del oso de los titiriteros. La plaza se quedó al fin sola y por todas las calles afluían el temor y el sueño. Sueño de sus pobladores, que es como la muerte. Temor de sus pobladores, que es como un cansancio triste. Ambos subían hasta la espadaña, y desde allí, como inmensas aves nocturnas, abrían sus alas y proyectaban sus sombras sobre el poblado. Al rayar la aurora, las campanas madrugadoras de la iglesia pusieron en fuga las tétricas alucinaciones. Mil ojos abiertos verían desde las alcobas acercárseles tímidamente la esperanza del nuevo día... «Con el crepúsculo irá a morir a la plaza, como una paloma herida», pensaba Antonio, y se dispuso a reanudar su marcha sin llevarse de allí ni si quiera su nombre.

El pesimismo fue calándole poco a poco hasta dejar una gota de frío en cada célula de su cerebro. Las noticias que le iban llegando eran cada vez más desalentadoras. Unos compañeros desertaban hacia campos más propicios al medro personal, otros se profesionalizaban en el ejercicio del terror y muchos claudicaban, ganados por el hedonismo... Un último grito de Minerva: «Sin el “ángel” la revolución no es pura». Y a renglón seguido: «¡Esto se hunde!».

La víspera de Navidad le dijeron que podía marchar libremente a donde quisiera, excepto a Andalucía. Él eligió Madrid. Los grupos de la corte le recibieron jubilosamente, «como al “ángel” que traía en sus sandalias de peregrino el polvo de todos los caminos de la Mancha y, en sus ojos, la visión de sus duros campos y de sus laceradas multitudes...». Pero él impuso rápidamente silencio a estos clamores

literarios de bienvenida haciéndose a un lado. El hombre de acción había muerto.

* * *

Se dedicó a la enseñanza. Abrió para ello una escuela en el Puente de Vallecas, en la que concentró todas sus facultades, seducido por el misterio albar del alma de los niños. No rompió del todo sus relaciones con sus antiguos compañeros, pero supo mantenerse a todo trance en la postura de un simple observador de los acontecimientos. Como un miope que contemplara desde su balcón el movimiento de la calle, así él, desde la isla en calma de su escuela, veía pasar la riada turbulenta, cenagosa y pestilente de las luchas sociales y políticas de aquellos años.

Pasaron la Dictadura y la República, y llegó la guerra. Y él seguía su vida de ermitaño, cada vez más plácida, más sencilla materialmente y espiritualmente más rica. Él, que fue como un ángel flamígero de la barricada, andaba ahora despacio, en silencio, mirándolo todo con ojos indulgentes. Y fue feliz, porque se había quedado sin deseos.

Fue durante la guerra cuando un día, al ir a solicitar algo para su escuela, se encontró en la sala de espera del organismo oficial con una mujer que compendia la historia de su juventud. Tenía el pelo ceniciento y magra, casi esquelética, la figura. Unas gafas de miope apagaban la luz de los que fueron bellísimos ojos negros. Desde que huyera a Francia con su padre al advenimiento de la Dictadura, no había tenido noticias directas de ella.

—¡Minerva!

—¡Antonio!

Sonrieron tristemente los dos, como avergonzados de su transformación física, porque ambos se sentía viejos y frustrados.

—Yo tengo una escuela en Madrid.

—Yo la tenía en Málaga. Ahora voy a regentar una en Jaén.

—Siempre andamos sobre líneas paralelas.

—Sí, pero las líneas paralelas se encuentran al final en el infinito.

—Eso dicen los matemáticos.

—¿Feliz?

—Tranquilo. ¿Y tú?

—Sin lágrimas.

Un corto silencio amargo. Y ella no pudo eludir el pasado.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

—¿No crees ahora que fue una locura inútil tu repudio de aquella noche? Había muchas estrellas en el cielo, Antonio.

—Muchas, muchas estrellas, Minerva.

—Y la vida hervía a nuestro alrededor.

—Era la juventud oscura e incierta siempre, como la noche.

—¿No te has arrepentido después?

Antonio se encogió de hombros.

—Es el destino. Nacimos, según se ve, para seguir caminos paralelos.

Se miraron a los ojos ansiosamente, desesperadamente. Pero la juventud estaba muerta, muerta y enterrada muy lejos, en aquel altozano circuito de cañaverales...

—¿Y tú crees en el infinito, Antonio?

—Es en lo único en que creo.

Le llamaron. Tuvo que dejar a Minerva para ir a exponer una petición ante un antiguo compañero que ahora ostentaba un alto cargo político. Cuando salió, Minerva había desaparecido. Ya no volvió a verla más. Y siempre que la recordaba, se decía: «¿Quién llegará primero a la cita que tenemos los dos en el infinito?».

* * *

El huracán de la guerra se llevó su escuela y le obligó a salir de su aislamiento. Acampó donde pudo por los alrededores de la ciudad y desempeñó cien oficios dispares. No se sentía por ello vencido, no. Cada día más indiferente y fatalista, pensaba que aquellos continuos cambios constituían una metamorfosis prevista e inevitable hasta que llegara a ser mariposa y levantase el vuelo... Nada importa, nada vale, nada permanece. La vida es un problema que no podemos descifrar ni resolver. ¿Para qué preocuparse? La explicación, si la tiene, llegará sola...

Cierto día, andando por Madrid, creyó reconocer a un hombre grueso que bajaba de un taxi y con el que casi se dio de bruces. Se quedaron sorprendidos, mirándose a los ojos.

—¡Caramba, el «ángel»!

—¡Ronquillo!

Habían formado parte de un mismo grupo en Sevilla. Ronquillo era un militante destacado, siempre dispuesto a las más arriesgadas empresas. Se perdieron de vista desde el momento en que Antonio empezó su peregrinaje forzoso por los campos de la Mancha. Entonces Ronquillo era un muchacho flaco y anguloso, de tez pálida y ojos febriles. Ahora era un hombre gordo y coloradote, de mirada maliciosa, con gruesas sortijas y reloj de pulsera.

—Llevaba ya muchos años apartado de la organización. Seguí la corriente. ¿Qué otra cosa podía hacer? Hoy, no es que sea rico, pero vivo bien. ¿Y tú?

—¿Yo?

No hacía falta preguntárselo. Antonio hizo un gesto como diciendo: «Pero ¿no lo ves?»

Ronquillo le propuso trabajar con él.

—Soy asentador en el mercado de Legazpi. Tú podrías llevarme las cuentas, ¿quieres?

Antonio aceptó. ¿Para qué negarse, para qué resistir al destino? Negativo, negativo de todas maneras, ¿qué más daba con éste que con otro, aquí que allá?

Al frente de su negocio, Ronquillo era como un capitán pirata en el puente de mando. Increpaba, maldecía, insultaba. Sólo le faltaba gritar: «¡Al abordaje!». Y se metía a puñados los billetes en el bolsillo del pantalón.

—Los bolsillos son mi caja —decía—. Cobro y pago, y lo que queda es mío.

¿Para qué más contabilidad? Pero había que hacer vales, hacer asientos en unos libros y toda una serie de prestidigitaciones con los números que él era incapaz de realizar por sí solo. Los billetes le eran sumisos, pero los números se le rebelaban. En su vida pudo saber para qué ni por qué existía la aritmética.

—Aquí hay que camuflar todo lo que se pueda —fue su primera recomendación a Antonio.

Más tarde le expuso a grandes rasgos los fundamentos de su nueva filosofía práctica:

—Mira, Antonio: homo homini lupus, ¿entiendes? Si no muerdes, te muerden. Así, pues, es preferible morder el primero, entiendes?

Al ver la cara de estupefacción de su amigo, el flamante asentador de frutas y verduras crujió todo él en una risa estentórea que casi le ahogaba. Antonio pudo observar entonces que tenía varios dientes de oro.

—¡Qué pensarás de mí! —exclamó Ronquillo cuando la risa le dejó hablar—. Pero ya entrarás en razón, ya...

Y consecuente con sus ideas, señaló a su nuevo contable la mitad del sueldo que le correspondía por su trabajo.

Aquel espectáculo de las mañanas del mercado, bullanguero y discutidor, le maravilló en un principio. Pero bien pronto se dio cuenta de que aquello era un campo de piratería y una especie de cloaca donde pululaba una repugnante fauna de parásitos. Éstos vivían, engordaba y ganaban el dinero a costa de dos clases de víctimas: los productores y los consumidores. Entre ambos formaban una cadena de intermediarios y merodeadores, sucios y voraces como las sanguijuelas.

Cierta vez se acercó al puesto de Ronquillo un tipo vivaracho y de mirada rapaz. Discutió largamente el precio de unas cuantas seras^[18] de naranjas. Acordado finalmente éste, llamaron al pesador para que entrara en funciones. El comprador allegaba las seras al pesador y éste cantaba un número:

—¡Veintiocho!

Mientras Antonio lo apuntaba, el cenacho^[19] pasaba a manos de otro individuo, afecto al comprador, que lo colocaba en sitio aparte hasta que formara montón con los sucesivos. Y otra pesada, otro número al aire y otro apunte de Antonio. Pero por casualidad y con el rabillo del ojo descubrió que, en dos o tres ocasiones, el comprador echaba en el lugar de las seras pesadas algunas que no lo habían sido. Y cuando terminó la operación, creyó su deber advertir a Ronquillo el descarado robo de que había sido objeto. Pero su amigo abrió la enorme boca, mostrando la

cremallera de oro de sus dientes.

—¡Déjalo! Ya le conozco. Es de los que se creen listos, pero conmigo va dao.

Y cuando se hubo marchado ya el comprador, después de pagar su mercancía en buenos billetes de Banco que él embutió rápidamente en su caja-bolsillo, se volvió a Antonio para seguir explicándole el embrollo aquel.

—¿No te lo dije? Aquí hay que adelantarse a robar. A ése le ha clavado el pesador el doble de los kilos que él se ha llevado sin pesar. Yo también le he visto, tonto. ¿O es que crees que estoy dormido? Pero hay que hacerlo así. Él se va tan contento, pensando que me ha robado y que podrá robarme más en días sucesivos. Y es conveniente que lo crea, porque así volverá. Si supiera ese tío que me paga todas las cañas que me tomo al día con los amigos...^[20]

Y se echó a reír clamorosamente, orgulloso de su ardid y divertido por la ingenuidad del ángel.

Pero la risa procaz se la quebró Antonio. Y fue el día en que Ronquillo, a la hora de pagarle el sueldo, le puso a la firma un recibo donde figuraba una cantidad justamente el doble de la que le entregaba. Antonio se quedó quieto mirándole con la pluma en la mano. Ronquillo sonrió con el cinismo de siempre.

—Es por la gente de los sindicatos, ¿sabes? —dijo—. Siempre andan averiguando lo que no les importa y hay que estar en regla.

—Pero yo no cobro esto.

—Ya, ya lo sé. ¿No lo voy a saber? Pero es preciso que me lo firmes. De lo contrario, estoy dispuesto a un disgusto.

—Pues no firmo.

La sonrisa de oro se quebró.

—¿Que no firmas?

—No. Quédate con todo. No quiero nada, Ronquillo.

Verdaderamente asombroso. ¡Inaudito! Ronquillo miraba a su contable con la boca abierta. ¿Sería posible? La burla y el desprecio brillaban en las mansas pupilas del «ángel». Y hasta una sonrisa, triste y amarga, entreabría sus labios.

—¿Qué pensarás de mí? ¿Cómo explicarte? ¡Imposible! No me comprenderías. ¡Qué pensarás de mí, qué pensarás!

Y Ronquillo se mesaba los cabellos dramáticamente Pero no logró conmover en absoluto a Antonio.

—¿Quieres que te diga lo que pienso de ti, ya que tanto te preocupa?

Ronquillo seguía mirándole con los ojos muy abiertos.

—Pues que eres un indeseable. ¿Es que no lo sospechabas? ¡Un indeseable!

Dio media vuelta y se fue. No pensaba volver jamás. Creía que sus relaciones con Ronquillo habían quedado rotas para siempre. ¡Llevar su cinismo y su desvergüenza hasta querer estafarle a él a las claras y con su consentimiento! Y las viejas heridas de sus desengaños, cicatrizadas por el tiempo y el olvido, se abrieron de nuevo en el alma. No era la burla de que había sido objeto lo que le dolía... Era, sí, la miseria

espiritual de los hombres, una vez más comprobada en uno de los que lucharon con él... Recordaba que en una asamblea se levantó Ronquillo, arrebatado de santa furia, para proclamar:

—¡Hay que abolir el dinero! Él es la causa principal de los males que sufren los hombres. ¡El dinero es la cadena, es el tóxico, es el látigo! El dinero es opresión, es crimen.

El dinero es...

Los aplausos ahogaron el final del párrafo. Tal vez lo creía de buena fe entonces. Seguramente lo creía. ¿Qué le había pasado después?

Se lo explicó al día siguiente, cuando fue a hacerle una visita en su misma chabola.

—No me creas malo del todo, no. No he olvidado muchas cosas, pero es que el dinero es la fuerza y la seguridad en la vida. Yo necesito dinero, ¡mucho dinero! Me gustan las mujeres, la cerveza, los buenos cigarrillos... Odio el hambre y los trajes baratos. Y tengo una hermosa casa y quiero que mis hijos estudien carreras...

Erigía sus deseos y sus apetitos en ley, en causa justificativa de sus depredaciones. Así, unos llegan hasta al asesinato. No les dan lo que quieren y lo toman, saltando sobre un cadáver. Puede que lo castiguen, puede que le ahorquen, pero él irá a la muerte creyendo que tenía razón.

Ahora el fuerte era Antonio. Debió soltarle en su cara el chorro de una de aquellas estrepitosas risas con que Ronquillo se burlaba de él. Pero todo aquello le causaba demasiada pena para poder reírse.

—Claro; como tú no sufres la necesidad de ninguna de esas cosas, no tienes ni idea de lo que vale el dinero...

Antonio se acordó de ciertas expresiones odiadas de los otros: «¿Para qué quieren los pobres un baño, si no se bañan; un libro, si no leen; una hermosa vajilla, si no comen apenas?».

Ronquillo seguía hablando:

—Te necesito, Antonio. Cualquiera otro me robaría y sé que tú eres incapaz de semejante cosa... ¡Te pagaré el sueldo que señalan las bases de trabajo! ¡Y más, si tú lo deseas!...

Antonio no podía indignarse ya. Aquel hombre era un enfermo. Debería arrojarle a puntapiés, escupirle en la cara. Le tenía allí, a su merced, vencido, esperando su decisión. El lobo necesitaba esta vez de la protección del cordero. Y Antonio tuvo lástima de él.

—¿Volverás?

Antonio se encogió de hombros.

—Créeme, Antonio: no soy tan malo. He protegido a muchos antiguos compañeros. ¿Te acuerdas de Juanín, el de Málaga? No hace mucho que le di dos mil pesetas para que pudiera pagarse el pasaje para América...

Apareció la áurea sonrisa, y el rostro se le fue empurpurando otra vez. Y cuando

se marchó, de sus labios salían amplias carcajadas como pompas de jabón. Seguramente porque acababa de hacer un buen negocio adquiriendo un contable honrado.

Antonio le adivinó el pensamiento, pero le dejó marcharse con aquel su andar macizo, pesado, seguro. ¡Barro, barro, barro!

—Ronquillo es netamente positivo —se dijo a sí mismo Antonio, alzándose de hombros—. ¡Qué le vamos a hacer!

* * *

Antonio entornó la puerta de la chabola y echó a andar lentamente. Ahora, como todas las mañanas, iba al mercado de Legazpi a desempeñar su función de contable cerca de Ronquillo.

Al pasar frente al quiosco del Araño vio a un grupo de individuos que apuraban copas de aguardiente, echados sobre el mostrador. Era una partida de merodeadores que se dedicaba al robo en el mercado y sus alrededores y que formaba parte de la banda de Pepe el Granaíno. Los había de todas las edades, pero los unía una misma condición: emigrantes de las tierras del Sur que, al llegar a Madrid, quedaron deslumbrados por la brillantez y la facilidad con que vivían las gentes de la corte, a todas horas inundando las calles, entrando y saliendo en bares y cafetines, siempre con ropas de domingo y aire de recreo... Ellos vinieron con ánimo de trabajar en lo que fuese, con tal de no volver al pueblo. Esto se decían y esto pensaban al subir la pequeña cuesta de la estación de Atocha, pero pronto el contraste entre el espectáculo deslumbrador de las calles y las modestísimas oportunidades que les brindaba el trabajo los hicieron variar de opinión. ¿Trabajar? Era un mal asunto. Presentían que en el fondo de todo aquel *mare mágnum* debía de existir una fórmula mágica, una clave misteriosa para triunfar fácilmente, y que no podía ser en manera alguna el trabajo. Esta creencia se la confirmaban en seguida algunos paisanos que les habían precedido en la aventura ciudadana.

—Aquí el trabajo es para los negros —decía el veterano.

—Eso parece, niño —asentía el recién llegado.

—Ya lo verás: todo el mundo vive del cuento. ¿Y sabes quién la hinca?

El nuevo no se atrevía tal vez a decirlo, pero el iniciado se contestaba rápidamente:

—Los gilís. Así los llaman los de Madrid. Encima, eso.

Y quedaba convencido. Y su imaginación, calenturienta como las planicies y los cerros de allá, urdía mil fantásticos proyectos, que se quebraban siempre por la base. Si tuviera unos miles de pesetas para poner un negocio... Hay miles de posibles negocios en cada esquina, pero hacen falta unas pesetas iniciales y básicas. Pero las pesetas no existían y no había más remedio que dejar desvanecerse la oportunidad. Entre tanto, el estómago apretaba. Había que recurrir al paisano, y el paisano que le

veía venir desde el primer momento, le hacía ciertas insinuaciones... Una última resistencia y un ligero temor del neófito que se derrumbaban fácilmente ante la embestida de la necesidad y de la dialéctica del tentador.

—No pasa nada. Ya lo verás: los *gilís* son ellos...

Así caían muchos de ellos en el hampa. Así cayeron aquéllos y así entraron a formar parte de la banda de Pepe el Granaíno. ¿Qué golpes estarían tramando ahora?

—¡Señor Antonio!

Le llamaba el *Araño*. Era un hombre pequeñín, encorvado y baboso. Su mujer, por el contrario, era una hembra poderosa, valiente e imperativa. Ambos eran ya viejos, pero ella se conservaba aún frescachona.

Hija y nieta de taberneros de arrabal, escapada a los quince años de la casa paterna con el que luego fuera su marido, entonces alfeñique pinturero y bailón, y que después resultara un holgazán apocado y borrachín, la Araña hubo de sufrir todas las negras calamidades de la vida: hambres y humillaciones, días eternos sin ilusión y sin objeto. Pero nunca se doblegó del todo. Una oscura e inconcreta ambición alumbraba en ella como una débil luz de esperanza. Resistió y luchó encarnizadamente, aunque siempre sin fortuna. Quería hacer algo y no sabía qué, aunque barruntaba que incontables oportunidades se encendían y se apagaban, cada hora, como guiños de luces distantes. Pero ella no las divisaba nunca. Así transcurrió su vida hasta que llegaron los años de penuria general. Entonces se abrió una ancha puerta a los temerarios y a los impíos. Y ella no tuvo miedo ni compasión. Se lanzó a la vida del mercado negro con desenfado y audacia, como una virago intrépida y codiciosa. Viajó en los topes de los trenes y en los camiones nocturnos. Tuvo que vencer las vigilancias legales y la codicia y la acometividad de los conductores desvergonzados. Fue una lucha a dentelladas contra todos por salvar el pequeño estraperlo que al principio ocultaba bajo sus vestidos, y que, poco tiempo después, ocupaba ya sacos y maletas. La conocían en todas las carreteras y en todos los pueblos de donde partían las subterráneas corrientes de avituallamiento hacia la capital. Y triunfó, es decir, logró reunir unos miles de pesetas.

Un día descubrió algo que la llenó de asombro e hizo nacer en ella la idea obsesionante de su posesión. Era una cafetería de estilo americano. Níqueles y cristales, luz y limpieza, aromas tiernos y excitantes, y un público que se movía entre rumores apagados como un rezo. ¡Qué clientela, señor! Bien vestida, solicitaba el servicio con mesura y pagaba sin discusiones. No había tertulias, ni estampidos de fichas de dominó, ni disputas de mus. ¡No había borrachos! Y la hija y nieta de taberneros de arrabal creyó haber hecho un verdadero descubrimiento, y se quedó atónita, sobrecogida, deslumbrada.

Sus primeros tanteos la convencieron de que para conseguir ser dueña de una cafetería como aquélla, sus ahorros eran insignificantes. Pero no se desanimó. Solía decirse que el primer duro era el más difícil de conseguir. Y ella ya lo tenía. Ya sólo era cuestión de perseverar.

Siguió juntando más pesetas. Pero el negocio del mercado negro fue reduciendo sus posibilidades y aumentando sus peligros. «Hay que cambiar de rumbo —dijo— antes de tener un tropiezo y que a última hora todo se lo lleve el diablo.» Entonces concibió la idea de abrir un quiosco en un barrio nuevo como fase previa para llegar al logro de sus más caras ilusiones. Después de recorrer todo Madrid, se decidió por aquella explanada a orillas del Manzanares, donde empezaba a brotar la «Colonia sin Ley». Se instaló sin pedir permiso a nadie. Veinte veces le hicieron los guardias desmontar el tenderete y otras tantas lo volvió a levantar, y en los intervalos, permanecía en el mismo sitio, a la intemperie, con la garrafa de vino y los vasos, su lata de anchoas y sus barras de pan, continuando su comercio contra viento y marea. Por fin consiguió el permiso y pudo establecerse en firme y ampliar sus operaciones. Permanecía día y noche tras el mostrador peleándose con la clientela morosa en el pago y durmiendo dentro del quiosco con el revólver al alcance de la mano. Se lo enseñaba a propósito a los maleantes que pasaban por allí para que cundiera la fama y les sirviera de cura preventiva.

—Éste es mi marido por las noches —decía, mostrando el arma—. Si alguno quiere algo conmigo, ya sabe lo que le espera.

Así, era de dominio general que la Araña guardaba el quiosco por las noches, dispuesta a recibir a tiros a cualquier intruso. Y, en efecto, una vez que oyó ruidos sospechosos junto a la puertecilla, las gentes de la «Colonia sin Ley» se despertaron sobresaltadas por el estampido de los disparos. Había sido un perro vagabundo, atraído, sin duda, por el olor de una posible pitanza; pero el episodio reforzó su fama de bravura y el quiosco aquel no fue robado jamás.

—He de llegar a tener una hermosa cafetería a donde vayan hasta los extranjeros. Este barrio ha de prosperar mucho y me ha de dar para ello...

Su marido, el Araño, había desempeñado un papel secundario y pasivo en toda esta larga lucha. Su misión era cumplir las órdenes de su mujer y, de ordinario, mientras la hembra se batía en el mostrador con la difícil clientela, él hacía los recados, barría los alrededores del quiosco o se iba a la esquina del mercado con una cajita colgada del cuello a vender cigarrillos sueltos a los transeúntes. En aquella esquina se le veía muchas mañanas de invierno, dando pataditas para no congelarse, con la moquita a veces goteándole, pero sin atreverse a volver antes de la hora fijada por la inflexible esposa. ¡Ah, y con los cigarrillos contados!

Nadie supo quién les puso el mote. Únicamente don Jesús, el médico, al ver el contraste que formaba aquella extraña pareja, donde los sexos parecían estar cambiados, se le ocurrió compararlos con algunas especies de arácnidos en que la hembra, corpulenta y fuerte, consigue vencer casi violentamente la timidez del macho, pequeño y débil, y lo devora luego de efectuada la cópula. Son unas nupcias trágicas en que el macho paga con la vida.

Antonio se acercó. El Araño estaba rojo completamente, miraba con ojos llorosos y babeaba más que nunca.

—¿Quiere beber, señor Antonio? ¡Convido yo!

Hablaba con la lengua torpe y estropajosa de los borrachos. Antonio se negó con un gesto, pero los golfos arrimaron sus copas. El Araño las llenó generosamente.

—Les estaba diciendo a estos amigos que hay que tener muchos reños para levantar un negocio como éste. ¡Y esos reños los he tenido yo!

Dio un puñetazo sobre el mostrador, haciendo retemblar la pobre cristalería.

—¡Usted lo sabe mejor que nadie, señor Antonio!

El Araño estaba frenético. Su virilidad, maltrecha y escarnecida, se exaltaba con el alcohol. Ahora se sentía valiente y necesitaba un auditorio para desahogar una rabia largamente reprimida, para vindicar una hombría que no tuvo nunca. Era una de las pocas ocasiones en que podía hacerlo, aunque para eso tuviera que gastar una botella de aguardiente convidando a aquellos granujas.

Antonio hizo un débil gesto afirmativo y luego le preguntó:

—Y la mujer, ¿dónde anda?

El medio hombre sonrió despectivamente y, tras enjugarse la saliva con el dorso de la mano, contestó:

—¡Bah! Se tuvo que ir a casa algo malucha. ¡Nada! Es que las mujeres no valen para nada, señor Antonio. Ahora es cuando va a marchar bien esto.

Los golfos apuraban las copas y reían. Antonio se dispuso a marcharse.

—¿Que no? —gritó entonces el Araño—. Verá usted cómo vienen los turistas. Si es preciso aprenderé el inglés. ¡La idea de los turistas es mía!

Y dio otro puñetazo sobre las tablas. La botella del aguardiente cayó rodando y los golfos, a una, se inclinaron a lamer ansiosamente el mostrador...

Cuando cruzaba ya el puentecillo, aún oyó Antonio gritar al Araño:

—A las mujeres hay que tratarlas a latigazos. ¡Son como las bestias! ¡Lo digo y lo sostengo!

La plaza de Legazpi alcanzaba en aquella hora el punto máximo de la pleamar humana. Los autobuses, el Metro y los tranvías lanzaban continuamente olas de mujeres y hombres que se desparramaban rápidamente, y absorbían de nuevo otras densas muchedumbres que marchaban en sentido opuesto. Por un contrasentido, propio del súbito y atropellado desarrollo de la ciudad, se tenían que desplazar a aquella zona, por imperativos del trabajo, gentes que venían de Ventas y Cuatro Caminos, al tiempo que sus habitantes y los de los barrios limítrofes tenían que marchar, por las mismas razones, a los extremos opuestos de la urbe. Eran dos corrientes multitudinarias opuestas que confluían en la plaza de Legazpi, dándole un aspecto de zarabanda y de motín.

Por la puerta del mercado entraban y salían reatas de camiones y carros, e interminables filas de hombres y mujeres cargados con fardos, todos de prisa y alborotando. Gritaban los cargadores, los churreros, los vendedores de tabaco; sonaban las bocinas de los coches... Pero Antonio, habituado ya al espectáculo, no sentía la más leve curiosidad por él. Dobló la esquina y desapareció en la enorme

panza del mercado...

IV

Desparramadas por el gran talud del vertedero, las mujeres de la busca, como canes husmeadores, escarbaban entre las escorias y las inmundicias que allí arrojaba el reflujo de la gran ciudad. Papeles, trapos, zapatos, hierros, restos de comida, todo en repugnante y hedionda mezcolanza, vertido allí como un detrito, como un pus... Olores agrios y viscosidades de materias en trance de putrefacción... Las mujeres hurgaban con los ganchos de hierro y luego recogían con sus dedos el fruto de sus descubrimientos. Más que buitres sobre la carnaza de un caballo muerto, parecían los gusanos que pululan en un gran vientre en descomposición.

La mayoría de ellas eran jóvenes. Y hasta una, Crucita, rubia y pomposa. Nadie pensaría al verlas que aquellas criaturas se ganaban en dos horas de busca un jornal superior al de un obrero medio en una fábrica durante ocho, y que muchas de ellas, por la tarde, se irían a la ciudad, vestidas a la moda, con las uñas y los labios pintados, a distraerse en un cine, a pasear del brazo de un hombre, como una mujer normal cualquiera.

Los metales tenían un precio, y otros el hueso, el papelote, el cuero, el vidrio, el carbón... Todo se cotizaba después en la báscula del trapero al que iban a vender lo recogido. Y el trapero almacenista lo vendía luego a los fabricantes con una ganancia superior al ciento por ciento. Había traperos de este tipo que eran millonarios; pero que, generalmente, vivían como traperos. En este mundo extraño de las basuras, ignorado por la gran mayoría de los ciudadanos, se daba, completa, la escala jerárquica. La buscona era el simple proletario, y el almacenista, el misterioso burgués que cambiaba por oro aquellos desperdicios que las amas de casa arrojaban a los cubos de las inmundicias. ¡Y, mientras, muchos hombres soñando con tesoros ocultos, con negocios fabulosos...! Y muchos tahúres también, al pie de las ruletas, tratando de adivinar las veleidades de los números para ganar... ¡Y todos ellos sin saber que la fortuna podía estar en aquellos arrumbaderos de escorias!

Mercedes sintió una invencible repugnancia y una dolorosa depresión de ánimo al verse allí, reptando por el muladar. Nunca había descendido tanto en la vida. La verdad es que el hecho se debía a un acto espontáneo de su propia voluntad. Una necesidad de herirse le había hecho saltar del lecho con el propósito firme de ir allí, tal como si se lanzara a correr por entre zarzales... Golpes, desgarraduras y el calor de la sangre que corre por la frente... Nadie hubiera podido detenerla, y si eligió el vertedero fue porque no encontró nada que le pareciese más humillante ni más sucio. Un oscuro movimiento la impulsaba a buscar un castigo de duras disciplinas sobre su carne y su alma. Fue un acto de expiación de un pecado, todavía no concebido, pero que ya presentía. Un terrible, un desolador pecado que la acechaba y que la hacía estremecerse de miedo...

Mercedes desconocía el valor de aquellas basuras que las demás elegían y clasificaban. Mecánicamente fue a situarse en un apartado rincón, lejos, donde no pudiera llegar la mirada fiscalizadora y crítica de sus compañeras, Y empezó a llenar su saco con todo lo que encontraba, sin suponer siquiera su posible utilidad. Tenía las manos moradas de frío, y, al poco rato de hallarse en aquella postura incómoda y violenta, le dolía todo el cuerpo. Corrían por allí los vientos helados de la mañana, bajo un cielo gris y hosco, que le traspasaban la ropa y la hacían tiritar. Tuvo que cambiar de postura y soplar las manos, pues temía quedarse agarrotada y rodar hasta el fondo, sobre la insegura superficie de los cascotes. Miró entonces hacia arriba y descubrió los blancos y carnosos muslos de Crucita desarropados por el viento, destacarse como un absurdo relieve de magnolias sensuales en aquel declive de lavas inmundas. Se sonrojó ella misma sin saber por qué, y se aplicó a su tarea con verdadera furia, mientras en su cerebro sonaba la voz de su voluntad:

—¡No quiero! ¡No quiero! No me perderé. No, no, no...

Su aparición entre las busconas causó una visible sorpresa en ellas. Al principio caminaron en silencio, pero pronto la más atrevida rompió el fuego:

—Pero, chica, ¿cómo tú por aquí?

Mercedes no se dignó contestar. La otra volvió a la carga:

—¿Lo sabe tu tío? El señor Antonio no te dejaba antes...

—¡Hay que ver, con lo señorita que eres tú! —intervino una segunda.

Y como Mercedes siguiera callada, decidieron el ataque por otro sitio.

—Y el Granaíno, ¿lo sabe también?

—Bastante le importará a él.

—Pero si son novios.

—¿Es cierto eso, Mercedes?

Mercedes saltó entonces:

—¿Queréis dejarme en paz?

—Chica, perdona —trató de disculparse la insidiosa—; pero no creo que te hayamos faltado. Además, ser novia del Granaíno no es cualquier cosa...

—No soy novia del Granaíno ni nada que se le parezca, ¿estamos?

Estaba claro que no tenía ganas de dar explicaciones. Sospechaban, desde luego, que algo raro debía de ocurrirle para haber tomado una determinación como aquélla, pero no acertaban a quedarse con ninguna de las razones que se les ocurrían, porque les parecían demasiado razonables y ellas deseaban hallar otra, no sabían cuál, pero que fuese lo bastante inconfesable e indigna para dejarlas satisfechas. Todas aquellas mujeres, excepto quizá Crucita, la odiaban, precisamente porque los muchachos la preferían. Era la más guapa y la más distinguida y, además, optaba por mantenerse siempre a cierta distancia de las otras, rehuyendo toda comadrería, conducta esta que, según el criterio de la mayoría, sólo podía obedecer a un desmesurado orgullo. Por eso, al verla ahora con el saco al hombro, camino del vertedero, sentían la perversa satisfacción de saberla a su mismo nivel. El desquite hubiera sido completo de haber

podido conocer, para echársela en cara, la desconocida y, sin duda, vergonzosa razón que la obligaba a descender tanto.

La miraban de reojo. Ella parecía andar segura y tranquila, muy dueña de sí. Esto las desconcertaba mucho. Se hacían señas entre sí; pero después de las inútiles escaramuzas anteriores, no se sintió ninguna ya con valor para reanudar el ataque. Sería mejor dejarla por el momento. Después de todo, la verdad habría de saberse de una manera o de otra, porque en aquellas casuchas de la colonia, de paredes tan flacas y de puertas tan mal ajustadas, no podía guardarse un secreto durante mucho tiempo...

Entonces la más parlanchina y aviesa exclamó:

—¡Uf! Si parece que vamos a un entierro, muchachas...

—Pues es verdad —dijo otra.

—A ver: que nos diga Crucita si se ha arreglado ya con el Pinto.

—Eso: ¡que lo diga!

Crucita, calmosa y cándida, no pudo zafarse.

—¿Yo con ése? Ni hablar, ni hablar...

Y se sonreía, toda ella azarada.

—Pero mujer, si está loco por ti...

—Anda, si tú también le camelas...

—La verdad es que es un golfo.

—Mejor es que sea un golfo que un gilí.

—Verdaderamente...

Crucita, con gran sosería, tuvo que intervenir.

—Pues a mí no me gusta.

—Pero ¿por qué?

—Déjala, es una cursi.

Y Crucita dio al fin la explicación de todas las mujeres simples y vulgares.

—Pues... qué sé yo... Es que soy muy rara, ¡ea!

Todas rieron, y la Mellada, que hasta entonces guardara silencio, silbó por entre los huecos de los dientes:

—¡Tú eres idiota!

Aquella exclamación puso punto final al debate. Ninguna se hubiera atrevido a replicarle. Todas la temían.

Era la Mellada una virago de horrenda y velluda faz picada de viruelas. Andaba arrastrando casi una pierna, quebrada por la cintura. Por sus ojuelos, escondidos entre los párpados carnosos; por su nariz, totalmente roma; por su boca, enorme y desigual, y por su ancha y fornida complexión, don Jesús creyó ver en ella un trasunto de la hembra paleolítica, debido, tal vez, a la reviviscencia de algunos cromosomas dormidos durante miles de años.

—Es una pitecántropa, Antonio —dijo un día que la vio arrastrarse, llevando de las manos a sus hijos, peludos, retorcidos y negros como dos monitos.

Pegaba brutales palizas a su marido, a quien tenía dedicado a la mendicidad. Cuando el pobre hombre traía poco dinero, ella le obligaba a echarle el aliento en la nariz. La Mellada olfateaba como una loba. Luego, gruñía, enseñando sus dientes dispares:

—¡Borracho!

El hombre empezaba a temblar.

—¿Te crees que te dan las perras para ti? ¡Son para tus hijos, ladrón!

Y manejando ambos brazos, comenzaba a vapulearle sin piedad. El marido trataba de cubrirse el rostro con las manos, pero los golpes eran tan violentos que se le rompía la guardia. Intentaba entonces huir, pero ella le acorralaba contra la pared y, metiéndole el puño en el estómago, le gritaba:

—¡Vomita! ¡Vomita! Ya ves de qué te vale el haberlo bebido...

Y el hombre caía al suelo anegado en sus propias secreciones. Los niños, ya acostumbrados a este espectáculo, se refugiaban en un rincón de la zahurda y desde allí contemplaban la terrible escena con los ojos muy abiertos y cogidos de la mano.

Nadie se explicaba que aquella hembra pudiera haberse casado, y menos haber podido alumbrar dos nuevas vidas. Pero hasta los hombres más bragados de la colonia se sentían como atemorizados ante ella y ninguno se hubiera atrevido a cruzarse en su camino.

Antonio sintió a veces curiosidad por el enigma de su oscura naturaleza. Pensaba que en su cerebro todo debía de andar revuelto como en la primitiva nebulosa.

—Y tú, ¿en qué piensas, Mellada? —le preguntó una vez.

La mujer se le quedó mirando a través de los párpados sin entenderle, pero maliciándose alguna burla. Entonces Antonio se dio unos golpecitos en la frente.

—Digo que si piensas.

La Mellada entendió. Movi6 la cabeza afirmativamente y dijo:

—Cavilo. Cavilo mucho...

—¿SÍ? ¿Y qué es lo que cavilas?

El rostro de la Mellada se ensombreció aún más. Y ella, que nunca lloraba, dejó ver dos lágrimas aplastadas entre los párpados.

—En lo que será de estos hijos con el padre que tienen Si yo fuera hombre...

Luego, tirando de los niños, continuó la marcha hacia la chabola, abrumada, como tantos otros seres más inteligentes, por el peso de esa sombra que asfixia y que se cierce sobre el corazón como una garra. La Mellada también gemía bajo el peso de su destino. Y lloraba.

Por eso el grupo de las busconas llegó al vertedero como una procesión del silencio. Y hasta en la vuelta se mostraron todavía calladas y taciturnas. Sólo cuando cruzaron la vía del ferrocarril se atrevió una a exclamar:

—Mira, Mercedes, quién hay allí...

Mercedes siguió la mirada y el gesto de la compañera. Y lejos, junto a la caseta del guardabarrera, vio la gallarda figura del Granaíno, con el blanco pañuelo de seda

flameando al viento. Alguien dijo:

—Si parece un gavián...

—Sí que es flamenco el fulano ese, sí.

Mercedes bajó la mirada sobre su camino sin hacer ningún comentario, pero se estremeció involuntariamente como una paloma ante la presencia del neblí.^[21]

Cuando llegó a casa se apresuró a calentar agua en una olla y luego se bañó en un gran barreño de barro. Tenía prisa por lavarse, como si sintiera un escozor de mugre por todo el cuerpo. Se frotó vigorosamente, y cuando salió del agua pudo ver su carne tenuamente arbolada. Al verse tan bella se turbó, igual que cuando alguna vez bebía un poco de vino.

Se vistió rápidamente. Se apagó el grito dionisiaco de los sentidos y quedó tranquila, deliciosamente laxa y fresca, con un bienestar físico que le producía sueño. Sin embargo, se puso a realizar con brío los quehaceres de la casa, y cuando llegó Antonio todo estaba en orden y la sencilla comida a punto.

Comieron en silencio, no hosco, sino quebradizo y débil. Antonio sólo había dicho al comienzo:

—¿Y qué has ido a recoger al vertedero?

—Un poco de carbón.

—Pero no había necesidad de ello.

—Claro que no. Pero yo tenía curiosidad por conocer aquello. Qué sé yo...

Pero cuando hubieron concluido; cuando desapareció el pretexto de la comida para hacer algo, se quedaron frente a frente, indecisos y turbados. Ambos tenían necesidad de desahogar la enorme presión que sentían en el alma. Los dos padecían la angustia de una tormenta interior que debía resolverse en una lluvia de palabras. Pero ninguno sabía cómo empezar.

Fue Mercedes quien se adelantó. Se acercó a él y le cogió una mano. Antonio sintió en la suya un calor suave, e instintivamente la cerró, cogiendo dentro la pequeña de la muchacha.

—Quiero que me perdone por lo de anoche.

—¿Perdonarte?

Y él la miraba con luminosa ternura, desde la inmensa distancia de su juventud, que ahora volvía como un eco tembloroso.

—Sí. Ya no me acuerdo muy bien, pero creo que dije muchas tonterías...

—¿Sí? Pues apenas me acuerdo yo tampoco.

—Estaba loca de miedo.

—Bueno; pero ya pasó.

Él le acarició la pequeña mano y la muchacha se éneo gió más contra él. Antonio creyó notar que Mercedes temblaba.

—Pero sigo teniendo miedo.

Y como Antonio moviera la cabeza, agregó:

—Es que usted no sabe...

Antonio la miró entonces seriamente a los ojos. Estaban muy juntos y se confundían sus respiraciones. Oscuramente presentía la revelación de algo triste, tal vez hediondo. La cara de Mercedes, sin embargo, era pura, y sus ojos se abrían como dos amplios ventanales para que le vieran hasta el fondo del alma.

—No necesito saber nada, Mercedes. Ya te lo dije aquella noche. No tengo ningún derecho ni siento ninguna curiosidad morbosa por conocer... lo que sea.

—Pero yo necesito decírselo, contárselo todo. Debí contárselo entonces, en el primer momento; pero estaba muy cansada. Al otro día y a los siguientes, usted parecía querer rehuir cualquier confianza y no me atreví. Cada mañana me hacía el propósito firme de confesarme con usted, pero durante el día no encontraba ocasión para ello y todas las noches me acostaba sintiéndome desleal. Han transcurrido así tres largos meses. Pero ha llegado, por fin, el momento. Creo que cuando termine me quedará más tranquila y, por otra parte, usted podrá ayudarme mejor...

Mercedes retiró su mano de entre las de Antonio y se quedó mirando fijamente a los cristales de la puerta, como si en aquel rectángulo de luz volviera a encontrar, tal que en la pantalla de un cine, las imágenes perdidas. En un visible esfuerzo por concentrarse e hilvanar uno con otro sus penosos recuerdos, dijo:

—Pero tengo que empezar por el principio.

Mercedes era oriunda de un pueblecito de la provincia de Jaén. De su padre guardaba unas lejanas impresiones, como una borrosa fotografía. Había sido guardabarrera, y en sus evocaciones lo veía siempre con una mugrienta gorra de plato echada sobre el cogote y una banderita en la mano, banderita unas veces roja y otras verde. Se levantaba de la cama con la gorra ya puesta, corría y andaba sin quitársela jamás y sin que nunca se le cayera, aunque daba la sensación de que le estaba pequeña y de que a cualquier movimiento se le iba a escurrir por la espalda hasta el suelo. Probablemente dormía también con ella encasquetada. Sus quehaceres más visibles eran entrar y salir de la caseta y saludar a todos los trenes con una de las banderas.

Debió de ser bueno. A ella le cantaba coplas andaluzas, unos cantos tristes como gemidos, amargos como lágrimas; salmodias crepusculares donde temblaban la angustia y la pena de vivir. Siempre empezaba alegremente, con unos previos palmoteos, sus breves conciertos, y siempre los terminaba con una especie de suspiro hondo. Luego se sumía en el silencio, con los ojos perdidos en la lejanía, transido de tristeza.

Su madre, joven y guapa, tenía la obsesión de la cal y de las flores. Blanqueaba constantemente la casita por dentro y por fuera y mantenía alrededor de ella, y brotando de las ventanas, un pequeño jardín de macetas con claveles y geranios. Era una mujer entonces de íntima y silenciosa felicidad. Adoraba el sol y las mañanas. Los crepúsculos y las largas noches solitarias del campo le infundían temores infantiles. Siempre temía que el mal viniese por los caminos en sombras, como si fuera un mendigo errante. Vivía tan concentrada en aquel pequeño mundo de tres personas, que sólo concebía el resto como una nebulosa lejana, como una tormenta negra allá en los confines del horizonte. Sólo el ventarrón de los trenes parecía conmover su imaginación, trayéndole un eco de aquella lejana vida ignorada. Por eso le producía una sensación desagradable, como si fuera a arrastrar en sus remolinos la pequeña casita y a sus tres habitantes. No quería oír hablar de penas e interrumpía muchas veces a su marido cuando cantaba:

—¿Quieres callarte, Fermín, por Dios?

Él enmudecía de repente y se quedaba mirándola con gesto de disgusto.

—Pero ¿se puede saber por qué te molesta, niña?

—No es que me molestes, hombre. Es que me da mucha pena oír esas cosas tan tristes.

—Son cosas de la vida.

—Por eso...

Su egoísmo era quizá fruto de un tenebroso presentimiento... Un día, el

guardabarrera se sintió enfermo y no pudo salir a saludar a los trenes. Tuvo que hacerlo ella, que sintió el ventarrón más fuerte y más próximo que nunca. Y la noche bajó de los olivares y por los caminos en sombra llegó la muerte...^[22]

Se llevaron para siempre a su padre. Estaba como dormido y sostenía oscuras sombras en la cara, como si la noche se hubiera quedado con él. Por primera y última vez lo vio sin gorra y sin bandera. Cuando lo arrancaron de sus brazos, su madre se quedó con los ojos muy abiertos, aterrorizada, sin poder llorar. Parecía que estuviese viendo el doloroso futuro que las esperaba... Como Mercedes rompiera en uno de esos llantos con que los niños gritan el horrendo dolor de la especie, su madre, volviendo en sí, la estrechó contra su pecho.

—¡Niña, niña mía, calla!

Pero Mercedes seguía llorando contra el pecho de su madre, sin apenas poder respirar, pero ya sin gritos, silenciosamente.

—¡Se lo han llevado, madre! ¡Se lo han llevado, madre!

—Sí, hija mía sí. Ahora lloraremos ya siempre, siempre... Se lo han llevado a él; pero nosotras, ¿adónde iremos?

Al fin, el fiero ventarrón de la tormenta que rugía allá, en el confín del horizonte, había conseguido arrastrar la pequeña casita y a sus tres habitantes, cogiéndolos entre sus largos dedos...

Volvieron al pueblo y su madre entró a servir en un caserón inmenso, donde había corrales y cuadras y muchos animales, y donde, como en una colmena, vivía una gran multitud de seres humanos. Había un amo, que siempre aparecía a caballo, y ante el que se inclinaban y callaban todos; y un ama, a quien veían sólo en verano, espantada del calor y de los mosquitos, porque los inviernos los pasaba en Madrid. En su memoria, el ama aparecía siempre vestida con telas de colores claros y abanicándose. Algunas mujeres decían que era muy buena, pero la verdad es que ella nunca pudo apreciarlo. Sólo en una ocasión habló con ella.

Salía Mercedes de la gran cocina, donde había ido a recoger las sobras, en el momento en que el ama llegaba al patio central de la quintería para sentarse en una muelle mecedora, al amparo de la sombra de una enredadera. Se abanicaba furiosamente, agobiada por el calor pegajoso de los campos. Al ver a Mercedes se quedó parada.

—¿Quién eres tú? —le preguntó autoritariamente.

La niña no supo qué contestar. ¿Quién era ella? Nunca se lo había preguntado a sí misma, ni a su madre, ni nadie se lo había dicho tampoco.

—Vamos, ¿cómo te llamas?

Eso ya era más fácil.

—Mercedes, señora.

La señora torció el gesto.

—No sé, pero aquí cada día hay más gente. Más gente y más mosquitos. ¡Uf!

Mercedes no sabía qué hacer: si seguir allí quieta o continuar su camino. La

señora, entre tanto, se había acomodado en la mecedora.

—¿Y cómo vas tan sucia, mocosa? Sois vosotras las que traéis los mosquitos...

Se dejó caer hacia atrás y, con gesto fatigado, añadió:

—Anda, vete y dile a tu madre que te dé un buen baño... y que te peine.

Mercedes salió de allí casi corriendo, asustada. Su madre estaba con los segadores, pero ella echó agua en uno de los barreños que tenían para cocer la comida de los cerdos y se bañó, escondida en el pequeño cuchitril que les servía de alojamiento, junto a los establos. Fue el primer baño que se diera ella sola, y tanto y tan duramente se frotó la piel, que se produjo pequeñas erosiones, por donde le manaban tenues hilillos de sangre... Pero no pudo desprenderse del aire y del sol de los campos que transfundían a su carne la caliente morenez de la tierra.

El día del Carmen era el santo de la señora. Acudían a misa todos: criados, colonos y aparceros con sus familias, vestidos con sus mejores galas. Los señores llegaban los últimos a la iglesia e iban a colocarse en un lugar preferente, sobre reclinatorios de terciopelo carmesí. Entonces comenzaba la ceremonia religiosa, amenizada con una suave música y unos dulces cánticos que llovían del coro.

Terminada la función religiosa, salían del templo todos los servidores y se colocaban en dos filas a ambos lados de la puerta. La formación la encabezaban dos criados que llevaban dos grandes costales fanegueros llenos de rubios panes todavía calientes. Entonces aparecía la señora luciendo un gran abanico de plumas y, seguida de los dos criados, pasaba como una reina entre las dos hileras, dando un pan a cada cabeza de familia. Los hombres, al recibirlo, se quitaban el pardo sombrero de anchas alas y las mujeres le besaban la mano. Y cuando terminaba el reparto, todos los agraciados gritaban a una:

—¡Viva doña Carmen!

Ella, toda fatigada, se volvía para sonreírles. El señor, que había dominado la escena desde lo alto de su alazán, encendía pausadamente un largo veguero y, dando un acicate a la bestia, emprendía la escolta de su mujer, que volvía a casa en un reluciente lando tirado por dos jacas negras, sola sobre el mullido asiento y dándose aire con las finas plumas del gran abanico.

Estos señores tenían dos hijos, ya mozuelos, que raramente aparecían por la finca, y siempre en ocasión de las cacerías. Entonces, un rumor de jinetes madrugadores, de ladridos de perros y de voces juveniles anunciaban que los señoritos estaban allí. Pero Mercedes no llegó más que a entreverlos oscuramente en los anochececeres de aquellas jornadas, en medio del ruido, la agitación y el polvo que promovían la rehala y el tropel de los cazadores. Era una escena confusa y fugaz que sorprendía siempre desde el quicio de la puerta de su cobijo, entre amedrentada y atónita.

Sabía que aquellos jóvenes estudiaban para ingenieros en un país extraño. Y eso era para ella un detalle de un valor extraordinario, porque había adquirido de su padre un religioso temor por los ingenieros.

—¡Son los amos del ferrocarril! —solía decir el pobre guardabarrera, que no conocía un poder mayor ni una autoridad más alta sobre la tierra.

Pasaba casi todo el día sola, pues su madre tenía que realizar multitud de faenas y casi siempre andaba por los campos con el rastrillo o con la hoz, o apañando la comida de los peones. Sólo por la noche la madre y la hija se encontraban sobre el mismo jergón de paja. Mercedes se abrazaba a su madre, que olía a viejo sudor fermentado y, a veces, también a barro. Pasada la primera impresión, la agria vaharada se tornaba ya en olor de madre, caliente y agradable como el del pan tierno.

A la pobre mujer apenas le quedaban fuerzas para hablar. Se dormía rápidamente con un pesado sueño de piedra. Todo su ser se quedaba de pronto quieto e insensible, excepto su corazón, que seguía palpitando tenuamente, como la brasa de un incensario. Mercedes adivinaba, palpaba su agotamiento. Su madre se estaba haciendo vieja de día en día, consumida por el trabajo y por esa tristeza terrosa que marchita prematuramente la carne de las mujeres campesinas. La dejaba, pues, que se durmiese y entonces se acurrucaba aún más junto a ella, hasta quedar transpuesta también sobre la acompasada y monótona música de su respiración.

Una noche, sin embargo, le pareció presa de un nerviosismo desacostumbrado. Empezó por acariciarla y estrujarla, después, contra su pecho. Respiraba entrecortadamente, como si pugnase por no llorar.

—¿Qué le pasa madre? ¿Está usted mala?

La atrajo otra vez hacia sí fuertemente, desesperadamente, hasta casi ahogarla. Luego, entre sofocados sollozos, le dijo:

—No sé, hija mía, no sé lo que me da verte tan desamparada...

¿Desamparada? Jamás se le había ocurrido aquella idea. Por el contrario, tenía siempre la oscura sensación de que ella era como una hormiguita que se movía sólo dentro de la sombra de su madre.

—Pero si la tengo a usted, madre...

—No es bastante. Las mujeres sin el amparo de un hombre somos como la hierba del campo que cualquiera puede pisar.

Aquella confianza la dejó, sin embargo, totalmente a oscuras. Durante varios días estuvo recordando las palabras de su madre, tratando en vano de penetrar en su oscuro significado. Hasta que, poco a poco, suavemente, como el viento que nace de los matorrales, se fue levantando un rumor que llegó hasta sus oídos.

—¿Es que se va a casar otra vez, madre? —se atrevió a preguntarle una noche.

—No quiero dejarte sola si me muero. Deseo que cuando seas mocita tengas detrás de ti un hombre que te defienda. Ahora no lo entiendes, pero entonces me lo agradecerás.

Quedó más confusa aún. No tenía la más ligera idea de lo que era en sí el matrimonio. Era algo que, de puro sabido por todos, seguía siendo para ella una palabra misteriosa de incógnito sentido.

Sin saber por qué, se sintió avergonzada. E, instintivamente, esquivaba las miradas de las gentes, que parecían concentrarse maliciosamente en ella y que le levantaban calor en la piel.

Le hicieron un vestido nuevo. Y aquel día su madre la peinó con mayor cuidado que nunca. Mientras le acariciaba las trenzas, le decía:

—Ya verás cómo desde hoy todo será diferente. Todo el mundo nos tendrá más respeto. Tú no sabes lo que vale en la vida tener a un hombre...

La madre también se acicaló como nunca. Hacía ya años que aquella mujer no se miraba al espejo, y en aquella ocasión estuvo contemplándose en él largo rato, disponiendo su cabello con coquetería, dándose saliva en las cejas, frotándose dientes y labios... No podía ocultar un profundo nerviosismo, y hasta se diría que su alma femenina tornaba a florecer en sus ojos, siempre tristes y apagados, y ahora brillantes y rejuvenecidos.

Pocas cosas concretas de las acaecidas en aquella jornada quedaron grabadas en la memoria de Mercedes. Todo fue rápido, confuso, estrepitoso. Un fragor de voces ininteligibles envolvía su recuerdo. Ella se veía en medio de aquel movimiento y de aquel clamor como abandonada a merced de la tormenta. A pesar de los años transcurridos, desde entonces no pudo olvidar el amargo sabor de la boca ni el ahogo que sentía dentro del pecho, como si una dura mano le apretase el corazón.

Al salir de la iglesia, el amo llamó a su madre desde lo alto del caballo y, a la vista de todos, le dio un billete de cinco duros.

—Toma. Éste es mi regalo de bodas —dijo.

Todos aplaudieron y la pobre mujer recogió la dádiva temblando de emoción. El amo desapareció al trote de la montura y entonces empezó el jaleo. Los recién casados iban en medio de un tropel de gente que vociferaba, cantaba y tocaba cencerros y golpeaba latas. Detrás formaban los chiquillos, a quienes un hombre alto, vestido con un traje de pana negro, arrojaba garbanzos tostados. Los chiquillos gritaban:

—¡Viva el padrino!

La última, olvidada de todos, iba Mercedes, llorando...

Así llegaron al sombrero de uno de los corrales donde se había dispuesto una larga mesa formada con tablones. La gente se acomodó como pudo y empezó a correr una fresca limonada entre los concurrentes, y luego fueron pasadas unas bandejas con mantecados y alfajores.

En medio del vocerío general, su madre vino por ella y la llevó junto al hombre con el que acababa de casarse.

—Tú, siéntate aquí, hija mía: entre los dos. Desde hoy en adelante éste será tu padre...

Mercedes no se había fijado en él todavía. Era un hombre fornido, rubiasco, con unos pequeños ojos grises. Tenía un aspecto torpe y desmañado. Mercedes ya le conocía, pero no supo hasta aquel momento cómo era. Se llamaba Baltasar, como

podía haberse llamado Manolo o Pepe. Entonces vio que era un hombre que no sabía sonreír. Abría mucho la boca, pero aquel gesto tenía más de bostezo que de risa. Su nuevo padre le produjo una súbita e instintiva aversión. Todo su ser lo rechazaba, su sangre gritaba contra él. Aquel corpachón, aquellas manazas, aquella enorme boca... Jamás pudo llamarle padre.

Al llegar la hora de retirarse cada cual a su casa, a ella se la llevaron unos vecinos. Recelosa, quiso saber por qué, y entonces sonaron unas risas a su alrededor y alguien dijo eructando vino:

—¡Menuda faena tiene tu madre esta noche con el Baltasar!

Revuelta con la chiquillería de la casa, no pudo pegar ojo en toda la noche, pensando en qué consistiría aquella terrible faena que le impedía dormir con su madre como de costumbre. «¿Y éste es el amparo que ha buscado para mí?», se decía.

A las dos o tres noches pudo volver a la habitación de su madre, pero se encontró con que el amplio jergón descansaba ahora sobre una alta cama de hierro y que su sitio en él quedaba reservado para Baltasar. Para ella habían acondicionado un colchoncito a los pies del lecho matrimonial. Y desde allí percibió todos los rumores y todos los movimientos de algo monstruoso y terrible que ocurría encima de ella. No podía saber en qué consistía aquella misteriosa palpitación, pero sentía estirársele la piel como si mil asquerosas arañas tectearan su cuerpo... Se acordaba entonces de su padre cuando, después de cantar, se quedaba triste, con la mirada perdida en la lejanía... Y apretaba la almohada contra su boca para ahogar los sollozos que, como un vómito, le subían por la garganta.

Menos mal que Baltasar pasaba la mayoría de las noches en la cuadra al cuidado de las mulas y que, por eso, sólo de tarde en tarde frecuentaba el tálamo conyugal. Cuando él estaba ausente, Mercedes dormía tranquila; pero, no obstante, siempre que se acostaba escondía la cabeza bajo las mantas al tiempo que elevaba a Dios el grito de su corazón atormentado:

—¡Que me coja dormida, Dios mío, si viene; que me coja dormida!

* * *

Un día, uniéndose insensiblemente dispersos retazos de escenas sorprendidas en la vida de los animales, le fue revelado de pronto el misterio de la alcoba nupcial. Tuvo que cerrar los ojos de vergüenza. Y desde entonces sintió un asco tremendo, insoportable, enfermizo, por el hombrón aquel que era su padrastro, y una pena, una lástima infinita por su propia madre, a quien se imaginaba quebradiza y doliente bajo la presión del bárbaro esposo. Y, en efecto, la pobre mujer fue empalideciendo hasta quedarse traslúcida, y perdiendo movilidad y viveza en sus facciones hasta hieratizarse en un gesto de dulce dolor.

La vida, sin embargo, cambió poco para ellas. Su madre salía menos al campo,

pero trabajaba más en los corrales y en las cuadras. De hecho vivían totalmente separadas. Alguna noche, aprovechando una ausencia de Baltasar, la madre y la hija dormían juntas. Pero ya no era como antaño. Permanecían calladas, y aunque sus almas se buscasen en las sombras, las dos tenían miedo a los fogonazos blancos de las palabras que pueden dejar al descubierto las inquietudes y las amarguras íntimas.

Pasaron así los años, unos cuantos años de mudez y de rutina, en que Mercedes quedó enganchada al ritmo lento y monótono de los días. Procuraba no hablar nunca con su padrastro, y cuando éste aventuraba alguna vez una de sus manazas sobre la cabeza, ella se escurría y echaba a correr. Entonces Baltasar se quedaba pasmado, con la boca abierta.

—Esta chiquilla es más arisca que una gata —decía—. Yo creo que si pudiera me arañaría...

La madre le aconsejó en una ocasión que procurara atraérsela con alguna chuchería.

—Es demasiado respeto lo que te tiene, Baltasar. La niña es cariñosa, pero contigo no se atreve.

Y Baltasar, obediente, le trajo un cucurucho de almendras tostadas.

—Toma, Merceditas. Es para ti —le dijo alargándoselo.

La muchacha cruzó los brazos a la espalda y se le quedó mirando a los ojos.

—¡No me gustan las almendras!

Lo dijo con todo el desprecio de que era capaz, soltando las palabras como salivazos. Baltasar cerró la boca, atónito. Y la niña, inmovible, le vio marcharse a grandes zancadas hacía los establos...

Allí se encontró a su mujer, amasando la pella de los cerdos. Baltasar vertió sobre la artesa el cucurucho de las almendras. Y como su mujer se le quedara mirando, asombrada, dijo:

—Ya me ha arañado la gata esa...

* * *

Era verano y aquel día ocurrió algo insólito. Las campanas empezaron a sonar furiosamente y en los confines del caserío se oyeron secos estampidos de escopetas. El gran automóvil negro de los señores runruneaba, impaciente, ante la puerta principal. Bajaron en seguida: el amo, más serio y cejijunto que nunca; el ama, inquieta y aspaventosa, sin abanico por primera vez. Subieron al coche y éste arrancó raudo entre una nube de polvo y de gallinas asustadas. Ya no se los volvió a ver más por allí.

La casa, perdida la dirección, fue un barco a la deriva. Las gentes no sabían qué hacer. Los hombres hablaban y hablaban en corrillos. Las mujeres se limitaban a asomarse a las puertas de sus casas y desde allí llamar a grandes voces a la

chiquillería. Nadie estaba en el secreto de lo que pasaba, pero todos presentían que algo como una enfermedad terrible y convulsiva conmovía al país entero. Mientras tanto, las hacinas se desmoronaban en las eras y los animales gemían de hambre en los establos...

Pocos días después se supo la verdad: había estallado la guerra. ¿Dónde? En cada campo, en cada pueblo, en cada esquina, en cada casa... Y todos se miraban buscando al enemigo, como si se escondiera en los ojos de cada uno. En aquellos días sofocantes, el aire olía a gasolina y a pólvora, y el horizonte era un fragoroso clamor de canciones ignoradas. Por todos los caminos marchaban hombres armados, y por las carreteras corrían camiones erizados de fusiles... Todo aquel movimiento trepidante y febril parecía una locura producida por el calor y la sed, un delirio de campos y de hombres poseídos por el sol.

De aquella primera fase le había quedado a Mercedes un recuerdo que le subía a la boca como un eructo. Sin saber claramente el motivo, cada día se mataba un cerdo en la quintería y se hacía un reparto gratuito de su carne entre todas las familias. Ella desconocía casi el sabor de la carne y la comió al principio con verdadero deleite. Y observó que todos, asimismo, la devoraban con glotonería hasta quedarse ahitos. Era de ver entonces la somnolencia y la pesadez que seguían a los banquetes diarios. Los hombres se echaban a dormir en los pajares, y las mujeres se quedaban como idiotizadas mirando a las moscas revolotear en el rectángulo de sol de las puertas... Y hasta los niños se sumían en la quietud y en el abotargamiento tumbados a la sombra, con las barriguitas al aire como pequeños budas... Mercedes no pudo resistir aquellas panzadas. Sufrió cólicos y acabó aborreciendo la maldita carne. Y siempre que se acordaba de aquellos furiosos y extraños tiempos le subía por la garganta un regusto que le producía náuseas.

Baltasar también marchó por los caminos de la guerra. Había decrecido la tensión dramática, y ya sobre los campos y los hombres gravitaba un aire denso y plomizo, cargado de tristeza y de opresión.

Madre e hija volvieron a reunirse sobre el viejo jergón. La madre, que ahora trabajaba menos, sufría de insomnios. Una taladrante inquietud la mantenía tensa y erizada de temores. Cada eco de la guerra era como un golpe de huracán que le sacudía hasta las raíces.

—Pueden matarlo allí, en la guerra. Vamos a pedirle a Dios que vele por Baltasar.

Y rezaba interminables padrenuestros y avemarías, que Mercedes no contestaba casi nunca. Ella pensaba, aunque no se atreviera a confesárselo a su madre, que lo mejor sería que Baltasar no regresara del frente.

Se acabaron las gallinas y los cerdos. Las mulas y los caballos se los llevaron también para la guerra. La casa se quedó sin hombres. Por los campos yermos avanzaba el espectro escuálido del hambre...

Pero cuando menos lo pensaban, corrieron anuncios de retorno. No todos

volvieron. Y unos venían alegres, y tristes otros. Baltasar apareció también, tal como se fue; con la boca abierta, sin haber conseguido enterarse de nada. Los amos no tornaron, pero sí sus hijos, que ya eran dos hombres hechos y derechos. Mercedes no pudo saber lo que pasó entonces; pero el resultado fue que muchos fueron expulsados de aquella casa y de aquellas tierras por los dos señoritos. A Baltasar le tocó la suerte negra, y las dos mujeres hubieron de seguirle en su doloroso peregrinaje por las cortijadas en busca de trabajo. Él iba delante, cargado con los colchones, y ellas, detrás, con los sacos de los pequeños utensilios al hombro, como los gitanos. Menos mal que era primavera y se podía dormir a la intemperie sin gran temor. Fueron las noches más limpias y sosegadas de su vida. De las estrellas caía una lluvia de hilillos de plata que le hacía entornar los párpados como bajo una caricia. En derredor, el silencio palpitaba de sofocados suspiros y susurros como si le hablaran hermanas escondidas entre las sombras... Mercedes tenía la sensación, a veces, de que su padre la esperaba en el confín donde se oía el pitido de un tren, con su gorra en la nuca y el banderín en la mano. Su padre, con sus ojos negros como la noche y con sus cantares tristes como la pena...

Aquel caminar trashumante terminó un día. Baltasar, que era un hombre muy robusto, fue admitido por una empresa que se dedicaba a rehacer los puentes destruidos por la guerra. Se quedaron a vivir en medio del campo, en una cabaña que preparó prontamente Baltasar.

Eran los tiempos del hambre; pero ellos no los pasaron del todo mal, porque Baltasar trabajaba a destajo y conseguía unos buenos jornales. La vida no era, desde luego, muy grata en aquella áspera soledad, pero a las dos mujeres les evocaba los dulces recuerdos de cuando vivían en la caseta del ferrocarril. Posiblemente aquélla era la paz que ellas deseaban; pero un día el padrastro volvió a casa borracho. Discutió agriamente con su mujer, y cuando ésta intentaba calmarle, le gritó:

—¡Cállate tú! ¡Cállate, que ya estabas seca cuando me casé contigo!

Siguieron varios días en perfecta normalidad, pero volvió a las andadas poco después. Luego, las borracheras de Baltasar fueron más frecuentes. Llegaron a ser diarias. Y diarias las broncas. El padrastro se encolerizaba y entonces todo lo que cogía lo estrellaba contra el suelo. En algunos raptos furiosos de aquéllos se abalanzaba sobre su mujer; pero en el momento de ir a descargar el golpe se miraba la mano, aquella manaza tremenda, y se contenía. Se contentaba con escupirle:

—¡Seca! ¡Seca!

Mercedes se quedaba paralizada por el terror al principio; pero viendo que aquello se repetía y que cada vez amenazaba un peligro mayor a su madre, hizo un esfuerzo para vencer su propio pánico. Y ya siempre que veía venir a su padrastro con síntomas de embriaguez, cogía el cuchillo de la cocina, y con él oculto a la espalda se iba a situar silenciosamente en uno de los rincones, alerta a lo que pudiera ocurrir. Si Baltasar se enardecía y levantaba las terribles manos sobre la

cabeza de su madre, Mercedes ahogaba el lloro de su propio miedo mordiéndose los labios y se decía a sí misma, temblando: «Si le pega, le mato; si le pega, le mato...»

Su madre, sin embargo, le disculpaba:

—Son los compañeros los que le envenenan. Baltasar es un buenazo, pero le hacen beber y se vuelve loco...

Se acabó el puente, y entonces Baltasar hizo de mozo alquilón por todos aquellos contornos. Ya no eran los jornales seguros de todos los sábados. Lo que ganaba así era una miseria. Y el hombre andaba mohino y desesperado, y en cuanto cogía dinero se emborrachaba lastimosamente. Casi siempre el alcohol le violentaba, pero a veces lo abatía sobre la tierra, y entonces gemía y lloraba como un niño.

Uno de los que habían trabajado con él en el puente, le escribió desde Madrid diciéndole que en la ciudad había trabajo seguro y buenos jornales para todo el que quisiera. Era entonces la época de la recogida de la aceituna y consiguieron los tres trabajo por unos días. Cuando cogieron el dinero, les dijo Baltasar:

—Ésta es la ocasión para irnos a Madrid. Si nos quedamos, nos gastaremos las perras y ya no podremos ir nunca.

Así fue como una buena mañana bajaron de un vagón de tercera en la estación de Atocha...

* * *

Baltasar exigió a su mujer dinero para ir a la taberna.

—Necesito beber —dijo.

—Pero, hombre, si no tenemos nada para cenar...

Baltasar la miró exasperado, moviendo los largos brazos.

—¡Te he dicho que me lo des!

La pobre mujer le dio el único billete de cinco pesetas que había ganado aquella tarde lavando un gran montón de ropa sucia. Al hombrón le relumbraron los ojos de placer. Cogió el dinero de un manotazo y salió corriendo de la chabola. La mujer se sentó entonces en el borde del catre, ocultándose el rostro entre las manos. Hacía mucho tiempo que ya no podía llorar.

Baltasar dio varios traspies en el barro de la callejuela y entró en el tenderete de un paisano suyo, en uno de esos tenderetes que surgen misteriosamente, como los hongos, en cualquier agrupación humana por mísera que sea. Echó el duro de papel sobre la mugrienta mesa y gritó al viejo tabernero:

—¡Cazalla hasta que se acabe el duro!

El otro le sirvió un vaso de aguardiente mientras hacía desaparecer el billete en el cajón. Baltasar apuró el vaso de un trago.

—¡Convídate! —dijo al viejo.

Ambos bebieron. Luego, entre copa y copa, hablaron.

Baltasar era uno de tantos campesinos a quien desmoralizó y destruyó la

aparente vida fácil de la ciudad. Después de haber vivido tantos años con los instintos dormidos, trabajando sin ton ni son sobre los surcos, sin más ambición que seguir trabajando, sin más deleites que el cigarrillo fumado lentamente en los breves altos de la faena, las luces y el ruido de la urbe despertaron en él todas las turbias apetencias de las pasiones soterradas, todo el frenesí dionisiaco de su sangre sana y poderosa, todo el ardor vital congelado en sus células. Se dio cuenta, de golpe, de que su vida pasada había sido una trágica equivocación. Maldijo su pasado y odió, odió con todas las fuerzas de su alma, aquel trabajo brutal y mecánico que había consumido sus mejores horas y sus mejores energías. Y quiso reclamar de una vez su legítima en la herencia universal de los placeres. Chasqueado y defraudado, se irguió como un energúmeno enloquecido, contra la ciudad entera. Fue como si golpease sus fuertes murallas con su cabeza y con sus puños. Se agotó en el esfuerzo inútil y tuvo que abandonar la lucha, descalabrado y maltrecho. Y peor aún: hundido en la confusión y en las tinieblas para siempre.

—Si yo hubiera sabido hace veinte años lo que era Madrid... —susurraba el viejo.

—Y yo... —decía Baltasar.

—Hoy tendría un almacén en la Gran Vía.

—Y yo.

—Pero hemos llegado tarde, compadre.

—Sí, demasiado tarde.

—Toma: bebe.

—Bebe tú también, compadre.^[23]

La madre de Mercedes tuvo que dedicarse a lavar por las casas. El trabajo era agotador, y la comida, escasa. Así fue perdiendo fuerza y secándose. Era un espectro desdentado y ojeroso, color de tierra. Se había quedado insensible ya a los dolores y a los disgustos y parecía vivir ausente de cuanto la rodeaba.

—Si parece que está dormida, madre —solía decirle Mercedes al verla moverse como una sonámbula.

La muchacha, por su parte, entró a servir como segunda doncella en una lujosa mansión de la calle de Velázquez. Al principio le costó un gran esfuerzo someter sus agrestes costumbres a la untuosa disciplina de la casa, pero poco a poco fue ahormándose, ayudada por los consejos y la amistosa vigilancia de Martina.

Martina era la primera doncella. Tendría unos treinta años y poseía una belleza en sazón, tal vez vulgar, pero indudablemente atractiva de esa que gusta a todos los hombres porque es muy femenina y sensual. Generalmente triste y tímida y de continuo con una sombra de temor velando el brillo de sus brunas pupilas. Andaba silenciosamente, se encogía al menor ruido y miraba las cosas y las personas con el rabillo del ojo antes de darles frente. Muchas veces se quedaba pensativa, absorta quizá en visiones antiguas, y se estremecía sobresaltada cuando alguien interrumpía su ensimismamiento.

Esta mujer simpatizó en seguida con Mercedes. Salió al paso de la muchacha salvaje, la cogió de la mano y la condujo a través del complicado laberinto de las costumbres de aquella mansión. Le aconsejaba lo que debía hacer en cada momento, le explicaba minuciosamente sus obligaciones y le descubría el carácter, las predilecciones y las rarezas de sus moradores.

Aquel asiduo desvelo por ella, que trascendía a maternidad, fue venciendo, una por una, las ácidas defensas que, como de espino, rodeaban la intimidad de Mercedes. Se hicieron buenas amigas y pronto le contó Mercedes la breve historia de su vida. Mientras ella hablaba, Martina la contemplaba con profunda ternura.

—Afortunadamente, todavía eres una niña, Mercedes.

—Ya soy una mujer, Martina. No nos llevamos tanto tiempo tú y yo.

—Martina se quedó repentinamente seria.

—¡Oh, yo ya soy una vieja! —dijo.

—¿Vieja tú? ¡Vamos mujer!

—Y mucho. Más de lo que tú te puedes imaginar.

Mercedes, intrigada por aquel tono desolado, quiso saber, pero Martina se escabulló diciendo:

—Ya te lo contaré. Puede que algún día te lo cuente todo...

** * **

Era una noche calmosa de verano. Se habían tendido cada una en su cama, desnudas, encima de la ropa. No podían dormir. Por la ventana abierta entraba la oscuridad viscosa, corriéndose por la habitación e impregnándolo todo como una mancha de aceite. El aire, quieto y ardoroso, gravitaba sobre el pecho como una losa. Ambas permanecían con los ojos abiertos, contemplando los fantasmas con que sus imaginaciones, sobreexcitadas por aquella atmósfera sofocante, poblaban las sombras. De repente, Martina preguntó:

—Te gustaría casarte, ¿verdad, Mercedes?

La muchacha, sorprendida, no encontró al pronto la respuesta y guardó silencio.

—¿Es que no estás enamorada?

Mercedes se acordó de Baltasar y de la vida que daba a su madre.

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Pero ¿es verdad que no has pensado en casarte?

—No.

—Pero te gustaría, ¿eh?

—Me parece que no.

—Pues, chica, es lo mejor que puede hacer una mujer. Créeme: es lo mejor.

—Pues tú no lo has hecho, que yo sepa. Y tiempo y ocasiones no te habrán faltado. Vamos, digo yo...

—Es que hay un peligro. Mercedes. Hay un peligro.

—Lo sé, Martina. Los hombres son unos brutos. Se emborrachan, insultan... Algunos hasta pegan.

—Todo eso tiene un pase. Hay otra cosa peor.

—Como no sea morir de una paliza...

—Peor. ¡Enamorarse!

Y Mercedes, haciendo un esfuerzo, se incorporó para mirar a su amiga. Ésta continuó en la misma postura.

—Te enamoras de un hombre —dijo—, y éste en seguida empieza a pedirte, a rogarte, a mendigarte. Llega un momento en que una no puede resistir y da, da, da... Y un día cualquiera, cae. Dicen que cae una mujer cuando entrega lo que le piden con tan ardorosas súplicas. Se queda una sin honra. Ya no vale nada. Te quedas convertida en una mujer perdida. No has robado, no has matado, no has mentado. Al contrario; te han robado a ti. Es igual. Tú pierdes. Entonces todos, desde tu padre hasta el forastero que no te conoce, pero a quien le cuentan el caso, dicen que eres una mujer mala.

Las palabras de su amiga producían en Mercedes una extraña desazón, un malestar íntimo. Le hubiera gustado que dejase de hablar y se quedase dormida. Tenía miedo de conocer el final. Pero Martina se había ido exaltando al compás de sus palabras, y como si una ignorada voluntad ajena la arrastrase, prosiguió su relato:

—Imagínate —dijo, incorporándose también en la cama en un rápido movimiento y quedando frente a frente a Mercedes— lo que es tener que abandonar tu casa y tu pueblo y marcharte a Granada o a otra ciudad, donde no conoces a nadie. Vas a casa de unos parientes que te recogen de caridad. La comida es poca, y la miseria mucha y descarada. Te dan el último rincón para que te cobijes, y todos te miran siempre en silencio. Cuando entras en una habitación donde están ellos, cesan las charlas y las discusiones y todos los ojos van a parar a los tuyos como flechas. Saben demasiado lo que te ha ocurrido, y a cada momento sus gestos y sus miradas te lo recuerdan. El pan que te dan te sabe a hieles. Pero lo que más daño te hace es ese aire de acusación y de reproche que te rodea. En seguida te das cuenta de que estorbas allí y de que todos están deseando que te marches. ¿Adónde? Parece que llevas escrita tu desgracia en la frente. Adondequiera que dirijas tus ojos te encuentras con la misma hostilidad y parece que todos te señalan con el dedo tu única dirección posible... Hay, por lo visto, un camino trazado para estas infelices mujeres. ¿Dónde tiene que ir una mujer sin honra? Alguien te lo dice. Te da miedo, mucho miedo. Pero todos te empujan. Hay un mundo para las perdidas, y a él vas a parar sin remedio. Primero te recibe una mujer muy pintada y muy perfumada, que te sonrío al verte. Te mira de arriba abajo. Te hace desnudarte. Las prendas que te vas quitando, ella las va empujando con el pie a un rincón, sin poder reprimir un gesto de asco. Te examina los dientes y todo, y te pregunta si padeces alguna enfermedad. Luego quiere saber los años que tienes. Cuando queda satisfecha, te hace pasar a una bañera. Te da

jabón y una esponja y te dice: «Lávate bien y frótate fuerte. Tienes porquería del año que te pidan. Esto tienes que hacerlo todos los días, ¿sabes?», y vuelve a sonreír. Tú estás avergonzada, pero ella sigue sonriendo como si gozase con la torpeza de una. Después del baño, te da ropa interior, unas zapa tillas y un quimono. A continuación, saca un cuaderno y apunta. Al principio no sabes lo que aquel cuaderno y aquellos apuntes significan, pero luego llegas a comprender que es como una cadena de acero que se va formando, eslabón tras eslabón (apunte tras apunte), que se arrolla a tu cuerpo como una culebra que te chupa la sangre y que te matará al fin...

La voz de Martina, sofocada por el sigilo, silbaba, como si alguien blandiera una espada en el aire. Mercedes sentía chorros de sudor frío bajándole por la espalda. Los cuatro ojos se miraban sin verse.

—Por primera vez te llaman. Bajas al saloncito y te encuentras con unas compañeras y unos cuantos hombres desconocidos. El ama dice cuando llegas:

—Ésta es Paloma.

Porque ya no te llaman como te llamaba tu madre. Aquel nombre quedó muerto para siempre. Y, en adelante, todos te llamarán Paloma, porque es más bonito. Al principio no contestas cuando te llaman, y tienen que darte un empujón para que te enteres. Hasta que te acostumbras. Pero de todas maneras llegas a odiar el nuevo nombre. Como llegas a odiar a aquella mujer que está allí, ya que cree que no eres tú, sino Paloma... Aquella primera vez todo te parece un sueño. Un hombre se te acerca y se sienta a tu lado. Todos parecen estar aburridos. Las mujeres quieren ser graciosas y se toman algunas libertades con los hombres. Éstos se dan aire de dominadores y tratan a las mujeres con desdén. Pero en seguida se ve que, en el fondo, son unos desgraciados que tienen que ir allí para creerse hombres, que lo que dicen y hacen es aprendido de otros. Su tono de superioridad es falso, como todo lo que allí empieza a pasar. El hombre que te ha tocado en suerte te pregunta:

—Y tú, niña, ¿no dices nada?

¿Qué se puede decir a un hombre desconocido que te mira con ojos de perro? Con el tiempo aprendes algunas frases que a ellos parece gustarles mucho y que siempre son las mismas. Pero en aquella ocasión no sabes hacer otra cosa que sonreírte. Él te suelta una de sus frasecitas:

—Vamos, niña, ¿es que se te debe algo?

Interviene el ama:

—No se te olvide que es una novata...

Risa general. Aquella frase de la jefa enardece al hombre, que te coge la barbilla y te dice con sonsonete:

—¡Y viva yo, chiquilla, que tengo más suerte que Faraón! A ti te saco yo de quicio o me corto la coleta...

—¡Olé! —gritan los demás, y palmotean.

Una se encuentra como alelada. Entonces alguien exclama:

—¡Aquí lo que hace falta es vino!

La jefa trae unas botellas. Los vasos chorrean. Tu compañero te ofrece uno. No tienes más remedio que beber. El vino te sabe a purga, pero en seguida te das cuenta de que es tu mejor amigo, porque te hace creer que todo lo que está pasando es un sueño. No sientes si te tocan ni si te besan. Además, nadie se fija ya en ti. El hombre te habla balbuciendo cosas que no entiendes. Te mira con los ojos muy brillantes y tú sorprendes su ridiculez y te ríes, te ríes con fuertes carcajadas que suenan muy lejos. El hombre sigue mirándote, mueve los brazos en el aire y hace gestos cómicos. No puede una ya oír lo que dice, porque hay como un zumbido de abejas alrededor. De pronto suena una guitarra y se hace el silencio. Tiemblan unas notas profundas del bordón y luego un repiqueteo alegre de la prima. Después, unos rasgueos, que son como arañazos... Es que, sigilosamente, han entrado unos músicos. El tocaor está echado sobre el instrumento, con el oído pegado a las cuerdas, y el cantaor, con una mano en el respaldo de la silla de su compañero, retuerce el cuello en el aire, como si el cante se le hubiese atragantado e hiciera desesperados esfuerzos por escupirlo. Al fin se le escapa un jipío, y otro, y otro... La voz es aguardentosa y horrenda. La copla es triste, con versos que hablan de traiciones, de muertes y de honras perdidas. Aquello es la juerga. Y, claro, la obligan a una a salir en medio a dar palmas y a taconear y a proferir oles. Entonces te fijas en los músicos. Uno golpea la guitarra con frenesí, mientras el otro estira más y más el cuello como si fuera a desprendérsele la cabeza de los hombros. Te quedas paralizada de horror, porque los músicos te miran a ti como si te vieran el alma. Sus frentes se arrugan, sus cejas se arquean y, debajo, los ojos, a veces rojos como coágulos de sangre y a veces blanco como manchas de ceniza... Tú quieres huir de allí, perseguida por aquellas miradas quietas y desorbitadas, pero te cercan y muchas manos se tienden hacia ti. Te empujan y caes en un diván, y ya no sabes si ríes o si lloras, pero ya no ves más que aquellos ojos terroríficos, alucinantes, que sudan lágrimas. La última voz que oyes es la de tu hombre:

—¿Y qué hago yo ahora con esta malaje borracha?

La mayoría de las mañanas te despiertas con un hombre distinto roncando a tu lado. Hay dos clases de hombres: los que te exigen y los que te suplican. Los primeros te están diciendo continuamente:

—Oye, niña que yo pago.

Y los otros:

—Si fueras capaz de quererme un poquito...

En el fondo todos quieren amor, lo único que no puedes darles. Y algunos hasta se enamoran de ti como unos pobres perros hambrientos. Pero todas las mañanas huyen cobardemente, creyéndose engañados y envilecidos. Y tú, que eres como una fuente donde van a abreviar todas las bestias sedientas y que tienes que estar manando agua hasta que te seques, tú eres una mujer mala... Un día viene a verte la parienta y tienes que regalarle un vestido para la niña o pagarle el alquiler de tres meses porque la van a echar de la casa. También del pueblo te escriben y tienes que

mandar ropa tuya para tus hermanas y comprar unas camisas a padre. Más tarde quieren dinero tuyo para comprar una bestia o un pedazo de tierra. Y tú, que eres como una vena abierta para todos hasta que te mueras, tú eres una mujer mala... Puede que un día tengas un arranque de coraje y salgas huyendo a otra ciudad más grande, tal como Madrid. Y puede que tengas la suerte de ponerte a trabajar donde nadie te conozca, pero siempre vivirás con el temor de que descubran tu pecado. Ya puedes ser honrada, trabajadora y fiel; pero en cuanto sospechen siquiera lo que te ocurrió te echan a la calle sin piedad, a patadas, como a una perra sarnosa...^[24]

Martina, agotada, calló de repente y se dejó caer de espaldas. Su voz ya no era silbante, sino cascada y seca. Pero aunque todo quedó en silencio, sus palabras seguían vibrando en el aire...

Mercedes estaba transida, empapada de angustia. Todos sus miedos cobraban vida en la oscuridad y creía que cien ojos blancos la miraban. No podía soportar el silencio. Su propia voz conseguiría tal vez ahuyentar los fantasmas.

—¿Y el novio, Martina? Te has olvidado de él...

Martina emitió un leve gemido que quiso ser una exclamación de desprecio:

—¡Pobrecito! Tenía fama de mozo honrado y cabal. Por eso, cuando consiguió lo que quería, huyó diciendo que él no podía casarse con una cualquiera.

—¡Ah!

Mercedes había sentido el vivo dolor de un pinchazo en las entrañas.

—Sí, hija, sí... Muchos hombres honrados hacen lo mismo.

—¿Y por qué me has contado todo esto, Martina?

Martina se volvió hacia ella. Su voz ahora era suave y cariñosa, caliente como una súplica.

—Porque eres aún una niña y pueden engañarte. Lo que te he dicho tantas veces; no hay nada tan hermoso y tranquilo para la mujer como el matrimonio, aunque el marido sea malo.

—¿Aunque pegue?

—Aunque te mate a palos. Siempre será tu marido y todo el mundo te compadecerá. Cásate cuanto antes, Mercedes; pero no des nada a cuenta aunque te supliquen, aunque te lloren, aunque te amenacen. ¿Me comprendes?

—Sí, Martina.

Callaron de nuevo. Cada una quedó ya sometida a la tortura de sus propios pensamientos, que se enturbiaban cada vez más, cambiaban de forma y se retorcían como nubes de humo. Mercedes se fue entregando poco a poco a un sueño insano como un sopor de calentura. En el último momento de su lucha contra la inconsciencia, un fantasma se le cruzó por la mente.

—¿Qué les pasaba a los músicos, qué miraban así? —preguntó sin abrir los ojos.

—¡Eran ciegos, chiquilla! Como si acabaran de arrancarles los ojos para que no vieran lo que allí ocurría y pudiesen contar...

Mercedes se estremeció como en una agonía. Y se durmió pensando en los

músicos ciegos de las juergas de Granada. Y soñó con ellos. Vio precisamente dos, que retorcían los cuellos y las manos para poder cantar sin que logaran conseguir su propósito. Abrían y cerraban la boca, se contorsionaban frenéticamente como derviches,^[25] pero su voz no se oía. Debían de sufrir horriblemente, porque sus ojos vacíos sudaban lágrimas... Luego aparecieron muchos más hasta formar una gran multitud. Y Mercedes pasaba entre ellos como por entre un encrespado oleaje de brazos suplicantes. Querían cogerla, y ella huía de entre sus dedos retorcidos. Pero se le colocó delante uno que le clavó su único ojo redondo y lechoso. Ya no podía escapar... Mercedes dio un grito y se incorporó en el lecho.^[26]

—¿Qué te pasa, muchacha?

—Nada. Que he soñado con los músicos ciegos. Querían cogerme...

—Vamos, vamos... No pienses en eso ahora. Anda, duerme tranquila.

Mercedes se había quedado mirando a la luna, blanca y redonda, que se había detenido frente a su ventana, y que parecía la pupila hipnótica y fantasmal de la noche.

—Ha debido ser la luna que me daba en los ojos...

Y ya se durmió sin fuerzas para seguir soñando...

* * *

La madre de Mercedes no pudo levantarse del lecho. Se había quedado completamente seca. Ya no era más que un racimo de huesos que pugnaban por atravesar la piel. Los ojos se le habían hundido entre la carne tumefacta de los párpados. Aquellos ojos, negros y agonizantes, eran como dos gotas de dolor, último jugo vital de aquel cuerpo de ceniza.

Mercedes hubo de abandonar la casa donde servía para ir a atender a su madre. Martina la despidió emocionada.

—No cedas. No cedas nunca, chiquilla —le recomendó por última vez mientras la abrazaba llorando.

En la chabola de sus padres volvió a tropezarse con la miseria y la desolación. Mientras su madre moría, Baltasar seguía bebiendo, cada vez con más furia. Tenía miradas y ademanes de loco, y en sus frecuentes exacerbamientos ya hablaba a grandes voces de negocios fabulosos. Y cuando pasaba la tempestad, gemía como si le clavarán un cuchillo. Entonces se acercaba a acariciar a su mujer. Luego se sentaba en el suelo con la cabeza entre las manos y murmuraba:

—¡Seca! ¡Seca!

Su madre le dijo:

—Me duele aquí —y señalaba vagamente el vientre— como si me estuvieran quemando.

No podía comer. El médico que llamó Mercedes contra la voluntad de la enferma

y de Baltasar, diagnosticó en seguida:

—¡Cáncer!

—¿No hay esperanzas, doctor?

—Desgraciadamente ya, ninguna.

Baltasar se había marchado al tenderete de su paisano para no ver al médico.

—Los médicos no curan más que a los ricos —había dicho, lleno de rencor, de un ciego rencor contra todo lo existente.

Volvió borracho, pero Mercedes se creyó en el deber de comunicarle la opinión del galeno.

—¿Lo ves? —gritó furioso—. ¡Ya la ha sentenciado ese verdugo!

Luego se arrodilló ante el catre donde yacía su mujer.



Ángel María de Lera,
en los años que escribió *Los olvidados*.



Arriba: Lera, Comisario de Guerra.

Debajo: Ángel María de Lera en primer plano,
con uniforme. El primero por la izquierda es
Ángel Pestaña.

—Te morirás pronto, ¿verdad? —le preguntaba entre sollozos.

Mercedes se abalanzó sobre él para taparle la boca.

—¿Quiere callar?

Pero su madre salió en su defensa.

—Tiene razón, hija. Yo debo marcharme pronto. Se lo pido así al Señor. No sirvo ya más que para haceros sufrir...

Mercedes lloró desesperadamente, abrazada al débil armazón material de su madre, donde un mínimo jirón de vida temblaba ya como llamita vacilante. ¡Qué destino tan inclemente, tan despiadado, el de aquella pobre mujer! Una criatura dulce y buena, que nunca hizo verter a nadie una lágrima, que desconocía el odio... Nació como los demás seres y, como los demás, tenía un alma donde se reflejaba la belleza de los sueños como las nubes en el espejo del río, y un corazón cálido y sensible como una candela propicia y generosa... Y, sin embargo, parecía como si todos los oscuros odios y las ciegas venganzas la hubieran elegido como víctima propiciatoria. ¿Por qué? ¿Por qué? Agonizaba en una inmunda yacija, rodeada de miseria, junto a un marido borracho y demente y ante los ojos atónitos de una hija indefensa. Y Mercedes se martirizaba inútilmente tratando de explicarse este porqué obsesionante que le crepitaba en el cerebro. Ningún ser humano podría explicárselo...

Al fin, aquellas dos gotas de dolor se secaron también. No murió, es decir, no luchó con la muerte. Se apagó en silencio tras un último suspiro.

La noche del día en que la enterraron, Mercedes, ajena a la vida, escuchaba, desde el interior de la chabola, el redoble de la lluvia que se había desatado furiosamente y que sonaba sobre las débiles paredes y sobre el techo de latas como sobre la piel de un bronco tambor. Aquel ruido monótono y retumbante le eternizaba el eco de los resposos y de las paladas de tierra. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. Tenía húmedos los vestidos del entierro y despeinada la cabellera. Aquel siniestro cantar del agua la mantenía en éxtasis.

De repente se abrió la puerta, y, como empujado por el viento y la noche, apareció Baltasar, chorreando por todo su cuerpo, pero con los ojos encendidos como fogatas. Se quedó parado mirando a Mercedes, que no lo veía, y después extendió los brazos hacia el lecho vacío.

—Estaba seca —murmuró.

Nadie le contestó. Mercedes seguía inmóvil y silenciosa. Entonces se dirigió al lecho. Curvando su cuerpo como una poderosa ballesta, se agachó y seguidamente se enderezó levantando el catre. Lo sostuvo así un instante y luego lo arrojó contra el suelo. Los hierros gimieron. Mercedes se estremeció. Baltasar se volvió agitando los brazos, como si espantara a algún ser invisible.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritaba.

Fue así hasta la puerta. La abrió de un tirón y tornó a cerrarla rápidamente, dejando sólo penetrar una bocanada de aire húmedo, que hizo oscilar la llama de la

vela de sebo. Baltasar, vuelto hacia Mercedes, volvió a gritar:

—¡No quiero en mi casa los malos espíritus!

Y luego, con una sonrisa y bajando la voz:

—Ya se han ido todos. Los he echado yo...

Mercedes parecía de piedra, como un ídolo desolado. Baltasar, como sorprendido por aquella extraña inmovilidad, se acercó a ella. Se arrodilló a su lado y le susurró al oído:

—Estaba seca la pobre, ¿sabes? ¡Seca!

Le cogió la barbilla. Entonces ella le miró con unos ojos terriblemente serenos. Los de Baltasar fosforecían. Se contemplaron los dos un segundo. La muchacha se estremeció, y él se pasó la lengua por los quemantes labios.

—Pero tú estás fresca...

Mercedes retrocedió instintivamente, como si le quemasen aquellas palabras. Tornando del éxtasis, se fijó bien en la cara del hombre. Y sintió miedo de sus ojos encendidos y de su enorme boca entreabierta. Se levantó de un salto. Baltasar le tendió los brazos.

—Ella ya se fue tonta. Ahora estamos tú y yo solos. Hace mucho tiempo que me gustas y que te espero...

Mercedes lanzó un grito de horror y se lanzó sobre la puerta mientras el hombre se incorporaba. Al fin pudo abrirla y lanzarse a todo correr en medio de la noche tempestuosa. A su espalda, Baltasar gritaba como un loco:

—¡Mercedes! ¡Mercedes!

A ciegas, resbalando y cayéndose en los lodazales, corría por entre las chabolas y las cuevas. Un grito más de Baltasar y se apagó su voz bajo el estruendo de la lluvia. Seguramente el hombre, tambaleante por la embriaguez, se habría caído de bruces contra el suelo... Y mientras corría en busca de las luces de la primera calle, se lo imaginaba braceando sobre el barro con los ojos lúbricos y la boca bestial manchada de inmundicias...

** * **

Se encontró al fin bajo la luz amiga de los faroles, jadeante, sin saber qué hacer ni adónde ir. Luego de descansar unos segundos para tomar aliento, siguió la línea de los portales. Éstos estaban ya cerrados, y por la solitaria calle no transitaba un alma. Sólo algún que otro coche pasaba raudo como un meteoro, levantando abanicos de agua que iban a abatirse sobre las aceras. Seguía lloviendo torrencialmente, y un fuerte viento humedecido le ahuecaba la falda y le trepaba por los muslos.

Mercedes hubiera querido pararse para pensar, pero no podía detenerse hasta que encontrara un refugio. Aparte del acompañamiento de la lluvia, ronco y dramático como un coro de tambores lejanos, no se oía más que el chapotear de sus

pies sobre la riada. Los puntos de luz de algunos balcones iluminados eran los únicos signos amistosos con que tropezaban sus ojos...

Se detuvo junto a un foco para orientarse, y entonces vio que el farol era un ojo blanco que sudaba chorros de lágrimas por sus cristales. A derecha e izquierda, las pupilas lechosas, perdiéndose a lo lejos, se habían vuelto para mirarla con esa mirada lunar de los ciegos. Sintió pánico y corrió desenfrenadamente, perseguida por los faroles que se inclinaban a su paso...^[27]

Del suelo surgió una entrada del Metro, que la acogió a plena carrera. Pasó velozmente por las taquillas sin sacar billete y tomó el primer tren, que cerró, sobre el revuelo de sus faldas, las mandíbulas de sus puertas. El vagón iba vacío. Mercedes se dejó caer sobre un asiento. Estaba fatigada, maltrecha, dolorida, pero la quietud y la tibieza del ambiente la reconfortaron como una bebida generosa. Cesó de tiritar y un suave calor le subió a la cara. Ahora era el momento de pensar, pero no podía, porque las ideas se le escapaban. Ni siquiera sabía adónde iba, pero ya no le importaba mucho. Su voluntad desfallecía bajo una sedante y apacible sensación de bienestar. Todo se le tornaba fluctuante, indeciso, lejano... Y era tan acariciador, tan blando, el rumor del tren...

Se despertó, asustada, ante el empleado que le tocaba en el hombro.

—Joven: tiene que bajarse, porque vamos a encerrar.

Mercedes obedeció mecánicamente. Luego, el cerebro empezó a funcionar. «He debido de correr toda la línea dos o tres veces mientras dormía», se dijo. Y acto seguido se dio cuenta de que no llevaba billete.

Las taquilleras habían desaparecido. Sólo quedaba un empleado soñoliento y aburrido para recoger los billetes de los contados viajeros de aquella hora. Mercedes se alegró de ello, porque estimó más fácil obtener la dispensa de un hombre que de una de aquellas señoritas que no transigían jamás.

Se acercó al empleado, haciendo acopio de todo su valor.

—No llevo billete... ni tengo dinero —dijo.

El hombre enarcó las cejas y se la quedó mirando con sorna.

—¡Vaya! ¿Y se puede saber adónde vas, preciosa? —le preguntó, tuteándola de buenas a primeras.

Ella le contestó, sin darse cuenta del alcance de su pregunta:

—No. No lo sé.

Él se le acercó, solícito.

—Yo te llevaré entonces, si quieres. Una mujer como tú no puede andar sola por estos sitios. Mira: si me esperas un momento, te acompaño.

Se oían las voces y los ruidos de las mujeres de la limpieza, que comenzaban su trabajo en el andén. La verja de acceso al túnel estaba ya a medio cerrar. El empleado, inclinado sobre ella, la miraba con aire dominador, envolviéndola en sus efluvios de tabaco. Le miró ella a su vez y sorprendió en sus ojos un relumbre dañino y en sus labios una sonrisa blanda y húmeda. Era el deseo animal que la cercaba

otra vez en aquella noche y del cual venía huyendo. Como una bestia arreada por el látigo, dio un empujón al hombre y echó a correr escaleras arriba. El rijoso empleado gritó un improperio, pero ella no hizo caso. El aire frío y la lluvia en la cara le produjeron ahora una sensación de alivio.

Se encontró en la plaza de Legazpi, solitaria y tenebrosa. Impulsada por el miedo a la posible persecución del hombre de la gorra de plato, la cruzó, saltando con ligereza sobre los lodazales y las corrientes de agua. Entonces vio la hilera de vagones encadenados en la vía muerta y pensó inmediatamente que podría pasar la noche en uno de ellos, a cubierto de la tempestad, y quién sabe si sobre algún montón de paja mullida y seca.

Se acercó a los vagones. El primero tenía cerrada la pesada compuerta, que no consiguió correr por más esfuerzos que hizo, hasta romperse las uñas. Los inmediatos no tenían techo. Ella corría, desolada, de uno en otro, bajo la furia inclemente del agua y del viento. Todo se volvía contra ella, mostrándole las garras y los dientes hostiles. Mercedes se sentía al borde del agotamiento. Ya no podía más, y una voz oscura empezó a gritarle desde la nuca: «Déjate caer, déjate caer...».

Un último resto de energía la mantuvo en pie, sin embargo. Por fin halló un vagón con la compuerta entreabierta. Pero resultaba muy alto. Clavó los dedos en la tarima y trató de auparse, pero el cuerpo le pesaba terriblemente. Nunca pudo sospechar que pesara tanto. Varias veces intentó el asalto y otras tantas le falló el impulso. Las manos le dolían y los dedos se le doblaban, impotentes. Mercedes gemía de rabia y de desesperación viendo el refugio al alcance de la mano sin poderlo conseguir... Era su obsesión: librarse de aquel azote continuo y sentir el aire tibio y quieto de un rincón, dejarse caer y dormir. Todo su ser se le desmenuzaba como la arena, y se le resbalaba, se le escapaba hacia la desintegración en busca de la quietud y del sueño mineral. Era un sentirse vacía, flácida, como si las venas se le hubiesen roto y la sangre saltara llevándose la vida.

Recogió por última vez sus fuerzas en fuga y saltó. Consiguió quedar en el aire, con el borde de la tarima clavado en el vientre. Entonces empezó la lucha por subir una pierna para afianzarse en el suelo del vagón, pero la ropa mojada y adherida a los muslos se lo impedía como una ligadura. Jadeaba exhausta. Para descansar un poco y reagrupar de nuevo sus energías se echó boca abajo, manteniendo medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera. En ese momento llegó a sus oídos un rumor viviente que palpitaba en las sombras del vagón. Un leve chasquido luego y se encendió la luz de un fósforo.

—¿Quién va? —gritó una voz soñolienta.

Mercedes vio entonces unas cuantas parejas humanas que yacían abrazadas en montón. El hombre del fósforo la miraba asombrado. Se apagó la luz y las tinieblas empezaron a moverse. El rumor creció con voces de hembras malhumoradas, y un aliento acre y denso de humanidad le sopló en el rostro. Fue como una bofetada inmunda que la echaba fuera, y la muchacha, inconsciente ya, se dejó caer al arroyo.

—¡Eh! ¡Oye! —le gritaron desde dentro.

Pero ella corría otra vez, como las piedras que resbalan por una pendiente. No sentía ya ni cansancio, ni miedo, ni dolor, ni nada, pero corría...

Pasó las vías, subió al puentecillo y lo cruzó sin mirar los pálidos reflejos de la corriente. Ya no se dio cuenta de nada hasta que le salió al paso el bulto informe de la primera chabola, que surgía del suelo para detenerla. ¿Dónde estaba? Mercedes buscó a tientas la salida; pero cuanto más andaba, más se hundía en las mallas de aquel laberinto. Vio una luz. Era como una llamada. Era una mano misericordiosa tendida hacia ella. Fue hacia la luz. En el corto trecho resbaló y cayó todavía. Llegó hasta la luz tambaleándose. Y no supo cómo, pero la puerta se abrió sola, como si la hubiese estado esperando...

* * *

Mercedes puso punto final a su extenso relato. Había sido una recapitulación de toda su vida, que ya le parecía tan larga y que era, sin embargo, tan breve. Una vida de veintidós años no es una vida, sino un prólogo; pero, como casi siempre, en él iban implícitas las causas determinantes de lo que viniera después. Hay existencias que se plantean como rieles lanzados hacia el horizonte, y otras, sobre curvas concéntricas, como vueltas de noria sobre un mismo punto. El destino de Mercedes era hasta ese momento una revuelta madeja, sin audaces proyecciones, como un tornar y retornar sobre el principio... Y ella sentía precisamente la terrible congoja de no hallar esa línea larga y despejada del porvenir. Toda su angustia procedía de esa sensación de verse envuelta en una potente ola que jugaba con ella. Por más que miraba no conseguía descubrir el camino.

Dejó de mirar al rectángulo de luz y volvió hacia Antonio los ojos cansados.

—Cada día creo más firmemente que su luz y su puerta me esperaban aquella noche...

Antonio estaba dolorosamente conmovido. A medida que Mercedes hablaba, a él se le había ido revelando una versión más del destino aciago de los seres. La muchacha aquella pertenecía al grupo de los seres negativos, a su propio mundo... Pero, además, era mujer, tenía veintidós años y una belleza tentadora. Tres factores que agravaban aún más el problema; tres aparentes estrellas que se convertían en llagas.

—Sí, indudablemente te esperaban —dijo sonriendo tristemente—. Sin embargo, yo nunca pensé que a esta casa pudiera llegar nada tan hermoso como tú.

También sonrió Mercedes por el cumplido, igualmente inesperado. Pero Antonio estaba muy lejos de todo entusiasmo viril por su belleza.

Mercedes le cogió nuevamente la mano y se la estrechó con fuerza.

—Pero ahora —dijo—, ahora, ¿qué?

Y él, que no conocía la esperanza ni creía en la vida, le contestó:

—Esperar, Mercedes. Esperar y tener fe. En cualquier momento alguien puede ver la luz de nuestro espíritu y llamar a la puerta de nuestro corazón. Todo consiste en estar despierto y alerta, para no dejar que la oportunidad se aleje...

Eran palabras, tontas palabras vacías. Lo sabía también Mercedes, que presentía el peligro revoloteando sobre su cabeza como un azor. No es que alguien llegara, atraído por su luz, a llamar a su corazón. Es que ese alguien venía para arrebatárselo contra su voluntad. A lo lejos siempre veía los ojos dominadores del Granaíno. ¿Qué hacer? ¿Esperar? Pero esperar, ¿qué?

Antonio no podía decirle más. Después de habérsele resistido la noche anterior, ya nada positivo podría esperar de él. Sólo palabras, bondad pasiva, cariño andrógino. Tendría, pues, que luchar sola.

—Esperar es estarse quieta, ¿no?

—En cierto modo, sí.

—Pues esperaré.

Se abrió la puerta de un enérgico empujón y apareció la figura de don Jesús irradiando humanidad.

—¡Buenas tardes! —exclamó—. ¿Se puede saber lo que ha pasado hoy en esta casa?

Antonio y Mercedes se miraron, sorprendidos por aquella brusca interrupción de don Jesús, sin saber ninguno lo que debiera contestar. Don Jesús, embutido en su grueso gabán azul, se quedó mirando fijamente los rostros pasmados de sus amigos.

—¿Adónde ha ido hoy Merceditas? Esta mañana, cuando pasé la visita, no había nadie en esta casa...

Antonio le salió al paso encogiéndose de hombros.

—Tenía que comprar no sé qué cosas en Madrid y se fue muy temprano —dijo.

—Bueno; pero no me faltarás luego a la consulta, ¿eh, pequeña?

—No. Descuide. En cuanto recoja esto un poco iré para allá.

Don Jesús le dio un cariñoso golpecito en la mejilla y se sentó en el taburete que le ofrecía Antonio. Quedaron frente a frente los dos hombres, mientras Mercedes evolucionaba silenciosamente por la habitación. Cuando hubo terminado de imponer el orden en todo, desapareció tras la abertura de su cuchitril.

—Los chicos de la Mellada tienen una bronquitis feroz —decía don Jesús—. He venido precisamente para traerles unos comprimidos y un frasco de jarabe.

—¿No hay más novedades? —preguntó Antonio.

—La Patro se muere tísica, sin remedio. Bueno, eso ya lo sabía usted.

Antonio hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Magdalena, cada vez peor. Hoy me ha confesado, a espaldas de su madre, que hay momentos en que pierde totalmente la vista.

Continuó don Jesús exponiendo a Antonio, por milésima vez, el estado sanitario de la colonia. Aquella humanidad, encerrada en tugurios, latiendo entre inmundicias, era como un caldo de cultivo de todos los gérmenes patógenos. Aquella colonia, junto

con otras similares, situada en la periferia de la ciudad, era como un campamento en donde día y noche se incubaban legiones de enemigos que partían ininterrumpidamente al asalto de la capital. No eran sólo infecciones biológicas las que allí fermentaban y se esparcían, sino terribles enfermedades psíquicas que reventaban como pústulas. Como si fueran remansos donde descargasen las cloacas ciudadanas y desde donde refluyeran a su punto de origen en forma de lluvia de pus.

—No sé cómo viven. Según mi escasa ciencia, esos chiquillos semidesnudos, que pululan por estas callejuelas y que se convulsionan con toses de perro, deberían morir irremisiblemente.

—Y, sin embargo, viven...

El médico se daba un golpe en el muslo.

—Tendrán que vivir para algo, Antonio.

—¿Para algo? Pero, bueno, ¿para qué?

—Hemos llegado a la conclusión de siempre: que no sabemos nada...

Aquella tarde estaba hondamente preocupado por el estado de Magdalena.

—No sé qué daría por poder curar a esa muchacha. Es tan joven, tan bonita, y tiene tantas ilusiones...

—¿La ha visto ese especialista amigo suyo?

—Sí.

—¿Y qué?

—La misma recomendación que le hice yo el primer día: que deje de trabajar. Pero ella se niega en redondo. Dice que su madre no gana apenas con el tenderete de la verdura, y que si ella no trabajase, se hundirían en la miseria...

—Podría dedicarse, sin embargo, a otra clase de trabajo y dejar la costura.

—No quiere. Está enamorada de su oficio. Le pagan muy bien, por lo visto, en la casa de modas. Su madre dice que Magdalena es una artista. Y puede ser verdad.

—Y se deja las pupilas en las puntadas.

—Eso mismo.

—La eterna cuestión, don Jesús. Todo el mundo diciendo siempre: «Es que yo quiero...». Cada criatura erige su razón, su razón incontrovertible, y su deseo en ley. Unos solamente la exponen, como si quisieran justificar su vida; pero otros luchan por obtener su realización, cueste lo que cueste. Y a fin de cuentas, todos terminan en un día, en una hora, en un segundo, y todos se van sin haber resuelto nada.

—Pero ésa es la única forma, Antonio, de poder vivir. Hay que desear algo ardientemente.

—Ese algo es, generalmente, lo que no tenemos ni podemos tener. ¿Y a ese fantasma hemos de sacrificar lo único que realmente poseemos: este poco de tiempo, estos toscos sentidos, esta chispa de inteligencia y este soplo de Dios que late dentro de nosotros? Me parece absurdo.

—¿No ha de haber esperanza entonces?

—Pero no esa esperanza que nos forjamos con arreglo a nuestros deseos. Uno

espera que una mujer le corresponda porque la codicia; otro, alcanzar un empleo donde pueda satisfacer su ansia de mando; aquél, comprar un reloj ¡para medir el tiempo!

—Bueno, Antonio; usted es un contemplativo...

—Pero no lo fui antes, don Jesús. También me forjé mi esperanza y luché por ella hasta la locura. Me di cuenta demasiado tarde, y entonces pensé que tendría que haber sido así precisamente, y me hice fatalista.^[28]

—Puede que sea una manera de ser feliz también.

Antonio se encogió de hombros filosóficamente.

—Al menos es una fórmula para no sentirse íntegramente desgraciado. Si, como dijo el poeta, somos ríos que van a dar a la mar, no intentemos cruzar las cordilleras por las cúspides. Es mejor seguir la línea de los valles, ¿no le parece?

—Sí, es más fácil. Pero esa pasividad es desoladora.

—¿Quiere usted decirme, don Jesús, qué adelantaría Magdalena con llegar a ser una buena modista si se queda ciega?

—Nada. En eso tiene usted razón.

Ambos hombres quedaron pensativos. Apareció entonces Mercedes, arreglada para salir. Don Jesús la contempló con arrobamiento.

—¿Qué le parece, Antonio? Guapa, ¿eh?

—Antonio no dijo nada y Mercedes, un poco turbada, se despidió.

—Es asombrosa la alegría de vivir que me inspira la presencia de una mujer hermosa. No sé bien por qué, pero despierta en mí todas las sensaciones fuertes de mi olvidada juventud. En general, la belleza femenina ha producido siempre en mí un efecto semejante. Yo ya vengo pensando hace mucho tiempo que seguramente el hombre y la mujer fueron en un principio, en esa primera noche de la vida, un solo ser. Luego vino la separación en las dos mitades, impuesta por una especie de especialización en las funciones orgánicas y psíquicas. Y desde ese momento, esas dos partes de un todo se buscan para completarse. Yo creo, por ello, que ningún hombre es completo sino al lado de una mujer. Y, sobre todo, si es bella. No hablo de aventuras eróticas ni de incentivos puramente sexuales. La presencia de la mujer, sólo su presencia, es la que inspira este sentimiento de plenitud de que hablo. Toda la historia, toda la naturaleza, todo el mundo espiritual, se cifran en esa pareja. El hombre y la mujer son todo: lo que ha sido y lo que será.

El médico tocaba uno de sus temas favoritos: una teoría bisexualista que se había inventado. La defendía siempre con calor, y siempre terminaba diciendo que esperaba poder escribir un libro para probarla científicamente. Ahora se la exponía a Antonio una vez más, acompañando las palabras con gestos expresivos de sus bellas manos, poniendo en juego la fuerza persuasiva de sus ojos y de su cabellera, como en un rapto de furor poético.

—Pero usted no se ha casado, don Jesús.

—Efectivamente. Pero es que no tuve nunca tiempo. De todas formas puede que

el matrimonio, al estilo usual, no sea precisamente la fórmula ideal que yo propongo.

—¿Platonismo entonces?

—Quizá.

—No lo tiene definido, ¿eh?

—Pues no. Es sólo una sensación, un efluvio. Algo indefinible. Pero siempre puro, alto, sublime. De cómo será puede darle una idea el hecho de que, a pesar de la edad, busco a las mujeres, pero sólo para verlas, para sentirlas a mi lado, como si para vivir necesitase el soplo de su ser junto al mío. Esta mañana, como todas, vine para ver a Mercedes. ¿Creerá usted que he estado triste, como perdido, todo este tiempo?

Antonio, que seguía atentamente el discurso del médico, le preguntó a secas:

—¿Y por qué no se casa con ella?

Don Jesús varió los ojos como asustado.

—¿Casarme? ¿Con Mercedes?

Antonio afirmó lentamente con la cabeza. Por los ojos del médico pasó un relámpago. Luego bajó su mirada al suelo.

—Es demasiado tarde para mí, Antonio. Sería ridículo que yo pretendiese ahora... Además, ella...

—Ella está en peligro, don Jesús. Tal vez sólo el matrimonio pueda salvarla.

—¿Usted cree que me aceptaría a mí?

—Puede que sí.

Don Jesús movió tristemente la cabeza.

—Se me escapó la vida, Antonio —dijo—. Ya es tarde. No puedo aceptar.

Quedaron un momento en silencio. Después, don Jesús preguntó:

—¿Y qué es lo que le pasa a Mercedes? ¿Qué peligro la acecha?

Antonio le refirió entonces todo lo sucedido la noche anterior, excepto el desesperado ofrecimiento que le hiciera en su extravío. Le contó los rasgos más salientes de la historia de la muchacha y la forma dramática en que había llegado hasta allí. Y, por último, sus temores, sus inquietudes y las vacilaciones de su voluntad ante el asedio del Granaíno.

—Indudablemente ese hombre la domina, pero ella no quiere ceder, impresionada por las terribles experiencias de Martina. Estoy seguro de que haría cualquier cosa con tal de sentirse a salvo de ese peligro.

Don Jesús estaba indignado.

—Pero ¿cómo ha podido ese golfo poner los ojos en ella?

—Es la muchacha más bonita de estos contornos...

Era una razón convincente. Conocía también al Granaíno y sabía que era el jefe de la tropa de ladrones que operaba en el mercado de Legazpi.

—Quizá pudiéramos lograr que le encerrasen...

Antonio denegaba con la cabeza.

—¿Por cuánto tiempo, don Jesús?

—Pero si es un delincuente conocido. Sus fechorías las sabe todo el mundo.

—Sí. La gente dice, habla... Pero nadie es capaz de acusar valientemente. Además que no bastaría con acusar. Sería necesario probarle el delito grave para que recayera una dura sentencia contra él.

—Entonces...

—No sé.

—Pero ella no le querrá.

—¡Pchs! No se puede uno suponer nunca lo que piensa realmente una mujer. Y puede que, a pesar de su voluntad, le guste el tipo ese.

—En ese caso, ¿qué podemos hacer nosotros? Somos dos viejos, Antonio, y ofrecerle nuestra caducidad como escudo no creo que diera ningún resultado práctico. Si tuviera yo ahora treinta años...

—Sí, y aunque fueran cuarenta.

Los dos se miraron tristemente. Eran dos seres dispares en todo: en procedencia, en formación, en carácter, y, sin embargo, habían llegado a un perfecto entendimiento, quizá porque, al ser tan distintos, se completaban. Sus espíritus navegaban, al unísono, por un nebuloso mar de melancolías. Los dos se sentían igualmente frustrados, y aunque en el médico se conservaba viva la curiosidad por todo, en contraste con la pasiva indiferencia del antiguo anarquista, en ambos gravitaba por igual el cansancio de los días. Se veían viejos, incinerados por el tiempo, como dos testigos de la triste comedia humana, silenciosos e inoperantes.

Se levantó don Jesús y marchó hacia la puerta, seguido de Antonio. Al despedirse dijo aquél:

—Al menos estaremos siempre a su lado, pase lo que pase...

Antonio afirmó con un movimiento de cabeza. Y se dieron la mano en señal de alianza.

Don Jesús cruzó por entre las chabolas. Andaba con firmeza y con aplomo por aquellos andurriales, contestando a los tímidos saludos de las mujeres. Era su costumbre pararse a contemplar a los niños que correteaban descalzos y con las nalgas al aire. En esos momentos los chiquillos solían acercársele, y él les repartía las golosinas que atesoraba en los enormes bolsillos del gabán. Hubo un día en que apareció acompañado con un mozo que llevaba un gran fardo a costas, y repartió zapatillas de caucho a toda la tropa menuda...

Aquella tarde, cuando le cercaron los niños, hundió la mano en la faltriquera. Pero en vano hurgó y rebuscó hasta en los forros. Por primera vez se había olvidado de su provisión de caramelos. Al ver sus manos vacías, sus pequeños amiguitos le miraron con ese profundo desencanto con que sólo saben mirar los niños. Y don Jesús, avergonzado, siguió su camino un poco atropelladamente, como si huyera de una acusación que no tuviese el valor de afrontar.

Era la hora en que comenzaban a llegar los habitantes de la colonia, de vuelta del trabajo. Algunos quedaban detenidos en el arrecife del Araño, pero había otros muchos que seguían derechamente el camino de sus chabolas, donde siempre los aguardaba alguna faena, tales como apuntalar alguna pared, reponer las latas del tejado, partir leña... Empezaba la recogida de los niños bajo el clarín gutural de las madres. Pronto el barrio se vería envuelto otra vez en el humo de los anafes, puestos a encender al aire libre... La cerda de Matías se retiraba a su cubil, y los perros vagabundos aprovechaban su ausencia para hocicar entre las basuras, sin temor a sus terribles acometidas. Por el puentecillo apareció Emilio con su tartera bajo el brazo, sucio de tizne y de grasa, preocupado de antemano con los problemas de contabilidad que luego le propondría Antonio.

Era la hora más triste de la colonia. Antonio, desde su puerta, contemplaba todo aquel movimiento, ya sin emoción, porque eran innúmeras las veces que había visto repetirse la misma escena. La noche caería, cubriendo de silencio y de sombras el pequeño valle maldito. ¿Qué ocurría en las chabolas cuando se cerraban sus puertas? Toda la familia, en algunas hasta los abuelos, sentada en el suelo, en torno a la fuente de la pitanza. Un cuchareo rápido, entre resoplidos y escaldaduras. Se come en silencio. La mujer empuja hacia el marido lo mejor del rancho. El hombre acepta, unas veces avergonzado, y otras lo reparte con los pequeños, no pudiendo resistir sus ojos de ansia. Suenan las cucharas sobre el cacharro, señal de que todo ha concluido, siempre demasiado pronto. Todos han quedado insatisfechos y se consuelan pensando en su repetición al día siguiente. Sólo la mujer parece insensible al hambre. Si hay algún anciano, es probable que se aventure todavía a pasar un dedo por el fondo y los bordes de la fuente. La mirada aguda de la mujer sorprende el movimiento, pero el

dedo furtivo llega hasta la arrugada boca, que luego deja ver, en una torpe sonrisa, toda su impudicia senil. La atmósfera es densa, casi irrespirable; atmósfera de aceite de candil. Pero es de agradecer su tibieza, máxime cuando el aire silba afuera. Sobre el suelo se extienden los jergones de paja o de borra. Los chicos tienen los pies sucios de barro, pero no hay agua. No hay nada tampoco de que hablar. La mujer ha dicho ya mil veces:

—Estoy harta de vivir en esta pocilga. Nos come la mugre. Y estos niños...

Los ojos de los niños son como espejos claros que copian toda aquella vida oscura sin comprender. Pero miran demasiado.

—Con lo que se gana no se puede soñar en un cuarto para personas. Claro que siempre no ha de ser así. Llegará un día en que todo se arregle. Todo el mundo empieza a preocuparse. Dicen que pronto empezarán a hacer casas para obreros. También dicen que... Pero lo malo es que los niños...

Y los niños miran, miran... Ya lo saben todo desde muy temprano. Desde que vieron por primera vez. Cuando otros niños corren por los caminos de Caperucita y Pulgarcito, ellos arrastran sus pies por el barro.

A veces habla el anciano:

—Mejor es que nos hubiéramos quedado en el pueblo.

Entonces la mujer pregunta:

—¿Quiere decirme para qué? Cualquiera diría que teníamos allí un cortijo...

El hombre sentencia:

—Aquí, por lo menos, hay trabajo.

No se puede pensar. Sólo se desea dormir. ¡Ay, si no se despertara! Por el mundo se habla de muchísimas cosas... ¡Dormir, dormir! El cerebro está oscurecido por el humo del candil; los pulmones apenas pueden renovar la espesa masa de aire que parece engrudo; los huesos duelen... Quizá mañana... El hombre casi siempre espera; la mujer, generalmente, no. Por de pronto, dormir. Todos se acuestan. El anciano, con la roña de más de medio siglo; los niños, con los pies sucios de barro; el hombre y la mujer, con un rocío de agrio sudor sobre la carne. Todos juntos: progenitores, vástagos y antepasados. El soplo que apaga el candil deja caer una gota de tinta negra sobre el último renglón de aquella página... Lo que pasa después sólo lo ven los niños...

Antonio conocía bien todo esto. Ahora tenía que entrar en su chabola para preparar el quinqué, los lápices y los cuadernos. Pronto vendrían Emilio y sus otros tres discípulos y tendría que enseñarles aritmética, gramática y un poco de geografía. Para él era sumamente fácil explicar temas de estas asignaturas. Sus apuros, sin embargo, empezaban cuando sus alumnos le preguntaban algo de la vida. Entonces el examinando era él y casi siempre contestaba hablando de memoria, sin saber bien lo que decía y, sobre todo, sin creer en sus propias palabras.

—¿Verdad, señor Antonio, que sabiendo bien de cuentas y de pluma se puede llegar muy lejos?

—Indudablemente. Ya veis hasta dónde he llegado yo.

Los muchachos le miraban con asombro, pero sin percibir el acíbar de sus palabras.

—¿Y por qué el tío Gabriel, que no sabe leer ni escribir y que tiene que firmar los cheques con una estampilla, tiene tantos coches y ha ganado tantos millones transportando materiales para las obras? —preguntaba Emilio.

—¿Es eso justo? —remachaba otro.

Antonio les hubiese contestado otrora sin vacilaciones y de sus labios hubiera brotado una hirviente teoría, como un surtidor de fuegos artificiales. Y esa siembra de chispas hubiera incendiado aquellas jóvenes imaginaciones. Pero ya, no. Y como no podía permanecer mudo ante aquellos pares de ojos inquisitivos, fingía un leve enojo.

—Bueno: dejémonos ahora de estos problemas y aprovechemos el tiempo. Vamos a ver...

Y les proponía un caso de la regla de tres.

Una vez le preguntó Emilio:

—Usted que sabe tanto, señor Antonio: ¿qué me aconseja? ¿Debo casarme pronto o esperar unos años más?

Antonio se encogió de hombros.

—Yo no me he casado nunca...

—Pero si usted estuviera en mi situación, ¿qué haría?

Se acordó de aquella lejana noche en el campo, cuando Minerva le susurró al oído: «quiero ser tuya, tuya...». Emilio le vio palidecer.

—¿Se pone malo, señor Antonio?

Tuvo que salir a la puerta a respirar, porque se ahogaba. Y cuando volvió nuevamente a su puesto entre sus discípulos, Emilio le dijo:

—He pensado no casarme hasta que sea contable y consiga una buena colocación. ¿Le parece bien, señor Antonio?

—Eres muy razonable, muchacho, muy razonable —contestó Antonio, todavía nostálgico.

Y siguió la lección.

Siempre temía estas preguntas, disparadas al azar. Y esta noche aún más, porque los últimos acontecimientos habían removido todos los viejos posos, enturbiándole el espíritu. Pensaba la forma en que insinuaría a Emilio que cortejase a Mercedes. Ello le producía un gran desasosiego porque se le antojaba una acción un tanto innoble. Ese apoderarse subrepticamente de la voluntad del muchacho y lanzarlo a ciegas por un camino peligroso, que bien pudiera ser el de su desgracia, ¿no era, por otra parte, robar algo a Magdalena, la pobre modista amenazada de ceguera?

Al querer cerrar la puerta, un grito salvaje le sacó de sus cavilaciones.

—Y el dinero, borracho, ¿dónde está? ¿Qué van a cenar hoy tus hijos?

Se imaginó a la Mellada convulsa, espumeante. Su marido, en el suelo, retorciéndose en espasmos de dolor. Los niños desde un rincón, contemplando la

escena de todos los días... «Cuando venga Mercedes haré que les lleve unos plátanos y unos panecillos para que puedan cenar las pobres criaturas», pensó Antonio, cerrando la puerta de su chabola. Una vez más se sentía avergonzado de vivir...

* * *

Cuando don Jesús llegó a su casa, en el barrio de Usera, ya había terminado Mercedes la limpieza de las salitas destinadas a la consulta y estaba repasando con una gamuza los muebles del despacho. Era su quehacer de todas las tardes. Era un trabajo fácil y cómodo, bajo la acuosa mirada de doña Sara, ama de llaves de don Jesús. Se reducía a poner en orden todo lo que quedaba descolocado en la consulta económica de la mañana y, especialmente, cuidar de que en el despacho todo estuviera limpio, pero sin que ningún libro ni papel fuera descolocado. Su dueño quería encontrarse las cosas tal como las dejaba. Así el libro, el periódico o la revista quedaban abiertos sobre la última página leída, en la mesa de trabajo, en el sofá o en cualquiera de las sillas que parecían convocadas a reunión en torno a la mesa. Y lo mismo deseaba con respecto a sus tabaqueras, a la botella del coñac, a la copa, lápices y plumas. La habitación estaba atiborrada de libros, que se salían de los plúteos^[29] y trepaban por todos los muebles e iban a apilarse, a veces, en los rincones. Los periódicos y revistas, más volanderos, se posaban en los sitios más inverosímiles. Sobre las estanterías se mezclaban bustos en escayola de sabios célebres con calaveras y horribles carátulas, y de las paredes pendían cuadros, mapas y diplomas, algunos de estos últimos, redactados en idiomas extranjeros.

—Todas las mujeres, empezando por mi ama de llaves, tienen la estúpida obsesión de la simetría. Y, claro, en vez de dejar las cosas donde están, que es su sitio, las ponen donde maldita la falta que hacen, sólo por el hecho de que resulta más bonito. Y, como consecuencia, yo tengo que perder el tiempo y la paciencia buscándolas. A ver si tú resuelves mi problema. Ya lo sabes: limpieza hasta donde sea posible, pero sin que se te ocurra jamás abrir un libro, si está cerrado, o cerrarlo si está abierto, ni cambiarlo de sitio. Todo ha de continuar como yo lo dejo, que es la única manera de encontrarlo cuando yo lo necesite.

Esto le dijo don Jesús a Mercedes cuando le propuso aquel trabajo que ella, por su parte, aceptó encantada, comprometiéndose a cumplir al pie de la letra sus instrucciones.

Contiguo al despacho estaba el pequeño laboratorio. Allí, sobre una larga mesa, se alineaban retortas, probetas, tubos de ensayo, un microscopio y otra serie de adminículos misteriosos y raros que evocaban el recuerdo de los viejos alquimistas. No se podía entrar allí en ausencia de don Jesús, y la limpieza había de efectuarla Mercedes sólo de cuando en cuando, en presencia de su dueño. Nadie, en verdad, se hubiera atrevido, por su cuenta, a abrir la puerta de aquella habitación, considerada por todos los habitantes de la casa como un antro peligroso donde don Jesús se

encerraba por las noches para jugar con la vida y la muerte. Sólo el olor que despedía hubiera paralizado la acción de cualquier curioso. Era una mezcla penetrante de éter y ácidos que producía escozor y turbación. En aquel cuarto, precisamente, estribaba la aureola de sabio y demiurgo que rodeaba la figura, por otro lado expansiva y pletórica, del médico.

Cuando aquella tarde entró en el despacho, se dejó caer pesadamente en el cómodo sillón. Mercedes, entre tanto, se había levantado del suelo, donde se hallaba arrodillada limpiando las patas de un sillón. Don Jesús la miraba bondadosamente.

—Déjalo ya, Mercedes. Por hoy ya está bien.

—Me falta ya muy poco, don Jesús.

Pero el médico le reiteró con un gesto su deseo de que diese por terminada su tarea. Luego le preguntó:

—¿Vino ya la enfermera?

—No la he visto.

Don Jesús se escanció una copita de coñac y dijo, mirando al dorado licor:

—Cada día siento más que no hayas tenido valor para ser mi enfermera. Hubiera abierto para ti un buen porvenir.

—Ya lo sé. Y más lo siento yo, no crea. Pero no puedo ver la sangre ni oír los quejidos de una persona.

—Ya, ya... Si yo hubiese sido capaz de hacerte comprender que no son los enfermos los que se quejan, sino que es su carne la que chilla, sus células...

—No lo entiendo.

Don Jesús apuró la copita de licor. Entonces, como una sombra pálida, apareció doña Sara, portando una tacita de café. Era alta y flaca, con el pelo albino; clarísimos, casi blancos, los ojos; finas y largas las manos. Andaba sin hacer ruido, y se movía con la lentitud y mesura de una sacerdotisa. El hombre se volvió a mirarla y entonces sus ojos se le empañaron. Doña Sara, cuando hubo colocado delante de él la humeante tacita, le dijo en, un bronco castellano, henchido de resonancias nórdicas:

—Ha vuelto el señor de ayer...

Don Jesús hizo un esfuerzo para escuchar, y ella siguió hablando en el mismo tono, abriendo mucho sus ojos boreales.

—Me ha dicho que hoy vendrá su señora a verle. Vendrá sola. Y que, por lo que más quiera usted, no le diga la verdad. Ella, por lo visto, no lo resistiría. Es muy hermosa y joven, y está muy enamorada de él. Se quieren con gran pasión y son ricos... Claro, ahora esta situación les resulta peor que la misma muerte... ¡El pobre señor lloraba cuando me lo decía!

Don Jesús no contestó. El ama de llaves se ausentó envuelta en silencio y en su aire fantasmal. Mercedes suspensa en el relato de la extraña señora, se dispuso a marcharse. Don Jesús le hizo una seña para que se acercara. Luego le cogió una mano y, dando a sus palabras toda la intención posible, le dijo:

—No has podido ser mi enfermera. ¡De acuerdo! Pero seremos siempre amigos,

¿eh? Buenos amigos. Y si alguna vez te hallas en un apuro, no dudes en acudir a mí. Sé que Antonio no te fallará nunca, pero puede que sea incapaz de comprender algunas cosas. Tú entonces ven a mí. Yo lo comprendo todo...

La muchacha no supo qué contestar, un poco turbada por el tono en que fueron dichas aquellas palabras, y salió, dejando a don Jesús frente a su tacita de café y su botella de coñac.

Al quedarse solo, don Jesús tornó a beber. Solía decir que el coñac y el café servían para ahuyentar el sueño y abrir la oculta puerta de los sentidos por donde entra el viento puro de la alta vida, como aire de las cumbres, que aviva el fuego de la inteligencia.

—El sueño es como un pulpo —dijo en cierta ocasión a Antonio—: blando, viscoso, tentacular, succionador de la vida de la inteligencia. Hay que luchar contra él con todas nuestras fuerzas.

Don Jesús encendió un cigarrillo y en seguida se sumió en el oleaje de sus pensamientos.

Realmente se sabía muy poco acerca de aquel hombre. La generalidad no conocía de él más que sus discutibles cualidades de galeno. La fama lo definía como un médico algo chiflado, quizá por efecto de sus muchos estudios, pero poseedor, sin duda, de una profunda sabiduría, mezcla de técnicas médicas y de inspiraciones geniales.

Sucedió así: un buen día, sobre la puerta de un hotelito recién reconstruido, apareció un letrado que decía:

DR. JESÚS DE TOLEDO
MEDICINA GENERAL

Y un hombre que salía por las mañanas temprano a recorrer las nuevas colonias de chozas de los alrededores. Empezaba dando caramelos a los niños, y después ofrecía sus servicios, como cualquier barbero ambulante. Así penetró en las chabolas y empezó una desesperada lucha contra la miseria. Lo hacía todo: diagnosticaba, curaba y regalaba las medicinas. Era un trabajo de una intensidad enloquecedora, pero él lo realizaba con verdadero entusiasmo, no como un sacrificio, sino con el gozo del que desahoga una tremenda presión del espíritu. Se sentía en esas plenas jornadas como el campesino hambriento que, en un día de estío, no da abasto a recoger la enorme cosecha que se precipita sobre él desde los árboles y desde los cuatro puntos del campo. Cuando llega la noche, cae agotado; pero al despuntar la nueva aurora se pone en pie para hacer frente al alud de abundancia que se le viene encima... Así una vez y otra, así cada mañana, batido por las inagotables olas del dolor humano. No era un sentimental ni un místico que acariciara las úlceras, enfervorizado de anonadamiento y humillación. No era tampoco un científico insensible que anduviese en busca de fórmulas y síntesis bioquímicas. Era, sencillamente, un hombre todo

vocación y un auténtico luchador que peleaba por el placer de vencer. Sabía que se enfrentaba con un terrible enemigo desconocido, y cada pequeña victoria alcanzada contra él acrecía su fuerza y su combatividad.

Una, cien, mil lenguas lanzaron al viento su nombre. Pronto don Jesús fue una figura mítica por aquellos barrios. Su consulta gratuita de las mañanas se vio rebosante de gentes míseras y laceradas que acudían allí de todos los contornos con esperanza de salvación.^[30] Muchos enfermos al entrar en la zona de influencia de su mirada, ya se sentían mejor. Hubo, sin embargo, quienes dijeron:

—Todo esto es teatro. Es un truco para hacerse una buena clientela entre los ricos. Nosotros somos como anuncios.

De todo se enteraba don Jesús, y a estos murmuradores les decía, después de atenderlos:

—Los pobres deberíais tener más corazón y saber que los ricos también sufren. En esto todos somos iguales.

Los ricos tardaron, pero al fin acudieron también a la consulta de la tarde. Delante del hotelito se vio formar muchos días una fila de lujosos automóviles. Y hasta fue requerido con frecuencia el médico de barrio para celebrar consultas con reconocidas eminencias médicas en altivas mansiones de la ciudad.

Don Jesús definía así a los enfermos:

—Los pobres se resignan más fácilmente y sufren menos. Los ricos se desesperan y padecen más intensamente, sobre todo al darse cuenta de que hay un momento en que su dinero no vale para nada. Los pobres, generalmente, esperan que Dios los compense en la otra vida. Los ricos, aunque alardeen de creyentes, se resisten a marchar y se asen a este mundo, que suelen llamar valle de lágrimas, obsesivamente, convulsivamente, como si no esperasen ya nada. Los pobres creen firmemente en Dios, y los ricos lo ponen en duda a cada paso. Los pobres me dicen: «Que Dios se lo pague», y los ricos: «¿Qué vale, doctor?».

Solamente a Antonio había contado algo de su vida. Hijo de una acomodada familia, se doctoró en Medicina en la Facultad de Madrid y luego se fue al extranjero a ampliar sus estudios. Pasó por la Sorbona, por Oxford y por las más famosas universidades de Alemania. Recorrió toda Europa, hasta las lindes de Rusia en sus viajes de estudio. Se pasó treinta años de su vida, los mejores, entregado apasionadamente al estudio. Fue discípulo de grandes investigadores y sabios, atraído por una sed inagotable de ciencia. Aprendió mucho, claro es, pero por ese su afán, no versátil, sino en exceso ambicioso, no llegó al ápice en ninguna especialidad. Era de los que se lamentan de la cortedad de la vida porque no da tiempo para llegar al final de nada.

Un día se encontró casi viejo. Se aproximaba atterradoramente la vejez. Y decidió tornar a su patria para ofrecerle esos granitos de ciencia que le quedaban. Nadie le conocía en su tierra. Después de tanto tiempo, ni familia le quedaba. Entonces, silenciosamente, abrió su consulta en el barrio de Usera.

Durante treinta años buscó, como un navegante solitario, ese incógnito continente adonde llevan todos los cálculos de la ciencia. Ese continente infinitamente pequeño donde brotó la vida en la noche pretérita. Sólo conociendo el principio se podría explicar todo el subsiguiente proceso y hasta la posvida. Quizá la muerte no fuera el final. Seguramente no. Él creía que no. «La vida no puede terminar en un punto, como no cesa la energía.» ¿Qué vendría después? ¿Cómo conocerlo si, en realidad, ignorábamos lo más elemental? Por eso, cuando se le agotaron todos los plazos que él mismo se señalara para el descubrimiento, concentró todas sus energías en combatir ese final trágico y descorazonador que la gente llama muerte, es decir, fin definitivo e inapelable. Don Jesús se negaba a admitir que la vida fuese ese semicírculo o esa parábola que arranca de la tierra y acaba en la tierra como el corto vuelo de un insecto. Para él, la vida tenía que ser una grandiosa circunferencia en torno a Dios.

Ahora, navegante derrotado por el mar, seguía, sin embargo, firme en su fe. Y su fe se condensaba en una esperanza indefinible, pero firme, de que todo lo de aquí se prolongaba luego en una nueva dimensión. Observaba todo desde lo alto de su vidente optimismo, como si, sentado en la cúspide de un monte, creyese que bajo las nieblas se ocultara un nuevo paraíso.

De una cosa se mostraba orgulloso: de su ascendencia israelita. Sentía una profunda admiración por ese pueblo prodigioso a quien no han podido aniquilar las más atroces persecuciones durante los milenios. Y que no sólo no ha sido aniquilado, sino que, valiéndose de una sutileza y de una inteligencia asombrosas, ha quedado siempre a flote sobre los oleajes y ha dominado, al fin, a todos sus enemigos. Y que, a lo largo de la tremenda lucha, ha ido constelando la historia de nombres que brillan como soles. De Judea nos vino el cristianismo... De la sangre de la diáspora había brotado, entre otros muchos, el genio de Einstein, ese mago de la física moderna que anuncia jubilosamente una nueva edad.

—Soy del pueblo elegido —decía—. Mis antepasados fueron judíos conversos, de la judería de Toledo. Y la Medicina es tradicional en mi estirpe...

* * *

Entró la enfermera, vestida totalmente de blanco, trayendo la bata de don Jesús. Se acercó a él silenciosamente. El médico se estremeció y se la quedó mirando con los ojos todavía ausentes. La mujer sonrió, y entonces él se puso en pie. Se embutió la bata, ayudado por la enfermera, y ambos salieron del despacho sin cruzar una sola palabra.

El primer consultante fue una mujer, todavía joven, pero en plena ruina física, prematuramente provocada por alguna dolencia consuntiva, de esas que absorben los jugos vitales hasta dejar el cuerpo como una cáscara vacía. Presentaba una suma delgadez, y la poca carne aún adherida a los huesos era pálida y traslúcida como una porcelana. Los ojos, sin embargo, le brillaban intensamente, como si la fiebre

quemara en ellos sus últimas reservas. Vestía elegantemente e iba perfumada con un tenue aroma de primavera.

Se sentó frente a don Jesús, y con una voz doliente, débil a veces como un balido, expuso al médico su situación.

—Mire, doctor: yo sé lo que tengo. Me lo han dicho y confirmado los mejores especialistas de España...

Don Jesús se movió en su sillón con visible impaciencia.

—Perdone, doctor; pero en un caso como el mío no hay duda posible.

Don Jesús se recostó entonces sobre el respaldo de su asiento, y mirando detenidamente el arco que había formado con los índices de ambas manos, le dijo:

—¿Y por qué viene a ver a un médico de barrio, señora? ¿Qué puedo añadir yo a lo dicho por esas eminencias?

—Es cosa de mi marido. Dice que usted, a pesar de hallarse instalado tan modestamente, es un médico extraordinario. La verdad es que yo me he resistido todo lo posible, porque sé que para mí no hay esperanza. Pero luego pensé que, dada la fe de mi marido en su ciencia, usted podría hacerme el único favor a que aspiro en estas circunstancias. Por eso he venido a verle, doctor.

—Usted dirá, señora.

—Llevamos veinte años casados y hemos sido intensamente felices. Somos ricos, todavía jóvenes y nos queremos con la misma fuerza de los primeros tiempos. Mi marido no se resignaría a perderme. ¡Yo no sé qué será de él cuando se quede solo! Ahora bien: quiero agonizar yo sola. Me queda para ello un único recurso, y es que usted le diga mañana a mi marido que no tengo cáncer, que mi enfermedad es otra cualquiera, por terrible que sea. ¿Se prestará usted a esta inocente farsa, doctor? Es un ruego, una súplica que yo...

—Comprendo, y no se esfuerce en convencerme —le atajó don Jesús—. Pero quisiera ver con mis propios ojos. ¿Tiene usted algún inconveniente, señora?

La enferma sonrió tristemente y denegó con un gesto de cabeza, que era más bien un signo de resignación inútil. ¡Qué se le iba a hacer!

Don Jesús la cercó entonces a preguntas, enlazadas con las respuestas como en un diálogo socrático. Le comprobó los reflejos, la auscultó y sus dedos palparon y exploraron buscando la vida en aquel descompuesto organismo, tal como un músico que tecleara en un piano sin voz. La mujer, de cuando en cuando, emitía un manso quejido y entonces el médico insistía en sus palpaciones. Por último, dio por terminado aquel examen previo.

Mientras la enferma se vestía, el médico, después de apretarse los párpados con el envés de los pulgares, como si le doliesen los ojos, dijo con voz opaca:

—¿Y si yo le dijese, señora, que no es cáncer?

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Mis conclusiones provisionales son que el diagnóstico de cáncer es erróneo. Un error fácil, pero error.

La enferma ya no le miraba sonriendo tristemente. Ahora estaba seria, dramáticamente seria, con la boca entreabierta, con los ojos desencajados, como espantada.

De un salto se puso al lado del doctor y le cogió de los hombros.

—¡Me miente usted!

Don Jesús recibió, impasible, la insultante exclamación. Luego se desprendió suavemente las manos histéricas y las colocó entre las suyas. Bastó este ademán cariñoso para que ella depusiera su actitud espasmódica.

—Perdone, doctor. No he querido ofenderle. Pero es que no puedo tolerar ninguna mentira piadosa...

—Mis palabras no lo son. Desgraciadamente, su estado es gravísimo.

—¿Pero no es cáncer?

—No.

—Entonces...

—Un proceso tuberculoso avanzadísimo. Existe una sola posibilidad entre ciento para salvarla.

—¿Tuberculosis? ¿Una sola posibilidad? ¿Una sola, doctor?

Ella le miraba con una expresión de alegría febril. La brasa de los ojos fulguró como si la avivase un viento misterioso. Pronto acudieron las lágrimas. Decía entre hipo:

—Por él, doctor... Me alegro por él. ¡Quiero vivir por él! Nos queremos tanto... Somos aún jóvenes y la vida es tan hermosa...

Don Jesús la contemplaba desde lo alto de la cumbre, como a un valle cubierto por la niebla. Cuando la enferma se marchó transformada, presa de una infantil locura, la enfermera le preguntó:

—Entonces, ¿no es cáncer, don Jesús?

Él contestó sin mirarla:

—Es cáncer.

—Pero usted le ha dicho...

Y la enfermera se quedó cortada, sin atreverse a concluir la frase.

—Es igual —dijo don Jesús—. Lo importante es la esperanza. No sabemos nada, pero podemos esperar todo. Los médicos nos encontramos siempre con la niebla. ¿Qué hay debajo?

Cuando hubo atendido al último de los enfermos y se redujo de nuevo a su despacho, apareció otra vez silenciosamente doña Sara.

—¿Quiere que le traiga la cena? —le preguntó con su exótico acento, totalmente inanimado.

Don Jesús, siguiendo el hilo de sus pensamientos, se volvió hacia ella.

—¿No es cierto, Sara, que lo más hermoso es esperar? ¡Esperar, esperar!

Se tapó la cara con las manos, como si quisiera ocultar un sollozo. Doña Sara desapareció, envuelta en su halo de nieblas. Lloraba mansamente, como esas nubes

pegadizas que bajan de los montes...

Don Jesús descubrió el rostro. Tenía los ojos secos, pero muy brillantes. Se sirvió una copa de coñac. Se recostó sobre el respaldo del sillón y entornó los ojos. La enfermera asomó la cabeza por la puerta del consultorio; pero al verle en aquel estado de abstracción, desapareció silenciosamente...

SEGUNDA PARTE

Fue a las pocas mañanas de su arribo a la «Colonia sin Ley». Tornaba de la fuente con el cántaro a la cadera y sumida en sus pensamientos, cuando casi se tropezó con el cuerpo de un hombre que se interpuso en su camino. Levantó los ojos para mirarle y sintió un intenso escozor en las pupilas al encontrarse con la mirada incandescente del mozo. Tenía un bruno rizo sobre la frente y le brillaba la blanca dentadura a través de una sonrisa pugnaz. No tuvo más remedio que detenerse.

—¿Quién eres tú? —preguntó él, con un tono insultante.

Mercedes esperaba un piropo o una de esas cobardes groserías con que algunos hombres obsequian a las mujeres cuando van solas. Pero la pregunta, por insólita, y sobre todo por el tono en que le fue hecha, la dejó estupefacta. Quiso huir.

—¿Quiere usted hacer el favor de dejarme pasar?

Pero el hombre no hizo caso de su ruego y siguió plantado delante de ella con una desfachatez y un cinismo asombrosos.

—No te conozco... Tú debes de ser nueva aquí, ¿eh?

Mercedes miraba a un lado y a otro buscando una salida, un resquicio por donde escurrirse o simplemente una mirada protectora. Empezó a sentirse azorada, como si sobre ella se posase una garra rapaz.

—Yo soy Pepe el Granaíno. ¿No has oído hablar de mí?

Ella, desesperada, movió negativamente la cabeza sin mirarle. El Granaíno se apartó a un lado para que pudiese pasar. Entonces la muchacha le miró.

—Pues ya me conocerás, paloma. Y no se te olvidará tan fácilmente mi nombre, no. Anda, vete ya. Nos veremos mañana.

Así, autoritariamente, como el señor de un serrallo: «Nos veremos mañana...». Mercedes se marchó pensando quién podría ser aquel mozo terne^[32] y despótico. No le era desagradable, pero la intimidaba. Turbiamente recordaba sus rasgos enérgicos, su cabello endrino y ensortijado, su talle cimbreño. ¿Quién sería?

—Es un maleante —le aclaró Antonio—. Lo más probable es que termine siendo carne de presidio. Ahora, que si tiene suerte, no me extrañaría que llegase a ser un potentado.

¿Carne de presidio o potentado? En vez de una aclaración, estas palabras, que anunciaban un enigma, sirvieron para acrecentar su curiosidad y su interés. Su imaginación ya no descansó en todo la jornada, quemando la pólvora multicolor de su fantasía. Y se durmió pensando en el encuentro del día siguiente.

Agotó todos los recursos de que disponía para embellecerse. Pero el galán no acudió a la cita, no acudió a lo que ella creyó una cita. Volvió de la fuente descorazonada, con ganas de llorar. Al día siguiente tampoco lo vio. Ni al otro, ni en varios días más. Ella ya llegó a creer que las palabras del mozo habían obedecido

solamente a un fútil impulso de jactancia y de chulería. Sin duda alguna era un golfo, igual a muchos de aquellos que pululaban por los suburbios. Y se reprochaba su loco encandilamiento, porque, en realidad no existían motivos para forjarse ninguna ilusión. No le había dirigido siquiera un piropo, sino un desplante. Debía de ser uno de esos hombres que tratan a las mujeres con desprecio y que, incluso, las abofetean. ¡Un chulo!

Trató de olvidar el incidente y guardó el secreto como una vergüenza. Pero a lo pocos días, cuando ya ni siquiera miraba los alrededores de la fuente buscándolo y había emprendido el viaje de vuelta con el cántaro lleno, le cogió su voz por la espalda:

—¡Hola!

Mercedes se quedó inmóvil, como encogida. El Granaíno entonces se puso a su altura.

—Ya sé que te llamas Mercedes —dijo.

La muchacha, al mirarle, observó que traía el pelo más brillante y mejor peinado, que lucía una blanca camisa con el cuello desabrochado, que vestía un traje oscuro que le hacía aparecer más cenceño.^[33] La dominaba en estatura, y ella se sentía completamente disminuida en su presencia. No pudo resistir su mirada y bajó los ojos.

—¿Eres tonta o es que no sabes hablar, muchacha?

Fue como un trallazo, y Mercedes quiso huir, pero el mozo la retuvo por un hombro.

—Oye preciosa: ese viejo con quien vives, ¿es tu tío de verdad o es de cuento?

—¿Y a usted qué le importa? —gritó casi fuera de sí, con un repentino valor insospechado.

El Granaíno amplió su sonrisa.

—¡Así, mujer; así me gustas más! Pero —añadió dejando de sonreír y cubriendo de sombras su frente— te advierto que cuando yo pongo los puntos a un gachí, no admito competencias. ¿Estamos?^[34]

Y le dio unas palmaditas en el hombro. Mercedes se hurtó, todavía furiosa.

—¡Una gachí! —exclamó con desdén—. ¿Es que se cree usted que yo soy eso que se llama gachí?

—Pues qué eres tú, ¿una princesa?

—Usted es que, por lo visto, no sabe todavía lo que es una mujer...

El Granaíno sonreía de nuevo.

—Pero —agregó Mercedes— yo sí conozco a los golfos.

Los ojos del terne relampaguearon, pero no se movió y la dejó marchar.

A la mañana siguiente la esperó junto a la fuentecilla. Mercedes lo vio desde lejos, y de pronto sintió dentro de sí un júbilo insensato.

La mañana era áspera. El cielo estaba cubierto de nubes y corría un viento frío. Era la mañana triste de los suburbios. Sólo se veía algún obrero presuroso, con su

hatillo de la comida bajo el brazo, encogido dentro de la ligera ropa de faena, y alguna mujer desgreñada y chancleando en alpargatas, que iba a la fuente o venía de allí con su carga de cubos y cántaros. Por la carretera pasaban los grandes camiones de transporte, entoldados y ruidosos, envueltos en una nube de gases malolientes. Era una visión plomiza, deprimente, cargada de presagios pesimistas... Y, sin embargo, fue para Mercedes la mañana más hermosa de su existencia, como si de repente hubiera estallado en aquellos parajes desolados una sonora y encendida primavera. Se sintió alegre, como si brillara el sol y cantara el aire. Cuando alcanzó la fuente iba enardecida por una dulce fiebre y resonante de íntimos alborozos como una caracola.

El Granaíno la vio llegar y arrimar el cántaro al chorro, saboreando displicentemente la intensa mirada que le dirigiera ella a modo de saludo. Y cuando con la vasija a la cadera emprendía el regreso, se le acercó.

—¡Hola, princesa!

—¡Hola! —contestó Mercedes sin pararse.

Le miraba con el rabillo del ojo y vio que el hombre seguía conservando su aire de superioridad. Esperó a que él hablase.

—Me gustas, chiquilla —dijo él tras un largo silencio y cuando ya llegaban a las primeras casas de la colonia.

La muchacha le miró a los ojos. La mirada del Granaíno era negra y profunda, como una noche sin estrellas, pero, a la vez, limpia, sin esos celajes con que enturbia la libido el mirar de los hombres. Era audaz, penetrante y dolorosa como una llamarada. Su boca no sonreía. Tenía los labios apretados fuertemente y encajadas las mandíbulas, como si fuera presa de un acceso de furor, como si en vez de hacerle la corte estuviese a punto de saltar sobre un adversario. Mercedes sintió entonces como si una fuerza tremenda la empujase, como si la violencia invisible de un huracán se lanzara sobre ella. Hubiera querido decir algo gracioso e irónico, pero la broma se le heló en los labios. Sólo pudo oír, entre temerosa e incrédula:

—¡Ya está dicho!

Se le estiraron los músculos de la cara y agregó, como si le doliesen al hablar:

—Eres lo más bonito de por aquí. Y oye: espérame al oscurecer. Yo te llamaré con un silbido desde la parte del puente...

Dio un paso por detrás de ella y se marchó a toda prisa, sin despedirse y sin volverse a mirarla, como si acabara de reñir con alguien. Mercedes lo estuvo contemplando un momento mientras se alejaba con pasos fuertes y rápidos, asombrada y confusa. Aquel hombre se producía de una manera insólita, como si estallase. Y no había manera de contradecirle. Se imponía como amo y señor, sin admitir discusión ni preocuparse de la voluntad ajena. Para él no existía nada más que su voluntad... Mercedes se estremeció como de frío, pero era de miedo, el primer temblor del miedo que le penetraba en la conciencia.

Hasta llegar la noche estuvo luchando entre los dos extremos de la alternativa: debería acudir a la llamada, ¿sí o no? Fue un continuo vaivén que mantuvo su

voluntad oscilando de un extraño a otro durante todas las horas. Ello la hizo estar ausente de sus labores. Antonio, de por sí distraído, hubo, no obstante, de darse cuenta de la insólita cerrazón de su frente y de sus furtivos sobresaltos, denotadores de una íntima violencia. La estuvo observando a hurtadillas y dedujo que Mercedes luchaba sordamente con una idea o con un dolor. Quiso entablar conversación varias veces, preguntándole por personas y chismorreos del barrio o contándole, por su parte, alguna anécdota curiosa acaecida en el mercado aquella mañana. Pero ella no cogía el hilo que le lanzaba y escapaba al cerco con simples monosílabos y movimientos de hombros. Ya pensó, ya, Antonio preguntarle por el Granaíno. Desde que varios días antes lo mentara ella de repente, no había vuelto a sonar allí aquel nombre. Aquella súbita curiosidad femenina y este posterior silencio le habían puesto en guardia, recelándose que un sutil y venenoso peligro la acechaba. Pero no se atrevió a suscitar el tema. «En estos casos —pensaba Antonio—, lo más conveniente es evitar la polémica que irrita y exalta hasta el más tímido y leve sentimiento.»

En cierto momento dejó de leer y le preguntó:

—¿Te pasa algo Mercedes?

Ella recurrió a ese viejo pretexto de las mujeres:

—Me duele un poco la cabeza, pero no es nada...

Ya cada uno siguió sumido en sus cavilaciones, separados por la sombra del Granaíno.

Mercedes marchó a casa de don Jesús a la hora prevista. Allí también observó una conducta desacostumbrada. El buen médico pretendió embromarla, pero ella no se rió alegremente como en otras ocasiones, sino que respondió con una forzada sonrisa, apenas una mueca fugaz de los labios.

—¡Vaya, muchacha, tú lo que necesitas es un novio que valga la pena!

Mercedes estaba de espaldas a don Jesús y ni se volvió siquiera, pero las palabras aquellas la hicieron temblar.

—¡Si yo tuviera veinte años menos! En mí tendrías un pretendiente, te lo aseguro.

Y se echó a reír. Entonces entró doña Sara con una taza de café, y el aire de la habitación pareció congelarse.

—La sala de espera está llena de gente —dijo la extraña mujer, poniendo el servicio sobre la mesa.

Luego se fue tan silenciosamente como había llegado.

Don Jesús quedó serio y silencioso. Ya sabía Mercedes que en situaciones como aquella se sumía en una extraña modorra que le aislaba completamente de seres y cosas. No veía ni oía, y cuando por imperativos de la profesión había que llamarle, tornaba a la realidad estremecido y sobresaltado, como aquel a quien despiertan a voces de un sueño profundo. El sopor de don Jesús era como un sueño, pero un sueño con los ojos abiertos y con un brillo hipnótico en las pupilas miopes. Él solía comentar a veces este fenómeno y lo explicaba diciendo que eran «fugas del espíritu, que se iba por oscuros caminos, desconocidos para él».

Mercedes aprovechó este paréntesis para marcharse. Como siempre, doña Sara la vio salir de la casa sin despegar los labios, como si fuera una sombra. Ya en la calle, se lanzó a campo traviesa hacia el barrio. Aún no sabía lo que iba a hacer. No podía pensar ni tomar una decisión. Cuando llegó a su casa había caído la noche, y por la luz que se escapaba del interior, supuso que Antonio estaba dando clase a sus discípulos. No se sintió con fuerza, como otras veces, para sentarse entre ellos a escuchar las explicaciones del profesor. Era una compañía que le agradecían todos. El mismo Antonio solía dirigirse a ella durante sus disertaciones, buscando comprensión y asentimiento a sus ideas en los ojos de la muchacha. Ella quizá no comprendiera el sentido de aquellos enunciados, pero adivinaba la intención y asentía con un gesto. Antonio sonreía entonces y continuaba su lección con mayor ternura y más elocuencia...

Mercedes dio la vuelta a la chabola y se fue hacia el río, ocultándose en una sombra. Pensaba apresurada y entrecortadamente si vendría él a la cita. Probablemente, no. Ya la primera vez había faltado sin explicación ni excusa. Los hombres como aquél no debían darle mucha importancia al compromiso con una mujer. Habría tantas, tal vez, esperándole en aquel momento... ¿Y si venía? Ella podría verlo sin peligro desde donde estaba. Se negaba a contestarse a sí misma si obedecería o no a la llamada. No se trataba de saber eso ahora. La cuestión era verle venir corriendo por el puentecillo, porque ya era tarde. Verle y oír el silbido...

Hacía frío. Del Manzanares se levantaba una niebla frágil y pegajosa, como un vaho de hielo. No muy lejos de allí se veía la luz empañada del mechero de carburo del quiosco del Araño, donde unos cuantos hombres discutían sus últimos negocios y sus últimos tragos. Los reverberos del puente estaban apagados, como de costumbre. Al otro lado de él, un farol, llevado y traído por alguien invisible, ordenaba las maniobras de una vieja locomotora que empujaba los vagones a golpes. La máquina se quejaba de vetustez y de reuma y los vagones crujían de dolor. En alguna ocasión salió de sus parachoques el alarido humano de algún transeúnte sorprendido al pasar entre ellos...

Detrás, el barrio se arrebujaba en las sombras. Un cielo implacablemente negro se cernía sobre él, como una negativa absoluta a toda esperanza. Y cien vidas ardían allí penosamente, como cien bujías en una atmósfera viciada.

Mercedes estaba aterida por dentro y por fuera. No podía calcular ya el tiempo que llevaba esperando, pero le parecían siglos. Pensaba que, una vez más, el Granaíno se portaba como quien era. Pero ¿y si él había venido antes que ella? Esta duda llegó a martirizarla. No debía esperar más, pero no se atrevía a marcharse aún. Dos lágrimas se le enfriaban rodando por las mejillas...

Sonó un silbido, pero no lejos, sino cerca, como salido de entre los árboles que tenía enfrente. Un silbido que fue para Mercedes como un clarinazo. Se estremeció toda ella y, con el corazón en la garganta, echó a andar hacia allí, tratando en vano de ver a quien lo emitiera. ¿Y si no era el Granaíno?

Penetró en la pequeña alameda palpando casi, porque allí las sombras se espesaban más. De pronto una mano se le posó en el hombro. Se asustó e iba tal vez a gritar, cuando del tronco de un árbol que tenía junto a sí vio destacarse una sombra humana, que le dijo con una voz conocida:

—¡Bien! ¡Así me gusta!

Ninguno de los dos veía más que la tenue blancura del rostro del otro. No se podían encontrar sus miradas, pero estaban tan próximos que sentían recíprocamente sus cálidos alientos. Entonces la mano que se posara en su hombro la estrechó fuertemente y el aliento del hombre se le vino a sus propios labios como una llamarada. Mercedes percibió un fuerte olor a hombre y un gusto como de sangre y lágrimas en la boca. Emocionada aún, oyó que le decía:

—¡Ya eres mi novia!

La tenía todavía presa por los hombros y conservaba en sus labios la huella húmeda del beso. No podía decir nada porque hubiera llorado. Fue él quien habló de nuevo:

—Y ahora, vete. Hace frío y los muchachos me esperan en el quiosco...

Y se fue, casi tan invisiblemente como había llegado.

Mercedes se recobró. Un contenido júbilo estalló de pronto dentro de su ser, como una orquesta que hubiera estado hasta entonces amordazada. Y corrió hacia su morada, segura de sus pasos, como si la noche se hubiera iluminado. Al abrir la puerta se encontró con los ojos de Antonio que la esperaban. Ella sospechó que su mismo aspecto la denunciaba, por el movimiento de asombro que percibió en las cejas y en la frente de su protector, pero la mentira se le deslizó por entre los labios que aún le sabían a beso.

—No creí que era tan tarde, pero es que don Jesús estaba hoy tan chistoso...

Antonio no hizo ningún comentario. Y aquella noche, Mercedes durmió el primer sueño feliz de su vida de mujer.

Pero fue una única noche feliz. Aquella alegría duró lo que el beso. Ella, como toda mujer, tenía una idea del amor y del noviazgo. Pero tuvo que comprobar que la realidad era no solamente distinta, sino contraria.

El Granaíno regalaba sus visitas con parsimonia, dejando claros de hasta una semana. Y en los días señalados era ella la que tenía que correr a su encuentro como un recluta a toque de cometa.

—¿Crees que voy a pasarme la vida mirándote a los ojos? —decía él cuando Mercedes se atrevía a insinuar una protesta por su falta de asiduidad.

Y se echaba a reír, con aquella su sonrisa de dientes crueles. Ella bajaba la vista para ocultar el llanto que se le venía a los ojos.

—Eres una llorona, como todas —agregaba él.

Y se marchaba enfadado.

Todo el barrio se enteró de estos coloquios. Pero nadie se atrevía a decirle nada, sin duda, por miedo al Granaíno; pero los hombres la miraban descaradamente y las

mujeres cuchicheaban a su espalda. Sentía también que los ojos de Antonio iban tras ella, persiguiendo sus descuidos como espías. Una noche, por fin, se lo preguntó:

—¿Hablas con el Granaíno?

Quedó sobrecogida, como si algo vergonzoso e íntimo suyo hubiera quedado de pronto al descubierto, como si la hubiera sorprendido robando o como si hubiera quedado desnuda delante de él. No pudo inventar una evasiva, ni siquiera mentir.

—Sí —dijo con voz derretida.

—Pues ándate con cuidado, pequeña.

Eso fue todo. Pero ella no se sintió tranquila ya un solo minuto. Aquello no podía continuar. Era preciso romper con aquel hombre. El día siguiente se lo pasó repitiéndose a sí misma:

—Esta noche no iré, no iré. ¡No iré! ¡No iré!

Pero cuando se acercó la hora empezó a temblar. Se sentó con los discípulos a oír las explicaciones de Antonio. Se agarró fuertemente al banco para no poder levantarse. Aquella noche Antonio la miraba continuamente mientras hablaba, como para apoderarse de su atención. Pero sonó un pitido y Mercedes se puso en pie como un autómata, con el rostro encendido y los ojos brillantes. Se repitió el silbido. Y Antonio, que se había callado repentinamente al primer movimiento de la muchacha, dijo:

—Es la máquina de maniobras...

Todos la miraban, y sólo Antonio dulcemente. Mercedes no pudo contenerse y salió como arrebatada y fue a sentarse en el pretil del río. Aquella noche no vino el galán, y ella pasó una hora de angustiosa espera, tiritando de frío y llorando de vergüenza.

Ya no podía más. Ya no era amor lo que pedía. Tampoco era la desilusión lo que la hacía sufrir. Mercedes pedía la paz, la paz que había perdido, como supremo don, y el dolor que sentía era por verse de tal manera burlada y escarnecida. De labios del Granaíno no había salido jamás para ella una palabra de ternura ni una sola expresión halagüeña, sino ironías, desprecios y ofensas. Sus palabras eran como latigazos, y su sonrisa, un cauterio. A veces se quedaba pensativo mirándola con sus negros ojos llameantes. Entonces la frente se le llenaba de sombras y los músculos del rostro se le estiraban. A ella le daba miedo esta tensión terrible que adivinaba en el hombre, como una tormenta que no pudiese romper. Quedaba en silencio, en un silencio lívido y atormentado, hasta que el Granaíno terminaba marchándose bruscamente, sin un solo gesto de despedida. Ella quedaba con mucho miedo dentro de su corazón.

Ya no podía más. Había que librarse de aquel torcedor y romper la cadena. Era necesario, sin duda, un acto de desesperado valor, no ya para no acudir a la cita —que no resolvería nada—, sino para rebelarse ante él, arrojando el peligro de su terrible iracundia. Pero sólo así, de una vez y definitivamente, quedaría zanjada la cuestión.

Y una vez más esperó la señal. Sonó el silbido entre la arboleda, pero Mercedes no se movió. Un segundo silbido, más prolongado y agudo. Entonces ella salió

andando despacio, muy despacio, hacia el lugar donde se hallaba él.

—Pero ¿es que no has oído la primera llamada? —gritó el mozo, malhumorado, antes que la muchacha se le acercase.

—Sí que la he oído.

—¿Por qué no corres entonces?

Mercedes, pausadamente y en silencio, llegó junto al Granaíno. Estaba decidida a todo y ya no temblaba.

—¡Esto se ha acabado, Pepe!

El que comenzó a temblar fue el golfo.

—No te quiero, Pepe.

Las palabras salían morosamente de sus labios como si se le cayesen de ellos.

—¡Mentira! —le apostrofó el Granaíno, furioso y aproximándose a ella hasta hacer chocar los dos cuerpos.

Luego se echó hacia atrás, se enderezó todo lo que pudo sobre sus pies como para imponerle su superioridad física y se sonrió. La sonrisa se desfloró en una carcajada breve y seca.

A Mercedes se le escapaban las fuerzas y se le nublaba la mente. Temía caer abatida una vez más. Desde todos los oscuros rincones del espíritu afluyeron, a la desesperada, los últimos restos de su voluntad en derrota. Decía él entonces:

—Mientes como todas. No quisieras quererme, pero me quieres. Es tu sino... [35]

Ella había levantado otra vez la cabeza. La oscuridad la libraba de la irresistible fuerza de los ojos del jaque. Sólo vio la blancura desafiante de su sonrisa.

—¡Te odio! Ya lo sabes: ¡te odio!

El hombre seguía sonriendo.

—Te quiero un poco fiero mejor que temblando y lloriqueando.

—Me importan poco tus chulerías. Pero no me esperes. No vendré más...

E iba a darle la espalda, pero él le impidió marchar tirándola de un brazo.

—Poco a poco. Conmigo no se juega, niña. Tú vendrás aquí, o donde yo te llame todas las veces que quiera y hasta cuando a mí me parezca. La última palabra se queda para mí, ¿entiendes? Mañana vendré, y si me das plantón, te juro que te pesará toda la vida. Ese palmito tuyo no volverá a enamorar a nadie. ¿Me entiendes?

Y sin darle tiempo a reaccionar, la empujó brutalmente hasta casi derribarla sobre el suelo.

—Vete ahora; pero mañana, ¡aquí! ¿Me entiendes?

Mercedes se fue tambaleándose. Toda la noche, maciza de dolor y de negrura, pesaba sobre sus hombros como una cruz. Le sonaban como ráfagas de viento las restallantes palabras del Granaíno, seguidas de sus «¿me entiendes?». Para serenarse un poco antes de entrar en casa y encontrarse con los ojos de su protector, se detuvo, recostándose contra la pared de la chabola. No había podido llorar siquiera para desahogarse. Se encontraba vacía, exhausta, seca como una esponja fuertemente exprimida. Y sola en la inmensa noche y en el inmenso mundo. Sólo le quedaba Dios;

pero lo creía tan lejos, que no se atrevió a pedirle nada, sino sólo hacerle oír su profundo lamento:

—Pero ¡qué malo es, Dios mío, qué malo!

Y a la noche siguiente salió al segundo silbido. Estaba loca, desesperada. Antonio la siguió, asustado por el aspecto trágico de la muchacha. Fue la noche en que el Granaíno quiso matarle por defender a la mujer desconocida que llegó a su casa de entre las sombras como un infortunio...

II

Mercedes hubo de acceder a las reiteradas súplicas de Emilio. Este muchacho se había ido aproximando a ella poco a poco, dando un solo paso cada día, pero sin ceder un ápice hacia atrás. Ella le vio venir desde el comienzo y le fue dejando acercarse, quizá por coquetería, como obran casi siempre las mujeres, pero también porque, tratado así, a cierta distancia, el mozo resultaba simpático y podía dar pie a una ilusión más completa.

Emilio, efectivamente, obedeciendo a impulsos propios, alentado por ciertas alusiones más o menos discretas de su maestro se había dejado emparar por la sugestión de aquella graciosa muchacha. Ya hacía tiempo, desde luego, que atraía sus miradas, que se sentía turbado en su presencia y que su recuerdo le asaltaba al menor descuido, arrastrándole por un derrotero de fantasía. Pero su tácito compromiso con Magdalena y la creencia de que Mercedes giraba ya en la órbita de Granaíno le servían de freno y desvanecían en flor cualquier tímida esperanza. Cuando Antonio le dijo un día: «No creo que mi sobrina pueda hacer caso a un golfo como el Granaíno», fue cuando él abrió los ojos y se atrevió a pensar ya que todo sería posible. Y cuando nuevamente Antonio, pocos días después, le hizo esta confidencia: «No deseo ya otra felicidad que la de ver a Mercedes casada con un hombre como tú», Emilio se sintió conmovido hasta lo más profundo de su ser, porque acababa de descubrir que aquella remota posibilidad era ya una ventura al alcance de su mano.

Se atrevió a mirarla, no furtivamente como antes, sino en actitud confiada y contemplativa. La seguía en todos sus movimientos, y cuando la muchacha, dándose cuenta de aquella muda admiración, se volvía de pronto para mirarle interrogativamente, él le respondía con una sonrisa. Luego pasó a las palabras y con cualquier pretexto procuraba entablar conversación con ella.

Aquellos escarceos se desarrollaban en un tono neutro, y las conversaciones versaban sobre cosas y hechos objetivos, sin que en ningún momento él se atreviera a insinuar su ambicioso deseo de posesión. Emilio era, fundamentalmente, tímido y carente de imaginación. No tenía gracia ni se le ocurría ninguna idea bonita. Sus palabras eran, por tanto, vulgares. Y toda la fantasía palabrera del amor se le antojaba una frivolidad impropia de un muchacho serio y positivo como él.

Mercedes, por el contrario, que había visto el amor visceral desarrollarse en su torno con un realismo repulsivo, sentía la necesidad de las más bellas alegorías, de ese juego de luces irreales con que el amor se viste en la imaginación de los hombres. Era soñadora y sensitiva. Sin embargo, la atmósfera de peligro que la rodeaba le hizo concebir la esperanza de que Emilio, con el tiempo, pudiera llegar a enamorarla. Por otra parte, hasta en sueños le sonaban las palabras de Martina como un estribillo: «Nada hay tan hermoso para una mujer como el matrimonio, aunque el marido sea

malo». Por eso Mercedes se dejó cortejar por Emilio, aunque las palabras y las ideas del muchacho le produjeran cansancio y aburrimiento.

Un día se atrevió Emilio a hacerse el encontradizo con la muchacha cuando ésta volvía de casa de don Jesús. Preparó el encuentro torpemente, y ante la sonrisa irónica de Mercedes, el pobre muchacho se azaró y anduvo unos momentos como atontado, balanceándose entre unos cuantos razonamientos y excusas contradictorias. Luego se calló, definitivamente confundido.

Mercedes, para ayudarle y, a la vez, dar paso a la burda estrategia de su adorador, le preguntó de repente:

—¿Y Magdalena, qué va a decir cuando se entere de que me has acompañado?

Emilio picó el cebo.

—¿Que qué va a decir? ¡Que diga lo que quiera!

—Pero ¿no sois novios?

—¿Novio yo de Magdalena?

—Pues su madre se harta de decir que en cuanto tú te coloques de contable os casaréis. Antes no, desde luego, porque Magdalena quiere para marido un hombre de corbata.

—Bueno; eso lo dice su madre.

—Y todo el barrio lo repite.

—Es que la gente habla mucho.

—Y tú, ¿qué dices?

—Que no. ¡Te lo juro!

Andaban por un descampado, y la noche, refluendo al estrellarse contra las luces de la ciudad, formaba allí un remolino de altas y encrespadas sombras. A la izquierda se desparramaba, en forma escalonada y ascendente, el inmenso caserío de Madrid iluminado. De frente y en una ondulación del terreno se distinguía la mancha irregular de la colonia, de una negrura sólida y compacta como la del carbón. Por la carretera pasaban algunos coches, abriendo fugitivas estrías de luz con sus faros. Un pavor inmóvil colgaba del cielo por aquellos lugares. Ni una estrella en lo alto. Como siempre, todas se habían corrido hacia un claro del cielo que se abría sobre la ciudad.

Los muchachos bajaban la ladera en silencio. Emilio sentía junto a sí, más cerca que nunca, la presencia de Mercedes, y hasta él llegaban en cálidas ondas el palpito y el rumor de su vida. Sin mirarla, hubiera podido señalar exactamente su contorno, y los ocasionales roces con ella en el andar le producían profundas conmociones, como fuertes sacudidas, en su ánimo sobreexcitado. Tan intensa emoción le impedía hablar. Sabía, por otra parte, que no era momento de palabras triviales, sino de ciertas palabras solamente, que resuelven estas situaciones entre hombre y mujer como un conjuro. Pero cuantas veces intentó reunirías, otras tantas se le escaparon, a pesar de que una voz oculta parecía animarle, diciéndole: «¡Atrévete! ¡Atrévete!».

Mercedes, con esa intuición y esa sensibilidad perceptiva propias del sexo, adivinó la angustiada zozobra del muchacho. Y se adelantó una vez más para abrirle

los caminos.

—Te gustaría que yo fuera tu novia, ¿verdad? —le dijo de sopetón y deteniéndose para mirarle.

Emilio se tambaleó como si le hubiera empujado bruscamente. Le temblaban las piernas y se le estiró la piel de la cara. Veía a Mercedes como iluminada de pronto y sentía una gran debilidad dentro de sí.

—Entonces tú, Mercedes... —pudo decir atropelladamente.

—No lo sé aún. Pero a ti te gustaría, ¿eh?

—Claro que me gustaría.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Temí que te rieras.

—¿Por qué?

—No sé. Pero a las mujeres no hay quien os entienda.

Ella rompió a reír.

—¿Creiste que te iba a pegar?

Reanudaron la marcha. Aún seguía riendo Mercedes. Emilio escuchaba su risa como una música enardecedora. Su timidez se descascarillaba. La sangre le corría ahora alegremente por las venas y todo su ser se desentumecía y se estiraba. Aquella valentía de Mercedes anticipándose a sus propios deseos le hizo concebir rápidamente locas esperanzas. Todo lo veía fácil ya. Mercedes no era una meta inaccesible. Esta transición brusca de estados de ánimo le hizo perder el equilibrio. Y, aprovechando el paso de la carretera, se atrevió a coger del brazo a la muchacha.

—Deja —exclamó la muchacha, repentinamente seria y esquiva—. Todavía no somos novios. Una cosa es que tú lo desees y otra el que yo consienta. Tengo que pensarlo.

Ya no hubo más palabras. Emilio quedó mudo, y Mercedes, pensativa. Al penetrar en la zona oscura de la colonia tuvieron que preocuparse de no caer al suelo de un tropezón y, momentáneamente, se encontraron muy lejos de lo sucedido entre ambos.

La mayoría de las casuchas estaban ya cerradas, y en su interior se percibía el confuso rumor de voces agudas de mujer y llanto de niños. Era la hora de agruparse todos en torno a la comida, bajo la luz pringosa del candil junto a los petates extendidos.

Cuando pasaron por delante de la chabola de la Mellada, se describió la arpillera que cerraba la entrada, empujada por un bulto informe que salió despedido desde el interior. El bulto rodó por el suelo y desenrolló sus formas de hombre. Tras la arpillera asomó el rostro de la Mellada, que gritó:

—¡Fuera, tío podrido! ¡A dormir al raso!

Y luego, con voz silbante, exasperada:

—¡Ni para macho me vales ya!

El hombre se rebullía tratando de incorporarse. Mercedes y Emilio pasaron rápidamente, con cierto miedo. Una ráfaga de luna dio de lleno en el rostro crispado

de la Mellada, que asomada a la boca de su cubil parecía el espectro aterrador de una furia paleolítica, tremante de deseos genesíacos...

* * *

Se presentó la clásica tarde de primavera madrileña: lluviosa y fresca. La gente transitaba con prisa, y las mujeres lucían sus impermeables transparentes como fundas de cigarros puros. El Metro y los tranvías rebosaban de seres húmedos que se miraban como enemigos. En cada estación hendía la compacta masa de viajeros una cuña formada por los cuerpos, sólidamente apiñados, de los asaltantes. Se alzaban voces de protesta, crecía una mies de brazos sobre las cabezas, se estremecía todo el contenido humano como un queso de gelatina, y luego el tumulto se reducía súbitamente, hasta quedar contenido en una silenciosa actitud explosiva. Así una y otra vez, sin que faltara el braceo brutal y desesperado del viajero que inútilmente clama por poder salir, viéndose obligado, ante la inmovilidad ovejuna de los otros, a ver pasar su punto de destino, crispado de rabia y rodeado de maldiciones...

Era una de esas tardes en que el taxista corretea por las calles, orgulloso y displicente, sordo a las llamadas angustiosas de los transeúntes. Tras el parabrisas se ríe de los señores gordos que le gritan desde las puertas de los cafés, y de las féminas enjoradas que repentinamente pierden la compostura y corren tras ellos, cargadas de paquetes y afligidas por el hipo flatulento de la merienda. El taxista ríe y sigue su marcha por entre los flecos de la lluvia, quién sabe si tan sólo por el placer de despreciar a quienes tantas veces hubo de servir... Algunos se detienen para contemplar desde su torre encristalada cómo dos caballeros se abofetean o cómo una dama y un señor se insultan rabiosamente en la lucha por subir al coche. Y cuando los contendientes, sudorosos y congestionados, someten el pleito a su arbitraje, el taxista se encoge de hombros con indiferencia. Él no quiere saber nada. Se limita a bajar bandera para que el contador empiece a marcar y ver cómo chorrea agua el sombrero del señor y cómo se agrieta la máscara de ungüentos de la señora...

Mercedes y Emilio llegaron, protegidos a medias por los muros de las casas, a una estrecha calle céntrica. Frente a la entrada de un moderna cafetería vieron detenerse un gran coche, brillante y lujoso. Bajó el uniformado conductor y corrió a situarse junto a la portezuela de atrás. Abrió primeramente un gran paraguas y, luego, la portezuela. Descendió un feo bicho, de esos que presumen de perros, y después, entre dengues, una mujer madura y gorda, muy enjalbegada, con bárbaras pulseras. El chófer se llevó una mano a la altura de la visera de la gorra y acompañó a la dama, como bajo palio, hasta la puerta del establecimiento. El ridículo aire de las personas hizo sonreír a Mercedes. Por el contrario, Emilio se había quedado con la boca abierta.

—¡Qué fea! —exclamó en voz baja Mercedes.

—¡Una millonaria! ¡Vaya cochazo! —murmuró Emilio.

—Pues no me cambiaría por esa mujer.

—Pero te gustaría vivir como ella, ¿eh?

—Eso sí; pero como soy yo.

Emilio la miró con asombro.

—Vámonos, Mercedes. Eso es soñar. Nosotros no podemos aspirar a esa vida.

—¿Nunca?

Emilio se encogió de hombros.

—Aun cuando consiga una buena colocación de contable, nunca podré aspirar a tanto.

—¿Cuánto puede ganar un contable, Emilio?

—Según. Yo me conformaría con mil quinientas pesetas al mes para empezar.

—¿Y eso es mucho?

—Para nosotros, sí; para ellos, nada.

Habían reanudado la marcha, y después de estas palabras quedaron en silencio. Iban materialmente pegados uno al otro y ambos a las paredes para resguardarse de la lluvia, pero sus imaginaciones corrían por caminos divergentes. Él pensaba en la sólida fortuna que proclamaba el coche charolado y refulgente que habían dejado atrás, y sentía una profunda admiración por su ignorado dueño. Se lo imaginaba como a esos tipos que había visto en el cine: enérgico, malhumorado, dictando órdenes continuamente como un general en el campo de batalla. Toda una serie de empleados sumisos rodeaban su mesa e iban tomando nota de sus tajantes decisiones para luego a su vez, transmitir las en el mismo tono inapelable. ¡Cifras, millones, negocios! No podía imaginar siquiera en qué pudieran consistir tan fabulosas operaciones, pero sospechaba que debería ser algo grande, tremendo. ¡Ay, si él pudiera conseguir un puesto en una empresa así! Vería cómo crece la ola de dinero, cómo se amasan los millones y estaría en contacto con los hombres que han nacido para crear fortunas... Y se estremecía de placer viéndose sentado a una amplia mesa con teléfonos. Vestiría ese traje azul que había pensado comprarse tantas veces, camisa de seda y guantes amarillos. Se quitaba éstos, miraba su reloj de pulsera, preparaba la estilográfica para escribir no sabía qué sobre un bloc... Se abrió la puerta y asomaba una linda cara de mujer, que decía: «Señor director, ¿puede pasar...?». Él entonces la interrumpía: «¡Que no me moleste nadie ahora!».

«Tener siempre muchos vestidos, limpios y planchados.» Mercedes se imaginaba siempre la buena vida entre telas limpias y suaves, en habitaciones sonrientes, con mucha luz y mucha blancura. Arrancaba para ello de su breve experiencia de criada. No podía aspirar a más porque nada mejor conocía.

—¡Tener siempre muchos vestidos, limpios y planchados!

Emilio, sorprendido en plena divagación, se la quedó mirando.

—Las joyas, no. Las joyas no me importan. Ni el coche, ni el chófer con el paraguas. Sólo una casa limpia y un marido bueno y enamorado de mí...

—Un marido que gane mucho dinero, ¿eh?

—No es precisamente dinero lo que yo quisiera. Es...

—Claro, tú eres mujer. Pero sin dinero...

—No quiero más mugre, Emilio, ni peleas, ni palabrotas... ¡Me da asco pensar cómo vivimos!

Emilio hizo un gesto de impotencia y unas sombras de desencanto cruzaron por los ojos de Mercedes. ¿Seguir viviendo en la «Colonia sin Ley» como sumergidos en un pozo negro?

—¿Y para eso quieres ser contable, Emilio?

El muchacho bajó la vista y no contestó, pero la observaba de soslayo. Ella había quedado triste y desilusionada. Pasaban por delante de un bar, y él le cogió la mano. Entraron. Emilio pidió unos bocadillos de anchoas y unas cañas de cerveza.

—Si quieres algo más, puedes pedirlo. De ahora en adelante tendremos que ahorrar; pero hoy podemos celebrarlo.

Estaban en pie junto al mostrador. Mercedes le miró a los ojos, asombrada y perpleja. Celebrar, ¿qué? Pero él ya hundía los dientes en el panecillo y no pudo recoger su muda pregunta.

—Estupendo, ¿verdad? —dijo con la boca llena.

Mercedes no contestó. Seguía mirándole con la mano en el aire, sin decidirse a coger su bocadillo.

—¿Es que no te apetece?

Lo tomó del platillo y lo mordisqueó sin ganas. Se sentía incapaz de comer. Intentó dejar el bocadillo sobre el mostrador, pero Emilio la detuvo con un gesto.

—¿Es que no tienes ganas?

Ella denegó con la cabeza.

—Pues trae; me lo comeré yo. Como ya está pagado...

Fueron luego a un cine de sesión continua. Emilio dijo que, como era un local pequeño, la película se vería bien desde cualquier sitio, y pagó dos entradas de entresuelo.

El salón estaba a oscuras, y en el momento en que entraron había un flujo y un reflujo de personas que trataban de subir y bajar a la vez por la estrecha escalinata. Los monóculos eléctricos de los acomodadores danzaban entre las sombras como libélulas. Sobre el ruido de los pasos y de los tropezones silbaban los siseos de los espectadores impacientes. Por la pantalla debían de pasar ya imágenes que nadie podía ver. Música y palabras se perdían en el aire agitado de rumores.

Emilio cogió de la mano a Mercedes y la hizo subir hasta lo más alto. Ocuparon dos asientos laterales de la última fila. Desde allí la pantalla quedaba en posición un tanto oblicua y se veía el chorro de luz blanca que saltaba desde la cabina de proyección.

Poco a poco se aquietó la gente y cesaron los movimientos y los rumores en la oscuridad, y los brillantes ojos de los espectadores quedaron prisioneros de la magia del cine. Pasado ya el noticiario, la pantalla se iluminó con los vivos colores de una

película americana de fútil argumento, pero de gran fastuosidad y de música melodiosa y sugeridora. Sobre un fondo de pintorescos paisajes, un hombre y una mujer, muy al estilo del Broadway neoyorquino, y que se hacían llamar Sansón y Dalila, vivían una extraña peripecia de amor, parodiando el célebre relato bíblico. Ni Sansón ni Dalila serían seguramente así, pero aquella versión operetesca y fabulosa servía, al menos, para que otros hombres y mujeres olvidasen la angustia del tiempo y la presión dolorosa de su propia aventura.

Mercedes se sintió al punto reconfortada por la tibieza de la atmósfera, y enervada en la suave cavidad del asiento. La oscuridad la aislaba completamente y la dejaba sola en aquel fantástico mundo de colores y música. No necesitaba cerrar los ojos para soñar. Se olvidó de Emilio, de sus temores, del barro y de la lluvia, del delirante mundo de la «Colonia sin Ley»... Y empezó a sonarle desde todos los ámbitos de la sala la exótica y punzante melodía de la canción... [36]

Una fuerte presión sobre el brazo la hizo volver rápidamente en sí. Se encontró con los ojos de Emilio, que brillaban de una extraña manera, con un fulgor hiriente que la hizo estremecer. Era la misma llama turbia que había sorprendido en la mirada de muchos hombres y que siempre le producía miedo. La mano de Emilio trepaba por su brazo, sus pupilas incandescentes la abrasaban... Entonces percibió olor a hierros oxidados y a sudor...

Volvió la vista de nuevo a la pantalla, huyendo de aquella otra visión desagradable. Las figuras seguían hablando y moviéndose, pero ella ya no entendía lo que allí estaba sucediendo. La música sonaba, pero sus notas huían como mariposas asustadas. Todo su ser se irguió a la defensiva, erizado de temores... La mano caliente y húmeda llegó hasta su cara y le cogió la barbilla. El aliento del hombre se hizo más próximo.

—¡Quiero un beso! —gimió Emilio.

Ella se apartó bruscamente, interponiendo una mano abierta entre su rostro y el de Emilio.

—¡Emilio, por Dios! —dijo nerviosamente.

—¡Me tienes loco, Mercedes!

—¡Cállate, hombre!

Entonces él trató de echarse sobre ella para alcanzarla con un beso, pero la muchacha consiguió esquivarle.

—Estate quieto, hombre, que nos está mirando todo el mundo.

—¿Mirándonos? ¿Pero no ves lo que hacen los demás?

Efectivamente, Mercedes comprobó que las sombras circundantes palpitaban y se estremecían. Susurros, voces sofocadas, leves chasquidos bajo la noche artificial... En seguida sus ojos pudieron distinguir a su alrededor toda una serie de parejas humanas que se arrullaban y hasta ella llegó un hálito de fiebre. Acometían los hombres, y las mujeres desfallecían sumisamente como ceras derretidas. Sin embargo, de vez en vez se oía el trémolo de una súplica de mujer, seguido de un

tímido movimiento de resistencia.

—Todos vienen aquí para lo mismo —insistió él.

Era una asamblea de amantes sin luna y sin jardín. Era la cita unánime de las criaturas del asfalto. Era el amor que se escapaba de la oficina y del taller, de la academia y del mostrador, buscando el nocturno. Y en aquellos rincones se reanudaba, como cada día, la eterna conspiración de las fuerzas elementales de la Naturaleza para sobrevivir... Fuera rugían las amenazas de guerra y destrucción, sonaban los gritos de lucha, bramaba el furioso oleaje del progreso...

Sansón besaba frenéticamente a Dalila bajo el fastuoso palio de su tienda. Una vez más el varón entregaba su secreto. Sonaban, enervantes, las notas de la canción. Las butacas crujieron... Cincuenta parejas se besaban también con los ojos cerrados, movidas por el viejo impulso del génesis. Fuera, tal vez un vendedor de periódicos anunciase a voces mil catástrofes humanas; un fiscal pidiese una pena de muerte; un Consejo de administración coordinase una quiebra fraudulenta; un Estado Mayor militar sumara cifras aterradoras; asesinos, poetas, huérfanos, viudas, sabios y mendigos llorasen, riesen, soñaran, muriesen... Dentro, sobre un rumor de besos, como sobre un coro de cien voces, destacó el estampido del más inexperto, como una solitaria nota de cristal...

Mercedes percibió entonces el vaho de tantas respiraciones que se remontaban en olas sofocantes. Empezó a sudar y a sentirse incómoda, como si mil pequeñas espinas le agujearasen la piel. Se rebulló en el asiento, se estiró la ropa. Tenía sed. El aire de la sala, denso, caliente y pegajoso, se le hacía insoportable. Y se acordó, de pronto, del fresco viento de la calle.

—¡Vámonos! —dijo a Emilio.

Emilio seguía mirándola en la misma postura, ebrio, congestionado. Al oír la voz de la muchacha reaccionó, cogiéndola de un brazo como para retenerla.

—No. Todavía no.

—Me ahogo.

—Espera un poco más, mujer. Esto se acaba ya en seguida.

—No puedo.

Emilio se quedó sin fuerza y, entre disgustado y sorprendido, la siguió. Mientras bajaban a trompicones por la empinada escalera, Mercedes se secó la huella viscosa del beso furtivo.

En la calle los acogieron el estrépito y la luz. Ya no llovía. Mercedes aspiró con ansia la fresca brisa de la noche, sintiendo un profundo alivio. Y propuso a su acompañante ir andando, Gran Vía abajo, hacia la plaza de España, donde tomarían el Metro hasta Legazpi. Emilio se encontraba como si hubiera recibido de pronto una ducha de agua fría. El pobre muchacho tenía en aquel momento desarticulados los sentidos y nublada la imaginación. Nada podía pensar ni decir.

La orgullosa calle se hallaba en la fase de máximo esplendor. Sus amplias aceras resultaba estrechos cauces para tan caudalosas corrientes humanas que por ellas

subían y bajaban. Los coches, en flujos cronometrizados, rodaban por la calzada como eslabones de un alucinante carrusel. Los escaparates ardían como llamaradas de piedras preciosas... Mucha luz, torrentes de luz pálida y un clamor de mil ruidos y gritos dispares. En aquella hora la Gran Vía era como el corazón de la ciudad, un corazón enfebrecido, ebrio, delirante.

Mercedes contemplaba, atónita, aquel despliegue de lujo, de fastuosidad, de fuerza, de esplendor. Se volvió a su compañero.

—¡Qué hermosura! —exclamó—. Nunca había visto esta calle de noche. Sólo pasé por aquí una mañana temprano.

—Yo también he pasado por aquí una sola vez, y no recuerdo cuándo. Creo que fue a los pocos días de llegar a Madrid. Hace lo menos seis años —dijo a su vez Emilio, que empezaba a sentirse también un poco trastornado por aquel remolino de gentes, de ruidos y de luces.

Vivían en Madrid y, sin embargo, ignoraban la ciudad, como tantos otros madrileños que llegan a morir sin conocerla porque se pasan la vida en sus barrios, y si se ven obligados a atravesarla, lo hacen en el tren subterráneo.

Todo aquel pulso fuerte y estrepitoso de la calle apretó las venas de la muchacha y oprimió su corazón. Y en todo su ser se produjo un alborozo de campanas tocadas a rebato para una fiesta. Para la fiesta de la vida, a la que nunca fuera invitada.

—¡Qué hermosura! —repetía mecánicamente ante cada escaparate.

Y se detenía a contemplar alguno. También se paraba para abarcar con una mirada la luminosa perspectiva, como si se tratase de un espectáculo.

—¡Qué hermosura!

Mercedes se estremecía. Un ardor íntimo la sofocaba. De pronto, todos aquellos ruidos dispersos se hermanaron, se fundieron en una única música explosiva. La muchacha se sintió ingrávida, voladora, exultante. Era la canción, la embriagadora canción de la ciudad que asaltaba sus sentidos, que la embriagaba, que la arrebatava como un viento huracanado. Todo empezó a dar vueltas a su alrededor, cada vez más rápidas... La canción se hizo estruendo y oyó que voces desconocidas gritaban su nombre... Se tambaleó y tuvo que agarrarse al brazo de Emilio para no caer. Cerró los ojos.

—¿Te sientes mal? —preguntó él.

—Me mareo.

—Es natural. Yo también estoy aturdido. Pero ya falta poco.

Trató de serenarse. Al abrir de nuevo los ojos, todo lo vio de distinta manera. Ya no era fiesta, sino burla. La burla de las personas alegres que pasan riéndose de nuestra tristeza. Mercedes creía que se reían de su vestido, de su peinado, de su calzado. Los escaparates le hacían una mueca despectiva. La canción se hizo carcajada. Miró a su acompañante. Emilio iba a su lado con un pobre traje de domingo, con un aire de hombre disminuido y amedrentado. Le pareció feo, ridículo, vergonzoso.

—Esto no es para nosotros —dijo él.

Mercedes se acordó de la «Colonia sin Ley» y sintió una pena honda y amarga por aquel pobre hombre y por ella misma, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para que él no la viera llorar.

—¡Vámonos, vámonos! —exclamó nerviosamente, volviendo la cabeza.^[37]

Aceleraron el paso casi hasta correr, deslizándose por en medio de los transeúntes como unos fugitivos. En el Metro se recobraron un poco. Tuvieron que entrar a empellones. Emilio llevaba entre sus brazos a Mercedes, protegiéndola de los soldados y de los mozalbetes que entraban en cuadrilla, avasallando a los demás viajeros. Entre aquellos bárbaros se distinguió uno que, en uno de los vaivenes del tren, puso la mano sobre los hombros de Mercedes. Era un tipo zafio, con un mechón de pelo azafrán sobre la frente. Aparentaba estar ebrio y había entrado cantando a coro con otros cuantos un sonsonete de campo de fútbol.

—¡Cuidado! —le gritó Emilio cogiéndole la mano y retirándola violentamente del hombro de la muchacha.

El individuo aquel le miró con rabia, pero se echó a reír.

—¡Oiga, joven! —dijo con sorna, dirigiéndose a Mercedes—, ¿es que le he hecho daño?

Mercedes, realmente, no se había dado cuenta de nada; pero el olor de vino de aquel jayán^[38] y ver luego el rostro pálido y los ojos desafiantes de Emilio le hicieron comprender rápidamente todo.

—¡Déjeme en paz! —contestó, volviéndole la espalda.

Pero el importuno no estaba dispuesto a cejar.

—¿Por qué no le dice a su novio que la lleve en taxi?

Mercedes se volvió airada.

—¿Quiere hacer el favor de callarse?

—Me parece que a ese fulano le voy a tener que callar yo —galleó Emilio.

El mozallón le empujó en el hombro.

—¿Quién? ¿Callarme tú a mí, atontado?

Emilio alzó el brazo para machacar la cara del insolente. Éste hizo lo mismo, y ambos empezaron a forcejear sin poder moverse apenas. Mercedes había quedado prisionera entre ambos hombres y dio un grito. Entonces los amigos del agresor acudieron a interponerse entre ambos contendientes.

—Pero, bueno, ¿qué pasa aquí? —clamó uno de ellos.

—¡Gamberros! —gritó alguien.

—¡Gamberros, gamberros! —repitieron otras voces airadas.

—¡Fuera!

Se había interrumpido la lucha entre Emilio y su contrincante, y los amigos de éste se agruparon para hacer frente a la protesta general. Se detuvo el tren en una estación. Arreciaron entonces las voces de: «¡Fuera! ¡Fuera!». Se abrieron las puertas del vagón. Una oscura y anónima fuerza se enfiló contra los provocadores, que,

indecisos, se vieron empujados y arrastrados hasta el andén. Detrás salieron otros muchos viajeros, que los dispersaron. Y mientras se buscaban con los ojos para reagruparse, dos compactas hileras de asaltantes tomaron bravamente el vagón entre pataleos y vocerío. Así, cuando quisieron reaccionar otra vez en pandilla, los llamados gamberros sólo alcanzaron a ver al tren que arrancaba veloz, dejándolos en tierra, con los ojos muy abiertos y un gesto de estupidez en las caras enrojecidas y sudorosas...

La plaza de Legazpi estaba oscura y silenciosa. El cielo se había despejado y mostraba un azul irreal vetado de luna. La noche se había tornado pastosa y tibia como la sangre. Olía a hierba y a río. En las terrazas de los bares, algunos hombres gordos hablaban de marcas de camiones. Comían patatas fritas y bebían cerveza. Otros hombres, más flacos y jóvenes, permanecían silenciosos y con aire de aburrimiento alrededor de las mesitas de mármol sin servicio. Parecía que se les hubiera agotado la conversación y estuviesen al acecho de algo. Eran pandas de golfos y de arbitristas, paralizados por el domingo.

Mercedes y Emilio cruzaron rápidamente la plaza y se adentraron por la destartada calle de los vagones. A ella la asaltó el recuerdo de la noche en que buscara allí refugio contra la lluvia. Fueron las horas más tristes y dramáticas de su vida. Ahora la oscuridad era menos espantosa y la noche más dulce. Ya no sentía terror, sino una profunda languidez que desmayaba sus nervios como ramas de sauce. Le sonaba una música dentro, otra vez la canción de la película, con sus notas extrañas y excitantes.

No todo era quietud, sin embargo. Pobres mujeres de carnes marchitas, verdaderos espectros libidinosos, ofrecían peripatéticamente sus podridas rosas de amor por allí. A la luz del único farol que los golfos dejaban lucir tenían lugar los regateos y los pagos anticipados, y luego las parejas iban a cobijarse por entre los vagones. Jovenzuelos alborotadores, que contrataban por un tanto alzado para toda la cuadrilla, y hombres solitarios y pudorosos, que no discutían nada y que luego se iban escupiendo y buscando las sombras...

Mercedes, un segundo antes, se sentía desfallecer. Le hubiera gustado entonces que alguien le dijera esas palabras audaces con que sueñan todas las mujeres, temiéndolas y deseándolas. Y si acaso llegara el beso, lo habría recibido deliciosamente turbada. Pero ante aquel espectáculo repugnante desaparecieron las languideces y los abandonos y se despertó el instinto de defensa. Las sensaciones de la noche odiosa se asomaron a su piel, erizándola.

Emilio, por el contrario, se enardeció. Un terrible deseo insatisfecho le nubló la mente. Vio que iban a salir a la luz y que Mercedes se le escapaba. Y no pudo dominarse. Se adelantó medio paso a la muchacha y la cogió de frente, abrazándola por la cintura. Le dio un beso en la boca, doloroso y brutal. Mercedes no tuvo tiempo de defenderse; pero, pasada la sorpresa, se despegó la cara de Emilio hundiéndose rabiosamente sus uñas en ella. El dolor hizo ceder al muchacho.

Quedaron los dos frente a frente mirándose con odio.

—¡Eres una fiera!

Emilio estaba rojo de furor. A Mercedes le parecía una bestia enardecida.

—¡Bruto!

Todo era negrura en el cerebro del hombre. Sintió un impulso salvaje: arrojarse sobre ella y dominarla, estrujarla, ahogarla entre sus brazos. Fue una oleada de sangre. Luego vio que ella le esperaba como una gata. Vio relucir sus dientes apretados y, por delante, sus dedos provistos de uñas afiladas. No fue el miedo lo que le hizo desistir. Fue el asombro, la confusión, lo inesperado.

—Pero ¿no somos novios?

Ella se acordó de la mano caliente y húmeda que trepaba por su brazo, del beso baboso en la mejilla...

—En este momento me das asco. ¿Novios tú y yo? ¡Jamás!

Emilio se quedó anonadado. Empezó a sentir frío. Vio que Mercedes se marchaba y no tuvo fuerza ya para detenerla. Ella cruzaba ya el puentecillo y él seguía inmóvil, pasmado. Una voz interior le decía: «Se ha estado burlando de ti. Le has pagado la merienda y el cine, y a la hora de la verdad te ha dicho que nones. Se ha estado burlando de ti...».

Mercedes siguió su camino sin mirar atrás. Desde el quiosco del Araño algunos beodos la siguieron con la vista, chascaron la lengua y le dijeron algo que ella no quiso oír. La gente de la colonia se había ya recogido. Mercedes andaba ligera y se metió sin titubear entre las sombras compactas.

Al entrar en la chabola se encontró con Antonio leyendo tranquilamente a la luz del quinqué. El hombre levantó los ojos sobre el libro y se la quedó mirando.

—¿Y Emilio? —preguntó.

—Lo dejé en el camino —contestó ella recalcando las palabras.

Fue a cambiarse de ropa a su cuchitril. Cuando salió de nuevo, Antonio seguía mirándola por encima del libro.

—¿Ha cenado usted?

—No. Casi no tengo ganas —contestó él como volviendo en sí.

Mercedes preparó la cena. Mordiscaron sin gran deseo las parvas provisiones. Ninguno de los dos quería hablar. Solamente al irse a retirar la muchacha, Antonio insinuó la pregunta que le rondaba por la mente.

—Entonces, ¿Emilio...?

Mercedes se volvió desde la entrada del cuchitril.

—Se lo regalo a Magdalena.

Antonio abrió mucho los ojos y luego se quedó pensativo. Fuera sonaba una copla andaluza cantada torpemente por unos borrachos.

III

Aquella tarde, al volver de casa de don Jesús, se tropezó Mercedes con el Granaíno. Sin duda la estaba esperando. Ella le vio a distancia suficiente para poder cambiar de ruta y evitar el encuentro. Y lo pensó, e incluso miró en la dirección por donde debería ir, pero una fuerza irresistible tiraba de ella hacia el hombre. En el primer instante fue como un turbador aleteo sobre su cabeza.

Aparentando serenidad e indiferencia, pero profundamente conmovida, siguió su camino. Presentía que el hombre estaba quieto mirándola con sus ojos ardientes y dominadores, y sonriendo con aquella su sonrisa de superioridad y desprecio. No quería mirarle, se dijo a sí misma que debería pasar de largo sin verle, pero en el crítico momento le falló la voluntad, se le levantaron los párpados y le miró. Efectivamente, el Granaíno tenía la vista fija en ella. Y le pareció que sus ojos eran más grandes, y que no sonreía. Por primera vez, desde que le conocía, aparecíasele triste, humanamente triste...

El Granaíno siguió en silencio a Mercedes durante unos minutos. Esta actitud sobrecogió aún más a la muchacha, que temía verse acometida por la espalda. Aquel hombre era capaz de saltar sobre ella como un tigre y acuchillarla cobardemente. Se acordó de su amenaza: «Este palmito no volverá a enamorar a nadie», y el temor y la angustia se apoderaron de su espíritu. Hubiera echado a correr, pero las piernas no la obedecían porque le temblaban. Temblaba toda ella y le castañeteaban los dientes. La mataría y le desfiguraría el rostro sonriéndole sádicamente... Un sudor frío le corría por todo el cuerpo. Tropezó y estuvo a punto de caer. En vista de ello, decidió no andar más y se detuvo. Nadie había por aquellos alrededores a quien pedir auxilio. Estaba en el más absoluto desamparo. Le quedaba un último deseo: acabar pronto aquella terrible agonía.

El Granaíno se detuvo también. Entonces ella se volvió para mirarle, y qué miedo, qué horror, qué desesperada súplica leería el hombre en sus ojos, que dijo precipitadamente:

—No temas nada malo, mujer. Sólo quiero hablar formalmente a solas contigo y de día.

Sus ojos, a la luz tamizada de la tarde, habían perdido su brillo hiriente; los músculos de su rostro no denotaban la histérica contracción de otras veces y, sobre todo, sus labios parecían doloridos. La voz, dulcemente grave, casi tenía un tono de ruego. Aparentemente, al menos, no se vislumbraba ningún peligro próximo en la actitud del terne. Aquella observación rápida devolvió la tranquilidad a Mercedes. Dejó de temblar y de sudar, y de sus ojos desapareció la expresión de miedo animal a la muerte que los había empañado.

—Creí que vendrías a matarme.

El Granaíno abrió los ojos de asombro.

—Ahora..., ¿por qué?

—O a rajarme la cara —insistió Mercedes, sonriendo con amargura.

—Yo no hago esas cosas.

—Me lo dijiste un día.

—Olvídalo.

—Eres malo.

El mozo denegó suavemente con la cabeza.

—Me has hecho mucho mal, Pepe.

—Por eso he venido, mujer. ¿Quieres que hablemos despacio y tranquilos?

Como todas las mujeres cuando ganan terreno al varón, ella hizo un gesto de indiferencia. Se emparejaron y anduvieron un rato en silencio. La tarde, aunque empañada por las nubes, tenía un hondo y tibio palpitar de misteriosas germinaciones. Era primavera ya, y los efluvios vitales brotaban de la tierra húmeda como un sahumerio dulcemente venenoso. Como un mensaje de los campos a la ciudad, venía un aire ensortijado con sabor a montaña verde. Sobre los ruidos dispersos y desacordes se tendía una mullida alfombra de silencio casi religioso que los ahogaba. Todo estaba transido de anhelo y espera, de un oscuro júbilo germinal, de un ruego emocionado... Era como si la tarde, antes de irse, se detuviera a escuchar esa inmensa oración de todos los seres que sienten la entrañable angustia de vivir.

El Granaíno se detuvo junto a un montón de gruesas vigas, procedentes de un derribo. Desde allí se dominaba una amplia perspectiva arrabalera: una tierra gris sin árboles, salpicada de casuchas. Se veía perfectamente la «Colonia sin Ley» entre la carretera y el río.

—Podemos sentarnos —dijo el mozo—. No creo que tengas mucha prisa.

—¿Es muy largo lo que tienes que contarme?

—Puede que sí, Mercedes.

Se sentaron. Entonces el Granaíno comenzó a hablar, contemplando el perfil de la muchacha.

—Ya sé que te pretendió Emilio y que tú le pusiste buena cara. Os seguí aquella tarde que fuisteis a Madrid juntos. Os vi entrar en el cine y esperé a que salierais. Luego vine en el mismo tren del Metro que vosotros. Yo os adelanté y pasasteis junto a mí cuando entrasteis en la calle de los vagones. De allí no hubierais salido...

Mercedes se volvió para mirarle. Los cuatro ojos se asaetearon.

El Granaíno bajó los suyos sin contestar. Luego dijo mirando a lo lejos:

—Adiviné lo que quería Emilio. Pero tú le dejaste plantado. Y nos salvamos los tres...

Mercedes se estremeció. Algo como una gota de hielo le bajó corriendo por la espalda. En aquella simple y huidiza manera de contar las cosas no se escondía ninguna jactancia. Era verdad, una terrible verdad. Como si le hubiera dicho: «Los zapatos me apretaban y pensé tirarlos...». ¿Qué valor podía tener ya ese detalle

antiguo para nadie? Pues en ese mismo tono, indiferente y pálido, había que contar aquella siniestra intención. No pasó nada. ¿Qué podía importar ya? Sin embargo, Mercedes estaba interesada vivamente por revivir aquel estado de conciencia. Quería agotar toda la confesión.

—Y ¿por qué querías matarme?

El hombre volvió a mirarla a los ojos. Los suyos eran otra vez dos rayos calcinantes.

—¡Porque te quiero!

Ella había adivinado la respuesta. Era su victoria y no pudo renunciar al gusto de un total desquite. Se sonrió despectivamente.

—¡Bah, tonterías! —dijo.

Al Granaíno se le estiraron los músculos de la cara.

—¡De veras! Cuando se quiere, se siente así. ¡Yo lo sé!

Él era el que temblaba y vibraba como una lámina fina de acero.

—Pudiste darte cuenta antes de que me querías...

—Lo supe desde el primer momento.

—¿Sí? Por eso me tratabas tan bien, como a una perra. ¡Tú es que eres malo, Pepe!

Él arrió todas las velas de la arrogancia varonil. A Mercedes le pareció que se encogía. Con la frente entre las manos y los codos apoyados en las rodillas confesó con voz sorda y abatida:

—Puede que tengas razón. A veces soy malo, precisamente cuando no debiera serlo. Pero no lo puedo evitar. Es por culpa de la costumbre. Si eres blando, te comen. Y tiene uno que estar siempre como una escopeta cargada, dispuesto a matarse con quien sea. Y pegar antes que te peguen. La vida es así. Cuando yo no sabía esto, me moría de hambre y todos se burlaban de mí. Ahora me guardan el aire y mando.^[39]

—¿Entonces tú crees que no hay nadie bueno?

Pepe levantó la cabeza con gesto desesperado.

—¡Nadie! —dijo, y le rechinaron los dientes.

—¿Ni siquiera yo?

—Me refiero a los hombres...

—¿Ni mi tío Antonio?

El rostro del hombre se ensombreció, y en sus ojos fulguraron los chispazos precursores de una de aquellas tormentas que solían agitar su ánimo. Se le crisparon los labios de desprecio.

—Tu tío, ¿eh?

Mercedes pudo darse cuenta entonces de la oculta y amarga querrela que encerraban sus palabras.

—No. A ti no debo engañarte. No es tío mío.

El Granaíno se mesaba los cabellos convulsivamente.

—¡Esto es lo que me vuelve loco! ¿Quién es entonces ese hombre para ti?

—No me toca nada, pero es como mi padre...

Él la miraba, incrédulo. Mercedes comprendió que estaba ya sobre la llaga viva. Y en vez de defenderse terca y orgullosamente, optó por decir la verdad. Le contó cómo en la noche del mismo día en que enterraron a su madre tuvo que huir de su casa, perseguida por los inmundos deseos de su padrastro; su carrera por las calles desiertas, bajo la lluvia, hasta llegar al Metro; su viaje en el ferrocarril subterráneo, vencida por el cansancio y el sueño, hasta el brusco despertar; su salida en la plaza de Legazpi, desconocida y solitaria, a impulsos del miedo y el asco producido por las insinuaciones babosas del empleado del Metro; su paso por la calle de los vagones con el intento frustrado de cobijarse en uno de ellos...

—Las palabras y las actitudes de aquellos golfos y golfas me horrorizaron. Eché a correr sin saber adónde. Así llegué a la «Colonia sin Ley». Todas las puertas estaban cerradas. Sólo vi una luz. Me dirigí a ella. Empujé la puerta, que se abrió sin dificultad... Y me encontré ante el señor Antonio. No me preguntó nada, ni entonces ni nunca. Me dio su comida, y luego se salió a la intemperie para que pudiera acostarme en su única cama. Al día siguiente me dijo que podía quedarme allí todo el tiempo que quisiera. Dividió su chabola y me compró un catre. No podía hacer más. Desde entonces estoy comiendo su pan...

La muchacha había ido exaltándose al compás mismo de sus palabras. Llegó al fin con un tono apasionado. Había vuelto a revivir momentáneamente aquella película alucinante de su huida. Y de nuevo se sintió emocionada por la generosidad inaudita, inverosímil, de Antonio. Se calló. Y luego, con una voz distinta, quebrada y honda, añadió:

—Y sin querer nada a cambio...

Los sollozos apagaron su voz. Su llanto fue leve, contenido, de pocas lágrimas, con mucho ahogo. Él dijo:

—¡Yo no lo sabía!

—Pues ya ves cómo hay personas buenas en el mundo...

Y él repitió:

—¡Yo no lo sabía!

Mercedes se había desahogado y quedó serena. El Granaíno, en cambio, estaba sumido en una ciega lucha, debatiéndose entre un tumultuoso caos de sentimientos y de ideas. Estuvo a punto de caer, pero su fiero instinto de lobo, su temperamento de animal agresivo, se fueron adueñando de la situación. Tras un breve silencio dijo:

—Por eso Ronquillo abusa de él. Lo que yo digo: si eres blando, te comen.

—¿Entonces...? —apeló Mercedes, descorazonada.

Él sonrió por primera vez aquella tarde, pero sin causticidad, dolorosamente.

—No. Tú no tienes ya nada que temer. Eres, poco más o menos, como yo, según lo que me has contado... Pero con los demás...

* * *

Hacía un calor de castigo. El mozo se había escondido en el vagón a mediodía, dispuesto firmemente a marcharse. Las paredes de madera y el techo de uralita absorbían el calor del aire y lo iban encerrando en el enorme buche del vagón, y el pobre muchacho se cocía allá dentro. Le era difícil hasta respirar. Pero aguantó como un muerto hasta que al fin el tren de mercancías empezó a moverse, dejando atrás la estación de Guadix. Él ignoraba la dirección del tren, pero se suponía que habría de atravesar muchos campos y ciudades. Empezó el viaje porque una voz cansina le claveteaba: «Tienes que marcharte. Hay muchas tierras donde podrás vivir. En este pueblo está todo cogido ya. Aquí, no tienes nada que hacer...». Tan sólo por eso. En verdad, él siempre soñó con ser torero o contrabandista. No tenía una idea muy clara de estas dos actividades, y menos de la forma de llegar a ejercerlas, pero eran las únicas posibles para quienes buscasen rápida fortuna partiendo de la nada. Por entre el mocerío de su pueblo corría, como un cantar, la leyenda de los toreros ricos que habían comenzado siendo casi mendigos. Y los ojos de ascuas de aquellos muchachos miraban con encendida admiración a aquel tipo alto y jaque, dueño del mejor cortijo, de quien se contaban increíbles aventuras en el campo filibustero de Gibraltar...

Pronto, sin embargo, se quedó dormido. Le despertó el hambre en una larga parada. Era una estación de enlace, cuyo nombre y situación ignoraba. Al comprobar que era de noche, una aterciopelada noche vernal, quedó al pronto desconcertado, pensando en lo difícil que le sería a aquella hora proporcionarse un poco de comida. Pero no había más remedio que intentar algo...

Cuando ya se disponía a descorrer la pesada compuerta, llegaron hasta él unas voces y unos pasos que se aproximaban. Temió que se tratase de algún empleado del ferrocarril que anduviese inspeccionando los vagones y disponiendo su carga. Empezó a sentir miedo. Entonces los pasos se detuvieron junto a la boca del furgón y las voces se hicieron cuchicheos entrecortados y apremiantes... Se pegó todo lo que pudo a la pared de tablones, aplastándose materialmente contra ella, para poder pasar inadvertido a la primera ojeada y, en el peor de los casos, saltar por encima de sus presuntos aprehensores y escapar a favor de las tinieblas. La emoción le aguzó de tal forma los sentidos y le rodeó de tal vacío, que podía oír el hondo latido de su propia sangre... La compuerta empezó a descorrerse... Él se encogió aún más. Por la grieta cayeron unos pequeños envoltorios que no hacían ruido y, tras ellos, apareció la cabeza de alguien que trepaba o era empujado desde fuera. El intruso, tan pronto pudo ponerse en pie, ayudó a subir a otro de los asaltantes y, luego, entre ambos izaron a un tercero y último. En seguida volvieron a cerrar la compuerta. Todo quedó sumido de nuevo en la más absoluta oscuridad. Entonces alguien rasgó un fósforo. En el pequeño círculo de luz quedaron al descubierto los rostros de los tres furtivos viajeros. Eran tres caras astutas, pícaras y juveniles, aunque con grietas ya de vejez. Su aspecto, no obstante, le tranquilizó. No llevaban uniforme ni gorras galoneadas, y

esto era lo principal. Adivinó en ellos gentes errantes como él.

El que encendiera la cerilla la levantó para ampliar el círculo de luz y poder recorrer con la mirada todas las dimensiones del vagón. Entonces le descubrieron. Un hombre los miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Atiza! —exclamó el de la cerilla al tiempo que la tiraba y se sacudía los dedos quemados.

Rebuscó en la caja de fósforos, pero sus compañeros se opusieron a que volvieran a encender.

—Cualquier vigilante puede ver la luz y venir a ver qué pasa —razonó uno de ellos.

Así, quedaron definitivamente a oscuras y las preguntas y las respuestas salían disparadas al azar, como proyectiles que no se supiese dónde caerían.

—¿Y quién eres tú, muchacho?

¿Qué iba a contestar él? Decirles que se llamaba Pepe Sánchez era tanto como no decirles nada. Prefirió preguntar por su cuenta.

—¿Y vosotros?

—Romerito y su cuadrilla, hombre.

—¿Cuadrilla de qué?

—Toreros, niño, toreros.

—¡Ah!

—Romerito será pronto un fenómeno. Ya ves: de Chiclana es el niño.

—Sí. Este año tengo que armar el escándalo por todos los sitios por donde pase. Y el año que viene, debutar en Madrid.

—¡Y olé!

Había topado con su destino. Sintió un repentino entusiasmo. Todo le parecía fácil.

—Yo también quisiera ser torero —dijo.

Fue una explosión de oles. Le hicieron aproximarse y le abrazaron a tientas.

—¡Ya está, mi arma! Desde este momento formas parte de la cuadrilla.

—¡Vaya suerte que has tenido, chavó,^[40] tropezándote con nosotros!

—Ya lo sabes: con Romerito todo lo tendrás por delante. No hay más que ir por ello. Pero sin miedo, ¿eh? ¡Sin miedo!

Y tanto. ¿Quién podía acordarse del miedo en aquellas circunstancias? El novato se sentía con valor para todo. A la luz del fósforo había tenido tiempo de medir a sus tres nuevos amigos. Y si ellos eran toreros, y uno de los tres Romerito, el futuro fenómeno, él era capaz de llegar más alto que Belmonte.

—De miedo no hay que hablar. Me dejé en casa todo el que tenía...

Se repitieron los olés, y luego la voz de Romerito le hizo el ofrecimiento de todos los bienes de la cuadrilla. Animado por tan generosa invitación, se atrevió a exponer su más apremiante necesidad del momento.

—Tengo hambre.

Siguió el ruido de unos rápidos movimientos, y después unas manos invisibles le entregaron un mediano corrusco de pan y una cebolla...

Sólo se oyeron durante un rato los chasquidos de los dientes del hambriento. Y cuando se hubo serenado un poco su voracidad, uno de los torerillos le requirió:

—Ahora dinos cómo te llamas.

—Pepe Sánchez —contestó el aludido con la boca llena.

—Es un nombre poco cartelero —dijo la voz de Romerito—. No significa nada y con él no puedes llegar a ninguna parte. Tienes que buscarte un mote.

No se le había ocurrido nunca. En su pueblo todos le conocían por su nombre, y pensó que, aunque llegara a ser torero célebre, todo el mundo podría seguir llamándole así.

—¿Cómo te gustaría que te llamasen?

—No lo sé.

—¿De dónde eres?

—De Benalúa de Guadix.

—No vale.

Un momento de silencio, y luego otra vez:

—¿Y de qué provincia?

—De Granada.

Otro silencio. Y de pronto:

—¡Hele! ¡Ya está: Granaíno! Tú te llamarás Pepe el Granaíno.

Así nació el Granaíno a la vida aventurera.

Romerito, para celebrar el acontecimiento, sacó sus dos únicos cigarrillos de hebra y los partió por medio para que pudiesen fumar los cuatro. Esperaron a que el nuevo socio hubiera dado fin a su opípara cena para encender los cuatro medios cigarrillos a la vez. No querían que ninguno se quedara rezagado en el fumar, para evitarse los demás el sufrimiento de tener que estar tragando saliva mientras uno seguía solazándose como un nabab.^[41] Ésta era la ley para los períodos de escasez, que era realmente la situación normal.

Brotó la luz del fósforo bajo el arco de las cuatro cabezas juntas, para evitar que su luz trascendiese y denunciara su presencia allí. Uno a uno fueron encendiendo sus medios pitillos. En un instante se miraron los cuatro. Cuatro sonrisas y cuatro miradas alegres. Se apagó la luz y ya fueron cuatro puntos rojos que latían. Fumaban en silencio, con fruición... Una fuerte sacudida primero, y después un rumor de ruedas, les advirtieron de que de nuevo marchaban por los caminos de la noche, tan inciertos, tan alucinantes...

—¡Chiquillos: vamos en primera!

—¿En primera? Preguntó el Granaíno, no tan ciego de optimismo.

—Pues claro. La segunda son los topes. La tercera, el camino a pie...

—¡Ah!

—Pronto viajaremos en primera de verdad —aseguró Romerito—. Con camas y

todo.

—¡Ni hablar! Es mejor un coche grande para la cuadrilla y un Cadillac último modelo para ti, ¿no?

—¡Y olé!

Y el tren seguía corriendo por los caminos de la noche, no tan inciertos y alucinantes como los sueños de gloria de aquellos muchachos...

* * *

Sólo el principio de la aventura quedó grabado en la memoria del Granaíno hasta en sus más íntimos detalles. Después fue como una tolvanera que le envolvió continuamente, secándole la garganta, nublándole los ojos, aturdiéndole con un estrépito agrio y ensordecedor. Tuvieron que tirarse del tren en marcha, dejándose caer por los terraplenes, y cientos de veces lo hubieron de coger cuando jadeaba en las cuestas arriba. Marchas extenuantes por las polvorientas carreteras, atormentados por el hambre y la sed. Frecuentes robos en las huertas y en los corrales para subsistir... Capeas en los pueblos, empujados a enfrentarse con las fieras bajo el terror de las voces y de las amenazas de los mozos campesinos, armados con pértigas.

—¡Ojú, qué bicho! ¡Si es una catedral!

—¡Hala, Granaíno! Luego voy yo...

—¡Cuidado, Romerito, con esos palos de telégrafo!

De esta confusa polvareda, sólo algunas aisladas anécdotas, como luces distantes en la noche, brillaban en su recuerdo. En algunas ocasiones, huyendo de las pedradas de los mozañones de la aldea donde habían intentado torear, y cuando ya habían interpuesto suficiente distancia con respecto a sus perseguidores, se dejaban caer extenuados junto a un seto, o bajo un árbol o cabe un puente. Se encontraban sin dinero, sin provisiones y con la noche encima por toda esperanza. Entonces Romerito solía cantarles alguna dulce copla en que hablaba de una mocita que él pensaba hacer emperatriz, con coches y criados, con peinetas y blondas, y que, mientras, bordaba sus sueños en la ventana, esperando siempre verle aparecer por aquella esquina como un lucero triunfador... La copla se les subía a la cabeza, como un vino generoso; les quemaba el alma como un delirio y, al fin, los precipitaba en el sueño profundo y sincero de la juventud...

Una vez se hallaba entre las pezuñas de una de aquellas vacas resabiadas que les solían enfrentar. El animal buscaba su cuerpo con las astas, finas como puñales, y a él le corrían sudores de muerte. Entonces, un bárbaro de aquéllos, parapetado tras la valla, empezó a gritarle:

—¡Eh, tú, maleta!

El bárbaro aquel estaba rojo de vino. El Granaíno lo entrevio fugazmente, por entre los cuernos de la fiera, auparse sobre la empalizada enarbolando una garrota.

—¡Cobarde! ¡Torerillo de m...! ¡A robar a Sierra Morena!

Cobarde, ¡y había corrido hasta el bicho, sabiendo que éste no se movería hasta tenerlo seguro para la cornada! Ladrón, ¡y les habían dado diez duros para los cuatro y un guisote de muchas patatas y poca carne! Entonces se hizo el firme propósito de abandonar la torería andante. Por ese camino no era posible llegar a la gloria. Se vio de pronto ridículo, absurdo, miserable. ¡No más hambre, no más miedo, no más andar y andar sin rumbo!

Los compañeros casi lloraban en la despedida. Hasta el último minuto estuvo Romerito tratando de disuadirle, hablándole para ello de los próximos triunfos, de embriagarle otra vez con la quimera de la gloria en las tardes cenitales, cuando las plazas crujen de clamores y de vítores... En vano. El Granaíno seguía viéndose siempre entre las patas de la fiera, pisoteado, envilecido, insultado...^[42]

* * *

Los topes de un tren lo dejaron en Madrid. Como tantos otros paletos se encontró, de buenas a primeras, metido en el barullo matutino de la glorieta de Atocha, sin saber hacia dónde dirigirse ni qué hacer. No tenía dinero, ni amigos a quienes pedir amparo. Echó a andar a la aventura, paseo de las Delicias abajo. Ya desde aquel primer momento parecía como si una extraña fuerza le arrastrase hacia el que luego había de ser el escenario de sus hazañas de golfo.

Se detuvo ante un garaje. Dos hombres, vestidos de mono, empujaban un coche hacia adentro. Se quedó mirándolos. Algo impedía que el vehículo rodase. Por la ventanilla del mismo asomó la cabeza de otro hombre, que gritó:

—¡Se han agarrotado los frenos!

Los que empujaban hicieron un gesto de mal humor. Luego, aplicaron los hombros a la trasera del coche e hicieron un nuevo esfuerzo. En vano. Entonces, el Granaíno, repentinamente, se unió a ellos. Empujaron los tres a una, con todas las fuerzas de que eran capaces.

—¡Aúpa! —gritaron, animándose, con todos los músculos y los nervios en tensión.

El coche resbaló un gran trecho sobre el engrasado cemento. Los hombres vestidos de mono respiraron jadeantes y luego miraron al espontáneo que les había prestado ayuda. El Granaíno se sacudió las manos sonriendo.

—¡Gracias, muchacho! —dijo uno.

Al Granaíno se le vino una idea desconocida que afluía de repente, emergiendo de alguna inexplorada sima de su ser.

—¿No tendrían ustedes trabajo para mí?

Los interpelados se encogieron de hombros dubitativamente. En ese momento, el hombre que había maniobrado dentro del coche se acercó al grupo.

—¿Tú entiendes de esto? —le preguntó sin preámbulos. El Granaíno lo pensó

rápidamente.

—Puedo hacer lo que usted me mande.

El hombre le miró fijamente. Después dijo:

—Bueno...

Era el encargado. Tendría unos cincuenta años. Su cara era larga y seca, y sus ojos, hundidos.

La última palabra pronunciada cerraba el contrato. Fue admitido en calidad de mozo, con un jornal exiguo, pero con derecho a las propinas que le dieran, por lavar los coches y empujarlos, los dueños de los vehículos que allí los encerraban, en su mayoría taxistas.

Aquel primer día, a la hora de irse a comer, el Granaíno se sentó en el estribo de un coche a esperar no sabía qué. Se le acercó el encargado.

—Se entra a las tres —le dijo, mirándole con los pequeños ojos medio cerrados.

El Granaíno levantó la cabeza.

—Si a usted no le parece mal, me quedaré aquí.

—¿No vas a comer?

—No. No sé... Tal vez luego...

El señor Felipe se rascó la cabeza.

—¿Es que vives muy lejos?

El Granaíno se sonrió.

—No vivo en ninguna parte.

—Entonces...

El muchacho se encogió de hombros con indiferencia. El señor Felipe hundió la mano en un bolsillo y sacó un billete de cinco pesetas.

—Toma. Sin comer no se puede trabajar.

El Granaíno se levantó emocionado y cogió el billete, pero no sabía qué decir.

—Acabas de llegar del pueblo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Mal por allá, ¿eh?

—Sí, señor.

—Yo también vine como tú hace más de treinta años...

Había en su voz un temblor de áspera ternura. Era un recuerdo de juventud que aún le dolía, como una vieja cicatriz al cambio de temperatura... Ya se marchaba, pero aún se volvió para decirle:

—Tú, trabaja y no te preocupes. Trabajando, todo se arregla...

El Granaíno esperó poco para salir corriendo a comprarse un bocadillo, mientras iba diciéndose a sí mismo: «Madrid es una viña».

Ésa fue su colocación durante más de un año. Como dormía en el garaje para hacer la guardia por la noche, duplicaba el sueldo. Con eso y con las propinas, lograba reunir un estipendio no despreciable. Pudo así comprarse ropa, comer suficiente e ir al cine y frecuentar los bailes. Cada día amplió un poco el radio de sus

exploraciones por las calles, y en poco tiempo llegó a conocer perfectamente todo el barrio. Poco a poco llegó hasta la Puerta del Sol, que se le figuró a él como una frontera entre su mundo y aquel otro que su imaginación le vedaba, por estar destinado a las gentes privilegiadas de la ciudad. Aquel mundo prohibido era el de los grandes comercios, deslumbrantes de luces; de los cines y los teatros de lujo; de los cabarets misteriosos; todo él oro, luz y altivez... Él pensaba penetrar allí algún día, pero cuando fuese alguien y pudiera andar a codazos entre todos, con seguridad, con ese aire desenfadado y desafiante que dan la posesión del dinero y del mando.^[43]

Pese a todo, no estaba satisfecho. En el trabajo todo el mundo le mandaba a voces, a gritos, a empujones. Él cerraba los dientes y callaba, pero en el fondo de su corazón se iba acumulando la ira como un explosivo terrible. Sólo el señor Felipe le trataba con humanidad. Era un hombre de pocas palabras; pero para dirigirse a él siempre empleaba las mejores y, sobre todo, el ademán más amistoso. Pero la sombra del encargado no podía abrigarle totalmente, porque él dependía de una manera directa de los oficiales. Su trabajo derivaba del de éstos, y era, por así decirlo, como su apéndice.

Había sentido curiosidad por la mecánica. Entreveía en ella un buen porvenir. Pero los oficiales, en vez de mostrársela, se la ocultaban, negándole la más pequeña explicación. Cuando preguntaba algo solían decirle:

—Tú, mira y aprende. ¿Es que te has creído que esto es una academia? ¡Tienes demasiada prisa, muchacho!

Si le hubiesen aclarado algunas dudas, estaba seguro de haber podido aprender rápidamente. Pero ni aun mirar le dejaban. Cuando sus ojos, prendidos de la mano del mecánico, trataban de seguir sus manipulaciones en las entrañas del motor, con la misma tensión de espíritu que el que espera la realización de un milagro, el oficial, como un hierofante,^[44] se erguía, cortando el rito, para decirle:

—Tráeme la llave grande, anda.

El Granaíno sabía demasiado que la herramienta aquella que le pedía no era necesaria entonces, y que la orden era un pretexto para alejarle de allí en el momento crítico. En otras ocasiones le mandaban limpiar una pieza en gasolina, o simplemente ir por tabaco. El caso era no dejarle ver, no permitirle aprender.

Y se burlaban de su avidez, de la codicia de escudriñarlos y explicárselo todo que delataban sus ojos, de mirada tan penetrante.

—Este chico es gilí.

Sin saber por qué, era la palabra que más daño le hacía. Hay palabras feas, hediondas, indignas; pero ésta, además de todo eso, se le antojaba estúpida. Él no sabía que era la expresión que denota la gran parálisis de un cerebro. Pero no la podía resistir.

—Siempre anda mirando, mirando. Si cuanto más mires, menos vas a ver...

—Ya se lo tengo dicho: aquí, como en la mili, hay que pelar muchas patatas hasta llegar a ser algo. El que más y el que menos se ha tirado muchos años empujando

coches y haciendo recados...

Era la mentalidad obtusa del incapaz, que quiere vengar las humillaciones y los fracasos sufridos, la que se interponía como una muralla insalvable entre él y su carrera de mecánico. Cada día que pasaba se convencía más de la inutilidad de sus esfuerzos. No podría derribar la muralla jamás.

Había días que andaba como un sonámbulo, de un lado para otro, siguiendo las voces de los demás.

—¡Chico, quita esto de aquí!

—¡Chico, tráeme aquello!

—¡Chico, empuja!

—¡Chico, estás atontado!

—¡No vales para nada!

—¡Si todo lo haces mal!

—¿Tú, mecánico? ¡Toda tu vida con una escoba!

Acababa la jornada deshecho, desmoralizado, consumido de rabia. Su corazón fue recibiendo todos aquellos desprecios día a día, hora a hora, minuto a minuto, y se le iban pasando a la sangre, envenenándola ya para siempre. Tan repetidos alfilerazos consiguieron ulcerar su espíritu y sentía ya cualquier roce, por mínimo que fuese, como un zarpazo en la carne viva. El dolor, al fermentar en su corazón, se convirtió en odio, en un odio inmenso, delirante, demencial.

Aquella mañana miraba, como de costumbre, las manipulaciones del mecánico. Éste también, como de costumbre, interrumpió su trabajo.

—Vete al banco y tráeme la llave grande.

La llave grande estaba allí, al pie del mecánico. El Granaíno no se movió.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí.

—Pues, hale.

El Granaíno continuó inmóvil, mirándole fijamente a los ojos. El otro hizo un gesto de asombro. Luego hizo ademán de tratar de empujarle. Pero cuando ya sus manos tocaban casi el cuello del mozo, se sintió detenido por una fuerza invisible. No pudo llegar a tocarle. Aquellos ojos negros, que se le clavaban en los suyos, le habían paralizado. Pero habló:

—¿Te has vuelto loco?

El Granaíno denegó apenas con la cabeza. Luego, como midiendo las palabras, dijo:

—No. Pero no iré.

—Es tu obligación. Tú estás aquí para eso.

—Le digo que no me da la gana. Yo estoy aquí para aprender y ayudarlos, pero no para hacer sus caprichos... ¡Usted es un canalla, pero de mí no abusa más!

El oficial quiso sobreponerse al aprendiz abatiendo su altivez con una invectiva, como si derribase de un papirotazo un castillo de naipes.

—Cuando yo digo que tú eres gilí...

Y rompió en una falsa carcajada. Pero el Granaíno le saltó encima como un gato; de un brinco increíble. Mostraba la blancura de sus dientes encajados, y mientras hundía en su garganta los finos dedos, sentía cómo se estrangulaba el gorgoteo de la risa insultante. Rodaron por el suelo. El agredido se defendía a patadas medio asfixiado, y el Granaíno apretaba y apretaba más, con alegría homicida, sin sentir los tremendos puntapiés que recibía en el vientre. Acudieron los demás mecánicos, y a fuerza de golpes pudieron lograr que el aprendiz soltara su presa. Cuando éste se levantó, nuevas bofetadas y puñetazos salvajes le abatieron otra vez. Ya en tierra, se ensañaron pisoteándole bárbaramente. Y a no ser por el señor Felipe, que se presentó en medio del tumulto, el cobarde encarnizamiento hubiese llegado a extremos bestiales. Todos quedaron paralizados.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

Los oficiales no contaron más que la segunda parte: la agresión inopinada del aprendiz. Y a grandes voces, intercalando un insulto entre cada dos palabras. El causante de todo aún jadeaba.

—Todos lo han visto —declaró—. Yo le mandé por una cosa que me hacía falta y él no quiso ir. Le repetí la orden y entonces, como un loco, se me tiró al cuello. Yo no he hecho más que defenderme.

El señor Felipe miró al Granaíno, que a duras penas podía tenerse en pie. Tenía la cara manchada de sangre y de barro. Su respiración era atropellada y silbante. Y abría la boca con un gesto de dolor inmenso, como si ella fuese una herida más. Poco le faltaba para gemir. Pero sus ojos, bajo los mechones de cabello pegados a la frente, fulguraban indómitos, como dos amenazas inextinguibles.

—¿Es cierto, Pepe? —preguntóle.

Pero el muchacho no contestó. Sin embargo, la voz de su protector le había llegado al alma y sintió como si de repente le hubiera entrado en los pulmones un golpe de aire puro del campo. No contestó porque no quería llorar. Dio media vuelta y se dirigió hacia donde guardaba la ropa de calle.

El señor Felipe miró entonces a los demás. Eran tres confabulados contra uno. Los tres, oficiales, y el otro, aprendiz. Aquéllos ganaban y éste perdía. Era evidente para él que se cometía una injusticia con el muchacho, pero todo le condenaba. En su fuero íntimo lamentó no poder hacer nada para reparar o, al menos, paliar aquel atropello. Había llegado a estimar a aquel aprendiz tan listo, tan rápido, tan eficiente en la labor. Era diferente a todos los demás muchachos que habían pasado por el taller. A simple vista se apreciaban en el Granaíno una inteligencia y una voluntad, una energía y una disposición poco corrientes. Hubiera sido una gran cosa. Tal vez lo sería algún día. Con toda seguridad que sí. Pero, por el momento, nada podía hacer en su favor.

—Ya sé que no has podido contenerme. Te sobaban demasiado para lo que tú eres —le dijo al despedirle—. Pero has debido pensar un poco. Bueno; eso se dice, pero...

—No lo pude pensar, señor Felipe.

—Ya, ya...

Sonreía tristemente el buen hombre. También el Granaíno. Se dieron la mano.

—¡Gracias por todo, señor Felipe!

Salió de allí sin abatimiento, pero muy triste, sin saber a ciencia cierta por qué.

* * *

—No quiero bronquistas en esta casa —le contestaron en todos los talleres adonde fue a solicitar trabajo.

Era inútil insistir. El vil rencor de sus antiguos compañeros de trabajo se le anticipaba en todas partes, cerrándole hoscamente las puertas adonde pudo llamar. Y la misma fuerza de gravedad que le empujara el día de su llegada a Madrid se apoderó nuevamente de él y, a tirones, le fue arrastrando hacia la plaza de Legazpi.

Le llevó allí el deambular sin rumbo y sin propósito. Entró como uno más en el mercado, atraído por su barullo y su estridencia. Y en seguida advirtió los trapicheos y los turbios manejos que, como prestidigitaciones habilísimas, se efectuaban a la vista de todos, bajo un código común de palabras, gestos y acciones. Aquello le hizo abrir mucho los ojos. Después, en sus largas horas de soledad, pensando y pensando sobre lo visto con sus propios ojos, llegó a la conclusión de que allí se abría un nuevo mundo para él, lleno de insospechadas posibilidades. Era como una mesa de juego aquel trepidante mercado. Una mesa de juego en que los más listos ganaban siempre a los más tontos. Y eran muchos, de uno y otro bando, los que allí acudían como moscas.

Volvió por hambre. Agotados sus recursos, y ante la imposibilidad de encontrar trabajo, tuvo que decidirse una mañana a resolver el problema de algún modo, no importa cuál fuese. Creyó en un principio que podría trabajar en el mercado ayudando a la carga y descarga de los camiones. Pero pronto hubo de convencerse de que eso era imposible.

Le ocurrió lo mismo que cuando pretendiera llevar bultos en la estación de Atocha. Él había oído decir muchas veces:

—Se va uno a la estación a llevar bultos... Sólo pasa hambre el que quiere...

Pero al primer intento se le echaron encima unos robustos jayanes con una gorra y un número que, gritándole indignados insultos en un idioma algo parecido al suyo, le arrojaron de allí a empellones, con amenazas de llamar a la Policía, igual que si le hubieran sorprendido robando. ¿Era posible aquello? Su asombro no tuvo límites. Después, su desesperación le llevó hasta mirarse al espejo y preguntarse a sí mismo con rabia: «¿Es que tengo cara de pueblo todavía?».

En el mercado comprendió en seguida. Así, cuando al querer ayudar en la descarga de un camión le cogió del brazo uno de los descargadores y le hizo señas de que se marchase, desistió, sin pedir explicaciones, con blanda obediencia. Allí

también operaba una estrecha sociedad que no admitía intrusos. Hasta tan elemental y descalificado trabajo había llegado, y se había impuesto, la fuerza de la unión exclusivista, más exigente que cualquier monopolio financiero.

Anduvo vagando por entre todos los entresijos de aquel gran tinglado. Se hacía tarde y aún no había conseguido nada. ¿Tendría aún cara de pueblo? Se enfureció consigo mismo ante el evidente fracaso. ¿No iba a comer aquel día? Miró bien en todas direcciones y el hurto se le presentó fácil, mucho más fácil que aquellos que cometiera en su vida toreril. ¿Qué es lo que se llevaría? Sus ojos tropezaron con unas banastas de hermosos tomates. No lo pensó más. Una de aquellas banastas tenía que ser para él. Se situó en el punto que le pareció más conveniente para poder aprovechar un descuido y escapar.

En efecto: mientras el dueño discutía entre chanzas con una frescachona y atrevida verdulera sobre precios de otros artículos, él, con gesto tranquilo y seguro, se echó a la espalda una de aquellas codiciadas banastas de tomates. No corrió. Con los dientes apretados, temblando todo él de emoción, pero dominando con férrea disciplina el arrebató de sus nervios, anduvo lentamente hacia la salida. A cada momento podría alguien detenerle por un brazo, llamándole a gritos ladrón y entregarle a un guardia. Pero él miraba a todos con descaro, casi gozándose de su propia angustia. Poco a poco se le fueron calmando los nervios. Nadie había advertido su robo. Y ya faltaban muy pocos pasos para alcanzar la calle...

En medio de la plaza ya se sintió tranquilo. De momento no sabía qué hacer con la mercancía robada, pero eso era lo de menos. Lo realmente importante es que se había sabido sobreponer y que todo se había deslizado suavemente, con una asombrosa facilidad.

Pero a la mañana siguiente le salieron al paso dos individuos. Se le pusieron delante, obligándole a detenerse, antes de franquear la entrada del mercado. Los miró con cara de pocos amigos, pero ellos no se intimidaron.

—¿Quién eres tú? —le preguntó uno de ellos.

La misma pregunta que le hicieran los torerillos en aquel furgón de cola de un tren de mercancías. Pero ahora ya estaba ducho en estas lides de la truhanería y de la gente de bronce. Saltaba a la vista que aquellos individuos eran dos golfos.

—Me llaman el Granaíno —contestó en tono jaque,^[45] enganchando los pulgares en la correa del pantalón—. ¿Qué pasa?

—¿Para quién trabajas? —inquirió el otro golfo.

—Para mí.

—¡Ah!, ¿sí? Ya te vimos ayer. No lo haces mal. Pero aquí no puede establecerse uno por su cuenta así como así...

El Granaíno se encogió de hombros despectivamente, mientras pensaba que, por lo visto, también los ladrones del mercado habían formado un gremio. ¿Le impedirían también ser ladrón? Entonces, ¿qué quedaba ya por intentar?

—Te espera el Chato. Vamos.

Y le hicieron señal de que los siguiese.

—Pero, bueno, ¿quién es ese Chato?

—¿Es que no has oído hablar de él?

Y el golfo le miraba extrañado. El Granaíno cerró la boca y estiró las comisuras de los labios, acentuando así su total ignorancia acerca de la personalidad de aquel hombre. El golfo le aclaró:

—Es el jefe, muchacho.

El Granaíno se rascó la cabeza.

—Bueno: vamos a verle.

** * **

El Chato los esperaba apoyado en el mostrador de un bar. La viruela le había desfigurado la nariz. Era fornido, de ojos azulencos y de cabellera estropajosa. Cuando reía, sus gruesos labios se le doblaban y parecían cuatro.

Al llegar los tres muchachos, el jefe hizo un gesto con las cejas y los golfos se fueron, dejando al Granaíno parado junto a él. Entonces el Chato llamó al camarero.

—Sírvele lo que pida...

El Granaíno pidió un café. El Chato sacó un paquete de cigarrillos y le dio uno.

—¿Tienes tabaco?

—No.

—Quédate con el paquete. Me llaman el Chato.

Y se sonrió con sus dobles labios, asomando unos dientes pequeños y afilados, como de sierra.

—Y a mí, el Granaíno.

—¿Eres de Graná?

—No. De al lado, de Guadix.

—Buen mujerío por allí, ¿eh?

—¡Pchs!

El Chato se calló de pronto, como si no tuviera ganas de hablar más. Se dedicó a mirar el fondo de la copita de anís, inclinándose sobre el mostrador. El Granaíno guardó silencio también y se entretuvo en tomar su café a pequeños sorbitos. Quedaron ajenos el uno al otro, como si no se conociesen. Fue un largo silencio convenido tácitamente, siguiendo el estilo característico de estas gentes, que hacen de la aparente gravedad una especie de rito. Mientras, los dos pensaban las cláusulas de un contrato que se tenía que formalizar sin previa exposición de las mismas. Había que pensar antes, porque después las palabras serían pocas.

—¿Entiendes algo de mecánica? —preguntó, al fin, el Chato sin mirarle.

—Algo —contestó el Granaíno sin cambiar de postura.

—Bien. Tengo un buen trabajo para ti y para el Pinto. Ya sabes: para mí siempre son dos partes de todo. Para los demás, una. ¿Estamos?

Sacó un billete de cinco duros y se lo dio.

—Para que te avíes hoy. Y estáte aquí esta noche, a las diez.

** * **

Intervino en todas las raterías que a diario se perpetraban por aquellos alrededores, unas veces de protagonista y otras de observador, presto a intervenir si las circunstancias lo requerían. Con la misma avidez con que pretendiera aprender la mecánica estudió los trucos, artimañas, cautelas y astucias del nuevo oficio. Rápidamente agotó el repertorio y llegó a ser un granuja completo, con la ventaja sobre los demás de ser más inteligente, más audaz, más cruel y duro. Gozaba en hacer daño. Era el odio, el tremendo odio que hervía constantemente en su corazón y que se le desbordaba hasta por el aliento. Sus mismos camaradas llegaron a temerle, y el Chato le miraba con profundo recelo.

El jefe se fue a Barcelona con una novia que le había costado mucho tiempo y trabajo conseguir, porque era muy postinera. El hombre de la nariz comida de viruela no pudo resistirse y le ofreció un viaje de placer a la gran ciudad catalana para gastarse alegremente unas pesetas y hacer vida de turistas durante un par de semanas. Con ello la banda quedaba momentáneamente acéfala.

El Granaíno reunió a todos y les hizo observar la urgencia de nombrar un nuevo jefe hasta el regreso del Chato. Alguien dijo entonces:

—Todos sabemos que después del Chato está el Pinto. Y para los días que va a faltar el jefe...

—Pero mientras él está fuera, nosotros tenemos que seguir trabajando. Y para eso es necesario que alguien nos dirija a todos —insistió el Granaíno.

—Hombre, para eso estoy yo.

Y el Pinto se le quedó mirando con el cigarrillo colgado de los labios, la boca entreabierto y los párpados encogidos por el humo.

—¿Tú?

Y como el Pinto afirmara con la cabeza, añadió:

—Haz el favor de salir un momento conmigo, que tengo que decirte algo muy importante.

En medio del asombro general que produjeron las palabras del Granaíno, el Pinto se levantó perezosamente de su silla y siguió al otro. Salieron. Los demás quedaron haciendo mil cábalas sobre lo que tramaba el Granaíno. Nadie podía contestarse con seguridad. Era demasiado pensar para ellos que obraban siempre dirigidos o a impulsos irreflexivos.

Al poco rato volvieron. El Pinto estaba pálido y abatía la mirada. El Granaíno, contrariamente, irradiaba una abrasadora soberbia. Él fue quien habló primero:

—Anda, diles tú ahora quién es el que manda.

El Pinto se mostraba intimidado, como si sintiera el frío de una pistola en la

nuca. Se le había quedado la boca redonda. Al contestar no miró a nadie, como si quisiera que nadie le viera a él tampoco.

—Bien mirado, es mejor que, hasta que vuelva el Chato, sea jefe el Granaíno. Tiene más conocimientos que yo...

Nadie opuso resistencia. La proclamación cayó en medio de un silencio cobarde. Y, por sorpresa y con avasallamiento, surgió la jefatura del Granaíno. En el ánimo de todos los golfos, la provisionalidad no era, ni mucho menos una solución, sino, por el contrario, un gravísimo problema que sólo podría resolver el Chato de hombre a hombre. Mientras tanto, lo mejor era someterse sin chistar. Y se sometieron.

Sin embargo, al disolverse la reunión y marchar cada cual por su lado, surgieron los pareceres.

—El Granaíno ha debido de meterle el puño en el estómago, ¿no te parece?

—Es que el Pinto es un blando.

—Es que el otro es una fiera...

—¿Sabes lo que te digo? Pues que me parece que se nos ha caído el chaleco.

* * *

Al día siguiente entraba el Granaíno en una taberna del paseo de las Delicias, acompañado de otros dos de la banda. Era la hora en que la gente, después de haber almorzado, apuraba los últimos tragos o terminaba las partidas antes de reanudar la faena.

Del primer golpe de vista distinguió en la mesa del fondo a unos individuos que jugaban al mus. Se acercó al mostrador y pidió:

—Tres cañas de vino para aquellos tres señores...

El mozo llenó los vasos y, colocándolos sobre una bandeja, se dirigió hacia los que jugaban. Detrás iban los golfos con su lección bien aprendida.

Los jugadores, enfrascados en sus apuestas, no se dieron cuenta de la maniobra hasta que el mozo les colocó sobre la mesa los vasos de vino, cada uno delante de su destinatario. Cada golfo también se había situado a la espalda de uno de los jugadores. Éstos quedaron sorprendidos y los tres iban a formular la misma pregunta, cuando sonó la voz del Granaíno:

—Convido yo.

Al reconocerle no supieron qué actitud tomar. Los tres quedaron sobrecogidos, presintiendo que algo desagradable estaba a punto de ocurrir. Se miraron y cada uno pudo ver que los tres tenían miedo... El Granaíno lucía, como adorno de su cara morena, la cruel sonrisa blanca de sus dientes.

—Llevo duples con treinta y una —dijo con sorna.

Entonces uno de los jugadores dijo estúpidamente.

—Si es Pepe, Pepillo...

Los tres quisieron sonreír, pero la voz del Granaíno paralizó la mueca.

—Vamos, que tengo prisa.

Los tres cogieron los vasitos e hicieron un leve gesto de brindis. Cuando cerraron los ojos para beber, un golpe les hirió los labios y les vertió el líquido por la cara. Los golfos, a una, habían recitado su lección.

Hubo un momento de expectación, de terrible angustia. Los ofendidos se miraron instintivamente para tomar una decisión rápida, pero se descorazonaron. Uno, no obstante, se quiso levantar, pero una fuerte presión que sintió sobre los hombros le hizo desistir. El que estaba delante del Granaíno temblaba, friolento, y dirigió a sus amigos una mirada estólida y vacía.

Todas las miradas convergieron allí. El silencio era asfixiante y todo aparecía inmóvil como en una fotografía. Entonces el Granaíno, aprovechándose hábilmente del colapso general, terminó la acción rápidamente. Sólo dijo:

—Cada uno juega una vez. Ahora me ha tocado a mí.

A una señal se le unieron sus dos hombres. Lanzó un duro sobre el mostrador y se dirigió a la puerta. Su audacia y su gesto habían paralizado de estupor no sólo a sus víctimas, sino a todos los circunstantes, y le dejaron marchar impunemente. Cuando el último de los golfos cerró la puerta tras de sí, aún no se oía en la taberna más que el contenido aleteo de las respiraciones.

La venganza había sido para él lo primero. Adentro quedaban, públicamente afrentados, los mecánicos que tan bárbaramente le apalearon y que luego le persiguieron hasta arrastrarle al peligroso camino por donde se deslizaba su vida desesperadamente. Y sintió un salvaje y desenfrenado gozo al pensar que él, y muchos otros como él, quedaban cumplidamente vengados.

* * *



Madrid. Barrio de las afueras.
[Foto de Alfonso]



Madrid. Asilo de los Desamparados de Porta-Coeli, en la calle de Atocha.
Allí los niños «golfos» aprendían un oficio. [Foto anónima]

Se empleó con actividad febril en la organización y disciplina de aquella banda de díscolos e irresponsables. Tuvo que imponerse por todos los procedimientos, incluso por la violencia. Desde entonces se hizo habitual en él encolerizarse súbitamente, como si sufriese una descarga eléctrica. Aquellas explosiones terribles, como accesos de trágica locura, sobrecogían el ánimo más templado. Dominaba con su furia, con su mirada taladrante, con sus expresiones ásperas. No admitía réplica. Castigaba las debilidades, y en cualquier momento ponía en la partida su propia integridad física.

—¡Está loco! —decían.

Pero le obedecían, aterrorizados. Él solía decir:

—Al que no entre por las buenas, lo meto yo en cintura a latigazos.

Y desde entonces también aprendió a mirar con sorna, con profundo desprecio, y a reír como si abofetease.

Los golfos comprendían que así todo marchaba mejor. Por aquellos días realizaban suculentas operaciones y hubo repartos de importancia. Hubo trabajo para todos, y el nuevo jefe no se contentaba con mandar, sino que era siempre el que realizaba el trabajo más difícil y peligroso. Cuando había que dar la cara, era el Granaíno el que se enfrentaba con quien fuese. A partir de entonces, toda el área de Legazpi vivió un recrudecimiento de la pequeña delincuencia, pese a la mayor vigilancia de los agentes de la fuerza pública. Y es que por primera vez había cogido cartas en aquel juego una aguda inteligencia.

Los hombres de la pandilla no hacían más que preguntarse:

—Y ¿qué va a pasar aquí cuando vuelva el Chato?

** * **

Lo recibió en el mismo bar en que se conocieran.

—¡Hola, Chato!

—¡Hola!

El consabido convite. El Chato bebió cazalla. El Granaíno, café. Luego, un largo silencio. Cada uno estaba al tanto de las intenciones del otro. Las palabras, necesariamente, habrían de ser pocas.

—¿Cuándo te vuelves para Barcelona?

El Chato no contestó.

—Aquí todo marcha mejor desde que te fuiste.

—Pero la panda es mía.

—Era.

—Ya sabía que tarde o temprano me harías la trastada...

—Eso traen siempre las mujeres.

—Valía la pena.

—Eso tú lo sabrás.

—Valía la pena, te digo.

—Peor para ti.

—¿Y si no me voy?

—En el puente del ferrocarril te espero esta noche, a las doce. Allí podremos discutir a solas esta cuestión.

El Chato lo sabía todo. Le habían contado los métodos que empleaba el mozo. Se había informado bien. Estaba loco y no se podía con él. Por eso se calló.

El Granaíno sacó unos billetes y se los dio.

—Para el viaje —dijo—. Es por el billete de cinco duros que me diste...

Habían hablado en voz baja, casi sin mirarse, como si estuvieran cambiando palabras de aburrimiento. El Chato cogió sus billetes.

—Estaba ya sin blanca.

—Es natural.

Se marchó sin despedirse. El Granaíno se volvió de espaldas; pero de reojo, y a través de un ventanal, pudo ver cómo su vencido adversario hacía un vago gesto de despedida a algunos hombres de la banda que habían estado aguardando allí, impacientes y asustados, el resultado de la entrevista entre los dos jefes. Temieron una decisión trágica; pero al ver al Chato salir con las orejas gachas, le volvieron la espalda y se aproximaron a los cristales de la ventana para ofrecer pleitesía al vencedor. Pero éste, que adivinaba lo que iba a suceder, no se volvió para recoger su canino homenaje, sino que siguió mirando hacia la anaquelaría, como si hubiera sentido un repentino interés por contar las botellas y leer sus rótulos.

El Chato pudo tornar o no a Barcelona, pero lo cierto es que no apareció más por aquellos contornos, ni su nombre volvió a sonar nunca delante del Granaíno.

* * *

—Ahora ya lo sabes todo...

Ahora es cuando ella creía conocerle. Había visto por primera vez su verdadero retrato, revelado por una luz cruda y palpitante. Le pareció un hombre extraordinario que, a la vez, le inspiraba miedo y admiración, ternura y lástima. Le creía capaz de todo: de lo bueno y de lo malo, peor y mejor que ningún otro hombre.

Mercedes dejó de mirarle y cerró los ojos como para librarse de aquella atracción irresistible. Él habló de nuevo:

—Nadie más que tú lo sabe.

La muchacha asintió con un gesto.

—No he hecho más que defenderme y he luchado de la única manera posible...

Ella había comprendido el odio de aquel hombre contra todo y contra todos. Pero era peligroso. Sucumbiría.

—Pero no debes seguir esa vida, Pepe. Tienes que trabajar.

—¿Trabajar?

Y el mozo saltó como si le hubiesen pinchado.

Su rostro acusó de nuevo aquella tensión de músculos, y sus ojos brillaron con la luz siniestra de sus momentos de furor.

—Ya trabajo. Robo. Soy un ladrón. También los demás son ladrones. Claro que yo doy la cara, y ellos, no. Ésa es la diferencia. ¿Tú crees que no te roban el boticario, y el tendero, y el médico, y la Compañía de la luz? Tú tienes que pagar el cine de Fulano, sostener la querida de Mengano, sufragar el coche del uno y el hermoso piso del otro. Por eso tienes que pagar por las cosas mucho más de lo que valen. ¿Y qué es eso? Robar. Todo el que va a vender o comprar algo lo hace con la intención de engañar al otro, es decir, con la intención de robarle. Simplemente: quieres tomar café y te dan cebada, quieres tomar leche y te dan agua. ¿Lo ves? Yo no quiero dejarme robar mansamente. Prefiero ser yo el ladrón. Yo tengo derecho a vivir. Quiero casarme...

Su voz, que había ido creciendo como un redoble de tambor, se quebró de pronto, enronquecida. El chorro de sus palabras se agotó en un postrer borbotón. Miraba a la muchacha desesperadamente.

Mercedes, sobrecogida por aquella furiosa defensa, recibió sus últimas palabras como una revelación.

—¿Que quieres casarte?

—Pues claro. ¿Para qué, si no, te estoy contando estas cosas?

A la pobre muchacha la ahogaba la sangre. El consejo de su amiga: «Nada hay más hermoso ni tranquilo para la mujer como el matrimonio, aunque el marido sea malo...», cruzó por su mente como un relámpago.

—Pues si es por eso, no te preocupes. Yo con poco me contento. Muchas parejas se casan sin más riqueza que un jornal. Nosotros podemos hacer lo mismo, Pepe.

Mercedes dio a sus palabras el acento más tierno y acariciador. Aquella amorosa renuncia debía reblandecer la voluntad indómita del hombre, apartándole de sus arriesgados propósitos. Todo el hechizo femenino de paz, de remanso, de lasitud, le envolvía como enervante perfume. Era una invitación irresistible a tirar las armas y abandonar la lucha. Pero el Granaíno estaba hecho de una fibra incorruptible, impermeable a la seducción y a la voluptuosidad. Y su voluntad era sorda y ciega, despiadada, incontenible.

Ambos se miraron a los ojos. Ella, con esa desnudez y esa súplica de quien acaba de entregar las últimas defensas y lo espera todo del vencedor a cuya voluntad se somete. Él, por el contrario, con el reproche y el desprecio al comprobar una mezquina cobardía en quien debiera compartir sus mismos sentimientos. Ella era cobarde, sí. Y el Granaíno sintió un acceso de aquella ira tremenda que le convulsionaba. A duras penas pudo dominarse. Desvió los ojos de la mujer. Su rostro ahora, de perfil, parecía un hacha.

—Eso decís todas, pero luego no es así.

Mercedes le cogió una mano.

—¡Pepe! —exclamó con vehemencia.

Pero él desoyó su patética llamada. Con una mano le señaló la ciudad que empezaba a salpicarse de luces.

—¡Mira!

Era el botín de los que triunfan. Con sus placeres, con sus riquezas... La imaginación del Granaíno chisporroteaba como una tea ante aquella visión turbadora. Una oscura y desconocida voz le cantaba la obsesionante letanía de las venturas y los goces que la ciudad encerraba. Cuando, como en aquel momento, pensaba que todo lo bueno de la vida estaba allí, al alcance de su mano, la codicia y la ambición le enloquecían. Todo su ser trasudaba deseo, un deseo frenético de posesión. Y temblaba y gemía.

Se levantó como si quisiera dominar mejor la codiciada presa. Como un conquistador que contempla la plaza sitiada y a punto de caer.

—¡Mírala bien! Ahí están los buenos pisos, ahí están las hermosas telas, los coches, las cuentas corrientes, los teatros... ¡Ahí es donde se vive de verdad!

Los latidos de la tarde eran débiles ya, de agonía. El aire de las montañas corría como un leve escalofrío. Y el mozo permanecía erguido y extático y en silencio, como uno de los ángeles rebeldes. Su sueño y su ambición era el de otros muchos seres que en los suburbios de todas las grandes ciudades del mundo sufren la misma fascinación de las riquezas y el mismo deseo de poseerlas, más atormentador aún que la sed y el hambre. La ciudad invita a todos a su goce, como una cortesana, y es difícil resistirse a su llamada, sobre todo si se tienen un corazón ardiente y un coraje imbatible. «¿Por qué, por qué no ha de ser mía?», se dicen todos ellos. Y la merodean con ojos ávidos, prontos a saltar sobre ella como tigres, aun a trueque de la propia vida. Cada día, cada hora, llegan nuevos hombres y mujeres dispuestos a su conquista. Unos triunfan; otros caen, y muchos permanecen tiempo y tiempo al acecho con los dientes rechinantes. Nada les importa, ni siquiera saber que casi siempre aguarda un destino trágico a quienes, no teniendo nada, lo pretenden todo de golpe, en una jugada de suerte y de osadía.

Mercedes se levantó también y permaneció unos minutos contemplando el panorama de la ciudad, que a ella no le inspiraba sino temor y deseos de huir. En aquel momento hubiera querido esconder su vida y su felicidad muy lejos de allí, en cualquier rincón apartado de la tierra donde no alcanzase el estruendo procaz de calles y plazas. Se acordó de su niñez y del sitio aquel, en medio del campo, donde viera florecer el amor solitario de sus padres. ¡Oh, la casita del guardabarrera, como una isla en un mar de olivares! La breve y relampagueante evocación le atrajo un aflujo de pena honda y sensual, como la de las tristes canciones de su padre.

—Vamos —dijo al fin al Granaíno, estremeciéndose.

El hombre casi no la oyó, abstraído en sus pensamientos, pero ella insistió:

—Se ha levantado fresco y es muy tarde, Pepe.

Y le cogió de un brazo. Él volvió en sí suspirando, como si despertara de un hermoso sueño. Empezaron a andar lentamente, mudos los dos. Él, además, todavía rígido, bajo los últimos efectos de la hipnosis recién padecida. Poco a poco la nerviosa presión de la mano de la muchacha fue relajando la dureza de sus músculos y la erizada sensibilidad de sus nervios. La miró. Los grandes ojos de ella eran dos silenciosos anhelos y una sola llamada sin voz desde todos los rincones misteriosos de su ser. Ella esperaba con sumisión, con humildad, con idolatría... La atrajo hacia sí y la besó. Grandes sombras corrían ya hacia Levante, oscureciéndolo todo...

Mercedes sintió por primera vez en su vida la turbación profunda del beso. Fue un beso de amor, lento, estremecido, cerrando los ojos... El cuerpo, ausente; el alma, desfallecida. Algo como morir desangrado. Ella no hubiera podido explicar nunca dónde había estado ni qué había sido de su vida en aquel momento. Cuando tornó a ver, el hombre le pareció más hermoso que nunca. Y no pudo distinguir si era él o el suave viento quien olía a madera tierna.

Siguieron bajando por los desmontes, cogidos a la cintura; pero antes de llegar a la carretera, el Granaíno le habló con una voz nueva y extraña:

—Puedes vivir tranquila. Pronto tomaré otro rumbo, pero antes quiero realizar un buen negocio que me dé dinero suficiente para poder organizar una nueva vida. ¡Un buen golpe tan sólo! Después ya verás qué bien nos irán las cosas...

—Me da miedo, Pepe. Temo que te pueda ocurrir algo malo. No sé, pero todos los asuntos como los que tú te traes entre manos acaban mal...

Él le pasó la mano por los cabellos, como para ahuyentar todos sus negros presagios.

—No lo creas. Cuando se juega fuerte, todo sale bien. Desde luego, ya estoy harto de todas estas raterías, que no solucionan nada y que comprometen demasiado. Hay que estar jugándose el tipo constantemente para nada. No. Lo que yo deseo es otra cosa. Desde que llegué a Madrid he ambicionado tener un camión mío, grande, como esos que ves pasar por la carretera camino del mercado... Lo conduciría yo. Pronto sería el transportista más fuerte. Entonces llegarían los millones. Todos los transportistas se hacen millonarios y todos empezaron sin nada, como yo...

Eso de los camiones le sonó mejor a Mercedes. Efectivamente, ella había oído hablar de gentes que vinieron del pueblo con las manos vacías y que en poco tiempo lograron ser dueños de hermosos vehículos. Primero, un carro de trapero y un burro; después, un volquete con una mula; por fin, un viejo camión, renqueante y estrepitoso. Esto era el comienzo. Pronto el viejo carricoche, aquejado de perennes calambres y ronquidos, era reemplazado por un poderoso camión moderno, al que en seguida se agregaba otro, y un tercero, y otro, y otro...

—Esto me parece estupendo. He oído hablar de un transportista que, después de haber ahorrado unos cuantos millones en muy pocos años, aún sigue sin saber leer ni escribir. No debe de ser, pues, muy difícil ganar dinero de esa manera. Ese fulano de que te hablo firma con el dedo. El señor Antonio dice de él que es un bestia, pero que

nació con signo positivo. Yo no sé lo que quiere decir con esto, pero lo cierto es que tiene una fortuna sin saber nada de nada. Tú también puedes ser uno de éstos, más que cualquiera de éstos. Eres listo, joven y valiente...

—Y me quieres, ¿no?

—Mucho.

Pero a Mercedes le quedaba aún un último temor, que seguía mordiscándole allá dentro, como una polilla.

—Pero ese golpe de que me hablas, Pepe... ¿No irá a ser una locura?

Él se encogió de hombros.

—No lo tengo redondeado aún. Pero confía en mí. Yo tengo un arma con la que se triunfa siempre.

—¿Qué arma? —preguntó ella, muy alarmada.

El Granaíno se dio un leve golpe en la frente.

—Cerebro, nena, cerebro.

Mercedes suspiró aliviada, pero sin haber entendido claramente.

—Cerebro —repitió él—. Lo descubrí sin darme cuenta una vez que yo mismo me preguntaba: «¿Por qué unos mandan y otros obedecen?». Todos los hombres somos, poco más o menos, iguales. Todos tenemos las mismas cosas, ¿no te parece? Sin embargo, unos ganan siempre en la vida y otros pierden. ¿Por qué? Pues porque unos tienen más inteligencia que los otros. Es decir, cerebro. Yo lo tengo. De eso no te quepa duda. Cuando llegué a la cuadrilla del Chato vi en seguida lo que cada uno de ellos era capaz de dar de sí. Y yo me dije: «Aquí el más listo soy yo». Y al primer descuido me hice el amo. El Chato era un zorro, y entre los demás los había más fuertes y acaso más valientes que yo. Pero ninguno sabía discurrir. Les jugué con sus mismas cartas y les gané. Para quitarle el mando al Pinto me bastó con un puñetazo en la boca del estómago antes de pronunciar una sola palabra y después meterme la mano en el bolsillo, como si fuera a sacar una herramienta.^[46] Yo sabía que el Pinto era un vicioso de mujeres, y los hombres viciosos de mujeres no valen para nada. ¿Iba yo a consentir que me mandase ese tipo? Ahora él me obedece a ciegas y obliga a los demás a que hagan lo mismo.

Miró a la mujer para comprobar el efecto que en ella hacían sus palabras. Mercedes le miraba con visible admiración. Él prosiguió:

—Yo pienso tanto, que a veces me parece que me cruje la cabeza, que se me van a saltar los sesos, y acaba doliéndome. Ni durmiendo me deja en paz. Los demás no piensan y duermen mucho. No saben más que emborracharse, perseguir a las mujeres y ponerse luego blandos con ellas. Casi todo el mundo es así. ¿Quién va a poder más: esa reata de viciosos o yo?

El Granaíno se había exaltado otra vez. Más que tratar de convencer a la muchacha, se escuchaba a sí mismo, enardeciéndose. Era quizá la única ocasión que se le había presentado en su vida de dar suelta a un enjambre de pensamientos que le devoraban en sus largos soliloquios. Eran unos abejorros que zumbaban dentro de su

cabeza, de día y de noche, dando vueltas y más vueltas hasta marearlo. Así, después de hablar, sintió un gran placer físico, como a quien acaban de extraerle unas espinas atormentadoras. Y, a la vez, un soplo de orgullo le estremeció, recorriéndole todo el cuerpo.

Mercedes había escuchado, prendida del brillo de sus ojos y de la arrogancia que exhalaba toda su persona. Entendía a medias lo que le iba diciendo, pero su sensibilidad vibraba bajo la influencia de aquella corriente eléctrica.

—¿Quién crees tú que va a poder más? —repitió él.

—¡Tú, Pepe, tú! —respondió ella temblando, emocionada.

—¿Ves cómo no debes tener ya miedo?

—Y no lo tengo.

—Así me gusta.

Era plena noche ya. Los dos habían quedado en ese trance en que se acaban las palabras. Momento peligroso que ella presintió. Entonces Mercedes cogió el brazo del hombre, invitándole a andar. Dieron unos pasos en silencio. Luego, ella le preguntó:

—¿Me esperarás todos los días?

—Sí.

—¿No volverá a pasar lo de antes?

—No. Me has ganado la partida... Pero has de saber una cosa: no esperes que yo sea blando como los demás. El Granaíno no ha ido nunca como un baboso detrás de las mujeres. No trates de coquetear conmigo ni de hacer el tonto. Si alguna vez falto a la cita, será porque el trabajo no me permite acudir... ¿Estamos?

—¿No has tenido otras novias, Pepe?

—No.

Se despidieron al borde de la carretera. Mercedes cruzó sola. Cuando llegó a la otra orilla, se volvió para saludarle. En ese momento la iluminaron los focos de un enorme camión trepidante, quebrado por una alta joroba negra. La muchacha quedó en medio del haz de luz, fuera de la realidad de la tierra y de la noche. Aquel rápido fognazo tatuó su imagen a fuego en el alma del Granaíno.

Se interpuso la sombra de la alta joroba del camión y, cuando hubo pasado, el golfo ya no pudo ver a la muchacha. Y le pareció que se la habían arrebatado los rayos de luz como a una mariposa.

IV

Soplaba un viento de color de nube. Y llovía, llovía incesantemente un agua pulverizada. Aquella mañana primaveral fueron pocas las busconas que acudieron a la husma en el vertedero. La mansa lluvia calaba los gruesos chaquetones remendados, y las mujeres se dieron mucha prisa en acabar la tarea. A la hora escasa de trabajo comenzó el desfile en desbandada. Volvían con un lastimoso aspecto, manchada cara y manos con el negro barrillo de las escorias, desgredadas las pelambres, con mechones pegados a las mejillas y a las frentes. El viento las empujaba ciñéndoles los andrajos. Marchaban con las espaldas curvadas bajo el peso de los sacos, con la cabeza caída, con paso inseguro...

El vertedero se fue quedando poco a poco abandonado. Al desaparecer las gigantescas hormigas que eran las mujeres de la busca, su rugosa costra se quedó quieta. Seguía lloviendo, y desde lo alto del gran talud resbalaban arroyuelos delgados de aguas negras y pringosas, como un llanto de vejez y de muerte. Brillaban las escorias y el rudo vendaval se llevaba todos los ruidos.

Sin embargo, a la mitad del declive quedaba Crucita, que seguía hurgando con su garfio de hierro entre los desperdicios, como una minera que rastrearía una rica veta de mineral. De vez en vez cogía un trozo de carbón o de vidrio, o un hueso, y los echaba en el saco. Parecía no sentir ni la lluvia ni el viento. Trabajaba de rodillas y en ocasiones se tendía cuan larga era, dejando al aire sus blancos muslos, carnosos y suaves.

Crucita no se creía tan sola en el vertedero. Animada por un deseo de acabar pronto, se había entregado con sus cinco sentidos al trabajo, desentendiéndose totalmente de las demás busconas. Como el fuerte viento se llevaba las voces y los gritos de las mujeres, no se dio cuenta de su marcha. Algunas la llamaron antes de partir, pero ella no las oyó.

Se afanaba en llenar completamente el saco. No pensaba en otra cosa ni deseaba entonces nada más que eso. En realidad se le estaba dando bien la mañana, porque había encontrado unos cubiertos de metal y un ovillo de hilo de cobre. Mentalmente calculó lo que le daría por todo ello Kilobilletes, el traperero. Se lo imaginaba sonriendo con su gran boca de oro y echando mano a la cartera... De aquella imagen, su mente saltó a la del impermeable que se quería comprar. Era precioso. Lo contemplaba muchos días en el escaparate de una tienda del paseo de las Delicias. Siempre temía no encontrarlo ya sobre el maniquí, por si alguna otra se le hubiera anticipado y no existiera ningún otro ejemplar. Al verlo le parecía que la prenda le sonriera amistosamente y tendiese hacia ella sus brazos. Crucita permanecía un buen rato embobada mirándolo y luego seguía su camino, no sin antes despedirse con una mirada que era una ardiente promesa de volver pronto por él. ¿Cuánto le darían por

los cubiertos de metal y por el cobre? Y mientras en su imaginación bullían tales pensamientos y preguntas, sus manos seguían mecánicamente tacteando las basuras y apartando con certero instinto lo útil y cotizabile de lo inservible y sin valor alguno.

Por la cuesta del vertedero apareció un hombre. Desde la altura dejó resbalar su mirada por toda la vertiente como buscando algo. Frunció las cejas para aguzar la vista, hasta que un movimiento de Crucita poniéndose de rodillas la hizo destacarse netamente sobre la curva de la superficie. El hombre desarrugó la frente y sonrió complacido. Aquello era, sin duda, lo que buscaba. Sus ojos furtivos se encandilaron con una súbita llamarada. El viento, que le izaba los lacios cabellos, le aplastó un mechón contra la frente. Él, entonces, se lo echó hacia atrás con un brusco movimiento de la mano y empezó a descender por el talud. La sonrisa se trocó en una mueca concupiscente. Aquel hombre era el Pinto.

Era ágil y cauteloso como un gato. Así, en vez de dirigirse derechamente al sitio donde se hallaba la chica marchando de frente a ella, dio un rodeo para poder acercársele por la espalda. Crucita no había percibido nada: ni la presencia del hombre ni el rumor de los pasos que subían hasta ella.

El Pinto logró llegar totalmente inadvertido hasta colocarse de rodillas junto a la muchacha. Entonces dejó oír su voz:

—¡Hola, nena!

Crucita se sobresaltó. Como el viento arrebatava y confundía todos los sonidos, su primer movimiento fue mirar hacia su frente, buscando el origen de aquella voz que le hacía estremecerse de disgusto.

—No te asustes. Soy yo, el Pinto.

Crucita se volvió rápidamente hacia el hombre. Al verlo tan cerca de sí, se echó hacia atrás todo lo que pudo. Era un primer impulso de defensa. Su manso rostro se cubrió de hosquedad.

—¿Qué vienes buscando tú aquí? ¿Se puede saber?

El Pinto sonreía viciosamente.

—Verte, preciosa. Ya sabes que me gustas.

La muchacha empezaba a recobrar la tranquilidad.

—¿Que te gusto? ¡Huum! Pues tú a mí, ni pizca. Ya lo sabes también. Conque lo mejor será que te largues...

—¿No quieres que te ayude siquiera, mujer?

—¿Ayudarme? Vamos, anda. Si tú no tienes idea de lo que es trabajar...

Los ojos del Pinto relampaguearon y la muchacha creyó que aquel desprecio bastaría para inflamarle de indignación y hacerle desistir de sus galantes propósitos. Volvió la espalda al hombre y se estiró para recoger su saco, con el propósito de dar por terminada su tarea y volverse a casa. Pero aquel movimiento dejó al aire sus blancos muslos.

Para el Pinto, aquella visión de blancas carnes íntimas fue como un chispazo que prendió toda la explosiva concupiscencia de sus sentidos. Era una fruta tentadora al

alcance de su mano. Se lanzó ciegamente a cogerla al tiempo que le decía con voz enronquecida:

—Te he dicho que me gustas mucho. ¡Mucho!

Crucita se volvió como si le hubiesen aplicado una brasa sobre la carne.

—¡Suelta, asqueroso!

Pero se quedó espantada al ver la mueca del Pinto. Entonces giró su mirada a todo el rededor buscando ayuda, mas se dio cuenta de que estaba sola, a merced de aquel desvergonzado. Dio un grito.

—Es inútil. No te oírás nadie porque estamos solos.

Se miraron un segundo frente a frente. Estaban pálidos, tremantes: ella, de indignación y de miedo; él, de deseo. De los cabellos, enmadejados por la lluvia, les caían a ambos gotas de agua sobre los rostros.

—De hoy no pasa —rugió el Pinto entre los labios temblones, y se abalanzó sobre la muchacha.

Crucita apretó las piernas espasmódicamente y lanzó sus puños contra la virolosa^[47] cara del atacante. Fue un golpe rudo que hizo brotar la sangre de la nariz magullada del hombre. Pero éste no se quejó ni retrocedió un milímetro. Habiendo apoyado las dos manos en el suelo, parecía un animal rabioso disponiéndose a morder. La sangre le bajó a los labios y la sorbió con cierta avidez morbosa. Fue quizá el calor y el gusto de su propia sangre lo que acabó de enloquecerle.

La muchacha aún llamó inútilmente a su madre. Luego, su boca, enmudecida y jadeante, fue un arma, la más eficaz, para defenderse. Mordía furiosamente la carne y la ropa de su enemigo. El jayán bramaba sordamente y acrecía la violencia del ataque. Trataba de abrazar a la chica, pero ésta se oponía a su intento braceando y pataleando. Era una lucha feroz, un terrible forcejeo casi homicida. Impulsados por las sacudidas de los cuerpos en lucha, rodaban las escorias y los escombros... El aire huracanado seguía deshaciendo todos los ruidos y la lluvia caía con más fuerza que en toda la mañana.

Por fin pudo el Pinto sujetar a Crucita por la garganta, aplastando su cabeza contra el negro barrizal. Ella abrió mucho los ojos, horrorizada.

—¿Te dejas o no?

Era capaz de matarla. La pregunta hecha con los ojos desorbitados y con voz de estertor, era, en realidad, una alternativa entre la vida o la muerte. Una sombra trágica y asesina oscurecía ya la mente de aquel hombre. Ella lo sabía, pero su obstinación era más fuerte. En el fondo, temía más los instintos desatados de aquella bestia que la misma muerte. Como no podía gritarle, reunió toda la fuerza que le quedaba para mover negativamente la cabeza.

El Pinto desesperado, frenético, no se hubiera detenido ya ante el crimen. Pero no pudo decidirlo. Una mano, dura como un garfio de hierro, tiró de él hacia atrás, obligándole a soltar su presa. Cayó de espaldas. Entonces es cuando vio sobre sí, en forma invertida, los ojos turbios, la nariz aplastada y la enorme boca de dientes

dispares de la Mellada.

La Mellada se había quedado también en el vertedero husmeando en un pequeño tajo que se abría entre dos montones de escombros. Un apagado grito de mujer, que el viento arrastraba por encima de su cabeza, puso alerta sus agudos sentidos. Abandonó el saco y el hierro y trepó hasta el borde de la zanja. Entonces vio el grupo que formaban el Pinto y Crucita luchando a brazo partido. No los reconoció al punto, pero presintió que algo terrible debía de estar sucediendo allí. Reptando trabajosamente con su rota cadera a rastras, pudo, no obstante, llegar en el momento crítico. Al reconocer al hombre, su primera palabra fue una exclamación de asombro:

—¡Pinto!

Y por su rostro, siempre sombrío y pétreo, cruzó un fulgor humano, fugaz como un rayo de luz entre dos nubes.

El Pinto quiso incorporarse, pero la Mellada se lo impidió engarfiándole de nuevo por los hombros y manteniéndole echado de espaldas al suelo. El rostro de la Mellada había recuperado su habitual color gris. Sólo sus ojos vivían en él, reluciendo como dos gotas de estaño. Su horrible boca se abrió. Le temblaba el belfo como a una yegua encelada. Y exclamó con acento de hambre:

—¡Pinto!

El Pinto vio que los fulgentes ojuelos y que los colgantes labios bajaban hacia él e intentó de nuevo levantarse, pero las manos de la mujer eran como garras de tigresa.

Crucita, entre tanto, cogía apresuradamente el saco de la busca y se lo echaba al hombro. Había presenciado, atónita, toda la escena. Al principio no se pudo dar cuenta exacta de lo que sucedía, obnubilada por el desmayo de todas sus facultades en la tremenda lucha. Cuando, pasados unos segundos, la desaparición de la opresión y del peligro le permitieron recobrar la conciencia, lo primero que vio fue al Pinto sujeto contra el suelo por las duras manos de la Mellada. Sintió un profundo gozo al ver caído a su adversario, y miró con agradecimiento a su oportuna liberadora. Pero inmediatamente estas primeras sensaciones claras se enturbiaron por el estupor que le produjo la inesperada actitud de la Mellada. Un nuevo miedo se apoderó de ella, un miedo y un asco escalofriante. La acució un loco pavor. Pero en medio de su pánico y de su aturdimiento tuvo, no obstante, un rayo de lucidez para acordarse del saco que contenía el fruto de su trabajo de aquella mañana.

Su última visión fue la de los cuerpos enlazados de la Mellada y el Pinto que rodaban por la pendiente. Más rabiosas cada vez, se oían las exclamaciones del Pinto:

—¡Perra! ¡Perra!

De tan ciegamente como corría cuesta abajo, Crucita cayó varias veces al suelo, magullándose e hiriéndose. Pero su mismo miedo la hacía levantarse rápidamente y continuar corriendo, sin sentir dolor alguno. El agua seguía cayendo con intensidad y por la vertiente se desflecaba el cendal de la lluvia en incontables chorreras. Y el viento aguacero del oeste seguía empujando nubes y más nubes por el bajo y torvo cielo de la mañana.

Crucita llegó a su casa exhausta y jadeante. Dejó caer al suelo el saco de la busca y se sentó en un taburete, quedándose con la vista fija en el hornillo encendido donde su madre trajinaba con los guisotes. Miraba como transida de un inmenso asombro.

Su madre intentó reñirla por haberse entretenido tanto en el vertedero en una mañana tan desapacible. Vio que estaba empapada y sucia de barro toda ella. Sospechó que algo grave le ocurría.

—¿Qué te pasa Crucita? —le preguntó, temiendo que hubiese cogido una pulmonía o se hubiera producido algún grave trastorno al caerse.

Crucita ni se movía siquiera. Entonces la madre, atemorizada por aquel silencio que nada bueno presagiaba, la sacudió suavemente por un hombro, al tiempo de gritarle:

—Pero ¿no has oído, chica? ¿Te pasa algo? Di...

Crucita pareció volver en sí. Se quedó primeramente mirando a su madre como alelada, y luego rompió a reír. Era una risa nerviosa, convulsiva, que crecía en oleadas cada vez más fuertes, con peligro de que se le saltasen los nervios y se le rompiesen las venas. Se sujetaba el vientre con las manos. Quiso ponerse en pie y no pudo. Tanta risa agolpándose en su garganta acabó por hacerle daño. Sus pulmones, oprimidos por el espasmo, ya no podían aspirar aire alguno. Y así la risa tuvo que ir decreciendo por falta de fuerzas y exceso de dolor en su organismo. Lentamente se fue apagando el estruendo de las carcajadas hasta terminar en un lamento, en un débil quejido. Por fin, y tras un hondo suspiro que llenó de aire los pulmones, se deshizo en llanto su terrible congoja.

Su madre continuaba mirándola paralizada, a su vez, de espanto. No sabía qué hacer ni qué pensar. Se acercó a la muchacha y, juntando su cara a la de ella, esperó a que se recobrase.

Aquella crisis de risa y llanto no fue sino la violenta reacción de su naturaleza para eliminar los tóxicos del miedo y de la angustia sufridos. Después, Crucita pudo contar a su madre la terrible aventura que había vivido y que concluyera con un epílogo tan sorprendente. Era el final de la historia lo que a Crucita impresionó más. Y ahora, pasado el peligro, casi olvidó su signo trágico para detenerse en su perfil cómico solamente. Y con la simplicidad bobalicona que la caracterizaba, terminó diciendo:

—Ya ve, madre, con la Mellada... ¡Con la Mellada!

Y volvió a temblar de risa.

La madre ya no escuchó más. Salió fuera con toda la rapidez que le permitía su viejo reuma. Se fue derecha al puesto de la madre de Magdalena, y allí contó a su modo lo que había oído de labios de Crucita. Tres o cuatro comadres la escuchaban. Su boca se abría y cerraba como un triturador. Y en el ánimo de todas prendió la sospecha de que en el vertedero acababa de consumarse un crimen. Necesariamente habría sucumbido uno de los dos: el Pinto o la Mellada. Tal vez los dos juntamente.

Llovía. Azotaba fuertemente el viento. Los pucheros hervían en los anafes. Los

chiquillos guarecidos en las chabolas, como fiercillas enjauladas, podrían provocar cualquier accidente desgraciado, incluso desatar una tragedia. Pero las comadres se olvidaron de todo.

Capitaneadas por la madre de Crucita, emprendieron el camino del vertedero. La madre de Magdalena no pudo vencer la tentación y dejó abandonado su tenderete. Marchaban todo lo aprisa que les era posible, queriendo cada una adelantarse a las demás para ser la primera en descubrir el cadáver o los cadáveres de los protagonistas.

A medio camino se tropezaron con la Mellada, que volvía. Andaba, como siempre, con su cadera a rastras, apoyando sobre ella el saco de la busca. Pasó junto a las comadres seria, hosca, con su mirada turbia y su rostro de cariátide. Las comadres la miraron en silencio, tratando vanamente de descubrir en ella un gesto o una huella que delatara su crimen. Ahora ya no les cabía duda de que la víctima era el Pinto. Pero era imposible descubrir nada anormal en aquella disforme y tétrica criatura. Ella, por su parte, prosiguió su camino impasible, tal vez sin verlas.

Las comadres no pudieron ya contenerse y echaron a correr. La madre de Crucita no podía seguir las y quedó rezagada. Cuando llegó al vertedero, ya lo habían recorrido sus compañeras en todas direcciones. En sus rostros advirtió el desencanto.

—¿Y qué? —les preguntó, no obstante.

Cuatro pares de ojos se clavaron en los suyos como agujas. Los labios de las cuatro bocas se recogieron con desdén y con rabia.

—¡Nada!

—¡Todo mentira!

—¡Crucita es una fantástica!

—¡Y tú, una idiota, por no conocerla!

La pobre mujer bajó la cabeza, abrumada. Sí, tal vez su hija estuviera loca.

Entonces se dieron cuenta de que llovía y de que el viento las abofeteaba. Entonces se acordaron de sus pucheros, de los chiquillos, de que el tenderete de verduras corría peligro de ser desvalijado. Y emprendieron el retorno chasqueadas, escarnecidas, maldiciendo interiormente su propia estupidez. ¡Mira que haberse creído aquel cuento! Porque no había sido más que un cuento.

Sin embargo, el cuento se metió, como el aire, por las rendijas de todas las chabolas del barrio. Todo el mundo lo oyó y lo contó, y tachó a Crucita de embustera y de fantástica.

—¡Esto es lo que Crucita hubiese querido!

—¡Si está loca por el Pinto!

Pero Crucita, desde aquel día, cada vez que oía contar la historia de alguna mujer burlada, repetía:

—Lo que es como una no quiera...

Y reía como la luna.^[48]

Era sábado y Antonio no quiso ir al mercado de frutas aquella mañana. ¡Allá se las compusiera como pudiese su ex compañero Ronquillo! No quiso ir porque, al trasponer la puerta de su chabola, se tropezó con la primavera.

La primavera se había venido acercando poco a poco, insensiblemente, deslizándose entre nubes y vientos. Había sido un prolongado anuncio, largamente tímido, sutil como un desvaído perfume... Fue como el sonar de un lejano cascabeleo, que no se sabe por dónde viene y que, de cuando en cuando, enmudece en las hondonadas y en las revueltas de un ignorado camino. Cuando se cree que ha cesado, irrumpe de nuevo con su alegre y creciente tintineo. Y cuando se espera que este rápido crescendo estalle en jubilosa aparición, se desvanece, como un suspiro, en los brazos del viento. Pero una vez tras el último recodo, brota ya como una gozosa sinfonía que avanza hacia nosotros, que nos envuelve como una ola, que se esparce por todos los ámbitos y se repite, con incontables ecos, en los infinitos latidos de la vida. Por eso, la llegada de la primavera siempre nos conmueve, nos turba y nos exalta.

El cielo brillaba, la temperatura era tibia y el aire estaba transido de una misteriosa emoción germinal. Pero no eran estos detalles los que dieron a Antonio la sensación exacta de la primavera. No fue una impresión, sino una visión. Él vio a la primavera como una doncellez recientemente púber; en aquel arbolito escuálido que acababa de abrir sus yemas. En las puntas de sus dos únicas ramitas habían brotado unas hojas diminutas, tiernas, con un leve rubor de clorofila. El día anterior aún estaban cerradas como promesas. ¡Ya eran una realidad!

El arbolito crecía delante de la puerta de la chabola de Andrea la Marquesona. La pobre mujer, que seguía viviendo su delirio de encontrar un pisito con baño —¡que tuviera al menos retrete, señor!—, pretendió consolarse en la espera viendo un árbol que adornase la entrada de su morada y le regalase su sombra en verano. Con él y con las macetas se rodeaba de un pequeño mundo de ilusión, que la defendía de la sórdida realidad circundante.

* * *

Lo plantó su marido, de noche. A la mañana siguiente constituyó la sorpresa de todos y fue el motivo más sobresaliente de murmuración entre sus convecinos. Los hombres no le dieron gran importancia. Muchos se encogieron de hombros, como ante algo incomprensible. Otros se rieron. Sólo Antonio se conmovió. Sin embargo, las mujeres acogieron la innovación aquella como una audacia, un reto.

—Es una fantasiosa.

—Ya. No tiene más que sueños de grandeza.

Y una vieja alcohólica, que fumaba tabaco de colillas, escupió:

—¡Valiente tía!

—Y que lo digas. Por mucho que presuma, se joroba y tiene que vivir aquí, con nosotras, hecha una desgraciá.

Nadie supo quién fue el autor del crimen, porque fue un verdadero asesinato. Al cabo de unos días, el arbolito amaneció tronchado. Lo habían matado con furia, con un odio inmenso, con la pavorosa cobardía del que asesina a un niño.

Antonio, al ir para su trabajo, se encontró a la Marquesona llorando. Trataba inútilmente de empalmar los dos trozos del arbolito quebrado. La infeliz hipaba con fuerte congoja mientras pasaba su mano acariciadora por el débil tallo roto, como si se tratara de un hijo.

—¿Ve usted qué bestias son, señor Antonio? ¿A quién podría causar mal el pobrecillo? ¿Quiere usted decirme a quién?

Y la pobre mujer le miraba con los ojos llenos de lágrimas y exhibía los trozos de madera como si fueran miembros mutilados.

Pero la Marquesona no desmayó. Plantó otro. Aquél se lo arrancaron de cuajo. Entonces fue a consultar con Antonio. Éste no sabía realmente qué aconsejarle. Pero ella llevaba una idea.

—Quiero que me haga usted un cartelito donde en letras bien grandes diga, por ejemplo: «Prohibido tocar este árbol».

Antonio se sonrió, escéptico.

—¿Y usted cree que eso podrá salvarlo?

—Puede que sí. A lo mejor les asusta el letrero. Como la mayoría no sabe leer...

A Antonio siguió pareciéndole absurdo, pero accedió y el tercer arbolito fue alumbrado luciendo un collar de cinta roja del que pendía el rótulo, como un ciegucecito que implora la caridad de aquellas gentes. El autor había humanizado poéticamente el texto. No era una prohibición. Era una súplica infantil. Decía: «No me hagas daño».

Cada mañana Antonio se asomaba a su puerta temiendo encontrarse con el desagradable espectáculo de un arboricidio. Pero cada día el árbol aparecía incólume, luciendo su collar de cinta roja y su cartelito implorante. Estaba asombrado.

—Cuando yo digo que los conozco muy bien —le dijo la Marquesona, guiñándole un ojo y casi pavoneándose—. Tienen miedo a lo que está escrito. No lo entienden, pero les da mucho miedo.

Finalmente le informó:

—La primera mañana fueron muchos los que se acercaron a contemplar el nuevo arbolito. Hasta se formó un grupo. Miraban en silencio. No debían de comprender lo que aquello significaba. Entonces llamaron al marido de la Mellada para que les leyese el cartel. Así lo hizo. Y se quedaron paralizados, sin saber qué decir ni qué hacer. Yo temí un momento que se lanzasen en masa contra mi pequeño árbol. Pero

no. Todos los curiosos se fueron marchando sin hacer el más pequeño gesto de violencia. No se rieron siquiera. Yo creo que estaban asustados...

—Puede que se sintieran conmovidos.

—Pues no le digo que no.

Los mismos chiquillos, pequeños destructores y verdugos de todo bicho viviente, sufrieron también el embrujo de las grandes letras negras. Algunos, los más atrevidos, osaron acariciar el tallo mientras el aire hacía oscilar levemente el cartelito, como si quisiese mostrárselo. De ahí no pasaron. En torno al arbolito se había levantado un invisible y fortísimo muro de respeto.

Llovió, sopló fuertemente el viento. El cartel, ya borroso, desapareció. Fue un momento de peligro al quedar roto el sortilegio, si es que éste existió. Pero la batalla la había ganado el tiempo. El árbol era ya familiar a todos. Había obtenido su carta de ciudadanía en aquel mundo anárquico, sujeto, no obstante, a la ley de noria de los días: la costumbre.

* * *

Y ahora el arbolito estaba frente a Antonio, con sus yemas estalladas, mostrando en las puntas de sus brazos abiertos la presencia viva de la primavera. Antonio quedó sorprendido de pronto. Aquel alborozo orgánico, aquella estremecida sensualidad que vibraba en el aire como una carga eléctrica, le penetraron, le transieron. Era como un perfume tóxico, como un alcohol turbio y traicionero. Todas las sensaciones olvidadas, como cenizas de los viejos fuegos apagados, despertaron y se izaron en remolinos cegadores. Él fue entonces como un débil arbolito zarandeado por el vendabal de los recuerdos. Recuerdos mudos, rotos, ininteligibles como pedazos de fotografías. Todo su pasado de luchas, de ilusiones derrotadas, de renunciamientos mutiladores, de peregrinajes por campos y aldeas, con las mismas voces y con los mismos rostros, con el mismo confuso rumor de palabras añejas y con los mismos olores, se le echaron encima, se abrazaron a él como una sombra asfixiante. Sintió dentro de sí el vacío y la debilidad de la nostalgia sin nombre, como si se hubiera quedado hueco, y un flujo de sangre amarga, de sangre acongojada, se le derramó por las heridas de todos los sentidos. La primavera no era ya para él la voz dionisiaca, sino la renovada protesta de todas sus células por una vida perdida.

—Pero ¿en qué está usted pensando?

Antonio se estremeció, quedando aturdido y confuso por la brusca interrupción de aquella algarabía sensorial. Arrebatado por el turbión, éste se había deshecho de pronto en una humilde ola fugitiva... Enardecido por la trompetería de una orquesta, el súbito silencio le dejaba en el aire.

—Pero ¿en qué está usted pensando? ¿Es que no me oye? ¡Pero, hombre...!

Era don Jesús, que le sonreía enarcando mucho las cejas. Sus ojos brillaban de malicia.

—¿Usted también padece de fugas?

Antonio ya había tenido tiempo de recobrase.

—Miraba —contestó sonriendo con melancolía y señalándole el arbolito—. No había nada más que mirar...

Don Jesús no se explicaba, sin embargo, el embeleso de su amigo a la vista de aquella escrofulosa promesa de acacia.

—¿Y qué es lo que mira?

Antonio casi se ruborizó, y le miró con ojos tímidos, infantiles. Le parecía que desvelaba un íntimo secreto.

—Mire esas pequeñas ramas florecidas...

—Y bien...

—¡Son la primavera, don Jesús! ¿No es una maravilla?

Por el rostro del médico pasó una sombra que borró la ironía de su expresión. Desaparecieron las mil pequeñas arrugas que circuían sus ojos. Una idea grave ensombreció también su espíritu.

—En efecto, es maravilloso. ¡Otra vez la primavera!

—Sí, otra vez —repitió Antonio como un eco.

—Todo vuelve inexorablemente.

—¿Y nosotros?

Don Jesús miró a su amigo con los ojos de su inteligencia, desde lo profundo de su ser.

—¿Usted no lo cree así?

Antonio se encogió de hombros, apartando sus ojos de los del médico y perdiendo la mirada en la lejanía.

—Eso mismo me estaba yo preguntando cuando usted me habló...

Don Jesús le puso una mano encima del hombro, amigablemente.

—Pues entonces yo le traigo la respuesta.

Antonio sonrió.

—Ya sé lo que me va usted a decir: la muerte no es fin, sino principio. Conozco su tesis, pero...

—¿Tiene usted alguna otra mejor?

—Desgraciadamente, no.

Se abrió la puerta de la chabola y apareció Mercedes con el cántaro a la cadera.

—Mire usted, Antonio. ¡Primavera también! —exclamó el médico.

La muchacha les sonreía con todos sus blancos dientes. Ella despedía luz como si estuviera iluminada por dentro. Habían desaparecido de sus ojos aquellas sombras de temor, y de su rostro aquellas leves arrugas que lo endurecían. Estaba exultante, pletórica, con toda su juventud a flor de piel. Los dos hombres la admiraron profundamente. Les hizo un mohín y siguió su camino, segura de que dejaba tras de sí una polvareda de emociones.

La vieron desaparecer por la estrecha y desigual callejuela. Ambos vieron lo

mismo: unas piernas desnudas y una ligera tela de percal que se ceñía a unas suaves turgencias, que debían ser cálidas, tersas y duras...

—Verdaderamente, parece otra hoy. Está... florecida —y don Jesús juntaba en punta los dedos de la diestra y los rozaba suavemente entre sí, como si la idea le hubiera brotado allí de pronto y la acariciase—. Parece que ha vencido ya la crisis, ¿eh?

—Sí —contestó Antonio, pensativo.

—¿Escapó a las garras del golfo? El otro día le vi. Es un tipo estupendo.

—Me parece que ya no hay garras, sino hechizo. Ella está enamorada de él. Ya no le teme.

Emilio le había informado de las entrevistas de Mercedes y el Granaíno. Un día le contó también su fracaso con ella y después se despidió de su maestro. No podía volver a las clases y encontrarse con ella, verla venir respirando todavía el aire las palabras del Granaíno. «Ella le quiere, señor Antonio —le había dicho—. Mercedes no tiene la culpa ni yo tampoco, pero no puedo resistirlo.» El pobre muchacho tenía ganas de llorar. Antonio procuró consolarle. «Todo acabará suavizándose, Emilio, y tú tienes que sobreponerte y seguir tu vida. Al cabo del tiempo todas las heridas se curan. No es que se olviden del todo, pero se aceptan las cosas. Hay que aceptarlas, hombre. Además existe otra mujer. Yo sé que Magdalena te quiere y que te está esperando.»

—Ese Emilio no era para Mercedes —dijo el médico, después de escuchar las palabras de su amigo—. Sin embargo, el golfo ese... No es extraño que ella le haya preferido. Usted y yo mismo, sin quererlo, estamos más cerca de él que del aprendiz de contable...

—Pero ¿qué puede ofrecerle?

—La aventura.

Antonio se sonrió tristemente.

—Bien; pero ya veremos después...

—No cierre usted ya el horizonte, hombre.

—Pero ella quería seguridad, don Jesús...

—Y ¿qué es lo que hay seguro? Empezamos a ser viejos cuando nos arrepentimos de muchas de nuestras sensateces pasadas. Sacrificamos el presente palpable por un futuro gaseoso. ¿Qué hay siempre después? Otro después, y luego otro, y siempre otro después hasta morir. ¿Usted no tiene que arrepentirse de ninguna de esas sensateces?

A Antonio le dolió dentro una vieja herida. No quiso recordar y, sonriendo forzosamente, trató de cortar el sesgo peligroso de la charla.

—Nada nos queda por hacer si no es deseársela lo mejor, ¿no le parece?

—Así es. Pero, por mi parte, si pudiera ser, me cambiaría gustosamente por ese hombre. ¿Usted no?

Ambos se miraron a los ojos y sonrieron.

—Hala, vamos a pasar la visita.

—Bueno, le acompañaré. Ahora, vuelta al dolor...

—Naturalmente, amigo Antonio. Dolor y placer, hermosura y fealdad, sombras y luz, constituyen la misma cosa: la vida, que es polifacética, multiforme, contradictoria. Por eso es tan interesante, y en eso reside su fuerza de seducción. ¿No lo cree usted así?

Andaban ya lentamente.

—Puede que tenga usted razón, don Jesús. Pero yo no me la explico. Francamente, yo no entiendo la vida.

—Ni yo.

—¿Entonces...?

—Tal vez si la entendiéramos no valdría la pena...

—Pero vivir preguntándose siempre lo mismo...

—Es que usted es como los niños; quiere usted descubrir el secreto del juguete... No, amigo, no. No es ése el camino...

—¿No? Pues dígame usted cuál.

—Mirar, sentir, esperar...

—Pero yo...

—Usted va con todo lo demás.

Antonio hizo un gesto de duda.

—Yo sólo siento la angustia de vivir. Nada más —dijo.

—¿Sin esperanza?

—Si no sé lo que puedo esperar...

—Pues todo el mundo lo sabe.

—¿Éstos también?

Y Antonio señaló con un gesto indeciso el abigarrado conjunto de las chabolas.

Las mujeres, en chancleta, despeinadas, con la suciedad y el desorden de la noche, avivaban los anafes humosos y pestilentes o deambulaban con los cubos de las inmundicias. Las más hacendosas barrían los alrededores de sus pobres moradas, sacudían las ropas de las camas, fregoteaban los cachorros de comer en los lebrillos de barro colorado. Se veían ancianas sentadas al sol, hieráticas, entumecidas, ausentes. A una de ellas, denegrada, le colgaba de las mandíbulas un bocio oscuro como una bufanda de lana. Otras, sin dientes, tenían una sonrisa negra dormida en los labios. Todas silentes, extratemporales y deshumanizadas, como gárgolas... En el quiosco del Araño se congregaban algunos vagos alrededor de las mesas. Silenciosos y abúlicos, se dejaban acariciar por el sol con el mismo placer zoológico de los lagartos.

Don Jesús, después de observar por innúmera vez el cuadro mañanero del suburbio, se volvió a su amigo para decirle:

—También ellos esperan. ¿Qué? Ni ellos mismos sabrían decirlo. Pero en cada corazón de éstos anida una esperanza, inconcreta, absurda si usted quiere, pero que los

alienta.

—Eso es tanto como justificar la injusticia, la miseria y el dolor, querido don Jesús.

—No. Yo llevo toda mi vida luchando contra las lacerías y los sufrimientos. Y no me rindo, a pesar de conocer mis limitaciones. Creo que no debemos hundirnos en el fatalismo. Admito que existen múltiples factores inaprehensibles, que tienen una vigencia extratemporal y un alcance ultrasensible. Como médico he podido comprobar en muchas ocasiones que donde fallaban los recursos de la ciencia se operaban cambios bruscos que salvaban la situación. Verdaderas curas por el espíritu. Por eso yo no admito hasta que se opera, sin lugar a dudas, ese fenómeno de aparente desintegración que llamamos muerte. A partir de este momento es cuando el problema sobrepasa mis facultades y se me hace ininteligible. No queda más que la presunción, la hipótesis. La vida debe seguir, pero yo no lo veo. De esto a justificar la miseria y el dolor hay un abismo...

Se había acalorado por tan largo discurso. Su voz, un poco alterada, despertó la atención de algunas mujeres, que se quedaron mirándole y escuchándole atentamente. Y al darse cuenta de esta curiosidad, don Jesús dio por terminado el tema, sin transición, como si la idea se le hubiese volado. Era su típica reacción siempre que se creía sorprendido en plena desnudez espiritual. Repugnaba todo alarde de los propios sentimientos.

—Venga.

Cogió a su amigo por un brazo y ambos se dirigieron a una de las chabolas. Antonio se dejó llevar en silencio, respetando la voluntad de don Jesús de no hablar más por el momento, sobre aquel tema tan interesante, que ejercía tan obsesiva fascinación sobre su inteligencia.

Tuvieron que agacharse, y luego bajar un pronunciado escalón. La morada la componía y la resumía una sola habitación, techada con lonas. Un solo catre de hierro, dos sillas rotas, el anafe y unos cuantos utensilios de cocina. El piso era de tierra, y las paredes, de ladrillos y piedras revocados con barro. Clavada a la cabecera del lecho, una estampa en colores de la Virgen María. Por entre las sucias mantas asomaba la cabeza de un niño con la cara arrebolada de fiebre. Tenía húmedos los revueltos cabellos y cerrados los ojos.

La madre era una mujer sin edad, con las mejillas surcadas de arrugas, con los grandes ojos como fuentes de súplicas, de lloros, de dolores. No tenía senos; su cuello eran dos tendones; sus manos parecían de trapo. Bajo la resobada ropa negra sobresalía insospechadamente el vientre generador. Al entrar los dos hombres, se apartó de la cabecera del lecho.

—¡Ay don Jesús! —exclamó, cubriéndose la cara con las manos deformes.

El médico entregó su maletín a Antonio.

—Vaya hirviendo la jeringuilla, Antonio.

Y mientras Antonio cumplía lo ordenado, don Jesús se aproximó al niño. Primero

le echó atrás los cabellos, luego posó su ingrávida mano sobre la ardorosa frente. El niño se revolvió un poco. La tenue caricia bajó a los párpados y el niño movió los labios reseco. La mano del médico tornó a subir y bajar, sedante, conjuradora, magnética. El niño entreabrió los párpados, como si le hubiese despertado un soplo de aire y sonrió. Por una contradicción de la herencia, era una criatura blanca, de rizos dorados y ojos azules, como un ángel.

—¿Cómo le encuentra hoy, don Jesús?

Era la angustiada voz de la madre. El médico tomó entre sus dedos la muñeca del enfermito para apreciar el pulso y no contestó a la mujer. Luego, sin volverse, preguntó:

—¿Qué hace Romualdo?

Todo el mundo sabía que Romualdo era un holgazán, ratero cimarrón, que vivía de sus pequeñas depredaciones al descuido. Su especialidad consistía en robar las placas de metal de los portales y las tapas de los registros del agua y del gas. Tenía también habilidad pasmosa para llevarse los pomos y los picaportes de las puertas, los grifos y las tuberías de los urinarios públicos. Su mayor hazaña, que solía referir con frecuencia, fue la limpia que efectuó en un Juzgado municipal situado en una calle aristócrata. Arrambló con toda la tubería de plomo y con los grifos de los retretes, los metió en una de esas cajas metálicas que usan los fontaneros y salió a la calle tan campante, sonriendo a todos los guardias que se fue encontrando por los pasillos.

—¡Aquello sí que fue grande, y en las mismas narices de los guardias! —exclamaba, riéndose con la desgana y el cansancio que le eran característicos.

Todo el mundo sabía que era un vago y un ladrón; pero que, por lo demás, era incapaz de hacer mal a nadie.

—¿Quién, Romualdo? Pero ¡si es un cacho de pan hombre!

Con Cachopán se quedó, y, en efecto, era cándido, tierno y dócil. Se mostraba siempre cariñoso con su mujer y sentía verdadera adoración por su hijo.

—Tú no serás un golfo como yo —acostumbraba decirle con brillo de orgullo en los ojos y temblor de ternura en la voz—. ¡Tú serás ingeniero!

Y mirando a su mujer, añadía:

—¿No ves que tiene cara de señor?

* * *

Don Jesús se volvió para cargar la jeringuilla.

—¿Qué es lo que hace Romualdo? —repitió.

La mujer, que quería evitarse la respuesta, no tuvo ya más remedio que confesarlo:

—Nada. Desde que el chico cayó malo, no hace nada. Se pasa el día sin abrir la boca, sentado en un rincón y mirándole. Yo creo que ni oye ni ve. Apenas prueba

bocado. Cuando me enfado, se marcha a la orilla del río o al quiosco. Allí puede que esté ahora dándoles vuelta a sus cavilaciones. Me está mal el decirlo, pero mi Romualdo es bueno como el pan, don Jesús.

Mientras las palabras de la mujer, con tono triste y quejumbroso, sonaban tras él, el médico pinchó en la nalga escuálida del pequeño. Éste lanzó un grito que sirvió para callar a su madre y hacerle volver nerviosamente la cabeza hacia el lado contrario. La inyección fue rápida. Don Jesús arrojó al niño de nuevo y le acarició otra vez las mejillas. Todavía con la jeringuilla en la mano, se encaró con la mujer:

—Conque bueno como el pan, ¿eh? Pronto lo vamos a ver.

Ella se atrevió a preguntarle en voz baja:

—¿Curará pronto, doctor?

—Depende.

—¿De qué depende, don Jesús?

—De si su padre es tan bueno como usted dice.

Le entregó un tubo de comprimidos para el enfermo y le explicó el modo de emplearlos. Luego le puso un billete en las manos.

—Es para que le compre leche y huevos al niño. Necesita mucha alimentación.

La mujer no sabía cómo darle las gracias. Antes de poderse decidir, ya don Jesús, seguido de Antonio, salvaba el escalón y se hallaba fuera de la chabola. Las palabras tristes y conmovidas de la madre se quedaron atrás, desvanecidas e ininteligibles como una melopea.

El médico detuvo con un gesto a su acompañante. Hacia ellos venía tímidamente un hombre. Le aguardaron. El hombre miraba con la pena turbia de un can que presiente la ira del amo. No le faltaba más que echarse al suelo y esperar los latigazos. Se quedó quieto, con los brazos caídos, mirando estúpidamente al doctor. Las facciones de éste se habían encrespado y sus ojos despedían rayos de indignación.

—¿Cómo está mi chico, don Jesús?

El médico le cogió por la mugrienta solapa.

—¿Tú eres un hombre? —le preguntó.

—Claro. Vamos, digo yo... —tartamudeó el otro.

—¡No! ¡Tú eres un marica!

El hombre dejó caer la cabeza, como un muñeco de trapo. Estaba deshecho. De haber podido, hubiera llorado. Pero hasta la facultad de las lágrimas se le había quedado atrofiada en un lejano recodo del tiempo.

Don Jesús soltó las solapas e hizo un esfuerzo por reprimirse. «Así no tenemos hombre», pensó. En su consecuencia intentó llegar a su fibra sensible —si aún le quedaba alguna— y herirla. Bajó de tono y su voz se hizo más grave y redonda:

—Vamos, Romualdo: ¿por qué no trabajas? Dime por qué no trabajas.

Romualdo levantó otra vez la cabeza de lacios cabellos. La tempestad había pasado sobre él veloz como el viento y ya su instinto le predecía bonanza. A pesar de

ello, su mirada era humilde aún y temerosa. Admitía su propia miseria, confesaba su suprema inhabilitación. Se encogió de hombros a medias, con los brazos laxos y pingantes.

—No valgo para el trabajo —contestó—. No me va.

Antonio y don Jesús se miraron unánimes. El médico se contuvo a duras penas.

—Conque no te va, ¿eh? Pues sabrás que tu hijo se te muere por ser tú un gandul.

Romualdo abrió mucho los ojos y la boca. Ni saliva podía tragar porque se le había secado la garganta. Con un resto de energía levantó los brazos y engarfió las trémulas manos como para dar salida a un grito que le ahogaba. No lo consiguió y entonces quiso huir; pero le contuvo don Jesús, agarrándole por un hombro.

—Sí, se morirá si no trabajas y ganas para él. El chico necesita buenos alimentos. Comer mucho y bueno, ¿entiendes?

A Cachopán se le había llenado de pronto la boca de saliva y la espurreó al decir con firmeza:

—¡Robaré!

Don Jesús le dio un fuerte tirón.

—¡Imbécil! ¿Qué vas a robar tú que valga la pena? Además, puedes caer en la cárcel, y entonces...

Otra vez se le quedó paralizado el cerebro a aquel hombre. Pero el instinto y las oscuras querencias zoológicas suplieron en él al órgano del pensamiento. Se desasíó de don Jesús y echó a correr hacia su chabola como un animal perseguido. Entonces se oyó dentro una explosión ronca, un bramido de dolor espantoso...

Don Jesús le preguntó a Antonio:

—¿Qué cree usted que hará este pobre hombre? ¿Trabjará?

Antonio hizo un vago gesto de duda.

—Yo creo que sí —se respondió el mismo don Jesús.

Antonio no dijo nada.

Hicieron otras visitas. En todas encontraron lo mismo: dolor, y en muchas, dolor con mugre y miseria. Con el dolor general, las súplicas, el temor y la angustia. En las más, desesperado afán de vivir, y en otras, resignación y hasta indiferencia mineral ante la desgracia.

Cuando, ya cansados, daban por terminada la deprimente tarea y se disponían a dar un breve paseo bajo aquel sol tierno y vivificante, hubieron de detenerse a contemplar un espectáculo de interés insospechado.

Tendida bajo el cobertizo, la cerda de Matías gemía sordamente. El fiero animal parecía abatido por algún tremendo dolor. En su torno, unos chiquillos, sentados en cuclillas, contemplaban con maliciosa curiosidad las extrañas convulsiones de la bestia. Tan absorbidos estaban por el fenómeno, que no advirtieron la presencia de los dos hombres. Éstos se recataron tras una empalizada con objeto de poder ver sin ser vistos. Ambos habían coincidido en la misma curiosidad y les bastó una simple mirada para ponerse de acuerdo.

El animal tenía caídas sobre los ojos, cubriéndolos totalmente, las enormes orejas roñosas. Rezongaba, y su ronco son parecía brotarle de lo profundo de sus entrañas. No era el suyo, sin embargo, un gemido exasperado y agónico; no era un alarido de dolor, sino una queja resignada y dulce, casi humana. De cuando en cuando un más fino y penetrante sufrimiento, como la punzada de un ascua, le hacía contorsionarse. Entonces el quejido subía de tono, se hacía trémulo y se le rompía en la garganta... Estas crisis duraban tan sólo unos segundos, y nuevamente el rugoso corpachón quedaba laso y palpitante. El animal suspiraba, aliviado momentáneamente, y se pasaba la lengua por los filos de la boca y tornaba a su manso gañir.

En uno de esos accesos, bajo su piel se levantó una ola de carne. El sordo lamento se encrespó y un grito de muerte saltó como un chorro de sangre. Era el grito indescriptible, salvaje, de las especies cuando la vida de las hembras se parte en dos. Fue como una ráfaga que enturbió el aire con sus poderosas y rápidas vibraciones. Fue, a la vez, olor, vaho de entrañas, calor pegajoso, asfixia... Después, la ola de carne reflujo. La bestia respiró profundamente, gozosamente. No gruñía ya. Movi6 una oreja y apareci6 una azulosa y redonda pupila, y en aquel ojo, que no mir6 nunca por cima de la punta del hocico, brillaba una ternura emocionada. Un remoto y sublime sentimiento se abri6 en aquella pupila como una flor. El animal m6s inmundo, m6s torpe, m6s repugnante, se ennobleci6, de pronto, con un reflejo de humanidad.

La cerda dobl6 a6n m6s la cabeza para poder ver al peque6o animalito reci6n nacido, brillante y sonrosado, como de cera, que recorría una a una las mamas en busca de la que le estaba destinada, con una ciega glotonería. La madre abri6 la afilada y horrenda boca, como si sonriera, y empez6 a gemir suavemente, tal como si desgranara diminutivos cari6osos. Pero como el cerdito no atendiera sus requiebros, ella lo desprendi6 de s6 con una h6bil sacudida, haciéndole rodar hasta caer al alcance de su hocico. Entonces el azul de sus pupilas se hizo m6s intenso y f6lgido y la lengua envolvi6 a la criatura en una larga y caliente caricia. Era el beso carnos, succionador, posesivo... La bestia inmunda se había hecho amor.

—¿Ya est6? —pregunt6 uno de los ni6os.

—Claro. Éste es el primero —contest6 el otro—. Todavía tienen que venir m6s.

Sigui6 un silencio. De pronto la cerda empez6 a gruñir de nuevo y a quejarse dolorosamente, olvidada del hijo. Éste, al verse libre de las caricias glotonas de la madre, corri6 a agarrarse a una de las tetas.

—Oye: ¿las mujeres tambi6n paren? —volvi6 a preguntar el ni6o.

—Pues claro.

—Pero ¿tambi6n as6?

El arrapiezo mir6 fijamente a su amigo. Tenía unos largos pelos que le salían por encima de la frente como una visera, una nariz respingona y una boca larga y fina, casi sin labios. Era mayor que el pregunt6n y mantenía muy acentuadamente su aire de superioridad. Lo que viera en los ojos del otro, sólo él lo supo. Pudo ser eso o tal

vez un misterioso pudor lo que le emborronó la imaginación. El caso es que se encogió de hombros y respondió con tono brusco:

—¡Y yo qué sé!

El pequeño se quedó con la boca abierta. Un quejido más angustioso y doliente de la cerda acaparó de nuevo la atención de la chiquillería.

—Vámonos —dijo don Jesús—. No sabría qué contestarles...

—Ni yo.

Salieron a la carretera. Allí, otra banda de chiquillos del barrio asaltaba a los viandantes.

—Para la Cruz de Mayo —decían, extendiendo la mano y enseñando una estampita.

Al ver al médico, un grupo de pequeñuelos corrió hacia él, rodeándole. Mocosos, desgredados, descalzos... Sonrisas, pequeñas manos suplicantes, chisporroteo de pupilas como cándidas candelas... Don Jesús hundió su mano en el bolsillo. Los más impacientes se acercaban. Don Jesús les repartió unos caramelos, mirándolos, contagiado de infantilismo. Luego, la bandada de gorriones levantó el vuelo rápidamente.

—Ya desde pequeños los echan a mendigar con cualquier pretexto: para la Cruz de Mayo, para el aguinaldo navideño, para lo que sea —dijo Antonio—. Luego, ya todo es seguir. Es triste abrir los ojos a la vida mendigando.

—Desde luego hay unas madres...

—Para ellas es una cosa natural.

—Los hay más pobres, que preferirían morirse antes de pedir...

—Así es. No es precisamente la miseria la causa, no. Es el ambiente.

El médico asentía a las palabras de Antonio; pero la mañana era hermosa, tentadora, henchida de fuerzas vitales. Una alegría desparramada por el aire, como un polvo de oro, pintaba las cosas del más bello color. Por eso el contraste entre los arrapiezos mendigos y el esplendor de la primavera irritaba su sensibilidad, poniéndola en carne viva. La sangre se tornaba amarga en las venas, y sentía como arrepentimiento por un oscuro e inconsciente pecado. Ambos amigos estaban tristes, con ese malestar físico que produce el aire de los hospitales y de las prisiones, porque parece que se respira humo y sombras de rincones.

Se despidieron a la puerta del estanco. Antonio vio marchar al médico trepando por los desmontes. Pensaba que la mañana había empezado alegre, ante los brotes de un arbolito, y había acabado tristemente al pasar por las sobras de tanta desgracia humana. Al volverse para marchar, una voz le siseó desde dentro del estanco. Era el estanquero que le saludaba. Correspondeó al saludo; pero como no se encontraba con fuerza para entablar nueva conversación, continuó su camino mientras pensaba en aquel extraño ser a quien todo el mundo llamaba don Óscar.

El estanco era un cuchitril donde el estanquero veía pasar las horas sentado tras su mostrador, hecho con tablas de cajones de pescado. Lucía una calva absoluta y unos

ojos imprecisos y soñolientos que parecía que sólo miraban al aire. Diríase un hombre en éxtasis perenne, perdido en un etéreo peregrinaje, y, sin embargo, era el testigo ávido y omnisciente de la vida del barrio. Siempre sentado, sólo sacaba la cabeza por encima del mostrador. Las manos quedaban ocultas, empleadas en un misterioso quehacer que, no obstante, todos conocían: liar pitillos con el tabaco que sustraía de cada paquete. Cuando alguno más descarado, y sólo por oírle, le preguntaba, por ejemplo:

—¿Qué se hace, amigo?

El estancero contestaba invariablemente:

—Matar el tiempo.

Y seguía en su labor fraudulenta, sin alterarse lo más mínimo. Así recogía las historias y las murmuraciones de las comadres y de los desocupados. Él no dictaminaba ni juzgaba nunca. Simplemente, y de cuando en cuando, asentía con ligeros movimientos de cabeza. Si un cliente le pedía algo, lo sacaba de debajo del mostrador, sin levantarse ni moverse. Bastábanle para ello las manos. Era sólo un instante. La mano, fina y larga, entregaba la mercancía y, a la vez, se apoderaba del dinero con una rapidez y habilidad de prestidigitación, sin que, al parecer, los ojos de su dueño hubieran descendido a la indelicada tarea de contarlos. Pero a veces el buen hombre, mirando a lo lejos, decía:

—Faltan diez céntimos.

—¿También ha subido el papel de fumar?

—Sí, hijo, sí; como las patatas.

En ocasiones llegaba alguien requiriendo un sello de Correos.

—¿Tienes sobre? —preguntaba él.

Si no le compraban el sobre, no había sello. Y ante las protestas por su arbitrariedad, respondía:

—Con los sellos no gano nada. ¿Trabajarías tú de balde?

Era un hombre misterioso. Nadie sabía de dónde había venido, ni cómo ni en dónde vivía. Se sospechaba de él muchas cosas: que fuera espía o simplemente chivato de alguien, usurero, fraile renegado y hasta santero de los golfos... Lo que sí conocía todo el mundo era su miedo. Un miedo que le hacía cerrar el estanco antes que anoheciera, llevándose el dinero, los sellos y el tabaco en una gran maleta de cartón. Esperaba el paso de algún grupo de obrero para unirse a él y así llegar acompañado hasta Legazpi. Pero vestía trajes con vestigios de buen paño y de buen corte, y se tocaba con sombreros de rancia moda señorial... Por eso tal vez todo el mundo le llamaba don Óscar...^[49]

El Granaíno le dijo cierta vez:

—En mi tierra se roban las novias...

Y como ella le mirase extrañada, añadió:

—Sí. Las novias se escapan con los novios. Corren los dos por aquellos balates, [50] perseguidos por las voces de la madre de ella... Pero nadie se asusta, porque todo el mundo sabe lo que va a pasar... Siempre es lo mismo...

El Granaíno se interrumpió para escarbar en el suelo con una varita. Mercedes temblaba.

—¿Y adónde se marchan?

El mozo levantó la cabeza y se la quedó mirando seriamente.

—¡Y qué más da! Pasan la noche juntos...

Para él, eso era lo principal. La noche podía transcurrir entre las hacinas, [51] bajo la enramada del huerto, en el monte... ¡Qué más da! Cada cual, donde podía. Pero lo importante eran las nupcias hurtadas, recónditas, con un poco de angustia, de llanto y de temor.

—¿Y después?

Todo aquello era excitante, tenía belleza. Era como un romance, como una copla serrana. Pero una duda amarga se asía a Mercedes como una hiedra.

—¿Y después? —repitió.

El hombre separó las manos como si fuera a descorrer una cortina.

—¿Después? Pues se casan y en paz.

—¿Siempre?

—Si él es hombre, siempre. Es la costumbre. Ya te he dicho que cuando se roba la novia, todo el mundo sabe lo que va a pasar: adelantar la boda.

Mercedes respiró ya más tranquila. La hiedra de la duda aflojó sus tentáculos en torno a su corazón. Entonces la sangre corrió alegre y ardorosa por todas las venas de su cuerpo. Se relajó la tensión de sus nervios y se sintió de pronto blanda, madura, esponjosa, con ganas de cerrar los ojos y vivir una noche así.

Él le cogió las manos.

—Bonito, ¿eh?

—Sí.

Y cuando él la besó, como siempre, al despedirse, estaba turbada, como si aquel beso fuera la señal para huir con él, no sabía adónde ni por dónde, hacia las nupcias hurtadas y recónditas...

Otro día, él volvió sobre el tema.

—Ya ves lo que son las cosas: yo estaba encaprichado desde chico con robar la novia y llevármela al monte en la grupa de una jaca...

Como en una copla de bandoleros y de contrabandistas. Él sabía de un fandanguillo que hablaba de una huida así... Mercedes no contestó.

Se veían todas las tardes. El Granaíno no faltó a una sola cita, y era amable, y a veces, hasta tierno con la muchacha. Se impacientaba en ocasiones y hasta se le tensaban los músculos del rostro, con esa rigidez espasmódica que le producían la ira y la rabia. Entonces los ojos fulgían como puñales y la sonrisa cruel desgarraba sus labios. Pero estos accesos eran ya como fugaces relámpagos. Rápidamente se recobraba, y la máscara del odio se le fundía como si fuese de cera. Mercedes le embromaba y solía reír al verle ya repuesto. Él se quedaba serio y visiblemente apenado, pero nunca reía.

—Yo no sé reír. Me rechinan los dientes —dijo una vez a la muchacha.

Ya era raro el día en que el Granaíno, dando vueltas y más vueltas, no llevase la conversación al tema del rapto de las novias. Hasta que se lo dijo, mirándola francamente a los ojos:

—Yo quiero robarte a ti. ¿Vendrías conmigo?

Mercedes sintió una presión tremenda en el pecho. Le faltó el aire. Pero el sentido de la realidad, esa voz de las cosas que tan bien saben escuchar las mujeres, le devolvió la serenidad. Pensó que aquello era como un bonito cuento, tal vez posible en las serranías andaluzas; pero irrealizable y absurdo en aquellos barrios. ¿Dónde estaban las hacinas, los huertos y el monte? Y se echó a reír nerviosamente.

—Pero ¿adónde huiríamos, hombre? ¿Dónde tienes la jaca?

Él le apretó las manos hasta hacerle daño.

—No es para reír, Mercedes. Ya sabes que te respeto. No te he tocado aún. ¿Sabes por qué?

Ella hizo un breve gesto, denegando.

—Pues porque quiero todo o nada.

Se lo dijo con tan apretada fuerza, con tal pasión, que Mercedes sintió como si la zarandeasen. De estar en pie, se hubiera tambaleado. Otra vez el rostro del hombre tenía perfil de hacha, y sus ojos despedían relumbres de locura.

—Bueno, bueno, Pepe. Esto tiene un remedio: casarnos. Estoy dispuesta a casarme contigo, con sola la ropa que llevo puesta, mañana mismo si tú quieres...

—No —le interrumpió él—. Lo quiero todo por mí, sólo por mí, y no por casamiento. Después nos casaremos, y no de cualquier manera, como corresponde, para sacarte de ese barrio y llevarte a una casa de verdad.

Hablaba con sinceridad, con esa verdad elemental y clara de la juventud. Luego, ya más tiernamente, preguntó:

—¿No te vendrías conmigo, di?

Ella bajó la cabeza.

—Sí —contestó con un susurro.

—Pero no te gustaría, ¿eh?

—Pues no; pero si tú lo quieres...

Era el amor resignado, de cordera. En otro tiempo él la hubiese despreciado, la hubiese herido con sus palabras y con su sonrisa, con su cruel sarcasmo. Tal vez hasta le hubiese dado un empujón. ¡Bah, mujeres cobardes, mujeres blandas, que no piensan más que en casarse! ¡Bah, mujeres estúpidas, que no tienen coraje, que ni siquiera tienen genio para rebelarse! ¿Para qué valen esas mujeres? Pero ya todo era distinto. Ni ella era para él una mujer cualquiera, ni él podía ya odiarla. Habían llegado a una solidaridad y a una ligazón indestructibles. Los dos eran ya uno solo, porque eran idénticos en dolor, en soledad y en abandono. Por eso no podía despreciarla ni herirla. Merecía, por el contrario, darle una explicación.

—Tengo que cambiar de vida antes de ser tu marido, porque no quiero que te afrenten diciéndole que te casas con un golfo del mercado, ¿entiendes?

—Entonces...

Y ella dio a entender con un gesto que le parecía muy remota tal posibilidad.

—Pronto. Te lo aseguro. Acuérdate: antes que acabe el año habré dejado para siempre la vida de golfo. No dudes de lo que yo te diga. Pero entre tanto... No puedo resistir más.

Como ella ya no objetase nada, añadió brutalmente:

—¡Reventaría!

Se separaron mohínos. Y Mercedes volvió a sentir los antiguos desasosiegos y a respirar un aire cargado de fatalidad...

* * *

La noche de San Juan fue celebrada en la «Colonia sin Ley» siguiendo la vieja liturgia de muchos pueblos de España, especialmente de los andaluces. Al pie de la gran ciudad mecanizada, tecnificada, de rascacielos y mixtificaciones, presa de muchas idolatrías abstractas, se consumó el rito ancestral de los solsticios. Bajo la noche estremecida, azul de puro tierno, caliente ya, crepitaron las hogueras de San Juan. Ardieron en la plazoleta del barrio, y todo el pequeño caserío se sahumó con las emanaciones de las tablas quemadas. Nada de resinas de pinos joviales y pletóricos, nada de humos olorosos. Tablas de cajas de pescado, podridas de salitre y de humores. Una pestilencia negra brotó de las fogatas, como un aliento de caries y de detritos. Pero ello no fue obstáculo para que los muchachos saltasen sobre los braseros, como es de rigor en estas ceremonias de piromanía.

En el quiosco del Araño bebieron y cantaron los hombres. Sentados alrededor de las mesitas, seguían con su batir de palmas el jipío entrecortado y sollozante del improvisado cantaor. Toda la temática del coplero andaluz: mujeres perdías, madres abandonadas, niñas enfermas, muertes e imprecaciones al dinero, fue rebosada. Entre copla y copla, un tiento a la botella de vino peleón. De cuando en cuando, un grito:

—¡Viva la alegría!

Alegría dramática del alcohol, pasajera y volátil. Alegría de desesperación,

nerviosa, fingida... En el fondo, una amarga tristeza racial, una sombría resignación, un trágico masoquismo. A veces irrumpía en el corro un espontáneo bailarín, que pateaba sobre el polvo e iniciaba con sus caderas unas contorsiones lúbricas, de un erotismo bárbaro y grotesco. Y si alguno cimbreaba la cintura en una revolera mientras taconeaba, parecía una simulación de heterodoxia de efebo, epiléptica y triste.

—¡Y olé!

Allí estaban casi todos los hombres de la colonia y un grupo de merodeadores del mercado, capitaneados por el Pinto. Chupaban la cañita de la botella por orden. El Pinto no había aparecido por allí desde su aventura en el vertedero con Crucita y la Mellada. Los golfos apenas alborotaban, y el Pinto parecía estar al acecho como un cazador.

—La chica debe de estar allí, con todas —le susurró al oído uno de los compañeros, al tiempo que señalaba el fondo del caserío, iluminado por las fogatas.

—¡Cállate! —le contestó el Pinto secamente, haciendo caer un copo de ceniza del cigarrillo pegado a sus labios.

Otro golfo llamó al Araño que iba y venía entre las mesas, enseñándole la botella vacía. El tabernero se acercó, encorvado y cansino.

—Tráete medio litro —le ordenó el golfo.

—¿Quién paga? —preguntó tímidamente el Araño.

—¡Qué te importa! —contestó el Pinto sin mirarle.

—Bueno —dijo el pequeño hombre, encogiéndose de hombros—. Veremos lo que dice la dona.

—¡Bragazas! —gritóle un golfo.

—Anda, dile que paga el Pinto.

El Araño se fue con el cuento. En el mostrador mandaba la Araña como sobre el puente de un navío.

—¿Para quién es esto? —preguntó a su marido, después de llenar la botella.

—La paga el Pinto.

—Ése no paga nunca.

—Dice que ésta sí.

—Pues dile de mi parte que no apunto más. O suelta la panoja^[52] o te traes la botella.

—Pero, mujer... Ya sabes lo que es esa gente.

—Haz lo que te digo, idiota. Ya está hablado todo con el Granaíno.

El Araño llevó la botella.

—La dona dice que no apunta más, Pinto.

—¿Y quién pide que apunte?

El Araño se encogió de hombros. Un golfo dijo:

—El jefe no quiere que dejemos a deber nada al Araño.

—Sí —silbó el Pinto entre dientes, y alargó al Araño una mugrienta moneda de

papel.

El pequeño hombre dio la vuelta y se fue.

—¿Dónde anda el jefe?

—Por ahí, a la querencia... Dicen que...

—¡Mutis! —exclamó el Pinto—. El que quiera decir algo, que espere a que el Granaíno esté delante...

Callaron todos y se dedicaron a beber. En las otras mesas seguían el palmoteo y el cante. Una chiquilla vino a tirar de la chaqueta a uno de los alegres bebedores.

—Dice madre que vayas...

El hombre se quedó con la boca torcida.

—Dile que iré cuando me dé la gana... ¡Hala!

Pero la niña se agarró a él tozudamente.

—Que vayas, papá, que vayas...

El padre se irguió enfurecido. Se soltó de las manecitas tiernas y alzó una de las suyas, grande y espantosa.

—Vete te he dicho —masculló, conteniéndose a duras penas.

Y la empujó brutalmente. La niña rodó por el suelo, pero no lloró. Lanzó a su padre una mirada grande, sin miedo, de acusación callada e implacable, como un espejo sereno que revela impasiblemente la horrenda fealdad del monstruo. Se levantó y echó a correr. Entonces sonó su llanto entre el estrépito del jolgorio, un llanto quebradizo como de mil cristales que se rompiesen.

El hombre se sentó.

—Como me haga ir ésa, le voy a romper la cara. Las mujeres desean tenemos siempre pegados a sus faldas, ¿eh?

Y se echó un trago lento para poner punto final al incidente.

La Mellada se acercó renqueante a otro de los grupos. Dejó caer una mano sobre el hombro de su marido. Éste volvió automáticamente la cabeza, y al cerciorarse de quién estaba allí, se levantó como movido por un resorte. La Mellada, impasible como siempre, no tuvo que pronunciar una palabra; pero el hombre no la necesitó para seguirla mansamente, dejando tras de sí las chanzas y las burlas de sus amigos.

—¡Eh, mira la Mellada!

El Pinto miró a su compinche con todo el odio de que era capaz.

—¿Quieres que me caliente? —barbotó, dejando que el cigarrillo se le cayera de los labios.

Iba a añadir algo más amenazador; pero un nombre pronunciado por otro de los golfos, y que rodó por la mesa como una bola, le cortó las palabras y le hizo volver la cabeza.

—¡Kilobilletes!

Avanzaba un hombrón a grandes zancadas. Al pasar por entre las mesas iba contestando a los saludos, mostrando el brillo áureo de la dentadura. Tendría unos cincuenta años, pero demostraba agilidad y fuerza todavía. Vestía con desaliño, y su

traje, mal cortado, era de tela cara. Usaba corbata y se cubría con un sombrero casi cordobés. Estaba considerado como el trapero más rico de aquellos contornos, el que monopolizaba prácticamente el negocio de la busca. En cierta ocasión apostó con alguien, en una de esas discusiones de taberna, que llevaba encima más de un kilo de billetes de Banco. Se formalizó la apuesta, se trajo una báscula y el hombre empezó a echar en el platillo los billetes que se iba sacando de los bolsos. Aún sobraba un puñado cuando la balanza señaló el kilo. ¡Había ganado una apuesta y un apodo!

El Pinto le siguió con la mirada hasta que se perdió de vista al otro lado del río.

—¡Y no tiene parné^[53] el fulano ese! —exclamó uno de los golfos.

—Y siempre lo lleva encima —añadió otro.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó el Pinto.

—Eso dicen...

—¿Quién?

—Todo el mundo.

—Pues cállate ya.

Los golfos se quedaron sin saber ya de qué hablar...

Las muchachas se reunieron en grupos para efectuar el sortilegio clásico de la noche de San Juan. Derramaban cera derretida en jofainas con agua, y luego trataban de descifrar el jeroglífico que escribían los chorros de cera al solidificarse sobre el líquido. Siempre creían descubrir una letra o una figura simbólica. La letra era la primera del nombre del novio que esperaban.

—Mira: parece una ene.

—Sí. Nazario..., Nemesio..., Nicolás... ¡Yo creo que tiene que ser Nicolás!

—O Niceto.

—No, no. ¡Nicolás!

Otras veces la masa de cera presentaba un hipotético parecido con un barco.

—¡Viaje! —exclamaba una—. Y viaje por el mar...

Si la figura era totalmente indescifrable aun para la imaginación más audaz, la interesada rogaba al santo.

¡San Juan, San Juanito,
háblame clarito!

Magdalena creyó ver una clarísima E. No hizo ningún comentario ante sus amigas, pero se sintió gozosamente turbada. Emilio se había librado al fin del maléfico dominio de Mercedes y, tras algunas vacilaciones, empezaba a sentirse atraído por ella. Lo decían sus miradas y sus sonrisas. No se había atrevido a hablar aún, pero era de esperar que de un momento a otro se decidiera a hacerlo. El final de tan larga espera estaba llegando... Y con la clara revelación de la cera ya no podía quedar ninguna duda: era una E, y el nombre, Emilio...

Mercedes no quiso probar fortuna y aprovechó el general bullicio para deslizarse

por entre las sombras y desaparecer en dirección al puente del ferrocarril. Andaba de prisa, buscando los ángulos donde la noche era oscura. Tras ella quedaba el vocerío de la chiquillería, enardecida por las fogatas, los chillidos de las mujeres y los roncros trémolos de las canciones de los hombres. Aquella marcha era como una huida, y ella pensó que efectivamente huía, que era como una oveja que abandonada el redil. Sintió miedo y se detuvo. Nunca se veían de noche, pero él le había dicho aquella tarde:

—Te esperaré junto al puente del ferrocarril esta noche.

Nada extraordinario se notaba en su voz ni en su mirada. Y ella prometió ir y, sin embargo, ahora la atenazaba el miedo.

La noche, como una gran sombra errante, pasaba por el cielo perezosamente, seguida de un cortejo de estrellas enamoradas. Una emoción tierna, una dulce angustia, un anhelo estremecido, que flotaban en el aire, excitaban la voluptuosidad de los sentidos. Mercedes quedó penetrada, transida, de aquella extraña y perturbadora zozobra. Presentía el peligro, pero no de una acometida brutal, sino de algo que acecha como una embriaguez. Como en algunos otros momentos de inconsciente exaltación, hubiera deseado correr desnuda entonces por un campo de tiernos trigales, y abandonarse al viento, y sentir las salpicaduras del agua de un arroyo limpio y fresco, y gritar la alegría de su juventud... Pero eso era una locura. No. Eso, no.

Estaba a punto de desistir y de volverse cuando vio que del oscuro seno del río surgía un hombre que salvó de un agil salto el pretil, quedando erguido a pocos pasos de ella. En esbelta figura destacaba la albura de la pechera de su camisa. Mercedes oyó un tenue y cariñoso silbido. Era él.

La locura, aquel impulso de correr hacia lo desconocido, que rechazara segundos antes, se apoderó nuevamente de ella. Y llegó junto al hombre casi en un vuelo, con el aliento entrecortado. El Granaíno tenía dos caracoles de rizado pelo caídos sobre la frente y la miraba y la sonreía muy turbado. Los dos alientos vehementes se confundían.

Sin decirse una palabra se emparejaron y, muy juntos, echaron a andar en dirección al puente. Él llevaba a la mujer abrazada por la cintura, y los pasos de ambos, sobre el desigual camino, eran vacilantes y breves. Los dos cuerpos, tan unidos, parecían trazar una danza lenta y ondulante, de ritmo voluptuoso... La noche, redonda, se derretía como una gota de almíbar...

Ella sentía sobre la cadera la presión de la mano del hombre, que aumentaba nerviosamente la vehemencia posesoria, y ello le hizo perder el último contacto con la realidad. Fue como si aquella mano la levantara sobre la tierra y la arrastrase a una fascinante carrera sobre un campo de nubes. La sangre se precipitaba por sus venas con frenesí de torrente clamoroso. Ella misma se oía el estruendo de aquella riada sobre el hondo abismo de su corazón. Y en el silencio que los rodeaba percibía también el golpeteo del otro corazón, que sonaba sordamente como un tambor lejano.

Bajo el puente, el silencio y el vacío seguían envolviendo a los amantes. Mercedes no vio los restos del vivaque de gitanos y mendigos que allí habían pernoctado, ni sintió la grotesca canción de las ranas croantes entre el cieno... Sus pechos saltaron de pronto por entre la botonadura de la camisola y se rompió en el aire una pompa de sus perfumes íntimos... Todo su cuerpo fue presa de una caricia angustiosa... El hombre irradiaba fuego y ella se encontró sin fuerza y sin pudor...

Un tren tardío se precipitó sobre el puente de hierro, haciendo retemblar y crujir todas sus metálicas articulaciones. Fue como un huracán estruendoso que apagó el grito ritual y desvaneció el postrer suspiro.

Mercedes abrió los ojos, y entonces pudo ver la noche a través de las vigas y las traviesas del puente. Lejos, muy lejos, estridía el pitido del tren, y muy cerca se levantaba del cieno el clamor de las ranas. Oyó que él decía:

—Es como si te hubiera robado.

Ella se dio cuenta entonces de que algo, no sabía qué, se le había evaporado, de que había perdido algo muy personal, muy íntimo, muy suyo, tal vez su aroma. Era como un jazmín exhausto.

—No importa que no te haya podido llevar al monte en la grupa de mi jaca, tal como pensé hacerlo siempre. No importa...

Mercedes percibía la marea ascendente del croar de las ranas, como un coro de murmuraciones... Las estrellas, vistas por entre los claros de los lingotes de hierro, eran como otros tantos ojos espías. Sintió vergüenza. El pudor despertó en su carne como un escalofrío. Y entonces recató los senos desbordados.

—No importa —repetía él—. Has sido mía por mí, sólo por mí. ¡Ahora te quiero de verdad, Mercedes!

Ella seguía callada, con los ojos muy abiertos, clavados en lo alto. Unos ojos de sonámbula, asombrosamente hermosos. Un chorro de luz blanca, filtrándose entre los altos hierros, goteaba sobre su rostro, iluminándolo, pero parecía que el pálido resplandor brotaba de su carne transfigurada. El Granaíno se incorporó un poco hasta dejar en sombras la cara de la mujer. No obstante, los ojos sonámbulos no parpadearon siquiera. Él la miraba ya casi con miedo. Le acarició las mejillas.

—¿No me dices nada, mujer?

Los ojos de Mercedes se llenaron de lágrimas silenciosas. Cerró los párpados y el llanto fluyó por entre las pestañas.

—¿Qué quieres que te diga, Pepe? Te lo he dado ya todo, todo...

Las palabras acabaron en un sollozo trémulo, amordazado. Él entonces, loco de amor, casi rugió a su oído:

—¡Te quiero, te quiero! ¡Te querré siempre! ¡Te lo juro, te lo juro!

Pero Mercedes había quedado insensible a todo lo que no fuera su íntima congoja. El Granaíno desesperado por aquella mudez y aquel llanto estremecido, giró furiosamente la cabeza en sentido contrario y la hundió en la sombra de su propio cuerpo. Más luz resbaló por la cara de Mercedes, que mantenía cerrados los ojos y

cuyas mejillas fulgían con las lágrimas...

El Granaíno se retorció y gimió. Luego se volvió a Mercedes, alargando hacia su rostro un brazo desnudo.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Mira!

La muchacha abrió los ojos y se encontró frente al resplandor demencial de los de él, que flameaban.

—¡Mira, mira! —repetía fuera de sí.

Cogió la mano de Mercedes e hizo que la posara sobre el brazo desnudo. Ella sintió entre sus dedos una caliente y pegajosa humedad.

—¡Sangre! —gritó sobresaltada, olvidándose de pronto de su propia pena—. Pero ¿cómo te has herido? ¿Qué te ha pasado?

—La he hecho saltar con mis propios dientes...

Se había mordido el brazo hasta sentir en la boca el sabor de la sangre que fluía de las venas cortadas por los afilados cuchillos de sus dientes. Mercedes no podía comprender el motivo ni el significado de aquella bárbara tortura y buscaba una explicación en los ojos del Granaíno, mirándole ansiosamente.

—Por esta sangre te juro, Mercedes, que te quiero y que no te abandonaré nunca.

Lo dijo en un tono solemne y trágico. Estaba pálido, desafiante, conmovido. Atrajo furiosamente la cabeza de la mujer sobre su moreno pecho desnudo.

—No tienes nada que temer. Te protejo yo...

Ella oía el fuerte y hondo clamor de su corazón. La sangre brava del hombre tenía una voz como la del viento y de la tormenta. Una voz sin falacias, ronca de pasión.

—Nos casaremos. No hay mejor firma que la de la sangre.

Mercedes hubiese querido entonces vivir eternamente reclinada sobre aquel pecho, sintiendo el calor y el tumulto apasionado de su sangre. O morir así, que, en el amor, la vida y la muerte, el placer y el dolor, se identifican y se confunden, como todas las dimensiones, en el infinito...

* * *

La tristeza del amor es siempre una tristeza de madrugada. El cerebro está oscuro y cansado, y los nervios buscan el redil del sueño como un rebaño perdido en la noche. Las frías nieblas medulares apagan todas las lumbres de la pasión. La carne prende de los huesos, y los ojos miran como espejos empañados.

Mercedes siguió unos momentos aún, muda y atónita, contemplando las ruinas de la noche de los deseos. De las márgenes del río llegaba un soplo ligeramente húmedo que la hizo estremecerse. Y los ecos de la copla postrera se hincharon en el aire por última vez...

Empujó la puerta quedamente. Su andar era furtivo y blando como el de una sombra, porque temía los ojos sin sueño de Antonio. Pero al pasar junto a su lecho, lo vio vacío e intacto. Mercedes se detuvo sorprendida. Quiso pensar y no pudo. Le

pesaba tanto el cuerpo...

Mientras se desnudaba a tientas, recordó oscuramente que Antonio solía levantarse algunas madrugadas y se lanzaba a largos paseos por el campo. Él nunca hacía referencia después a estas salidas, y para ella eran simples rarezas de aquel hombre incomprensible. Tal vez el insomnio le hubiera arrastrado fuera... Tal vez habría pasado junto al puente de hierro... Tal vez la hubiera visto volver abrazada por el Granaíno... Pero no sentía ningún remordimiento interior. Ahora todo sería distinto ya. Distinto, sí. Empezaba una nueva vida... Mañana...



Tiempo de cocido.
[Foto de Alfonso]





Buscadores en las montañas de basura,
en Tetuán de las Victorias.
[Foto: Alfonso]

VII

Con el polvo y las moscas llegaron los gitanos. Y con su odio al agua, al trabajo y al orden civil. Mugrientos, desharrapados, de movimientos sinuosos y lascivos y de ojos rapaces... Mienten, suplican, engañan, acechan, sorprenden... Su altivez es pura farsa; su aristocracia, una burda leyenda; sus extraños atavismos, un truco convencional para sus granjeras.^[54]

Llegaron los gitanos y se extendieron sobre las márgenes del río y cabe sus puentes. Algunas familias acamparon alrededor de la «Colonia sin Ley», y comenzó a verse por allí los hombres morenos y cabelludos, y mujeres de largos vestidos multicolores, y chiquillos churretosos... Los hombres seстеaban o se iban a esperar a las tabernas. Las mujeres viejas se pasaban las horas fumando, y las jóvenes tendían a los viandantes sus largas manos de uñas negras, pidiéndoles tabaco o limosna a cambio de una buenaventura. Por las noches, embadurnadas de pinturas y de aceites, merodeaban por las esquinas de las calles adyacentes ofreciendo sus presuntos encantos. A veces conseguían seducir a algún incauto y arrastrarlo a las márgenes del río. La escena era siempre la misma: cuando el pobre donjuán creía llegado al fin el instante supremo, aparecían dos o tres gitanos que se lanzaban sobre él y, tras apalearle, le despojaban de cuanto llevara de algún valor. La gitana, mientras tanto, se soltaba las faldas y huía. Y allí quedaba el insensato amador, maltrecho y despojado.

Los habitantes de la colonia recibieron a los *cañís*^[55] con hostilidades manifiestas. No les dejaron penetrar en el interior del barrio, por temor a sus depredaciones y a sus maléficos influjos. Cada habitante de la colonia podía hacer «su vida» fuera de sus límites, pero de ellos para adentro tenían que someterse —y de hecho se sometían— a una sola ley sin distinguos: el respeto a la propiedad de los demás. Podían quedarse las casas abiertas, podían las mujeres tender al aire sus ropas sin temor. Nadie las tocaría, ni siquiera los chiquillos. Cualquier atentado contra este derecho dejaba al infractor fuera de la comunidad. Algún osado que transgredió la norma, seguidamente fue obligado a abandonar la colonia para siempre. Y no era la víctima del robo la única que juzgaba y condenaba, sino que era la colectividad en pleno la que actuaba en esos casos unánimemente, como un solo hombre.

Melquíades, el ciego, fue uno de ellos. Vivía solo en un embudo como en una zorrera. Cada mañana se colocaba las gafas negras y se iba a pedir a la plaza de Legazpi, junto a la parada del tranvía. En tres o cuatro horas recaudaba lo suficiente para poderse comprar unas sardinas arenques que le produjeran sed y unos litros de vino que se la calmasen. El resto del día lo pasaba durmiendo la cotidiana borrachera en su cubil. Que no era realmente ciego lo sabían todos, pero respetaban sus artes para poder vivir e incluso les parecía incuestionablemente legítimo el procedimiento.

Melquíades vivía, pues, honestamente. Tenía seguro su jornal y estaba a salvo de

cualquier contratiempo en el ejercicio de su profesión, pues si alguna vez se atrevió alguien a dudar de su desgracia, sabía muy bien lo que tenía que hacer para borrar toda sospecha. Se quitaba las gafas y con los dedos tiraba de los párpados inferiores al tiempo que escondía las pupilas bajo los superiores. Así aparecía la amarillenta córnea entre los labios hinchados y sangrantes de sus párpados sin pestañas, corroídos por el tracoma. Era una visión atroz que hacía parpadear a cualquiera y sentir un súbito escozor en los ojos. Melquíades acompañaba el gesto siempre con las mismas palabras:

—Me los abrasé en una fundición. ¡Que Santa Lucía bendita te los conserve, hermano!

Era un golpe teatral de efectos fulminantes. El suspicaz y todos los que le rodeaban en ese momento quedaban conmovidos y espantados, y las limosnas llovían sobre el chambergo del mendigo.

Pero la vista le perdió, precisamente la vista. De regreso a su refugio, en una tarde fría y ventosa, vio en un tendedero de la colonia una flamante camiseta de felpa. Pudo más el instinto que el temor. De una rápida ojeada se cercioró de que no le veían y... un tirón y la prenda desapareció en un santiamén bajo su chaqueta...

Por la noche tuvo lugar el consejo.

—Pero, bueno, ¿quién le ha visto coger la camiseta?

—La Tuna.

Compareció la vieja.

—Yo lo vi, sí. Y él no pudo verme, porque yo estaba en cuclillas detrás del paredón del Sinfo. Como está una así de la vejiga, tiene que andar saliendo a cada dos por tres. Y, claro...

—¡Basta!

Se dirigieron en grupo hacia el agujero. Un hombre se agachó y metió medio cuerpo en la madriguera. En seguida reapareció tirando de los pies de Melquíades, que se revolvía en sueños, como si le agitase una pesadilla. Le abrieron la ropa. Bajo la mugrienta chaqueta apareció el cuerpo del delito, que se destacaba por su blancura. Uno de los presentes examinó la camiseta.

—Mía es —dijo.

—La misma —corroboró su mujer.

—¿La vi o no? —preguntó triunfalmente la Tuna—. Si cuando yo digo una cosa...

—¡Cállese!

Desnudaron a Melquíades. La camiseta pasó a manos de su legítimo dueño. El borracho abrió los ojos y se estremeció de frío. Un círculo de caras hostiles se cerraba sobre su cabeza. No podía darse cuenta de nada, pero le levantaron y, sostenido por dos hombres, le obligaron a andar. Tal vez pensó que le llevaban preso.

—No he hecho nada —decía dificultosamente—. Soy un pobre ciego... Me abrasé los ojos en los Altos Hornos de Bilbao... Bueno: veo algo, pero no mucho...

Le levantaron en alto y le arrojaron al río.

—Ahora se le quitará la borrachera.

Melquíades reapareció al día siguiente en su puesto de trabajo, junto a la parada del tranvía, pero no se atrevió a volver por la colonia.

Los gitanos, pues, se encontraron frente a una unánime resistencia. Por su parte decidieron no intentar nada que pudiese desatar la violencia contra ellos, porque de antemano sabían que les tocaría perder.

—¡Ojú, qué payos estos! ¿Qué pueden temer? ¿Que les quitemos los piejos?

Y los hombres pasaban por los límites señalados, y las mujeres gritaban continuamente a sus chiquillos para que no forzasen la frontera.

Los de la colonia despreciaban profundamente a los gitanos. Frente a ellos se sentían superiores y recobraban todo el orgullo perdido. El verlos vagabundear sin más refugio que los puentes y sus míseras tiendas de campaña, en huida sin objeto y sin fin, los inclinaba a revalorar su propia posición de seres sedentarios que tenían un cobijo seguro, un hogar estable y unas relaciones de vecindad absolutamente normales. Todo un extraño sentido conservador y burgués se despertaba en ellos, mostrando unas exigencias despiadadas.

—Si a mí me dejasen, acababa bien pronto con estos geles. Un pico o una pala a cada uno y, hala, a aplanar cerros.

—Se morirían antes, hombre...

—Pues eso...

* * *

En las horas medias del día, el calor era insoportable en la colonia. Todo el ardor de la ciudad se desbordaba por sus límites y caía sobre aquellos parajes. El aire encendido se quedaba quieto allí y se enturbiaba formando una neblina que, vista desde lejos, podría confundirse con el vaho de un incendio. El sol pasaba por todo lo alto con una lentitud cruel, torturadora, vengativa, como si efectiva mente pretendiera quemar aquel montón de míseras cha bolas. Sus rayos no encontraban obstáculos en su camino y se hincaba con furia en las débiles techumbres de latas y lonas, atravesándolas.

En los días tórridos, las paredes, recalentadas, despedían fuego, y las pobres gentes tenían que abandonar sus casuchas si no querían perecer de asfixia. Entonces las mujeres y los niños se desparramaban por la raquíca alameda en busca de aire respirable, a la sombra de los árboles. Los chiquillos, totalmente desnudos, se lanzaban al enjuto cauce, a chapotear como ranas en los charcos de agua maloliente. Ellas se tendían sobre mantas en el suelo, despechugadas y sudorosas. La modorra las paralizaba de tal manera que ni aun para hablar tenían ánimos. Eran unas horas de paz, de quietud, de parálisis. La colonia parecía un poblado cuyos habitantes hubieran huido aturdidamente ante la amenaza de un gran cataclismo, sin poderse llevar sus

enseres. Y la alameda y la orilla el río, con las mujeres tumbadas en el suelo o recostadas en el pretil y los niños desnudos corriendo por los charcos, presentaban el aspecto del alto en el camino de una tribu errante...

Sólo don Óscar, el estaquero, aguantaba, incommovible, dentro de su garito, junto a su tabaco y sus sellos, sentado tras el mostrador. La calva entonces exudaba abundantemente como si se le derritieran todos los humores sebáceos del cuero cabelludo, mondo y lirondo. El sudor le caía sobre los ojos extáticos, haciendo su mirada más turbia y desvanecida. Podía hacer un calor de infierno, pero él no se quitaba la negra corbata, como si prefiriera la muerte a la pérdida de la dignidad. No hacía más excepción en sus costumbres habituales que distraer sus manos del trabajo de liar pitillos para emplearlas en mover el mosquitero que se había fabricado con una caña y unas tiras de papel. Las moscas eran su terrible enemigo, las moscas que zumbaban en su derredor y que le picoteaban la calva. Pero a pesar de ello las combatía pausadamente, con movimientos de péndulo cansado. Nadie le vio dormir en esas circunstancias, ni siquiera cerrar los ojos, ni parar el mosquitero... Si alguna vez entraba, por excepción, un cliente en esas horas, no le dejaba nunca exponer sus deseos.

—Vuelve luego.

Era inútil insistir y el presunto comprador tenía que marcharse con las manos vacías, a veces con unas rabiosas ganas de fumar. Y el estanquero, como un buda soñoliento, seguía imperturbable, moviendo perezosamente el espantamoscas...

El marido de la Mellada hacía ya varias semanas que se había marchado a «hacer el verano» en la sierra. Allí, durante los tres meses de la estación, era posible reunir unos cuantos cientos de pesetas, además de matar todo el hambre del año con las sobras de comida que le daban los veraneantes. La Mellada salió a despedirle hasta la carretera, llevando a los dos rapaces cogidos a sus faldas.

—Ya sabes lo que viene de camino —dijo a su hombre, apuntándose el vientre.

El hombre asintió con un gesto vacilante y tímido.

—Así que si te gastas las perras en vino, no se te ocurra volver por aquí...

Él, que estaba impaciente por emprender la marcha, no aguardó más. Se lanzó a la carretera y empezó a caminar con toda la rapidez que le era posible. No volvió la cabeza para un último adiós, pero pudo oír las últimas exclamaciones de su mujer:

—¡Te mato si vuelves sin perras!

El hombre apretó aún más el paso, como si huyese. Iba contento porque se imaginaba ya las siestas en las sombras de los pinares tras opíparos banquetes, y porque dejaba atrás el terror. Iba hacia la libertad absoluta de los mendigos que, como las cigarras, viven un verano opimo^[56] y perezoso. No quería pensar en su mujer de mirada torva y de puños duros como mazos. No quería acordarse de su cadera rota, de sus greñas, de su boca mellada. Una alegría como la del vino, caliente y aturdida, se le fue subiendo a la cabeza. Y rompió a cantar en voz baja una copla de su mocedad...

En el quiosco del Araño los escasos concurrentes dormitaban echados de bruces sobre las mesas. La sombra del tinglado de cañas, sacos y lonas, apenas aliviaba la agobiante pesadez del bochorno. El Araño, rojo como una amapola, solía sentarse en la escalerilla del puente con su caja de tabaco entre las piernas. El pobre hombre luchaba como un centinela heroico con el sueño que tenía rigurosamente prohibido, y se esforzaba en mantener abiertos los ojos, velados por una brumosa agonía. Era un suplicio espantoso. Cuando una vez claudicó dejando caer la cabeza sobre la caja de tabaco, el despertar no pudo ser más hosco y desagradable. La Araña le volcó un cubo de agua sobre la cabeza, gritándole:

—¿Dónde está el tabaco? Te lo has dejado quitar, idiota.

El hombre abrió los ojos espantado, sin poder respirar. Buscaba el tabaco, cegado por el agua que le chorreaba de la cabeza, y no lo encontraba. Quiso hablar y no pudo sino escupir el agua y tartamudear. La Araña le hizo entonces entrar en el quiosco y fregar todos los cacharros, «para que tuviese los pulsos frescos y no se volviera a dormir». Luego le presentó el tabaco que ella le había quitado, diciéndole:

—Gracias a que yo vigilo, que si por ti fuera, estaríamos pidiendo limosna por las esquinas...

Pero por lo general en torno del quiosco gravitaba un silencio espeso, de moscas y polvo. Y mientras los demás, obnubilados, se hundían en la inconsciencia, la Araña permanecía insomne, vigilando y soñando...

* * *

La Araña vigilaba y soñaba... Una tarde de aquéllas, pasadas ya las terribles horas de ahogo, cuando un leve soplo de brisa que bajaba por el río despertaba el movimiento en aquellas gentes, la Araña atendía, de codos sobre el mostrador, a la conversación que en la mesa más próxima sostenían algunos asiduos. Eran los primeros que habían llegado a refrescarse a la vuelta de sus quehaceres.

Llevaba la voz cantante el Pingo, que presentaba a sus amigos al último pariente llegado del pueblo. El tal pariente era un hombrecillo de unos cincuenta años. Vestía el mismo traje negro con que se casó y se cubría la cabeza con un fieltro pardo y seboso. Tenía unos ojillos chispeantes bajo las pobladas cejas y una falsa sonrisa en perpetuo revoloteo sobre los labios.

—Este Lucas —decía el Pingo— lo ha sabido hacer bien desde el primer día. Nada más llegar a Madrid, se colocó de peón en una obra. Él no venía para eso, claro...

El Lucas acentuó la malicia de sus ojillos y se abanicó con cierto aire de suficiencia.

—¡Ni hablar, hombre, ni hablar! Pero de momento había que asegurarse algo. Yo ya sé que el trabajo no da para nada, pero yo necesitaba que alguien costeara mis gastos.

—En seguida se dio de baja por enfermo —continuó el Pingo—, y ya pudo empezar el trapicheo, trayendo jamones y chorizos del pueblo para vendérselos a los señoricos de aquí.

—¡A ver! Con lo que cobraba del seguro me pagaba los viajes y, al paso, me iba orientando por estas tierras.

—¡Vaya tío! —exclamó uno de los oyentes—. ¿Y cuánto tiempo estuviste así, compadre?

—Trabajando una semana y accidentado tres, pues todo el invierno. Así pude traer a mis dos chicas y ponerlas a servir. Al muchacho mayor le compré un carrillo y lo dediqué a vender pescado por las barriadas de las Ventas. Yo abrí una tenducha donde vendo de todo. Esto lo llevan mi mujer y mi Juan, que es el más pequeño de mis hijos. Y cuando todo estuvo en marcha, dejé el trabajo de la obra...

—¿Y ahora?

—Pues a lo que salga.

—El Lucas siempre se dedicó al trato. En el pueblo no había otro como él para eso —aseveró el Pingo.

—El campo, para los lobos.

Y el astuto Lucas guiñó un ojo.

—Para los chalaos. Yo me sobé bien los lomos por aquellos balates. Y ¿para qué? Luego vine a Madrid y me seguí sobando los lomos en la obra... Y... ¿para qué? —dijo uno.

—Es que todos no son tan discretos como el Lucas.

—Hay quien nace y vive en Madrid y no se entera de nada.

El Pingo pidió unos vasos de vino con limón. Mientras se lo servía, el fino oído de la Araña percibió un ruido insólito en aquellos parajes, que le hizo sacar la cabeza por fuera del mostrador y mirar hacia atrás. Efectivamente: por la espalda del quiosco venía lentamente un automóvil.

—¡Un auto! —gritó alguien.

Nunca penetró hasta allí un coche, y por eso su súbita aparición constituyó una sorpresa general. Chicos y grandes clavaron sus miradas en él, y hubo un movimiento unánime en aquella dirección. La Araña se puso rápidamente un impecable delantal blanco que guardaba muy plegado en espera de una casualidad, y salió por la pequeña puerta trasera del quiosco.

El automóvil se detuvo tras un ruidoso suspiro del motor, y descendieron sus ocupantes: dos hombres y dos mujeres. Ellos vestían camisas a cuadros y pantalones cortos, y ellas, unos vestidos de tonos alegres, muy escolados. Uno de los hombres llevaba pendiente del cuello una máquina fotográfica. El coche aparecía cubierto del polvo de un largo camino y sobrecargado de maletas en la baca.

Después que estiraron sus miembros y echaron un vistazo por los alrededores, comenzaron a hablar entre sí en un idioma extraño. Se reían constantemente, enseñando unos dientes muy limpios. La Araña los contemplaba con avidez, tratando

de adivinar sus pensamientos, ya que no podía entender una sola de sus palabras.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, después de una amigable deliberación, uno de los hombres se dirigió a la Araña.

—Sed —díjole, acompañando la palabra con un expresivo gesto de las manos.

Los demás sonrieron mirando a la Araña y haciendo signos afirmativos con la cabeza. La Araña, que había comprendido rápidamente, se escabulló por la puertecilla del quiosco. Mientras destapaba unos botellines, sacó la cabeza por fuera del mostrador.

—¡Son turistas! Seguramente, americanos —dijo con un mal disimulado pavoneo. Se lo he notado en el habla...

El Pingo y sus amigos no demostraron ningún gran asombro. Uno exclamó:

—¡Que les frían un huevo!

El Pingo se acercó al mostrador.

—¡Mételes bien los dedos, no seas tonta! ¿Turistas? Pues que paguen.

La Araña no contestó. Bien sabía ella lo que tenía que hacer. Bien lo tenía pensado y requetepensado. Salió de nuevo del quiosco y ofreció a los viajeros, con la mejor de sus sonrisas, los cuatro botellines que había colocado sobre una bandeja. Ellos le agradecieron el servicio con una blanca sonrisa, y, sin más contemplaciones, cogió cada uno su botellín. No bebieron, sino que se enjuagaron la boca y escupieron después el líquido efervescente. Las mujeres dejaron asomar un gesto de desagrado, y a sus exclamaciones, hechas con grititos y voces de pájaros, ellos respondieron encogiéndose de hombros con cierto aire de resignación. La Araña aguardaba mientras tanto, presa de contradictorias emociones. Al fin, el que llevaba la voz cantante extrajo del bolsillo de la camisa un pequeño fajo de billetes. Los ojos de la Araña fulgieron y su sonrisa se hizo más apretada y cortés. Un pensamiento estalló en su frente como un golpe de gong: ¡eran los primeros clientes de categoría que pasaban por sus manos! Y un calambre le recorrió todo el cuerpo.

El hombre aquel, de mirada simpática y gentiles ademanes, la fascinó momentáneamente y cogió lo que le daba sin atreverse a mirarlo. Después, el hombre dio media vuelta y fue a reunirse con los demás...

La Araña abrió la mano temblorosa... ¿Se le habría nublado la vista? Pero no. Ella tenía unos ojos infalibles para el dinero. En la palma de la mano no había más que un billete de cinco pesetas. ¡Un billete de cinco pesetas! Toda su bravura se le subió a la cabeza. Se creyó burlada, estafada por aquellos extranjeros. Corrió hacia el hombre y le tocó en un brazo. Él se volvió, sorprendido, y los otros tres se quedaron expectantes. La Araña, para hacerse entender fácilmente, mostró el billete y negó enérgicamente con la cabeza. El extranjero acentuó su gesto de sorpresa, pero se echó mano inmediatamente al bolsillo del dinero. Sacó nuevamente el fajo de billetes y le dio otro, también de cinco pesetas. La Araña volvió a denegar con rabia. Entonces el hombre dijo algo ininteligible, al tiempo que abría mucho los brazos y miraba al cielo. La Araña, impertérrita, le mostró bien claramente cuatro dedos de su mano.

—¡Son cuatro duros! —gritó, por si acaso.

El turista abrió mucho los ojos, asombrado, y exclamó:

—¡Oh!

Se dirigió a sus compañeros, hablando acaloradamente. Las dos mujeres, al unísono, repitieron:

—¡Oh!

El de la máquina fotográfica hizo un gesto de indiferencia y se puso a mirar a los chiquillos desnudos que corrían por el cauce fangoso del río.

Con los cuatro duros, al fin, en la mano, la Araña se retiró a sus posiciones. Echaba chispas de indignación.

—Esos tíos no son turistas ni nada.

El Pingo se echó a reír.

—Pero tú...

—Les he puesto una banderilla como si lo fueran. ¡Pues no faltaba más!

—¡Olé!

Los turistas dieron un corto paseo siguiendo el pretil del río. Miraban descaradamente a todos lados con gestos fiscales, pasando por entre los curiosos que los rodeaban con un aire de protectora superioridad. Volvieron luego sobre sus pasos y, al llegar a la altura del quiosco, se detuvieron. Los hombres hablaban entre sí señalando a diversos puntos y, con insistencia, al grupo de muchachuelos desnudos y al caserío miserable del barrio. Las mujeres, por su parte, se despatarraron sobre el pretil. Eran dos hembras, en buena edad todavía, algo carnosas, con un especial atractivo de plenitud sana y limpia.

Los hombres de la colonia, que se habían arremolinado allí, se relamían ante el espectáculo ofrecido por las dos señoras. Se guiñaban recíprocamente los ojos y en voz baja se iban comunicando los respectivos descubrimientos bajo las faldas inquietas.

—Si no llevan ni bragas...

—Mejor, bobo.

—Estas fulanas no las necesitan, por lo visto.

Sin embargo, las mujeres de la colonia las miraban con un turbio rencor. Cuchicheaban palabrotas y denuestos contra las extranjeras. Y una, desg्रेñada y con humo de anafe cristalizado sobre la piel, escupía:

—¡Guarras, guarras, más que guarras!

Pero las que promovían toda esta expectación permanecían impasibles, incapaces tal vez de concebir una tan apasionada polémica sobre tan exiguos vestigios de su venustidad...^[57] Tal vez pensarán que aquella estúpida y elemental curiosidad era producida por el detalle de sus vestidos, o de sus joyas, o de su aire exótico y distinguido...

De los dos extranjeros, el que llevaba la máquina foto gráfica hizo señas a los chiquillos para que se acercasen. Pero los rapaces, al oír las extrañas palabras y

advertir los gestos del desconocido, se aturdieron, y en vez de reunirse se esparcieron aún más. El hombre de la máquina había dejado de sonreír y mostraba una franca contrariedad. Se volvió a mirar hacia las chabolas. Ante el visor aparecían, en primer plano, un grupo abierto de viejas, chiquillos y mujeres, y al fondo, la cancerosa y disforme arquitectura de la colonia. Preparó la máquina y, cuando se disponía a disparar, una sombra imprevista le hizo levantar la cabeza y mirar a un hombre que se había interpuesto entre la máquina y el objetivo. Era Antonio. Había surgido inesperadamente de entre el grupo de curiosos. Estaba serio y movía negativamente la cabeza. El extranjero, nuevamente asombrado, le enseñó la máquina, y, por si no hubiera visto ninguna semejante en su vida, gritóle:

—¡Fotografía!

Antonio dio a entender con un gesto que sabía de qué se trataba. El extranjero entonces sonrió. ¡Vaya, ahora ya sería más fácil llegar a un acuerdo! Pero Antonio volvió a denegar con la cabeza.

—¿No? —preguntó aquél.

—¡No! —respondió Antonio.

El extranjero dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, anonadado por aquella inexplicable y absurda oposición. Las señoras se levantaron, un poco alarmadas también. El otro permanecía inalterable, creyéndose, sin duda, muy por encima de la situación.

—Quieren haceros unas fotografías para enseñaros luego por ahí como a bichos raros. ¿Qué os parece?

Antonio se había dirigido en voz alta a la concurrencia. La masa se acercó en silencio, sin saber qué decir. Pero uno de atrás gritó:

—¡Que se vayan a su tierra!

Entonces todos los rostros cambiaron su expresión estólida por una crispación de iracundia. Las mujeres soltaron en seguida sus lenguas indomables.

—¡Guarras!

—¡Maricones!

Los extranjeros miraron instintivamente a todas partes en busca de auxilio. Hasta el más altanero e indiferente de los dos hombres palideció al comprobar que estaban a merced de aquellas gentes airadas. Entre la ola amenazante y ellos se interponía solamente la débil y pálida figura de Antonio. Y a él dirigieron sus miradas.

—¿Qué se os ha perdido aquí a vosotras? —gritó Antonio a las mujeres de la colonia—. Más vale que os dedicarais a cuidar a vuestros chicos que a insultar a estos extranjeros. ¿Qué van a pensar de nosotros ahora? ¡Hala, fuera!

Las mujeres enmudecieron. El Pingo gritó:

—Tiene razón el señor Antonio. ¡Las mujeres, a casa!

Antonio miraba ahora a los extranjeros con sus ojos tristes y serenos y los sonreía amigablemente. Y ellos recobraron de pronto la tranquilidad. Nadie les salió al paso. Ni una sola voz insultante estalló a sus espaldas. Otra vez la mirada de la multitud

perdió el brillo de la iracundia y se veló de estolidez. Así pudieron llegar al coche sin obstáculo. Antonio respondió a su saludo de despedida apoyado en la esquina del quiosco.

—¿Verdad que estos tipos no son turistas, señor Antonio?

El coche se perdía ya entre una revolera de polvo.

—¿Qué decías?

—Que si a usted le parecen turistas esos fulanos —repitió la Araña.

—¿Turistas? No sé.

Antonio se encogió de hombros. Luego golpeó amistosamente una de las manos de la Araña extendidas sobre el mostrador.

—¿Qué más da, mujer? Son hombres y mujeres como nosotros, aunque ellos no lo crean...

Y se fue hacia su chabola, dejando en el aire un jeroglífico que la hija y nieta de taberneros no podía descifrar. A ella sólo le preocupaba el que pudiera haber turistas tacaños. Ello alteraba sus planes. No, no eran turistas. Seguramente...

—¡Eh, tú! Pero ¿en qué estás pensando? Venga, danos otro media botella con limón.

Sirvió al Pingo mecánicamente. Ella seguía soñando...

VIII

Antonio sentía que la desazón y un malestar inexplicable se iban apoderando progresivamente de su espíritu como si fuera objeto de una lenta infiltración patógena. Eran una angustia, un desconuelo, una sensación de abandono y de soledad que a veces le enternecían hasta el llanto vergonzoso, y otras le sobreexcitaban como un prurito. De noche, sobre todo, se perfilaban las oscuras sensaciones hasta tomar voz, como si los mil fantasmas desconocidos aguardasen las sombras del sueño para asaltarle como piratas. Muchas veces se despertaba de pronto como si le llamasen. El fenómeno era antiguo, pero antaño lo experimentó en raras ocasiones y sin más trascendencia. Mas ahora se prodigaba y eran contadas las noches en que no se despertaba sobresaltado por el llamamiento de las voces. Solía restregarse los ojos, incluso pellizcarse, para convencerse de que estaba bien despierto. Transcurría un angustioso silencio y, cuando al cerrar los ojos de nuevo intentaba dormir, volvía a oír la voz, más lejana, más dulce, con un acento más profundamente humano.

Cuando el hecho adquirió cierta frecuencia, se lo explicaba a sí mismo diciéndose: «¡Bah, son los nervios que me fallan!». Después llegó a una conclusión triste y resignada: «Vaya, esto debe ser un síntoma de senilidad». Hasta entonces, la lucha contra el insomnio y las alucinaciones se debatía bajo las mantas. Planteábase cualquier largo problema aritmético, y así conseguía escapar al acoso de los fantasmas oníricos. Pero una noche, cuando abría desesperadamente los ojos en la oscuridad, la voz se dejó oír tan claramente, como si alguien le llamase desde la puerta, que se lanzó del lecho y salió de la chabola a medio vestir. No había nadie. Eran las postreras horas de la noche; pero todo estaba aún sumido en la quietud y en el sueño. Sólo algún que otro coche, que corría como asustado por la carretera, rompía el éxtasis nocturno. Sin embargo, Antonio notó como un vacío de expectación, ese hueco que tenemos que llenar cuando se nos espera. Y la voz, que se iba rodando como si suavemente la arrastrase el viento.

Anduvo por la orilla del río, envuelto en la tibieza de invisibles compañías. Tenía la sensación de que algo le rozaba como un aliento, y oía palabras susurradas que no podía entender. Creyó que tendría fiebre. Y tuvo que sentarse, temiendo que el mareo le hiciera caer. Miró entonces al cielo, y la difusa luz de las estrellas le pareció el fulgor de una distante y amorosa mirada. Los oscuros anhelos, las inconcretas nostalgias, le subían en oleadas desde el corazón. Y lloró sin saber por qué.

Muchas noches le ocurrió lo mismo, y siempre que la aurora llenaba de claridades el cielo y la tierra, se apoderaba de él un amargo desconuelo. Luego, durante el día, su alma era como una úlcera, sensible, irritable, y tenía que sobreponerse para que su estado de ánimo no trascendiera. Encontrábase lánguido, perezoso, delicuescente,

ávido de algo desconocido. Y no encontraba más explicación que ésta: «Estoy llegando a la neurastenia».

* * *

Habían terminado de comer ya muy tarde. La estancia estaba llena de un aire ardiente y seco que mantenía una temperatura de horno. Era la terrible hora de la siesta. Fuera de la chabola, la solina, cegadora y flameante, calcinaba la tierra. No se oía un rumor, salvo los débiles chasquidos de la armazón de la casucha, que crujía como el pan tierno.

Antonio se dispuso a ojear un periódico atrasado, pero no podía concentrar su atención. El calor le dispersaba las ideas, reduciéndole a un estado de obnubilación. Por su cerebro pasaban nubes vaporosas. Sólo los procesos vegetativos de su naturaleza se desarrollaban a un ritmo caliente, bajo la presión de las células plebeyas. El espíritu quedaba así eclipsado por la furia de la animalidad rebelada.

El periódico se le cayó de las manos. Se encontró sin fuerza para inclinarse a recogerlo y se quedó mirando estúpidamente hacia donde se movía Mercedes. La muchacha fregaba los cacharros de la comida en un cubo. Antonio la vio de rodillas, descalza, al aire piernas y brazos, semidesnuda toda ella. Hasta entonces nunca había reparado en los detalles reveladores del sexo con aquella morbosa curiosidad. Era, pues, como un descubrimiento. Las piernas eran muy blancas, los muslos y las caderas insinuaban unas redondeces frutales. Al compás de su trabajo se movía su cuerpo onduladamente, y sus senos eran como dos pomas maduras que penduleasen.

«Mercedes es una mujer hermosa», se dijo.

Y siguió mirando. Pensó que, si estuviera de frente, podría verle el nacimiento de los senos. Empezó a imaginárselos y se estremeció. Entonces su mirada se hizo más ansiosa, más apremiante, envolviendo, apretando la figura entera de la muchacha. La imagen, a su vez, se le acercaba, como si creciese, hasta llenar todo el ámbito de la estancia. Los ojos se le llenaron de mujer, y su receptividad presintió la tibia y suave presión de aquella carne redonda.

Mercedes, ajena a la turbación de Antonio, se puso en pie finalmente. La flexión natural acentuó las líneas de su cuerpo e hizo que los ribetes del vestido se le recogieran sobre las corvas. Entonces sintió un rugido y le hirió en la cintura algo como un zarpazo. Se volvió rápidamente, pálida de miedo.

No gritó ni se defendió. Antonio la tenía asida por las caderas y estampaba en las suyas unas pupilas apagadas y vidriosas, como de ciego. Aquella mirada turbia, como de niebla, paralizó su instinto de resistencia. Y así el hombre pudo besarla en el cuello, sobre la gran arteria latente, y sentir en sus labios la huida atropellada de su sangre.

—¿Qué hace, por Dios?

No podía comprender el súbito estallido demencial de aquel hombre. Se mantuvo

rígida, inasequible, inanimada. No perdió la clarividencia y, pasado el efecto de la sorpresa, pudo considerar la situación desde un punto de vista dominante.

—Pero ¿qué le pasa?

Antonio soltó la presa de sus labios. Temblaba y todas sus facciones parecían hervir y derretirse como si fuesen de cera. Sus ojos se habían reblandecido.

—Me casaré contigo, Mercedes —dijo apasionadamente.

Su voz chascaba como la leña seca. Mercedes lo vio entonces grotesco, senil, ruinoso. Oscurecida la fuerte luz de su espíritu, su rostro era de puro barro. Y sintió pena y un amor casi filial por aquel hombre encanecido y flaco que le suplicaba amor. Hubiera dado en aquel momento cualquier cosa por no verle en tan humillante situación.

—Es ya tarde, señor Antonio.

—¿Tarde?

La inteligencia volvía rápidamente a los ojos de Antonio. La niebla desaparecía de sus pupilas y pudo leer en las de Mercedes un amable reproche, una infinita lástima. La vergüenza, el arrepentimiento y el horror se desataron tumultuosamente en su espíritu tras el colapso de la embriaguez carnal. Se cubrió la cara con las manos en un arranque de furia.

—¡Perdóname, Mercedes, perdóname! —exclamó sollozando—. He obrado contigo peor que una bestia.

La muchacha estaba tan conmovida, tan angustiada, que no sabía cómo consolar al desdichado Antonio.

—No hable de eso. Puede que la más culpable sea yo.

—¡No! —respondió, y su voz vibraba de ira contra sí mismo—. ¡Soy un miserable, Mercedes!

Luego se precipitó sobre el pequeño espejo de las coqueterías de Mercedes, clavado en la pared. Apoyó ambas manos en el muro y se miró de frente, como un juez implacable. Así pudo apreciar las hondas huellas del frenesí, que había quemado su rostro como la lava de un volcán. Se vio decrepito, terroso, consumido. Aún jadeaba como un perro cansado.

—No sé cómo he podido llegar a eso —murmuró.

No era aquélla la cara redonda y agraz del acólito que cantaba latines. No tenía la pureza pálida de cuando novicio, ni la gracia pensativa y melancólica de sus años de ángel. Su cara era ahora un paisaje seco, mustio, surcado de mil resquebrajaduras: un paisaje desolado de invierno. Trató de sonreír, pero la línea amarga de su boca y las arrugas de sus párpados, la contracción de sus cejas y la erección de sus tufos hicieron transparentarse en el cristal la imagen borrosa de un fauno.

—No podía ser una cosa peor: un viejo lúbrico.

Dejó, asqueado, de contemplarse y se volvió. Mercedes, sentada en una banqueta, le miraba fijamente. Antonio dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y bajó la cabeza.

—No sé por qué lo he hecho. No lo sé...

Ella no contestó.

—¿No me perdonas?

Se cruzaron sus miradas.

—Ya le he dicho que no se preocupe.

Antonio se acercó a ella y le cogió una mano.

—No te irás, ¿no es cierto?

—Lo que usted diga.

—Esto no se repetirá te lo aseguro. ¿Serás capaz de olvidar lo ocurrido?

—Ya está olvidado.

Antonio, ya recobrado totalmente, se separó de la muchacha y fue a sentarse frente a ella. Hubiera deseado poder hablar. Las palabras se van encadenando unas con otras, como las gotas de agua, hasta formar un chorro. Muchas veces no se sabe lo que se dice, pero no importa. Es la manera de salvar un momento difícil entre dos personas. Se habla y se habla como dando vueltas por un largo camino, hasta que se da uno cuenta de que el tiempo ha pasado como el viento, arrastrando la violencia que enturbiaba la atmósfera y dejando el aire limpio entre las miradas. Pero Antonio, como en otras ocasiones, no encontraba la primera palabra.

—Yo creí que usted ya lo sabía —dijo Mercedes, adelantándose.

—¿El qué?

—Lo mío con Pepe.

Antonio enarcó las cejas.

—Sigues queriéndole entonces, ¿verdad?

—Y más.

La revelación llegó así, sencillamente, más que por las palabras en sí, por su oculto sentido.

—Fue la noche de San Juan. Cuando volví a casa, usted no había regresado aún y creí que nos hubiese visto... Pensamos casarnos pronto. Yo le he dicho varias veces a Pepe que venga a hablar con usted; pero él no quiere hacerlo hasta que cambie de forma de vida. Tiene un negocio entre manos, y seguramente antes de Navidad quedará todo re suelto...

—¿Hablar conmigo dices?

—Pues claro. Él ya sabe que usted no es mi tío ni nada; pero para mí ha sido como mi padre...

—¿Y ahora también?

—También.

Continuaron en la misma postura, sentados uno enfrente del otro, sin tener ya nada que decirse. Al cabo del rato, Mercedes se levantó y empezó a moverse otra vez por la estancia. Antonio la vio ir y venir recogiendo cosas, ordenando enseres, fregando y barriendo. Seguía descalza, con las piernas y brazos desnudos y la carne acusando sus redondeces tentadoras... Y, sin embargo, permanecía tranquilo. Era la

repetición de la escena de todas las tardes, como si nada hubiera ocurrido allí. «¿Es que realmente ha ocurrido algo?», se preguntó. Mercedes se limpió el sudor de la frente y dijo:

—Hace un calor horroroso.

Las mismas palabras de otras veces. «Siempre dice lo mismo cuando barre a estas horas», pensó Antonio, al tiempo que sentía con más intensidad la marea asfixiante del bochorno. Y se le ocurrió la misma idea de siempre también.

—Voy a abrir la puerta un poco por si cogemos un pelo de aire —dijo, levantándose.

Entreabrió la puerta y entró un cuchillo de sol. Aún no se había levantado la brisa y el aire colgaba inmóvil, y era pura llama. Hasta las moscas se adherían a la sombra como lapas.

—Me parece que es inútil —exclamó, dejando caer los brazos y volviendo a mirar a Mercedes.

—Pues no puedo seguir barriendo porque nos ahogaríamos —contestó ella, sentándose sobre un taburete, agotada y sudorosa.

La escoba yacía en el suelo y la mujer puso el rostro entre las palmas de las manos, apoyados los codos sobre las rodillas. Antonio fue a buscar un asiento también, pero en el instante de alcanzarlo se oyó fuera un grito desesperado de mujer, taladrante como un clarinazo. Antonio se quedó suspenso, pero el grito se repitió, y entonces se volvió a mirar a la muchacha interrogativamente. Ésta había levantado la cabeza y se tropezó con los ojos de Antonio. De unos ojos a otros rebotó la misma muda pregunta. Un nuevo grito, que se rompió ya en ayes humanos, al que siguió un coro de voces y llamadas.

—Parece la mujer de Cachopán —dijo Mercedes, levantándose.

Antonio corrió hacia la puerta y salió, seguido de la muchacha. Primeramente quedaron deslumbrados por la hiriente claridad del sol, que les hizo cerrar los ojos; pero luego vieron cómo corría la gente hacia el rincón donde vivía Cachopán, atraída por los gritos desgarradores de su mujer. En torno a ella se había formado ya un grupo gesticulante de donde se alzaba una tromba de vociferaciones. Antonio y Mercedes llegaron allí a toda prisa, y él se abrió paso hasta el centro del círculo.

La mujer de Cachopán apoyada contra la puerta de la chabola, gemía e hipaba histéricamente, hiriéndose la cara con los dedos engarfiados. Su hijo, agarrado a su falda, lloraba también, mirando a todos los circundantes, como preguntándoles la razón de aquella terrible congoja de su madre. De cuando en cuando la mujer se descubría la cabeza y lanzaba al aire un ¡ay! en falsete. Después se retorció y se mesaba como en un ataque de epilepsia.

Antonio la sacudió por un brazo.

—Vamos a ver: ¿qué es lo que pasa?

Unas cuantas lenguas empezaron a soltar serpentinas de palabras, formando una algarabía ininteligible.

—¡Silencio! —gritóles Antonio y se callaron.

La mujer le miraba con los ojos hinchados. Las dos manoplas le resbalaban por el vientre.

—¡Mi pobre Romualdo, señor Antonio, que me lo han matado!

Rompió a llorar mansamente, repitiendo:

—¡Que me lo han matado!

Un hombre se adelantó entonces y explicó a Antonio lo sucedido. No es que hubieran matado a Romualdo, no. La verdad era que Cachopán, junto con otros tres peones, recibió la orden de trasladar una alta grúa, que se movía sobre rieles. Nadie se dio cuenta de que por encima pasaba una línea eléctrica de alta tensión. Y, claro, cuando la torre de la grúa entró en el campo de inducción de la corriente, se produjo una terrible descarga. Un obrero quedó carbonizado instantáneamente, otro escapó con la ropa ardiendo y el cuero cabelludo chamuscado, y Cachopán salió despedido. Rodó por el terraplén y quedó sin conocimiento, conmocionado.^[58]

—Pero, mujer —le dijo una amiga—, ¿por qué no te arreglas un poco y te vas al hospital a ver a Romualdo? A lo mejor no es tan grave. Anda, date prisa. Yo misma te acompañaré...

La aludida entró en la chabola, empujada por su amiga, enjugándose los ojos con el negro delantal. El niño seguía agarrado a su falda...

—Ya ve qué mala suerte —comentó un hombre—. Para una vez que se le había ocurrido trabajar...

—Lo que yo digo: ¿y por un jornal te vas a jugar la vida, Cipriano?

—Pero le pagarán. A lo mejor es su suerte.

—¿Sí? Mira lo que le dieron al Primi por un ojo. La compañía de seguros dijo que, como aún le quedaba otro para seguir trabajando...

—Bueno; pero si se muere...

—¡Vaya, hombre! Si se muere, si se muere... ¡Bastante le importará ya a él lo que le den a su viuda!

—Hombre...

—Que no, que no. Que no me convences...

Antonio volvió lentamente hacia su chabola, pensando en el triste sino de Cachopán. Vago y ladrón profesional, se encontró un día frente a don Jesús, que le reprochó su conducta y le intimó a que trabajase para salvar a su hijo enfermo. El amor de padre se impuso a su abulia y a sus hábitos de vagabundo. Un alma enferma y difusa como la de Cachopán conservaba, sin embargo, una vena de amor ilimitado, cuya fuerza era capaz de arrastrarle al heroísmo. Nada menos que una heroicidad fue para él trabajar; pero una heroicidad cada mañana, y luego, hora tras hora, hasta el final de cada día. «Es por mi hijo, para que coma», se decía. Y el hombre iba al trabajo, y cuando llegaba al borde del desfallecimiento, se repetía: «Es por mi hijo, es por mi hijo...». Así hasta que llegó a habituarse. Su hijo recobró la salud y él siguió trabajando bajo la ley de la misma inercia que antes le empujara a la holgazanería y al

robo. Cachopán amaba a su vástago con biológico delirio. Esta pasión despertó sus dormidas energías y le maduró la oportunidad de redimirse. Algo inexplicable había pasado luego para que este hombre cayera fulminado, víctima de su propio esfuerzo. ¿Por qué?

Había llegado a la puerta de su chabola y se detuvo. El clamor de las mujeres le hizo volver la cabeza. La de Cachopán, desolada y abatida, marchaba hacia el puentecillo, seguida de un grupo de vecinas que le iban haciendo las últimas recomendaciones.

—Ya verás cómo no ha sido nada...

—¡Tiempo tendrás de llorar, mujer!

—Allí hay muy buenos médicos...

—Aunque no sea hora de visita, tú tienes derecho a verle.

—Ofrécele un hábito a la Dolorosa...

Pasaron las mujeres como una polvareda de voces. La de Cachopán iba aturdida, casi inconsciente, empujada por la algarabía. Se sujetaba un negro velo sobre la cabeza, humedecida aún y peinada a tirones, y se enjugaba los ojos con un gran pañuelo blanco. Su cuerpo desmirriado y ventrudo se tambaleaba sobre unos zapatos de altos tacones torcidos, que le estaban demasiado grandes. Adefesio doliente, que más bien parecía martirizado por cuanto a su alrededor le pinchaba y le gritaba, como si aquel acompañamiento de plañideras fuera una cohorte de sayones.

Antonio se recluyó en su casa, aturdido también. Necesitaba pensar y hablarse a solas. Sentado en su rincón y abstraído totalmente de cuanto le rodeaba permaneció horas y horas. No oyó entrar y salir a Mercedes. Cayó la tarde y vinieron los discípulos, ante quienes se excusó con un leve gesto. Los muchachos comprendieron que no se encontraba bien y se retiraron. Así llegó la noche, y poco a poco se fueron apagando los ruidos de la colonia. Y Antonio no se movió siquiera, dejándose rodear y cubrir por las tinieblas.

Ya tarde, regresó Mercedes y encendió la luz. Antonio entonces pareció retornar del prolongado éxtasis. Parpadeó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Se siente enfermo? —le preguntó Mercedes, alarmada.

Antonio se levantó, excitado de pronto por un recuerdo.

—¿Hay alguna nueva noticia de Cachopán?

La muchacha denegó con la cabeza, añadiendo:

—Su mujer no ha regresado del hospital.

—Entonces es que ha muerto.

—Pero usted...

Y se quedó asombrada al ver que Antonio salía ya de la chabola sin querer oírla.

La plazoleta estaba solitaria. La noche era calmosa y caliente. Los habitantes de la colonia dormían ya, abiertas todas las puertas y ventanucos de sus viviendas para no asfixiarse. Sólo los trasnochadores prolongaban la velada en el quiosco del Araño, estirando empecinadamente las conversaciones. Antonio creyó percibir un

intermitente llanto de niño y siguió su huella. Al pasar frente a cada una de las chabolas sentía una oleada de calor humano. Oía también ronquidos y toses y un vago rumor de angustias entresoñadas.

Así llegó frente a la vivienda de Cachopán. Allí las tinieblas se remansaban; pero distinguió, en medio del recuadro oscuro de la puerta, un pequeño bulto. Antonio se quedó quieto mirándolo. Entonces el bulto se rebulló, y de nuevo rebotó en el silencio el llanto monótono de un niño.

Era el hijo de Cachopán, blanco y rubio como un ángel, que había quedado allí, olvidado de todos. Una ráfaga de tragedia había dejado su casa vacía, y él se había acurrucado sobre el umbral de la puerta a esperar no sabía qué. Estaba rodeado de noche y de silencio, solo en el mundo, y su llanto era un dulce y tembloroso balido.

Antonio no pudo resistir nunca el plañido monocorde y sin lágrimas con que los niños expresan el dolor de un desencanto o de una injusticia. Pensaba que los árboles y las hierbas, si al herirlas pudiesen llorar, llorarían así. Que incluso todo lo inánime que se golpea y se rompe se quejaría de igual manera al tener voz. Por eso al escuchar el plañir monótono y sin lágrimas de un niño sentía una honda angustia que le mareaba. Porque, indudablemente, se había cometido alguna infamia de insospechadas dimensiones y de ecos infinitos.

Así era el llanto de la áurea criatura de Cachopán aquella noche. Y Antonio no pudo resistirlo. Se arrodilló junto a él. Pese a la oscuridad, pudo ver el candor, la inmensidad de cielo y el patetismo que reflejaban sus ojos. Le estrechó contra su pecho... Acarició sus rizos...

—¡Dios nuestro: ten piedad, ten piedad! —exclamó.

Y fue entonces Antonio quien lloró como un niño.

TERCERA PARTE

Agazapado entre las ruedas de un vagón, el Granaíno acechaba en las sombras. Le era difícil dominar los nervios excitados. Tan excitados, tan tirantes, que le dolía toda la periferia del cuerpo como si le estiraran la piel. Tenía que estar en cuclillas, y cualquier movimiento involuntario le hacía tropezarse con duras aristas de hierro que le contundían. El suelo, por otra parte, estaba embarrizado, lo que le impedía poder sentarse. Se veía obligado, pues, a estarse quieto, en continua tensión, sometido a una creciente tortura. Tan sólo llevaba así unos minutos y ya le parecía que la espera duraba demasiadas horas. Si al menos hubiera podido fumar, habría podido abstraerse y el paso del tiempo no sería tan exasperante. Pero no quería correr el riesgo de que la débil llamarada del cigarrillo denunciara su presencia allí. Se jugaba todo en el trance y no quería que cualquier factor, por mínimo que fuera, alterara el previsto desarrollo de los acontecimientos. Llevaba meses y meses madurando el plan y aguardando la coyuntura propicia para llevarlo a efecto. Aquel era su golpe sonado, el definitivo, punto final de una vida y arranque de otra totalmente diferente. Ni el dolor, ni la incomodidad, ni el cansancio, podrían torcer ni debilitar su voluntad. Estaban tomadas todas las precauciones y anudados todos los cabos. No quedaba más que aguantar. El éxito de la operación dependía tan sólo de su capacidad de resistencia en un principio, y de la rapidez de sus movimientos, luego.

Asomó un poco la cabeza. La calle estaba oscura por completo. El único farol que solía alumbrarla había sido puesto fuera de combate oportunamente. Por el lado de las vías del ferrocarril, el desamparo y las tinieblas guardaban la bocacalle y la estrecha playa de arenas de carbón. En cualquier momento podría irrumpir la máquina de maniobras, pero su ruido podría ser un buen aliado en aquellas circunstancias. Por la parte de la plaza de Legazpi, las densas sombras se alargaban hasta unas lucecitas distantes que, más que alumbrar, señalaban los límites del peligro y del miedo. Muy corrido ya noviembre, el frío era intenso y por las calles fluía un aire de montaña batiendo sus alas de carámbanos. Todos los alrededores estaban desiertos. A aquella hora, las gentes que vivían por los contornos se habían retirado ya a sus casas, buscando el calor y el sueño. Eran gentes trabajadoras que habían remontado la jornada con escasas fuerzas y necesitaban el descanso para reemprender la lucha al día siguiente. Las pocas tabernas cercanas habían cerrado ya sus puertas por falla de negocio. No se movía una sombra. Ni golfos, ni mujerzuelas se habían aventurado a merodear por allí.

Por la mañana había dado sus órdenes al Pinto:

—Esta noche no quiero ver a nadie por allí. Les dices a los que duermen en los vagones que se busquen otro hotel, y a las fulanas que hacen la carrera por aquellas esquinas, que ahuequen.

El Pinto hacía gestos afirmativos con la cabeza.

—¡Ah! Y que uno de los muchachos se encargue de romper el farol una hora, o cosa así, después que lo enciendan. No antes, ¿estamos? No vaya a ser que a alguien se le ocurra arreglarlo. No es fácil, pero...

—Entendido, Pepe. ¿Y los demás?

—Pues los demás, menos los que tú necesites para tu trabajo, que te esperen en la taberna del Mindi. Conviene que armen un poco de bulla por allí para despistar.

—Está bien.

Por la tarde ultimó con su lugarteniente los últimos pormenores de la operación. Estaban sentados junto a la mesa más apartada de un bar de la plaza de Legazpi, cuando llegó un mensajero con la noticia clave.

—Siguen cargando camiones.

El Granaíno sólo dijo:

—Bien.

Era lo que esperaban. Cada cierto tiempo, que ellos habían precisado, Kilobilletes liquidaba las existencias de su almacén. Venían unos camiones y se lo llevaban todo hacia las fábricas y grandes talleres de fundición. Eran operaciones que se efectuaban al contado, porque el traperero tenía horror a las letras de cambio desde que una de ellas, de muchos miles de pesetas, le resultó incobrable. Por la misma razón, tampoco admitía cheques ni ningún otro signo de crédito.

—¿No pago yo en dinero? ¿No pesan y palpan mi género? Pues que paguen en dinero también. Tengo yo que contarlo y palparlo. Si no, no hay nada que hacer —decía Kilobilletes.

Se fue el mensajero. El Granaíno y su lugarteniente cruzaron la mirada.

—Ya tendrá la pasta en el bolsillo —dijo el Pinto, guiñándole un ojo.

—Sí —contestó el Granaíno con un brillo especial en los suyos—. ¡Va a ser un golpe maestro!

—¿Cuánto crees tú?

—No sé, porque siempre lleva mucho dinero encima, Pero, por poco, cogeremos lo suficiente para comprar un camión. Le tengo ya echado el ojo a uno de cinco toneladas. Es el del Murciano. Está muy bien de precio...

—No está mal.

—Eso para empezar. Te aseguro que en poco tiempo montaremos la mejor empresa de transportes del mercado. Mira Pinto: trabajando a una toda la panda, seremos los más fuertes. No habrá quien pueda con nosotros.

—Hay transportistas muy fuertes, Pepe.

—Lo sé pero no importa. Iremos destruyéndolos uno a uno. Estropearemos sus motores, le rajaremos los neumáticos, le robaremos la carga y le machacaremos el poco género que le quede al descargar. Le volveremos loco. Cuando ya no pueda más, le asociaremos con nosotros en las condiciones que queramos. Eso o marcharse. Él verá lo que prefiere. Y cuando tengamos eliminado o dominado al primero, la

emprenderemos con otro. Y, mientras tanto, nuestro transporte será el más seguro. Se nos disputarán. No descansaremos. ¡Seremos los amos, Pinto! Yo haré de la panda una sociedad respetable, que funcione dentro de la ley. Tendremos hasta una oficina con mecanógrafas. Y tú serás el gerente. ¡Gerente tú, Pinto!

El Pinto sonreía con los párpados entornados por el picor del humo del cigarrillo. Sus ojos eran dos rayitas oscuras.

—Eres...

El Granaíno se acarició la frente.

—Pienso, Pinto. Créeme: todo es posible en la vida. Otros han logrado lo que quisieron. Nosotros también lo conseguiremos. Pero hay que tener imaginación.

El Pinto bajó la vista al suelo.

—Lo que no se puede hacer es pasarse toda la vida hecho un golfo tirado. Al fin cae uno en la cárcel, y después ya sabes: por cada mes de libertad, un año en chirona. ¿Para qué? Para pasarte la juventud hecho un perro, y luego, en la vejez, tener que implorar la caridad. Eso es lo que nos aguarda a todos nosotros. El trabajo que hemos hecho hasta ahora no da para más, Pinto.

El lugarteniente seguía con la mirada fija en el mármol del mostrador.

—Tienes razón: no da para más. Pero no se me ha ocurrido nunca el remedio.

—Además, ten en cuenta que los asuntos se nos están poniendo cada vez más difíciles. Esta zona se está urbanizando y organizando. Dentro de poco no podremos seguir haciendo lo que hasta ahora. ¿Seis meses más? ¿Un año más? No sé, pero pronto tendríamos que irnos a otra parte y pensar en otras cosas.

—Tienes razón; tienes razón...

Y el Pinto trazaba sobre el mármol del velador rayas y signos indescifrables con su índice de negra y retorcida uña.

—Y ésta es la ocasión, Pinto.

Miró a su jefe y detuvo el índice inquieto sobre una gotita de agua.

—Sí, ésta es la ocasión, Pepe. Yo creo que sí.

Por los ojos turbios y viciosos del Pinto cruzó un fugaz resplandor. Luego, el índice se movió y, partiendo de la gotita de agua, trazó una circunferencia. Dio una chupada al cigarrillo, cerrando los ojos. Cayó entonces sobre el mármol un terrón de ceniza. El hombre la barrió de un manotazo.

—Estás nervioso, ¿eh?

—Puede.

—¡Bah, todo saldrá bien, Pinto!

—Sí, seguramente... A ti te ha salido siempre todo bien.

Tras un silencio, el Granaíno volvió a la realidad de las cosas inmediatas.

—¿Está preparado todo lo que has de llevar?

El Pinto parpadeó y tuvo que hacer memoria antes de contestar.

—Sí. Tengo el carrillo de mano cargado y listo para echar a andar. He puesto en él todo lo que me dijiste.

—Bien. Te dejas caer por el almacén en el momento en que vaya a cerrar: a eso de las nueve y media. Luego le entretienes, discutiendo las pesadas y los precios y las calidades. En fin, con lo que se te ocurra. El caso es que no salgas hasta las once o cosa así, ¿estamos?

—Ya, ya...

—Y muy importante: procura acompañarle y, al llegar a la altura de la «Colonia sin Ley», le dices con un poco de guasa que siga carretera adelante. Él te preguntará por qué, y entonces tú le contestas que todo el mundo sabe que siempre lleva mucho dinero encima y que atravesar solo a esas horas por las vías y la calle de los vagones podría resultar peligroso. Kilobilletes es muy echado para adelante, y bastará que tú le digas eso para hacer todo lo contrario. Así no hay duda de que pasará por donde nosotros queremos.

—Sí. Tiene mucho amor propio ese tío.

—Justo lo que nos hace falta. Apuesto a que se irá riendo de ti cuando pase por donde yo le espere...

El Pinto desfloró una falsa risa perruna.

—Y entonces se le secará la risa, ¿eh?

—Yo pienso que sí.

—Pero tú solo con él... Es un tiarrón el fulano ese.

El Granaíno se palpó un bulto en el bolsillo de la americana.

—No te preocupes. Llevaré el cacharro. En cuanto lo vea, se raja.

—¡Seguro!

Y el Pinto puso la boca redonda, mirándole. El Granaíno comprobó la hora.

—¡Ya son las ocho! —exclamó.

El Pinto se puso en pie rápidamente, acometido de una prisa nerviosa.

—¿Algo más? —preguntó a su jefe.

—Escucha: tanto si te pregunta por mí como si no, tú le haces saber que yo estoy esperándote con los demás en la taberna del Mindi para repartir el parné... El Mindi, si llega el caso, dirá lo mismo. Es un detalle que puede resultar luego muy importante.

—No se te escapa una.

—Es la misión del jefe, Pinto.

—Ya...

Y después de mostrar sus dientes amarillos, añadió:

—A ver si hay suerte.

—¡Hala! Lía un pitillo y vete tranquilo.

—Sí, ahora.

Se fue hurgándose en los bolsillos en busca de la petaca. El Granaíno observó una vez más su pequeña cabeza y su largo perfil, sus hombros estrechos, su figura de chopo torcido... «¡Vaya un gerente!», pensó con desprecio.

El Granaíno volvió a esconder la cabeza, satisfecho del resultado de su ojeada.

Hasta ese momento, todo iba bien. Sus órdenes se habían cumplido exacta y fielmente. El Pinto le había entendido bien. Desde luego se lo había tenido que explicar cien veces. Durante varios días no hablaron de otra cosa. La segunda parte era mucho más difícil. El éxito podría depender ya de cualquier cosa. Nunca sabe uno todo lo que puede ocurrir. Kilobilletes era un zorro, pero tenía un gran defecto con el que contaba: su fanfarronería. Nadie se había atrevido nunca con él, y esto le tenía confiado. Se creía con el derecho de engañar a todo el mundo y se jactaba de ello. Alardeaba también de puños fuertes y de arrestos. Dejó correr la voz de que en su juventud había desarmado a una pareja de la Guardia Civil. Y cuando alguien le preguntaba si era o no cierto aquel rumor, él sonreía socarronamente, pero no contestaba. Así, la anécdota, contada de mil distintos modos, se tuvo por verdad indiscutible, dando pie a la leyenda de su invulnerabilidad. Ahora estaría dándole charla el Pinto con el pitillo colgado de los labios. Kilobilletes miraría el género ofrecido con visibles desprecio. «Esto no vale nada —diría—. ¿Y para esto vienes a estas horas, Pinto?» Se movería el cigarro en la boca del golfo y sonaría su voz gangosa y os cura: «Pero si es magro todo...». Luego, las manipulaciones del uno y del otro en la báscula, la discusión sobre el precio... Kilobilletes diciendo: «No te doy más. Llévatelo si quieres». Y vuelta a empezar...

El Granaíno cerró los ojos fuertemente, como para huir de aquella visión obsesionante. Era mejor esperar y pensar en otra cosa mientras tanto... ¿Se habría acostado ya Mercedes? No había querido verla aquella tarde por no alarmarla con la ropa de faena que se había puesto. Cualquier explicación hubiera sido inútil. Llevaba ya varios días especialmente nerviosa, acuciándole con mayor impaciencia cada vez: «¿Cuándo piensas hablar con el señor Antonio y arreglar lo nuestro de una vez?». Él estaba cansado ya de alegar siempre las mismas razones: cambiar de vida antes, esperar ese buen negocio que se estaba preparando... Tantas veces había repetido lo mismo, que ya lo decía sin fuerza alguna de convicción.

—No me importa ya, Pepe, la clase de vida que llevas ni lo que pueda pasar después que nos casemos. Pero tenemos que casarnos cuanto antes —decíale ella.

Él llegó a sospechar, pero luego pensó que las mujeres no suelen ocultar esas cosas a sus amantes. No quiso preguntar tampoco por no herirla y porque a él le daba miedo la posible revelación. Así es que se quedaba mirándola y luego le decía:

—A primeros de año, Mercedes...

A ella se le saltaban las lágrimas.

—Me da mucho miedo pensar en lo que te pueda ocurrir de aquí a entonces... ¡Sería horrible!

Le enjugaba las lágrimas, le alisaba el cabello, la acariciaba, la besaba... Ella se iba de su lado cada día más triste, más abatida. Él tuvo fuerza de voluntad suficiente para no precipitar los acontecimientos y dejar que todo madurase oportunamente: pero hubo de realizar un esfuerzo que llevó su paciencia a límites increíbles. Por eso no quiso hacerla la acostumbrada visita aquella tarde. Viéndolo ataviado con el mono,

hubiera sospechado el peligro y se habrían sucedido las súplicas, las lágrimas y, tal vez, las palabras violentas. Y él necesitaba todas sus facultades y su serenidad para el momento crítico. Y, además, alguien podría haber advertido el cambio de su ropa habitual... No, Mercedes no dormiría aún. Quizá llorase revolviéndose en la cama en lucha con los presentimientos... Afortunadamente, el momento final de aquella angustiosa situación estaba cerca.

Un débil ruido de pasos sobre la carbonilla de la plaza le hizo vibrar súbitamente. «Sí, me parece que está ya muy cerca», pensó. Al estirarse le dolían la nuca y las corvas. Cayó de rodillas. «A ver si no voy a poder saltar...» Como a unos cincuenta metros se distinguía un bulto que avanzaba...

Kilobilletes andaba tranquilo, cachazudo; pero mirando de reojo todos los traidores recovecos de las sombras. Rechinaba la arena bajo sus cien kilos de humanidad, y el barrillo no dejaba que sus pasos resonasen. Pero se detuvo, restregó los zapatos contra el suelo y luego dio dos fuertes patadas para desprenderse la capa de carbonilla pegada a las suelas. Los golpes sonaron entonces como una llamada. Siguió andando con mayor ruido. De pronto, algo se escurrió por el suelo como una serpentina y se izó frente a él.

—¡Alto! ¡Levanta las manos y no te muevas! —exclamó una voz sofocada.

Kilobilletes se detuvo con los brazos en el aire, tendidos hacia la voz.

—¡He dicho que levantes los brazos!

Kilobilletes cumplió a medias la orden. Tenía frente a sí a un hombre vestido con mono, tocado con una boina encasquetada hasta las orejas y que se cubría la cara con un pañuelo. A la altura del pecho sostenía algo que brillaba metálicamente.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó serenamente.

—La cartera.

—Mi dinero, ¿eh?

—Eso mismo —contestó el enmascarado con rechinar de dientes.

—Pues no te lo doy. Tendrás que cogerlo tú, si te atreves. Lo tengo en el bolsillo interior de la chaqueta...

El objeto metálico destelló al avanzar sobre el pecho de Kilobilletes.

—¡Venga, o si no...!

Kilobilletes no se intimidaba y contestó con una cachaza exasperante.

—Tienes que matarme, hombre. ¡Para que te ahorquen después! Mi dinero no te lo llevas de rositas.

El enmascarado se estremeció.

—Anda hombre, dispara.

Brilló el oro de los dientes del trapero, y luego estalló su carcajada, corta y seca.

—Conque mi dinero, ¿eh Granaíno? Conque el revólver, ¿eh?

Y siguió riendo.

El Granaíno quedó anonadado. Supuso que podría identificarle, pero que no supiera que el revólver era una vieja arma inservible. ¿Cómo pudo conocer el secreto

Kilobilletes? ¿Qué hacer ahora? Era la suya una situación grotesca. ¡Ay, si el revólver fuese un arma útil! No uno, sino cinco tiros hubiera disparado sobre aquella gran boca insultante... Vaciló, y cuando quiso huir fue ya tarde, por que Kilobilletes se había arrojado sobre él y le sujetaba fuertemente por los hombros, impidiéndole el uso de los brazos. Viéndose perdido, despertó en él toda la fiereza, toda la terrible furia de su temperamento. Le asaltó un irreprimible deseo de matarle, no a tiros, sino a dentelladas, y le estremeció una especie de voluptuosidad homicida. Los brazos del trapero le apretaban como un torniquete, pero él pudo saltar sobre la punta de sus pies y lanzarse al cuello de su adversario. Hundió los dientes en la carne y tiró, llevándose un pedazo. Después hincó las rodillas en el cuerpo de Kilobilletes, que gimíó sordamente y empezó a aflojar la presa de sus brazos. También gritó el golfo con una alegría salvaje. Pudo liberar sus manos y ya se disponía a atenazar el robusto cuello y hundir en él sus dedos engarfiados, cuando sintió que nuevos enemigos le acometían por detrás. Dos hombres que llegaron silenciosamente al campo de la lucha se habían abalanzado sobre el Granaíno. Le golpearon la cabeza con los puños, le tiraron del pelo y luego cada uno se asió a un brazo. Así pudieron separarle de Kilobilletes.

Hubo un momento de pausa en que sólo se oían los resoplidos de los contendientes. El trapero se sostenía a duras penas y resollaban estruendosamente. El Granaíno, después de escupir el trozo de carne que había arrancado al trapero, hizo un último esfuerzo, rabioso, desesperado, por soltarse de sus aprehensores. Pero eran éstos dos forzudos jayanes que, con un fuerte apretón que hizo crujir sus huesos, le dejaron inmóvil. Los conocía de haberlos visto trajinar en el almacén de Kilobilletes... Se quedó quieto, jadeante, ya sin fuerzas. No se podían ver bien las caras, pero estaban frente a frente.

De pronto, el trapero le lanzó un brutal puntapié con aviesa intención. El Granaíno aún pudo hurtarle el blanco, pero no evitar el golpe. El dolor le hizo inclinar la cabeza, y entonces Kilobilletes se ensañó con él. Bofetadas, rodillazos, puntapiés... El trapero jadeaba y gemía cada vez que reunía sus fuerzas para golpearle. Sus puños caían sobre la cara del golfo, indefenso, como catapultas, hasta que se cansó. El Granaíno ya no sentía nada.

Cuando recobró los sentidos, oyó que Kilobilletes decía:

—Atraco a mano armada, señores. Aquí está el arma.

El Granaíno abrió los ojos. Estaban en la plaza de Legazpi y el trapero se dirigía a una pareja de guardias. Tenía en la mano un revólver que no era el suyo. Se trataba de un arma flamante, de mayor calibre, incluso, que la suya. Sintió impulsos de protestar por el cambio; pero sus labios y su lengua, insensibles y tumescentes, no le obedecieron. Después pensó que cualquier alegato en su favor sería inútil en aquellas circunstancias. Estaba perdido. No tenía defensa.

—El pollo sabía que llevaría mucho dinero encima esta noche. Por mi parte, como la hora era ya muy avanzada, dije a estos dos hombres que trabajan en mi almacén que me siguieran de lejos por si acaso, hasta que me vieran llegar a la plaza.

Kilobilletes tenía manchadas de sangre la pechera de la camisa y las solapas de la chaqueta. Con el pañuelo, empapado también, trataba de contenerse la hemorragia del cuello.

—Está bien. Vamos a la Comisaría —dijo un guardia.

Le abrocharon las esposas. Sonó su nombre de guerra.

—Ya era hora de que te echáramos el guante. Pero hasta los listos caen al fin. ¡Todos caen!

Echaron a andar. Él iba en medio de todos y le dolían hasta las uñas de los pies. Pasaron junto a un bar. Dentro, y pegado a los cristales de la puerta, estaba el Pinto. Tenía los ojos entornados, redonda la boca y el cigarrillo colgaba de su labio inferior. Se cruzaron sus miradas. El Pinto son rió. Y entonces el Granaíno ya no pudo resistir más. En el silencio de la calle restallaron sus carcajadas como latigazos. Algo se le rajaba, se le rompía dentro.

—Es un gilí... —decía Kilobilletes a los guardias; pero al sentir su risa espeluznante volvió la vista hacia él.

Y sintió el mayor miedo de su vida al encontrarse con aquellos ojos fosforescentes que le miraban con un odio mortal. Jamás pudo olvidar aquella mirada.

El aire de la noche llevó a todos los garitos y tabernas donde velaban los golfos el rumor increíble y temeroso:

—Al Granaíno se lo han llevado preso...

—Oye, y se reía...

II

Mercedes trató de verse con Martina. La llamó por teléfono y se citaron en un café. Desde el rincón donde se había sentado, Mercedes espiaba los vaivenes de la puerta. Había acudido con mucha anticipación, temerosa de llegar tarde y no ver a su amiga. Ésta tendría que alegar alguna excusa para poder salir de casa a hora tan inoportuna, y dispondría de muy poco tiempo.

Al fondo del establecimiento había uno de esos modernos relojes sin guarismos, que señalan las horas con unas simples rayitas, y la pobre muchacha no acertaba a discernir el paso del tiempo. La puerta se abría y se cerraba... Entraban hombres que descaradamente la examinaban de pies a cabeza... El limpiabotas le ofreció lotería, que tuvo que rehusar. Y le pareció que el camarero la miraba con excesiva insistencia, como reprochándole la parquedad de la consumición y el prolongado usufructo de una mesa para ella sola. Cogió miedo al hombre de la chaquetilla blanca. Temía que de un momento a otro se le acercase para decirle:

—Oiga, joven: ¿se ha creído que un triste café le da derecho a estarse ahí todo el tiempo que se le antoje?

No tenía ganas de nada, pero pidió otro café. El camarero sonriente, le preguntó:

—¿Algo para mojar?

Mercedes denegó con la cabeza y no quiso ver la burla brillar en los labios serviles. Sus ojos iban de la puerta al reloj y del reloj a la puerta... Hasta que se le quedaron prendidos en la corona de rayitas sin números. ¿Qué hora sería ya? Los ojos se le nublaban. Sabía que tenía que llorar, que no podría contener las lágrimas. Lo sabía, pero hizo un esfuerzo doloroso para tragarse el llanto. Entonces perdió completamente la noción del tiempo y la sensación de cuanto la rodeaba.

Martina empujó la puerta y se detuvo, indecisa. Luego vino hacia Mercedes, que entonces la vio como un fantasma irreal, porque ella ya no vendría nunca.

—Sólo unos momentos, ¿sabes? Ya ves: me he tenido que echar el abrigo sobre el uniforme...

Le cogió una mano.

—Bueno. Dime: ¿qué te pasa?

Era ella, Martina, su compañera, casi una hermana, la única persona en el mundo que podría comprender su dolor. Y Mercedes rompió a llorar sobre su mano.

—Pero, chica, que se va a dar cuenta todo el mundo.

Mercedes levantó la cara llorosa y se encontró con los ojos dulces y amigos de Martina.

—Vamos, no seas niña. Anda, cuéntame lo que te pasa...

Mercedes se secó las lágrimas, escondiendo la cabeza. Después cogió fuertemente una mano de su amiga.

—Ha sido horrible todo lo que me ha ocurrido, Martina, desde que nos separamos...

Y a grandes rasgos, entrecortadamente, avanzando y retrocediendo en tono, a veces tan alto que Martina tenía que llamarle la atención, y tan bajo, otras, que la obligaba a inclinar la cabeza sobre sus labios, fue refiriéndole su triste odisea hasta la llegada a la chabola de Antonio.

—¿Por qué no me llamaste, mujer? —le interrumpió Martina en este punto.

—En aquellos momentos no podía pensar en nada. Después sí me acordé de ti; pero entonces tenía un gran deseo de desaparecer, de que nadie me conociese. Tenía miedo a la vida, a encontrarme con hombres, y pensé que allí podría descansar, lejos de todo. ¡Cuántas veces recordé lo que me contaste de Granada: lo de aquella casa y de los músicos ciegos! Creí que al lado de aquel hombre tranquilo y bueno me encontraría a salvo de todo eso... Pero me equivoqué.

Martina hizo un gesto de resignación.

—Ya. Pero ¿cómo te confiaste tan pronto a ese hombre? ¿No dices que es viejo?

—No. Él no quiso nada.

—¿Es otro entonces?

Mercedes hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y añadió:

—Un hombre extraño. No sé cómo decirte... Al principio me daba miedo y quise huir de él; pero me dominaba. Terminé enamorándome en contra de mi voluntad. Me hizo sufrir mucho, mucho. Pero luego se volvió bueno, y entonces fue peor. Ya no sufría por sus acciones para conmigo, sino por lo que pudiera ocurrir, porque sabía que, al fin de cuentas, la víctima sería yo... Así ha sido. Llegó un momento en que perdí la voluntad. Fue... sin darme cuenta.

Cesó de hablar y abatió la mirada como si aún no pudiera afrontar el recuerdo de aquella noche.

—Tú me dijiste que resistiese; pero si él no me pidió nada, si todavía no me explico cómo pudo ser.

Martina le acarició la mano. Suspiró profundamente y dijo:

—A todas nos pasa lo mismo sin darnos cuenta.

—Se miraron ambas mujeres y se sonrieron con melancolía. Pero al rostro de Mercedes volvieron rápidamente las sombras.

—Estoy embarazada, Martina —dijo bruscamente, y clavó los ojos anhelantes en los de su antigua compañera, buscando en ellos una pequeña esperanza.

Martina abrió los ojos con asombro, con incredulidad, con miedo.

—¿Qué dices chiquilla? ¿Estás segura?

Mercedes afirmó lentamente con la cabeza.

—Ya no tengo ninguna duda.

La mano de Martina apretó nerviosamente la de Mercedes.

—¿Y él es de los que se casan?

—Eso me tiene dicho.

—¿Y sabe lo que te pasa?

—No.

—¿Y por qué no?

—Está en la cárcel. Lleva ya varios días allí. Hasta hoy no le han levantado la incomunicación.

Se tapó la cara con las manos.

—¿Es grave lo que ha hecho?

—Siempre me decía que nos casaríamos a primeros del año que viene. Que haríamos una boda como corresponde, que me sacaría del barrio aquel para llevarme a una casa de verdad —dijo Mercedes con la cara oculta y ahogando los sollozos—. El pobre no tenía nada y quería comprar un camión para empezar una vida decente. Soñaba con el dichoso camión... Una noche esperó a uno que llevaba mucho dinero encima. Por lo visto quiso robarle. Yo no sé cómo fue, pero le cogieron. Atraco a mano armada dicen todos...

—¡Virgen santa!

—Yo creo que lo hizo por mí...

Martina quedó anonadada. Aquello era demasiado y excedía, con mucho, sus experiencias. De codos sobre la mesa, se estrujaba la frente en busca de una solución... Y esta su actitud de intimidación e inferioridad ante los hechos descorazonó aún más a Mercedes, que veía así fallida su última esperanza. El llanto la ahogaba y sintió una necesidad apremiante de echar a correr hasta donde le alcanzaran sus fuerzas, huyendo del mundo. Deseó haber muerto ya, y no oír ni ver...

—No sé, no sé —dijo, de pronto, Martina.

Tenía que haber una idea salvadora. Siempre hay un remedio para todo. Siempre hay un camino que seguir... Sólo la muerte nos impide obrar; pero mientras se vive... Levantó la cabeza y miró a Mercedes. Ésta la miraba, a su vez, con una ansiedad espantosa. Las dos estaban como si esperasen un milagro.

—Dentro de unos meses serás madre, ¿no es eso?

Mercedes hizo un gesto afirmativo, aunque todavía no se había penetrado de tan tremenda verdad.

—Pues ya no eres tú sola. Tienes que pensar en el hijo, en ese hijo que te va a venir. ¡Ese hijo debe tener un padre, Mercedes!

Martina volvía por el camino de sus viejas ideas, tenaces como hiedras. Ahora ya empezaba a ver claro.

—Tienes que ir a decírselo. ¿No me comprendes? El casamiento ha de ser, además, rápido. No importa que esté en la cárcel, no importa.

A Mercedes le daba miedo.

—Pero irle ahora con esto, después de lo que tiene encima el pobre...

—Sí, ahora. Hoy mejor que mañana. Puede que él también sienta la ilusión de un hijo.

Martina repetía la palabra «hijo», y cada vez producía un eco mayor y más

profundo en el alma de Mercedes.

—Tú, ahora más que nunca, necesitas un marido. Un marido, aunque sea un criminal, siempre es un marido. En cuanto te cases, todas las bocas quedarán selladas. Lo único que podría hacer el mundo es compadecerte. Y tú podrías pedir y rogar por él porque es tu marido. Y, además, cuando seas madre, una madre como Dios manda, tendrás derecho al respeto y al amparo de la gente. Un hijo puede mucho. Lo hecho ya no se puede deshacer y hay que mirar para adelante, Mercedes.

Hasta entonces sólo había pensado en el estado de abandono en que quedaba. ¿Qué iba a ser de ella? Y en el destino trágico de su amor, interrumpido tal vez para siempre. El hecho de hallarse embarazada era sólo una nota agravante que dramatizaba más la situación... Nada más. Pero los razonamientos de Martina alumbraron un nuevo sentimiento. Un sentimiento efervescente que fluía de una vena soterrada y que estalló de pronto en su conciencia con ímpetu de surtidor. La empapó de ternura, de un extraño gozo. Fue como si hubiera bebido un licor ardiente. Todo su ser, postrado por el temor oscuro, se enderezó, animado por un valor chisporroteante. Entonces se dio cuenta del prodigio del desdoblamiento y de creación que se estaba operando dentro de su propia carne.

—Tienes que mirar al porvenir —remachó su amiga.

Y tanto. Su imaginación se había lanzado ya en busca de un rostro, de unos ojitos negros, de unas pequeñas manos... Su imaginación corría y corría... Ya era una voz, una voz nueva que la llamaba, unos bracitos de azúcar que se le tendían... Su imaginación volaba tras un niño jugueteón, tras un muchacho moreno, tras un doncel, hermoso como una quimera... Todo lo vio en un segundo.

—Sí, Martina. Tienes razón. Tengo que mirar por mi hijo —murmuró, todavía llena de visiones.

—Cuando te nazca ese hijo...

—Será varón y se llamará como mi padre...

Cambiaba el objeto de su vida. Ése era el milagro que, tanto Martina como ella, habían implorado ansiosamente mirándose. Cuando todo parecía perdido, había brotado una ilusión inesperada. Ya todo era distinto. Hasta el mismo dolor se tomaba apetecible con un premio así.

—Ya ves: yo no he tenido esa suerte —dijo Martina, recordando una pena antigua.

Pero se hacía tarde. Martina pagó y salieron. Mercedes la acompañó hasta la esquina. Allí se besaron.

—Entonces quedamos en que irás a verle y decírselo todo.

—Esta misma tarde.

—No te desanimes por nada. Llámame por teléfono con lo que sea. No hagas lo de la otra vez, ¿eh?

—Descuida.

—Ya verás cómo todo sale bien...

Cuando se encontró sola miró con ojos asustadizos el oleaje de las gentes apresuradas y de los coches trepidantes y sinuosos. Todo aquel movimiento envolvía una amenaza para ella. Un mal paso, una caída o un golpe podrían frustrar su esperanza. Y echó a andar despacio, asegurando los pies, temerosa, retráctil...

* * *

Tuvo que luchar tozudamente con el funcionario.

—No pueden pasar al locutorio de la prisión más que los padres, los hijos, las esposas o los hermanos de los reclusos —le dijeron en la ventanilla de comunicaciones.

—Pero, señor, yo soy su novia.

—Las novias no pueden comunicar.

—Y si ellos no tienen padres, ni hijos, ni hermanos, ni esposa, ¿tampoco?

El funcionario empezaba a impacientarse.

—Tampoco.

—Pero eso es una barbaridad.

El funcionario se encogió de hombros.

—Yo no he hecho el reglamento, joven.

Ella le miró entonces humildemente.

—¡Por favor! —rogó con voz insegura.

Estaba a punto de llorar. Los que esperaban tras ella empezaron a murmurar y la empujaban. Se sentía pequeña, débil. La arrastraban. Hubiera implorado, pero ya no tenía tiempo. Unos codos pugnaces se apoderaban de la ventanilla. Y ya no pudo sino lanzar al hombre del uniforme una súplica desesperada con los ojos.

—Lo siento —fue la respuesta.

Abandonó la ventanilla y se quedó sin saber qué hacer. Había anochecido rápidamente y hacía un penetrante frío de invierno. Durante todo el día soplaron vientos helados bajo un cielo gris; pero al anochecer el aire se quedó quieto, como cristalizado. Era una calma silenciosa, densa, temerosa, que presagiaba nieve. La muchacha estaba aterida. No podía discurrir, y en su cerebro golpeaba una voz contumaz: «Tengo que verle, tengo que verle», como un latido obsesionante.

Iba pasando por la ventanilla el cordón de gente que solicitaba comunicación con los presos, casi todas con más fortuna que ella. Pocas personas eran rechazadas. Pasaron dos gitanas; después, un caballero atildado y triste; dos mujeres procaces y pintarrajeadas; un jovenzuelo equívoco... Fueron rechazados un hombre de pueblo que no traía papeles, una mujer elegante que se marchó agachando mucho la cabeza, dos viejas coimas^[60] y unos muchachitos chupados y hampones. Siguieron pasando muchos otros. Los había tristes y alegres, ceñudos, avergonzados e indiferentes. La rueda era como un collar de piedras dispares, allegadas de todos los puntos, castas y posiciones. En la ventanilla daban unos nombres y eran incluidos en un grupo. Allí

esperaban nuevamente hasta que otro funcionario cantaba en voz alta los nombres de los reclusos requeridos. Y una vez pasada lista, el grupo desaparecía por una puerta. Así cada diez minutos.

La última de la cola era una viejecita con sombrero. Mercedes no podía renunciar tan fácilmente y se puso en fila otra vez para intentarlo a la desesperada. La viejecita, que se estaba frotando las manos, sonrióla amistosamente. En seguida empezó a hablar.

—Vengo a ver a mi nieto, ¿sabe? Es un tarambana. Pero, a pesar de todo, es el que más quiero. Porque tiene una gracia...

Mercedes hacía gestos afirmativos con la cabeza, pero sin prestar ninguna atención a lo que le estaba diciendo.

—Figúrese —siguió diciendo la anciana— que se escapó con una corista en la que tenía puestos los ojos su mismo jefe. La muchacha le sacó el dinero al viejo y se marchó a Mallorca con Juan Carlos. Juan Carlos es mi nieto, ¿sabe? Pero el jefe se vengó acusándole de haberle limpiado la caja y de unos cheques falsos... Pero es mentira. El chico es que tiene un gancho para las mujeres... Bueno: si usted le conociera...

Mercedes asentía mecánicamente.

—Y usted, ¿a quién viene a ver?

Le tuvo que repetir la pregunta.

—A mi novio.

—A su novio, ¿eh? Comprendo. Pero no lo diga así, porque no la dejarán pasar.

—Ya me han rechazado antes.

—Pues tiene que inventarse algo, decir otra cosa. El funcionario es buena persona. Le conozco. Tiene cinco hijos, y por eso muchas veces está de mal humor; pero es buena persona, créame.

La señora siguió frotándose las manos y refiriendo mil picardías de Juan Carlos, su nieto preferido. Le llegó el turno, al fin, y el funcionario la saludó atentamente.

—Pase usted, doña Rosario.

En el marco de la ventanilla apareció entonces el rostro acongojado y suplicante de Mercedes. El hombre del uniforme frunció el ceño.

—Ya le he dicho antes que...

Empinándose sobre las puntas de los pies, ella logró cogerle una mano.

—¡Escúcheme, por favor! Antes no se lo dije todo. No es sólo mi novio, sino el padre de lo que nazca. Y nos vamos a casar en seguida. Vengo por eso.

El funcionario se quedó suspenso.

—Soy la última, señor —añadió Mercedes, ante la intención del hombre de mirar afuera.

Entonces él hizo un gesto de resignación.

—Bueno: dígame su nombre.

—Mercedes Herrera.

—El de él, el de él.

—Pepe Sánchez.

—¿Qué más?

No lo sabía. El hombre dejó caer el lápiz con rabia. Y fue a cerrar la ventanilla, pero se lo impidió la mano extendida de la muchacha. Se miraron. Él cerró los ojos para preguntar:

—¿Tiene alias?

—Sí. Le llaman el Granaíno.

El funcionario abrió los ojos y movió pausadamente la cabeza.

—¡Ah, es el Granaíno! Bien, bien, pase...

Ella no se hizo repetir la orden. Él la siguió con la mirada unos segundos, y luego cerró la ventanilla de un portazo.

—Qué, ¿cómo le ha convencido? —le preguntó la señora del sombrero.

—Pues... contándole una historia.

—Sí —dijo la viejecita, repentinamente triste—. Todos tenemos que contar aquí una historia...

El grupo fue llamado a comunicar. El locutorio era una habitación alargada, dividida en dos departamentos por una doble reja y una doble tela metálica. Cuando entro Mercedes estaba vacío, pero aún rodaban por las paredes los ecos de mil palabras perdidas. Daba la sensación de una oquedad resonante, como la de una caracola. Olía mal: a tristeza, a sombras, a abandono...

Se colocaron al azar, cogiéndose a la reja. El departamento de enfrente estaba desierto y el funcionario se hallaba parado en medio del pasillo que separaba las dos alambradas. A Mercedes le golpeaba el corazón y se le secaba la garganta. Sonó un pito y entraron los reclusos. Cada cual buscaba con los ojos a la persona esperada, y luego corrían a situarse frente a ella. Era un movimiento deslizante y rápido. En seguida saltaron nombres y gritos... Y estalló un vocerío discordante, una barahunda de palabras dispersas, rotas, como centelleos de espadas que chocasen. Palabras que jugaban a las carambolas, cambiando de ruta, y que iban a morir a oídos extraños. Nadie se entendía; pero todos se desgañitaban y, agarrados a las rejas, estiraban el cuello e hinchaban la garganta, y parecían gallos de pelea. Todos menos la viejecita del sombrero. Se había quedado en un rincón, y desde allí miraba y sonreía sin hablar, aunque le temblaban los labios como si rezase. Enfrente, al otro lado de las rejas, le sonreía también y le hacía gestos cariñosos un atildado caballero de gafas de oro y cabello blanco. Se contemplaban con embeleso. Tal vez después de medio siglo de vida en común no tuvieran ya nada que decirse. Tal vez el mirarse con tanta ansia a través de las rejas eran tan sólo para convencerse de que vivían...

Mercedes vio con pena que el Granaíno no la buscaba con los ojos ni corría. Se había quedado parado detrás de la hilera de los que comunicaban. Estaba pálido, con palidez de cera que hacía resaltar más aún las manchas negras de los ojos. Miraba al techo, a las rejas y a las paredes como sorprendido. Ella gritó con toda la fuerza de

sus pulmones:

—¡Pepe! ¡Soy yo, Pepe!

Pero él no dio señales de haberla oído. Entonces, Mercedes dejó su sitio y fue a colocarse frente a él, precisamente donde estaba comunicando un hombrón de blusa negra, que disparaba unas voces como cañonazos. Ella tuvo que sacar la cabeza por bajo de la manga de la blusa del hombrón para poder pegarse a la reja. Encima quedaba balanceándose la garrota que pendía de la mano de aquel hombre... Y gritó, gritó más; pero su voz debía deshacerse en el aire, porque Pepe permanecía impasible. Tuvo que aguardar a que pasase frente a ella el funcionario y rogarle que llamase la atención del mozo hacia ella. Así lo hizo, dando unos golpes en la alambrada y haciéndole unas señas con la mano. El Granaíno obedeció y se agarró a la verja con ojos asombrados. Así quedaron frente a frente; pero él no daba señales de haber visto y reconocido a su novia. Mercedes reunió todas sus fuerzas para gritar:

—¡Pepe!

Gritó una y otra vez, desesperadamente, como si clamase en medio de una tormenta en el mar. «¿Qué le pasará, Dios mío, que no me oye?», se preguntaba a sí misma.

—¡Pepe!

Su voz era ronca ya, desgastada. Al fin, él pareció despertar de un extraño sueño y fijó en ella su errática mirada. Mercedes incrustó su rostro en la tela de alambre, agitó los brazos, gimió:

—¡Vida mía!

Los ojos de él fosforecieron. ¡La oía, la miraba! Le hubiera contado entonces su maravilloso secreto, agitándolo ante su asombro como una bandera... Tuvo miedo, sin embargo.

—¿Qué te pasa, Pepe?

Entonces, sobre el estruendo ensordecedor de las conversaciones cruzadas y de los gritos, sonó una risa espantosa, sin alma, como el chasquido de algo que se desgarrase. Una carcajada, que sonaba a demencia y era como el grito de un suicida.

A Mercedes se le erizó el vello. El mismo hombre de la blusa negra la miró. La risa del Granaíno seguía corriendo por una escala de agudos imposibles. Mercedes ya no se dio cuenta de nada. Ni de cuando sonó el pito, ni de cuando cesaron las voces, ni de cuando se retiraron los reclusos.

—¡Eh, joven!

Era el guardián del pasillo. Cuando abrió los ojos desaparecían ya los últimos visitantes y era ella sola quien permanecía junto a la reja.

—No le haga caso, mujer. Es que se ha vuelto loco el pobre muchacho. Pero de verdad. No es de los que lo fingen, no. ¿Es usted por casualidad su mujer?

Mercedes no pudo contestar nada. Se soltó de la reja y cayó pesadamente al suelo como fulminada. El guardián salió corriendo a prestarle auxilio, y la viejecita del sombrero se volvió también desde la puerta. La sentaron, y el guardián le dio aire con

su gorra de plato. Mercedes estaba pálida, con la cabeza caída hacia atrás y con el cuerpo contraído espasmódicamente. De pronto hizo una aspiración profunda y rompió a llorar.

—Ya no hay cuidado —dijo la señora—. Pobre muchacha. ¿Qué le ha pasado?

—Es que su marido se ha vuelto loco.

Mercedes abrió los ojos. El guardián y la señora la contemplaban anhelosamente.

—¿Qué tal? —le preguntó el hombre.

Ella le oyó y forzó una mueca que quiso ser una sonrisa amable.

—Mejor. Gracias.

Se puso en pie. Seguía muy pálida, y doña Rosario comprendió que apenas podría andar, porque un dolor muy fuerte la estaba martirizando.

—Apóyese en mí, hija. Cójase de mi brazo.

Así salieron al aire libre. La señora decía:

—Tiene que tener ánimo, jovencita. ¡Míreme a mí! Ya ve cómo tengo que andar a mis años. Y mi pobre Luis, tan caballero, tan educado, tan serio... Quebró el negocio, ¿sabe? Y todos le echaron la culpa a él. ¡Ya ve lo que puede hacer un cajero cuando el negocio va mal!

Pero Mercedes no le prestaba atención. Su único pensamiento y su único deseo se cifraban en poder llegar a casa y avisar a don Jesús. «¡Que me dé tiempo, Dios mío, que me dé tiempo!»

El frío era sereno y punzante. El aire que expulsaban sus respiraciones formaban dos chorlitos de humo blanco que se fundían rápidamente. Mercedes no sentía el frío, pero la viejecita carraspeó. Andaban con paso vacilante e inseguro. A la muchacha se le escapó un gemido.

—Si hubiera un taxi libre en la parada... —dijo la señora.

Y lo había; pero las dos mujeres se quedaron junto al poste del tranvía. Mercedes se apoyó en él.

—¿Tiene muchos dolores, hijita?

Mercedes se mordió los labios.

—Lo siento, pero no tengo dinero para el taxi. Usted tampoco, ¿verdad?

Mercedes no contestó.

Llegó al fin el tranvía, ruidoso, renqueante, aquejado de vejez y de cansancio. Subieron a él a duras penas, y la puerta se cerró rozando el cuerpo de las dos mujeres. De allí no pudieron pasar, porque el vehículo estaba atestado de gente. Doña Rosario, no obstante, intentó abrirse camino, diciendo:

—Por favor, la joven se encuentra mal.

Pero nadie se movió. Aquellas gentes no oían. Nadie hablaba tampoco. Parecían muñecos de cera, insensibles, inánimes. A cada vaivén del coche, el racimo de cuerpos humanos se balanceaba pesadamente, gravitando sobre los extremos. Los cuerpos entrechocaban, los codos y las rodillas se hundían en las partes blandas. Entonces muchos viajeros entornaban los párpados como si fueran a dormirse, y otros

miraban al techo. No se oía una queja ni un regaño, ni una excusa ni un perdón. Aprisionado en su asiento, el cobrador había abandonado sus funciones y dormitaba. Se diría un cargamento de seres vacíos, casi muertos, en viaje hacia un mudo espectral.

Mercedes se contenía dolorosamente a cada frenazo. Tenía cerrados los ojos y se ahogaba fieramente el estallido de un dolor inmenso que le recorría todo el cuerpo como un calambre. Llevaba un brazo echado sobre la viejecita, y ésta, con el sombrero aplastado sobre una oreja, se esforzaba en levantar la cabeza para poder respirar. En una parada entraron dos individuos, como dos arietes. No pidieron sitio ni dieron excusas. No dijeron nada. Apretaron sencillamente. Y la muchacha no pudo evitar un quejido sordo y sofocado, y doña Rosario resopló entre el pecho de Mercedes y el de un hombre que olía a pescado. El tranvía siguió su marcha, mientras la cabeza del cobrador se mecía sobre el cogote...

Fue contando las paradas: una, dos, tres, cuatro... Cuando llegó la suya, juntó su cara a la de la viejecita. La besó y le dijo:

—Yo me quedo aquí.

Doña Rosario se ofreció a acompañarla hasta su casa; pero Mercedes no se lo permitió.

—Gracias, pero no es necesario. Mi casa está a dos pasos.

La viejecita la besó llorando. Debido a la impenetrable masa de los viajeros, tuvo que bajar por la puerta de subida y tropezarse con unos impacientes que intentaban entrar, y cuyo ímpetu le hizo dar una vuelta sobre sí misma. Entonces pudo ver a doña Rosario, destocada, defenderse contra un corrimiento de cuerpos humanos que se le venían encima. La pobre señora gritaba:

—¡Caballeros, por favor!

Allá se fue el tranvía con su ruido, con su luz roja y con su cargamento de cadáveres. Ella quedó sola en la oscuridad. Apretándose el vientre con las manos, bajó hacia el río para seguir su orilla. Era el camino más corto y más seguro. «¡Que me dé tiempo, Dios mío, que me dé tiempo!», gemía sobre la marcha, tambaleante. Resbaló y tropezó muchas veces, y una de ellas cayó sobre sus manos instintivas. Creyó morir. El agua del río se deslizaba suavemente hacia su remoto destino, empujada por una fuerza misteriosa y desconocida. Esa fuerza que todo lo mueve y lo lleva por los cauces previstos. La misma fuerza que la hizo levantarse y seguir, sintiendo que se le escapaba la vida. Le dolían las manos también y le castañeteaban los dientes. Y el calor de su corazón se lo iba dejando, como una estela roja, en el aire helado y negro de la noche. «¡Que me dé tiempo, Dios mío, que me dé tiempo!»

Antonio se levantó de un salto al verla llegar con aquella cara de muerta y con aquel olor de sangre.

—Vaya usted a avisar a don Jesús. ¡Que venga en seguida, porque me muero!

Y mientras Antonio salía corriendo, loco de espanto, ella, casi a rastras, tuvo fuerzas aún para poner a calentar una olla de agua sobre el anafe...

Don Jesús trabajaba inclinado sobre el cuerpo de Mercedes, extendida sobre la cama. Se había quitado la chaqueta y arremangado la camisa. Chorros de sudor le caían por la frente, por el entrecejo fruncido, y tenía apretadas las mandíbulas. Sus manos iban y venían, seguras, rápidas... Antonio le alumbraba con el quinqué y había ladeado la cabeza. De cuando en cuando, don Jesús decía en voz baja:

—Alumbre bien.

Y era porque Antonio, con los ojos cerrados, movía el quinqué inconscientemente. El pobre hombre temblaba, y una honda angustia, con sabor de hieles, le subía a la boca. Estaba horrorizado, sin fuerzas para nada, enfermo. No quería ver. A intervalos abría los ojos para mirar la cara de Mercedes, que clavaba en lo alto las pupilas inmóviles y movía la boca como si pidiese agua o vida. Cerraba los ojos con fuerza después, y entonces titilaba su pulso. El círculo de luz se movía nerviosamente, y las sombras cruzaban por los ojos del médico.

—¡Por favor, Antonio!

Las manos de don Jesús iban y venían, expertas, inalterables, precisas. Tenía manchas rojas en la cara y en la camisa. Tenía rojos los brazos y rojas las manos, como un sacrificador. En su torno, un silencio henchido de drama, apretado, palpitante. Un silencio pastoso, pesado, casi sólido. Y un olor a sangre viva, dulzón y mareante.

Mercedes empezó a mover la cabeza de un lado para otro. Se le señalaron los tendones del cuello. Gemía.

—No, no —dijo, y los movimientos de su cabeza denunciaban un terror grande y una lucha íntima contra algún fantasma de su memoria.

Antonio abrió los ojos y la miró, temeroso de que el delirio fuera a descubrirles algún secreto. Le daba vergüenza sorprender así el desnudo de aquella alma atormentada. Era un momento demasiado solemne, demasiado grave, para que lo enturbiara una confidencia de índole inconfesable. Don Jesús no hizo el menor gesto de sorpresa ni expectación... Su vista, sus manos y su inteligencia estaban puestas íntegramente sobre su delicado empeño.

Mercedes se agitó con muestras de mayor angustia. Todo su cuerpo tembló. Sus labios se movieron balbucientes...

—No. No me miren así. ¡Por Dios, no me miren!

Los dos hombres se miraron. Don Jesús dijo:

—Una pesadilla. Un momento más y termino.

La muchacha siguió moviendo los labios sin voz. Ya no tenía fuerzas o es que las imágenes se le oscurecían. Antonio se acongojó aún más. Hubiera deseado entonces que ella siguiera hablando lo que fuese, que gritara incluso. Le infundía miedo aquella súbita mudez, aquellos labios temblorosos, aquellas manos que se retorcían.

Él sabía que una sombra letal avanzaba desde un rincón...

Don Jesús, después de cubrir el cuerpo de la muchacha, preparó rápidamente la jeringuilla y la inyectó en un brazo. Al cabo de unos segundos, la nube que avanzaba sobre ella debió de detenerse. Antonio lo notó en que los ojos de la enferma se iluminaron y se dirigieron a él. Entonces cogió una de sus manos, que estaba casi fría, y la estrechó con fuerza. Hubiera querido poder decirle algo confortable, algo ajeno a todo lo que estaba pasando. Se acordó de que cierto día ella le confesara que su mayor ilusión era vivir en el campo, en una casita blanca rodeada de árboles. Y él podría hablarle de una casita así, describírsela... Hacerle entrever una primavera de mañanas alegres en el huerto y de largas tardes henchidas de golondrinas. Decirle, por ejemplo: «Don Jesús quiere hacerte un buen regalo de boda. Me ha preguntado qué es lo que más te gustaría. Y yo le he contestado que una casita muy blanca en medio de un jardín o de un huerto con árboles. Éste era nuestro secreto para la primavera, pero ya no he podido guardármelo más tiempo». Pero no podía hablar. Una emoción de llanto le sofocaba la voz. Don Jesús tuvo que cogerle el quinqué, porque estaba a punto de caérsele.

Mercedes levantó un poco la cabeza, y con los ojos brillantes, fijos en Antonio, rompió otra vez a hablar.

—Eran los ciegos, señor Antonio. Los ciegos que me perseguían, que querían cogerme. Pero me pude escapar de sus brazos. He corrido mucho bajo la lluvia. ¡Menos mal que su puerta no estaba cerrada! Pero me he mojado mucho y tengo frío...^[61]

Don Jesús le pasó la mano por la frente. Le acarició luego los párpados y se la posó finalmente sobre los labios.

—Calla, pequeña... Ahora debes descansar.

Ella se estremeció y dirigió los ojos hacia el médico.

—¿Qué me ha pasado, don Jesús?

—Nada importante, mujer. No te preocupes ahora por eso. Anda, estate quietecita...

Pero Mercedes se removió. Asió la mano del médico.

—¿Y lo que yo tenía? Lo que yo tenía... —preguntó ansiosamente.

Y como el doctor nada contestase, añadió:

—Se ha roto, ¿verdad?

Don Jesús afirmó triste y lentamente con la cabeza. La muchacha apretó los párpados.

—Lo sentí cuando se rompió dentro de mí —murmuró entre dientes.

Un sollozo le estalló en la garganta, y los dos hombres se miraron con espantosa alarma.

—Quiero que me perdonen.

—Pero, mujer...

La voz de Antonio se quebraba. Ella continuó:

—Tienen que perdonarme y que pedir a Dios que perdone también mi pecado. He sido mala, mala... Y sé que voy a morir... Ahora estoy viendo... estoy viendo...

—¡Mercedes! —exclamó Antonio fuera de sí.

Pero ella se había desvanecido. Don Jesús acudió rápidamente con la jeringuilla y le aplicó una inyección.

—Su corazón no puede más, Antonio. Es como una hélice que gira en el vacío, porque la chica se ha desangrado. Hay que avisar al equipo de transfusiones. No sé si llegará a tiempo, pero tenemos que intentarlo.

—Iré a Legazpi a llamar por teléfono.

—Mande usted a alguien. Usted, no. Usted quédese conmigo, Antonio.

Salió Antonio dando tumbos, como si estuviera borracho. Por la puerta entró una bocanada del frío de la noche. Don Jesús se estremeció. Entonces cogió el anafe y lo puso bajo la cama donde yacía Mercedes. Echó alcohol en la bandeja del instrumental y le prendió fuego. Buscó prendas de abrigo y las fue colocando cuidadosamente sobre el cuerpo de la muchacha. Por último se sentó junto al lecho, sosteniendo entre las suyas una de las manos de ella.

Don Jesús seguía sobre el latir de las venas la lucha desesperada de aquel pobre corazón. Su ritmo era desigual: unos fuertes golpes y luego un fallo. Era que tras las olas de sangre llegaba el vacío y su esfuerzo resultaba inútil, tal como los de un pájaro dentro de una cámara sin aire. La frialdad se le iba subiendo detrás de la sangre en retirada y se le dormían los sentidos. Sólo el corazón se erguía aún como una brava fortaleza. El vigor de la droga que le inyectaba prometía un próximo auxilio a la fortaleza sitiada, y el corazón, envalentonado, lanzaba sus fuerzas hasta los más lejanos límites. Mercedes, entonces, abría los ojos asombrada, como si se hubiera olvidado de la vida.

Estaban solos, y en uno de esos momentos de fugaz lucidez se encontraron los ojos de la muchacha y del médico. Él le habló inclinándose sobre ella y dando a sus palabras un acento dulce y paternal.

—Me dijo Antonio que tu deseo sería vivir en una casita blanca rodeada de árboles. Yo te la regalaré. Tengo para ello ahorradas unas pesetas. Te compraré la casita donde tú quieras. Será mi regalo de bodas. Pasará el invierno, llegará la primavera y te casarás. Celebraremos una gran fiesta: yo te lo prometo. Y te casarás con Pepe. Yo saldré fiador por él, hablaré con Kilobilletos y verás cómo logramos sacarle de la cárcel. Él trabajará honradamente para ti labrando la tierra. Seréis muy dichosos, porque Dios os concederá hijos y paz en vuestra vida. Antonio y yo iremos a veros a menudo...

Mercedes tenía los ojos velados, pero sonreía. Y don Jesús siguió hablando y hablando. En aquella lucha de su imaginación contra la realidad fue dando suelta a todas sus fantasías prisioneras, desde las de niño hasta las de casi anciano. Aquel hombre de ciencia conservaba casi intactos todos sus tesoros poéticos. Fluían sus palabras como una música. Estaba leyendo al oído de Mercedes moribunda el libro de

sus sueños. Él tenía un hogar yerto y describía los hogares tibios; carecía de hijos y hablaba de ellos con ese entusiasmo insuperable de las ilusiones frustradas... El pobre médico desleía su alma de azúcar. Estaba haciendo, sin darse cuenta, la confesión de su vida, tal como la hubiese deseado... No sintió a Antonio volver y sentarse en silencio al otro lado de la cama y llorar luego sobre la mano helada de Mercedes. Él siguió hablando y hablando, sin advertir la ceniza que se formaba en las pupilas de la muchacha y sin oír su voz de agonizante cuando dijo quedamente: «¡Dios mío!».

Transcurrieron así unos minutos trágicos. Antonio se había arrodillado. La sombra letal se cernía al fin sobre el rostro de Mercedes, y don Jesús, todavía presa de un dulce frenesí tomaba a la quimera de la casita blanca rodeada de árboles... Hasta que se calló de repente. Entonces vio que la mano de la muchacha se deslizó entre las suyas, inánime. Con gesto nervioso le entreabrió los párpados y comprobó la opacidad de sus pupilas.

—¡Muerta! —exclamó, abriendo los brazos con un asombro infantil, infinito.

Antonio levantó la cabeza. De sus labios fluían palabras incoherentes como un dulce llanto; sus ojos aparecían celados de distancia... Y el tiempo había caído de pronto sobre él como la nieve en los árboles. Don Jesús le gritó:

—¡Ha muerto!

Y su rostro se crispó con esa espantosa mueca de los hombres duros para llorar. Y el hombre fuerte, familiarizado con el dolor y las agonías de la carne, gimió, inclinó la cerviz...

Los dos habían amado a aquella mujer. Ella, inesperadamente, como una sorpresa, apareció en sus vidas, saliendo del fondo de la noche, y ahora la noche se la arrebatava. La amaron sin querer confesárselo a sí mismos por temor a profanar el sentimiento. Mercedes fue para ambos lo que suelen ser las hijas para los padres: la primavera olvidada, la encamación de lo soñado, el ideal que no pudo ser conseguido. Y más: la estrella de la tarde, la luz del ocaso, la última ilusión indefinible y nostálgica. Tal vez no fuera igual el amor de los dos hombres, porque sus vidas no lo fueron tampoco. Tal vez Antonio la quiso más humanamente, y por eso la carne, ciega y ciliciada se le rebeló un día... El amor de don Jesús tal vez fuera más cerebral y más distante. Pero los dos la amaron como novios eternos.

Y la humilde chabola fue como una cripta donde yaciera una Mercedes de alabastro para los siglos de los siglos, guardada por las figuras orantes de sus más fieles y viejos amadores. Hasta que irrumpió un tropel de gente trayendo el aire frío y la luz tristísima de la madrugada.

Don Jesús se volvió a mirarlos. Era un hombre que por taba un maletín, seguido de varias mujeres de la colonia Les hizo una seña triste y desconsoladora. El hombre del maletín comprendió y se fue. Y se quedaron las mujeres para llorar.

III

—Y bien... —dijo don Jesús, mirando a Antonio.

Los dos tenían el pelo revuelto y la barba crecida. Ambos aparecían demacrados, con ostentosas huellas de insomnio. Antonio, especialmente, era casi su propio espectro. Se había consumido de tal manera y tan deprisa que la ropa le sobraba por todas partes, como si estuviese colgada de un palo. Sus ojos estaban sucios y todos sus movimientos eran imprecisos y vagarosos, como los de un hombre que flotase en un sueño... Don Jesús, aunque malherido también, presentaba, sin embargo, una mayor coherencia física, tal vez porque era más fuerte, más macizo, más pletórico.

Habían enterrado a Mercedes aquella tarde. Anochecía ya con esa impaciencia de los crepúsculos invernales cuando aún seguían cayendo las paladas de tierra y de nieve. Los helados terrones golpeaban la madera del féretro.

—¡Más deprisa! —tuvo que ordenar don Jesús a los sepultureros al ver que Antonio se tambaleaba a cada uno de aquellos ecos atroces.

Al fin acabó todo y los dos amigos, cogidos del brazo, emprendieron la vuelta.

—Lo que dejamos ahí ya no es nada —dijo don Jesús.

—Lo sé. Ella se marchó y nos ha dejado su viejo traje de andar por la vida.

—El cementerio es una ropavejería.

—Sí.

Andaban cabizbajos y abatidos por una de las grandes avenidas desiertas, doblemente silenciosas por la alfombra de nieve. A ambos lados se alzaban las tumbas, altivas o humildes, muchas con un orgullo inútil de mármoles e imaginería. En las lápidas, nombres y más nombres: el de una bailarina, el de un marqués, el de un nadie, los de muchos nadies... ¡Ganas de poner motes al mármol y a la piedra berroqueña! «Aquí yace...» Yacer es estar también, y detrás y debajo de las losas no estaba nadie.

—Aquí nos reunimos para partir —dijo don Jesús, abarcando con un gesto el ámbito todo de la necrópolis—. Y esto es como el vestuario de un gimnasio. En él nos despojamos de todo para formar en la pista desnudos. A una señal echamos a correr... Para correr hacia allá —y señalaba hacia el oscuro horizonte— nos estorba todo, todo...

Antonio asintió con un gesto y reanudaron la marcha. Muy por delante de ellos iba el grupo de los hombres de la colonia: Emilio, el Araño, Matías, el Pingo, el marido de la Mellada y hasta don Óscar. También sobre ellos gravitaba la tristeza. También a ellos los hacía estremecer el enigma de la muerte.

—La verdad es que no semos nada —decía el Pingo.

—¡Nada! —repitió alguien.

—Polvo de la tierra...

El comentario eterno y la verdad que pronto se olvida. Cada uno de aquellos hombres deseaba salir pronto del cementerio. Todos, unánimemente, apresuraron el andar.

—Dan ganas de quedarse ahí sentado —dijo Antonio, señalando las escaleras de un mausoleo.

—Vamos —dijo don Jesús, cogiéndole de un brazo.

—De veras que no puedo más.

—¡Vamos, vamos!

Cuando llegaron a Legazpi, Antonio se detuvo a la salida del Metro, como si no supiera qué rumbo tomar... Don Jesús le volvió a coger del brazo y se lo llevó consigo, sin que protestara. En la puerta de la taberna miró al médico, pero éste le dijo:

—Estamos helados los dos. Ahí nos podremos calentar un poquito.

—Pero ya sabe usted que yo no bebo.

—Hoy es diferente.

Y le hizo entrar, sin darle tiempo a responder. Se sentaron en un rincón, y cuando acudió el dependiente, don Jesús pidió dos copas de coñac.

—¿De cuál? —preguntó el mozo, según la costumbre.

—Matarratas. Para estos casos es el mejor.

Don Jesús apuró la copa de un sorbo y pidió otra. Antonio se quedó mirando la suya como si contuviera veneno. Su amigo le cogió una mano.

—Soy médico —dijo—. No se le olvide. Y ésta es su medicina.

Antonio cerró los ojos y vació la copa de un trago. Le sacudió un acceso de tos y le lloraron los ojos. Don Jesús le miraba como a un experimento.

—Y bien... —repitió.

—Me parece que me ha quemado el estómago.

Resoplaba, pero ya le brillaban los ojos. La taberna estaba atestada de humo y de malos olores. En las demás mesas, y pegados al mostrador, los parroquianos bebían, charlaban y fumaban. Era una mezcla de trabajadores, de buhoneros, tratantes, corredores de extraños negocios y golfos. La taberna era una bolsa de contratación, oficina de arbitristas y truhanes, lugar de reunión y esparcimiento de gentes cansadas que querían evadirse un poco de sí mismas. El tabernero era un hombre gordo que iba comprando todas las tierras de su pueblo, y los mozos eran parientes lejanos, traídos de allá para que aprendiesen. Estos muchachos de manos gordas y negras uñas olían a sudor largamente condensado, como galeotes.

Don Jesús bebió más e hizo repetir a Antonio. Éste ya sólo carraspeaba. Pronto, un suave calor, como un grato cosquilleo, se le fue corriendo por todo el organismo. Le pareció que todo se iluminaba y que él mismo perdía peso. Era una extraña sensación de formas inseguras y ondulantes, y como si una luz nueva y desconocida le fuese revelando matices ignorados de las cosas. Y, a la vez, una oscura alegría y un tembloroso optimismo. Un júbilo de cumbre y de apoteosis tocaba alegres campanas

de epinicio dentro de su alma... Don Jesús, que no le perdía de vista, le dijo, de pronto:

—¿Qué piensa hacer ahora, Antonio?

—Quisiera andar, andar...

—¿Hacia dónde?

—Sólo andar. Dejaré a Emilio mi empleo en el mercado, regalaré mi chabola, repartiré lo poco que tengo... Y andar, andar, sin dinero, sin alforjas, por esos largos caminos que tan bien conozco. Ya llevo demasiado tiempo parado y mirándome. Ahora quiero andar...^[62]

Don Jesús miraba el fondo de su copa vacía.

—¿Por qué no se viene usted conmigo, don Jesús?

—¡Oh, no! —contestó sin mirarle.

—¿Y por qué no?

—Porque no soy libre como usted.

—Pero enfermos hay en todas partes, amigo mío.

El médico pareció dudar. Luego dijo:

—Es que todavía espero.

Antonio hizo un gesto de sorpresa. Entonces don Jesús le cogió una mano y, mirándole fijamente a los ojos, le preguntó:

—¿Sabe usted por qué me negué a intentar casarme con Mercedes cuando me lo insinuó?

—Porque era ya viejo, me dijo.

—Ésa era una razón, pero no la única ni la más poderosa. Porque estoy casado, Antonio. Sara no es mi ama de llaves; es mi mujer, y desde muchos años ya. Se asombra, ¿verdad? Ella me llama de usted y me trata con respeto y a la distancia de una sirvienta. Todo el mundo cree que lo es y yo mismo lo he dicho. ¡Pues es mi esposa!

Antonio le escuchaba con la incertidumbre de quien cree oír una falsa voz, una de esas voces que se interfieren en nuestro pensamiento para desviar nuestra atención y dejarnos perdidos en el vacío más absoluto. Quiso desasirse de aquella voz, espantarla como a una mosca pertinaz, pero en vano, porque don Jesús le miraba a los ojos y sus palabras eran vivas, rezumantes de verdad y de pasión, como sangre que manara de sus heridas.

—Fue en una ciudad báltica. Entré en una pequeña librería, atraído por unos títulos que había leído al pasar. Al sonar la campanilla de la puerta, un hombre con gafas y un casquete negro sobre la cabeza dejó de leer y se me quedó mirando. Yo me di cuenta en seguida de que se trataba de un judío. Le expuse brevemente mis deseos en alemán, y el hombre se dispuso a atenderme con la mayor prontitud. Había dejado sobre el mostrador el libro que estaba leyendo y no pude evitar el pecado de echarle una ojeada. Quedé asombrado. Aquel libro era un ejemplar de nuestro Don Quijote ¡en castellano! Entonces oí a mi espalda la voz del librero. En un castellano que

despedía polvo y olor a pergaminos, me preguntó: «¿Es español vuesa merced?» Y al yo contestarle afirmativamente, se vino corriendo hacia mí. Se me quedó mirando como si viese un prodigio. Yo también estaba perplejo. Me tendió una mano y se la estreché. Y seguidamente me explicó que, por más que lo intentara, nunca había conseguido hablar con un compatriota del buen Quijote. Él había aprendido nuestro idioma para poder leer la obra de Cervantes en su forma originaria. Decía que era un libro magnífico, el primero para él en el mundo, después de la Biblia. Luego había enseñado el español a su hija, por el placer de poder hablarlo con alguien. Para mí, oír mi lengua en aquel brumoso meridiano constituyó una maravillosa sorpresa. Ni que decir tiene que fuimos amigos desde aquel momento. Me invitó a comer en su casa y no pude resistirme. Así conocí a su hija. Era una muchacha de ojos clarísimos...

Don Jesús bebió más coñac. Sus brillantes ojos ya no miraban a su amigo, sino, a través de él, a su propio recuerdo, que tomaba vida en el aire espeso y opaco de la taberna.

—Unos ojos del color de la noche y el día confundidos, tal como es la luz en aquellas latitudes. Ni negros, ni azules, ni verdes... Reflejo de nube y de lago: así eran. Su cabello, de un rubio desvaído, y su carne, blanca y traslúcida, formaban una mujer que parecía hecha con aquellas nieblas transparentes y con aquel sol pálido. Me enamoré de aquella criatura irreal. Ella, influida tal vez por nuestro gran libro, me confesó un día que siempre esperó a un hombre moreno, errante en busca de aventuras, como era yo. Le expliqué que mis aventuras eran científicas, y que yo erraba por el mundo en busca de la verdad. A ella le pareció una hermosa quimera, como la de Don Quijote. Nos casamos por su ley y por la mía. Aún no sé qué clase de felicidad fue aquélla. Mi amor andaba como a través de velos y se movía en un aire de melodías insinuadas, pero inaprehensibles. Amor sin violencia y sin hastíos, como una aurora que nunca terminase...

Se calló y cerró los ojos como si de repente se hubiera desvanecido en el espejo la visión de aquella felicidad. Después cogió la copa y, al verla vacía, llamó al mozo.

—Estábamos patinando —continuó, mirando la copa rebosante y sin decidirse a bebería—. Ella se deslizaba sobre el hielo como una gaviota sobre las crestas de las olas. Me enseñó a mí y solíamos patinar todas las mañanas, cogidos de la cintura. Aquel día tuve súbitamente la intuición de que iba a ser padre. Se lo pregunté, y me contestó ofreciéndome los labios. Se los besé. Entonces sentí un miedo repentino. Una caída en aquellas condiciones podía ser fatal. Le dije que debíamos suspender el ejercicio. Me miró burlonamente y, como yo insistiera, rompió a reír. Era la suya una risa tan juvenil y tan alegre que solía estremecerme de júbilo; pero en aquella ocasión me puso nervioso y casi me sentí herido. Yo iba ya de mal humor y, además, asustado. Ella me animó a aumentar la velocidad... La vi de reojo con la cabellera al viento y oí la estela de risas que dejaba en el aire... No sé lo que pasó entonces, pero mis pies se enredaron en los suyos y caímos hacia atrás. Fue un golpe tremendo que nos conmocionó a los dos. Yo recobré el sentido en seguida; pero ella, cuando abrió

los ojos, ya no me reconoció. Pude salvarle la vida, pero nada más. Su alma se cerró para siempre. No me recuerda. Sólo siente hacia mí un respeto temeroso y un afecto distante, como los de una vieja servidora. Me cuida y me atiende como a un niño caprichoso, casi con ternura, pero dejando siempre en medio un vacío insalvable. Sara no murió, como Mercedes, de una manera absoluta, sino parcialmente. Me dejó aquí su sombra y el eco de su voz. Su caso es el de una agonía interminable...

Llamó al mozo para pagar. Antonio seguía mirándole como alucinado.

—¿Y no hay esperanza, don Jesús, de que un día recobre la memoria?

—Todos los días me digo: quizá mañana... Así llevo más de veinte años. Esperé que el cambio de clima y de ambiente pudiera tal vez despertarla, que en el aire sosegado de una vida silenciosa tomara a abrirse su alma como una flor... Pero hasta la fecha no existe el menor indicio de ello. Claro que puede suceder cualquier día: mañana, por ejemplo.

Se levantó y Antonio hizo lo mismo. Fuera caía la nieve pausadamente. El aire era de seda y bajaban los copos enteros y redondos, como si se cuajara de mariposas. Los dos amigos cruzaron la plaza de Legazpi y enfilaron el puente de la Princesa. Iban en silencio y andaban con dificultad, especialmente Antonio, a quien los vapores del alcohol aligeraban la cabeza y lastraban los pies. Don Jesús se había encerrado en un mutismo inabordable, que sólo rompió al llegar al otro extremo del puente, donde debían separarse por rumbos distintos.

—Bueno, Antonio: no se irá usted sin decirme adiós, ¿eh?

—De ninguna manera. ¿Cómo se le puede ocurrir semejante cosa?

—Bien, bien, ¡hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Antonio, como de costumbre, abandonó la carretera y trató de buscar la orilla del río. Conocía el terreno palmo a palmo, por haberlo recorrido incontables veces, de día y de noche. No se percató de que el suelo estaba resbaladizo y que la capa de nieve reverberante podía engañar su vista. No tuvo en cuenta tampoco que sus piernas estaban débiles y perezosas. Por el contrario, se sentía ligero, impetuoso, presa de un ardor impaciente y juvenil. Un extraño bullicio interior le enardecía, y en su cerebro se agolpaban las ideas, fugaces y ardientes como chispas. Le empujaba un acuciante anhelo de llegar no sabía adónde, como el viento a una navecilla sin lastre. No vio la nieve, ni la que cubría la tierra, ni la que seguía cayendo, ni la peligrosa pendiente, ni el pretil del río...

Quiso ir tan de prisa, que se encontró de pronto frente a un arco de luces. Coronándolo, y en grandes letras de neón, se leía: *Los Olvidados*. Antonio se detuvo, asombrado. ¿Qué significaba aquello? Quiso hacer memoria y se preguntó a sí mismo: «¿Dónde está todo ese tiempo que ha debido pasar? ¿Dónde se ha metido?». Y luego: «¿Y dónde he estado yo?». Se miró las manos y la ropa, se palpó la cara. Él no había sufrido mutación alguna apreciable. ¡Aquello, pues, era un ensalmo, un prodigio! Pasó el arco de luces y se encontró frente a una larga calle de pequeños

hotelitos con jardín, todos iguales y nuevos, con luces radiantes en su interior. Por las aceras se desplegaba una larga teoría de jóvenes acacias... No se veía deambular a persona alguna y el silencio era absoluto. Impelido por la curiosidad y el asombro, echó a andar calle adelante. Entonces se dio cuenta de que ni sus propios pasos se oían. Se detuvo. Golpeó el suelo con un pie, pero no fue capaz de levantar el menor ruido. Pasó por delante del primer jardín, pequeño, pero limpio, con recientes huellas impalpables de sus dueños. Más jardincitos. Luego, un escaparate con bellos vestidos de mujer y, encima un rótulo: MAGDALENA. MODAS. Más allá, otro rótulo: EMILIO. CONTABILIDADES. Enfrente, otro: EL PINGO. COMPRA Y VENTA DE FINCAS... Antonio seguía preguntándose: «Pero ¿dónde se ha ido el tiempo?». Siguió. En la esquina, y haciendo chaflán, las lunas de un establecimiento: una cafetería. Miró a través de los cristales y vio a la Araña sentada tras el lujoso mostrador, junto a la máquina registradora. Por encima de ella, botellas, espejos, níqueles... En las mesitas y sobre los taburetes de junto al mostrador, muchas caras conocidas de la colonia y del mercado, todos elegantemente vestidos. Observó cómo se movían y gesticulaban, mesuradamente, con distinción...^[63] Antonio, enloquecido ya, miró en la dirección de la calle transversal. Al fondo se adivinaba el ensanchamiento de una plazuela. «¡Allí debe de estar mi casa!», pensó. Y salió corriendo. «¿Quién vivirá en mi casa y cómo será ahora?» Así llegó a la plaza. Con lo primero con que tropezaron sus ojos fue con la eréctil arquitectura de un templo, en cuya torre giraban las campanas sin son. Pero la torre se retorció como una imagen en el agua... Cerró los ojos con miedo. Su casa debía de caer hacia la izquierda. ¿Qué iba a ver allí? Tal vez a sí mismo. Pero ¿qué Antonio, el de cuándo? ¡Cómo temblaba! Cuando abrió los ojos, ya no vio nada. Todo en su derredor estaba oscuro, impenetrablemente oscuro. No conseguía ver ni sus propias manos. No pudo palparse la cara. Fue en ese momento cuando oyó la voz antigua, que le llamaba por su nombre. Aquella voz...

—¿Eres tú, Minerva?

—Yo soy. Te he esperado mucho tiempo.

—Pero no te veo. ¿Dónde estás?

—A tu lado. Yo te llevaré.

—Pero quiero verte.

—Cuando lleguemos a la luz. Anda...

* * *

Los primeros madrugadores de la colonia se lo encontraron engarabitado junto al pretil del río. Tenía un cristal de nieve en las pupilas, y nieve sobre las pestañas, sobre el viejo gabán, sobre los zapatos. La nieve fue sudario y decoración maravillosa, porque borró los negros caminos y convirtió en almendros floridos las ateridas acacias de la alameda.

Cuando llegó don Jesús, ya estaban allí los ministros de la justicia. El amigo se inclinó sobre su amigo y le besó en la frente. Luego se volvió para decir:

—No ha habido violencia, señores. Me dijo anoche que quería andar, andar... Y eso ha hecho. Nos ha dejado sus despojos, lo que le estorbaba. Él está ya muy lejos...

Don Jesús señalaba el brumoso horizonte. Dos lágrimas se le habían quedado frías sobre las pestañas. Y los señores de la justicia creyeron que aquel hombre estaba loco.

Madrid y mayo de 1955.

FIN DE
LOS OLVIDADOS

ÍNDICE DE LÁMINAS

Cubierta de la primera edición. [Colección *Nova Navis*, vol. 4. Aguilar. Madrid. 1957]

Portada de la primera edición. [Colección *Nova Navis*, vol. 4. Aguilar. Madrid. 1957]

Ángel María de Lera, en los años que escribió *Los olvidados*

Lera, Comisario de Guerra. Debajo: Ángel María de Lera en primer plano, con uniforme. El primero por la izquierda es Ángel Pestaña

Madrid. Barrio de las afueras. [Foto de Alfonso]

Madrid. Asilo de los Desamparados de Porta-Coeli, en la calle de Atocha. [Foto anónima]

Tiempo de cocido. [Foto de Alfonso]

Buscadores en las montañas de basura, en Tetuán *La palma rota* (Los contemporáneos. Madrid de las Victorias). [Foto: Alfonso]



ASUNCIÓN CASTRO DÍEZ. Nacida en León, es profesora titular en la Facultad de Letras de Ciudad Real de la Universidad de Castilla-La Mancha. Se doctoró en la Universidad de Valladolid con la tesis *La narrativa del grupo leonés de Luis Mateo Díez, Juan Pedro Aparicio y José María Merino*. Ha preparado ediciones de *La ballena*, de Jesús Torbado, e *Intramuros* de José María Merino, y estudios sobre Jesús Torbado, el apócrifo Sabino Ordás, Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Díez, José María Merino, Bernardo Atxaga y Cristina Fernández Cubas.

NOTAS

[1] Son varias las biografías sobre Ángel María de Lera, todas ellas escritas en vida del autor y confrontadas con él. La primera, incompleta e intencionadamente inocua para los años que corrían, se debe a Luis Escolar Bareño, como introducción a una colección de *Novelas de Lera* (Aguilar, Madrid, 1966). Mucho más exhaustiva es la de Antonio R. de las Heras, *Ángel María de Lera* (Epesa, Madrid, 1971) escrita, pese al tono novelado y el desorden cronológico, al dictado del escritor, lo que imprime un tono quejoso y reiteradamente dolorido a una vida contada hasta en sus pormenores domésticos como justificación y prueba de ejemplaridad del biografiado. De 1981 es la biografía y antología preparada por Ramón Hernández, *Ángel María de Lera* (Ministerio de Cultura) donde se cuenta en detalle todo lo que la censura antes había impedido, incluida la iniciación sexual del escritor, pero con especial énfasis en las calamidades de la guerra y la cárcel, en cambio es escuetísima la síntesis de su vida a partir de 1947. Por último, también los estudios de Leeder y Listerman presentan biografías sintéticas de Lera. <<

[2] En su ensayo *Ángel Pestaña. Retrato de un anarquista* (Argos, Barcelona, 1978) Lera traza la semblanza de Pestaña a partir de su propia vivencia política de aquellos años, influido por las apasionadas lecturas sobre marxismo y anarquismo, enfervorizado por el ambiente revolucionario, pero también perplejo ante las diversas formulaciones políticas que le ofrecía la izquierda. <<

[3] Parece que el empuje de Vich fue definitivo en la profesionalización de Lera como escritor, juntos firmaron el guión cinematográfico de *Los clarines del miedo*, que se terminó antes que la novela, y parece que Vich lo presentó también en los ambientes literarios; de su mano comienza a acudir a las tertulias literarias en el café Gijón en 1958, tras el éxito de su segunda novela. <<

[4] Aguilar tenía una fuerte competencia en Destino y Seix Barral, las editoriales que por los años cincuenta eran el referente fundamental de la nueva narrativa española.

<<

[5] Según se desprende de la biografía de Heras, parece que Lera ensayó durante un tiempo sin demasiado éxito la escritura de guiones cinematográficos como medio de ganarse la vida. En concreto se cita uno titulado *Sed*, con el que concurra sin éxito, y otro, *Las guerrillas*, sobre la Guerra de la independencia, preparado junto con José María Quinto, y que tampoco se llegó a realizar. <<

[6] Sobre el tratamiento de la Guerra Civil española en novela pueden consultarse los repertorios bibliográficos de Maryse Bertrand de Muñoz, *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada*, 3 vols., José Porrúa Turanzas, Madrid, 1982-1987 y *La novela europea y americana y la guerra civil española*, Júcar, Madrid, 1994. <<

[7] Pese a que *Las últimas banderas* ha sido considerada siempre la primera novela que en España refleja la perspectiva de los perdedores de la guerra, consideración favorecida sin duda por el lanzamiento que trae consigo el premio Planeta, Soldevila Durante recuerda que hubo otra novela anterior que aportó la perspectiva de los que perdieron: *La montaña rebelde* (1960) de Juan Antonio Cabezas. <<

[8] Parece que Lera tenía la idea de dedicar una novela a los médicos rurales que llevaría por título *El toque de gloria*, y así aparece anunciado en 1961 en la entrevista que sostuvo con J. R. Marra López en *Ínsula*. Sin embargo, no llegó a aparecer nunca. <<

[9] Tres son las tesis doctorales sobre Lera presentadas en universidades americanas de las que tenemos noticia: Mary Sue Listermann, *The Narrative Art of Ángel María de Lera*, Universidad de Missouri, 1963 (publicada como libro en 1982, véase bibliografía); Ellen L. Leeder, *El desarraigo en las novelas de Ángel María de Lera*, Universidad de Miami, 1973 (publicada en libro en 1978, véase bibliografía); Gayle C. Wehr, *La novelística de Ángel María de Lera*, Florida State University, 1974. Listerman informa sobre la existencia de otra tesis en proceso: Owen Thomas, *Ángel María de Lera: the Man in his Novel*, New York University, de la que no hemos tenido más noticias. <<

[10] Robert W. Hatton (ed.), Ángel María de Lera, *Los clarines del miedo*, Ginn and Company, Waltham, Massachusetts, 1971. <<

[11] En Antonio R. de las Heras, *op. cit.*, p. 114. <<

[12] Lera fue un escritor prolífico. Además de las novelas publicadas tenemos noticia de otros proyectos que no llegaron a ver la luz. En las entrevistas alude a títulos de novelas que no llegaron a aparecer, como *Bronce* (1957), *La juerga* (inspirada en un episodio de *Los olvidados*: unos músicos ciegos amenizan la fiesta de unos señoritos en una casa de citas), *El toque de gloria* (sobre los médicos rurales). A su muerte dejó varios proyectos inacabados. <<

[13] J. R. Marra López, «Diálogo con Ángel María de Lera», *Ínsula*, n.º 171, febrero 1961, p. 4. <<

[14] Lera no cultivó otros géneros fuera de la novela y el reportaje periodístico. Sí mostró su preferencia por el género dramático, que cultivó por encargo o como ejercicio juvenil en su prehistoria como escritor, y que después se quedó en vocación frustrada. <<

[15] Antonio R. de las Heras, *op. cit.* <<

[16] Frente a la tendencia general de situar la narrativa de posguerra en un punto cero, desvinculada dramáticamente de su tradición inmediata, parece necesario introducir matices. Sin duda que el aislamiento del país y el exilio masivo de escritores dejaron a los jóvenes escritores sin maestros, pero la ruptura no fue tan radical y noventayochistas como Antonio Machado o Baraja fueron leídos y valorados. En su magnífica *Historia de la novela española (1936-2000)*, Soldevila Durante señala que Baraja fue un referente vivo en la España de posguerra y por su casa desfilaban jóvenes escritores como Cela o Delibes. Su obra siguió reeditándose e influyó en Zunzunegui, Bartolomé Soler, Ignacio Agustí, S. Juan Arbó, Gironella o Cela. <<

[17] Santos Sanz Villanueva, *Historia de la literatura española 6/2. Literatura Actual*, Ariel, Barcelona, 1984, p. 156. <<

[18] J. R. Marras-López, art. cit. <<

[19] Luis Escolar Bareño, Prólogo a Ángel María de Lera, *Novelas*, Aguilar, Madrid. 1966, p. XIV. <<

[20] J. R. Marras-López, art. cit. <<

[21] Luis Escolar Bareño, *op. cit.*, p. XVIII. <<

[22] Antonio R. de las Heras, *op. cit.*, p. 82. <<

[23] *Ibidem*, p. 125. <<

[24] Ángel María de Lera, *Se vende un hombre*, Planeta, Barcelona, 1973. p. 270. <<

[25] Efectivamente, todas las reseñas aparecidas sobre *Los olvidados* corresponden a la segunda edición: Joaquín Caro Romero en *El Correo de Andalucía*, 14 junio 1961; Rafael Ferreres en *Levante*, Valencia, 26 febrero 1961; José R. Marra-López en *Insula*, 174, mayo 1961, p. 8; José del Río Sanz en *Córdoba*, 5 febrero 1961; Dámaso Santos en *Pueblo*, 19 octubre 1961; Antonio Valencia en *Arriba*, 5 enero 1961. <<

[26] Al parecer Lera se inspiró directamente en el barrio de chabolas que creció cerca de la fábrica de licores donde él trabajaba, compuesto sobre todo por emigrantes del campo andaluz, y a cuyas gentes conoció de cerca, ayudó y asesoró cuando lo necesitaron. Muchos de los personajes de la novela tendrán su correlato directo en la realidad que conoció el autor. <<

[1] Tras la sucinta creación de ambiente que da paso inmediato a la acción, la alusión al mercado de Legazpi sitúa la acción desde el principio y sin más preámbulos ni presentación en el populoso barrio madrileño, entonces en las afueras de Madrid. El lenguaje tiene un valor situacional, no crea, nombra un espacio real. <<

[2] *jarifo*: vistoso, bien compuesto. <<

[3] Desde la primera escena se destacan dos personajes, en relación antagonista, sobre los demás: el primero, después presentado como Antonio, por su sentido ético y valentía, el segundo, el Granaíno, por el respeto que inspira en la banda de ladronzuelos, pero también por su peculiar ética de respeto a quien lo merece, pese a su pertenencia al hampa. <<

[4] *jerga*: tela gruesa y tosca. <<

[5] *Leyland*: marca inglesa de coches y camiones. <<

[6] Para *in sécula*: para siempre. En un contexto popular la expresión latina aparece trivializada en su uso fijado por la costumbre. <<

[7] *alboroque*: regalo que hacen el comprador o el vendedor a los que intervienen en una venta. <<

[8] Todo el diálogo que sostienen los personajes está teñido de un melodramatismo de folletín, cuyas notas tienden también a acentuarse en los comentarios del narrador. Así se enfatiza el dramatismo de la condición desvalida de la mujer sola, sin nadie que la defienda, buscando soluciones desesperadas para «no caer», al tiempo que la rectitud del hombre que no se deja llevar por la fácil tentación. <<

[9] Desde el inicio de la novela se pone de relieve la condición distinta de la mujer, más desvalida y desamparada en la desgracia común de los seres humanos. A lo largo de la narración se reiterará de continuo esta consideración. <<

[10] *anafe*: hornillo portátil. <<

[11] Aparte de la conciencia social, Antonio expone con esta convicción una noción determinista de la existencia que va a dominar a lo largo de toda la novela. <<

[12] Frente a la abulia y desinterés generalizados, Emilio presenta una voluntad firme de superación formulada en su deseo de ser contable. A esa esperanza se opone el derrotismo de Antonio: ningún esfuerzo merece la pena. <<

[13] *aduar*: población de beduinos formada por tiendas y chozas. La comparación pone de relieve el carácter anárquico en la distribución de las chabolas, así como su apariencia de provisionalidad. <<

[14] *gañanía*: en el sentido de alquería en la que habitan los gañanes, mozos de labranza o cuidadores de ganado. <<

[15] Son evidentes las coincidencias biográficas entre personaje y escritor, en el paso por el seminario, su abandono, la concienciación social y la militancia anarquista. Lera se sirve de Antonio para trazar su propia biografía política. Presenta una visión romántica y exaltada de la utopía anarquista como una alucinación colectiva de un mundo mejor en que no cabe la injusticia. La misma que recordaba en su ensayo sobre Ángel Pestaña, donde establece el fondo de primitivismo antiguo que subyace a su comprensión del anarquismo, su componente humanista y su fe ingenua en la bondad del hombre, elementos todos que tienen rigurosa correspondencia con la ideología de Antonio. <<

[16] *tamo*: paja menuda procedente de la trilla de los cereales. <<

[17] Predomina el melodramatismo en este tipo de apreciaciones románticas en que la valentía y arrojo convierten al personaje en un héroe arquetípico que se enfrenta solo a la muerte. <<

[18] *sera*: capazo de esparto que sirve para contener o transportar objetos. <<

[19] *cenacho*: con el mismo sentido que *sera*, sirve para transportar comestibles. <<

[20] Ronquillo representa la inmoralidad de una sociedad en que sólo triunfan los que mejor se adaptan, aun a costa de estafar y pisotear a los demás. Su triunfo significa también la degradación de los viejos ideales anarquistas por los que luchó junto a Antonio, y lo convierten en antagonista de éste. <<

[21] *neblí*: ave de rapiña usada en la caza de cetrería. <<

[22] Los caminos en sombras, reiteradamente señalados en los temores infantiles, se convierten finalmente en símbolo funesto de la muerte del padre, que viene a cumplirse inexorable. <<

[23] Se reitera el derrumbamiento del mito de una vida mejor en la ciudad, Madrid que, por el contrario, determina la degradación de quienes llegan a ella sin medio alguno. <<

[24] Esta vez el narrador cede la voz al personaje. El soliloquio de Martina, con inserciones de voces directas, alcanza un ritmo progresivamente exaltado acorde con la violencia de sus emociones y el efecto que causa en la ingenuidad de Mercedes. Su relato es denuncia del machismo e hipocresía de la sociedad y sirve de advertencia a Mercedes. <<

[25] *derviche*: monje de una secta mahometana entre cuyos ritos de unión con Dios destaca una danza giratoria. <<

[26] La pesadilla de Mercedes, inspirada por la terrible impresión que le ha causado el relato de Martina, va a cobrar el sentido de presagio funesto. A partir de este momento, las situaciones desesperadas que vive Mercedes vendrán a identificarse con esta imagen de los hombres clavando sus miradas ciegas en la mujer que no consigue huir del horror que le producen. Pese al carácter realista de la novela y su desarrollo objetivo, el autor se sirve en este caso de imágenes y sueños premonitorios. <<

[27] En su huida desesperada del padrastro, la realidad se transforma para adquirir una dimensión onírica y Mercedes recupera la imagen de los ojos ciegos que la miran asociados ya al terror de la mujer sola y desvalida ante el acoso de los hombres. <<

[28] Don Antonio podría haber sido un reformador, como atestiguan el entusiasmo exaltado por unos ideales de mejora social en su juventud, sus condiciones de inteligencia, sensibilidad y energía. Sin embargo, su escepticismo radical ante la inanidad de todo esfuerzo lo incapacita y lo limita a la contemplación pasiva. <<

[29] *plúteos*: cada uno de los cajones o baldas de una estantería de libros. <<

[30] Hijo de médico rural, Lera homenajea la figura paterna en cada uno de los personajes que en sus novelas ejerce la medicina en lucha desigual contra la miseria, desde la vocación, el humanitarismo y la capacidad de entrega a los demás que identifican a don Jesús. <<

[31] La organización del material narrativo de esta Segunda Parte cambia por completo en la segunda edición, aunque básicamente sea el mismo, salvo algunas eliminaciones. Lera reordena y numera los capítulos en orden cronológico, frente al mayor desorden de la edición de 1957. Además, al situar en el capítulo I la escena en que se conocen Mercedes y Pepe, sitúa la evolución de ambos personajes en lugar preeminente para el desarrollo de la acción narrativa en esta parte, mientras que en su primera versión, el protagonismo de ambos quedaba más desdibujado entre las peripecias diversas de otros personajes de la colonia. <<

[32] *terne*: del caló, bravucón, valentón. <<

[33] *cenceño*: delgado, enjuto. <<

[34] El habla chulesca de Pepe el Granaíno es un excelente ejemplo de captación del lenguaje popular, que incorpora voces de argot, giros y expresiones hechas mediante las que recalca su voluntad y carácter. <<

[35] No sólo estamos ante una bravuconería más de Pepe. Las conductas y evoluciones de los personajes, y mucho más cuando se trata de pasiones amorosas, se plantean siempre en términos de destino inapelable ante el que no cabe oponer voluntad alguna. No será la única vez que algún personaje se manifieste en este sentido. <<

[36] El cine, tan cuidadosamente censurado en la posguerra, supone un espacio hermoso de huida y enajenación de la penosa realidad para Mercedes. El brusco contraste que supone su vuelta a ésta, incitada por los torpes requerimientos de Emilio, clausurará toda posibilidad de que esta relación llegue a ser una alternativa válida para Mercedes. <<

[37] El vértigo de la ciudad rica, bulliciosa, iluminada, llena de vida culmina en anticlímax emocional en la súbita desolación de Mercedes que no es sino el aflorar de su conciencia de ser distintos y ajenos, también expresada por Emilio. <<

[38] *jayán*: aunque originariamente hace alusión a persona de gran estatura, en lenguaje de germanía adquiere el sentido despectivo de rufián. <<

[39] El Granaíno, joven enérgico y de voluntad, es quien mejor encarna la noción darwiniana de la lucha por la vida aquí expresada. Convencido de que el hombre es un lobo para el hombre, no duda en emplear su energía por cualquier medio, al margen de toda norma, para lograr su objetivo de sobrevivir y superarse. <<

[40] *chavó*: como *gachó*, gitanismo por chico, chaval. <<

[41] *nabab*: gobernador de una provincia india que, por extensión, se aplica a toda persona acaudalada. <<

[42] Nótese el contraste entre los sueños de grandeza de los torerillos y la miseria de sus vidas, enfrentados a la muerte casi a diario para poder comer, escarnecidos por la brutalidad y desconsideración del público. Este asunto dará lugar a la siguiente novela del escritor, *Los clarines del miedo*. La cara mísera y triste del toreo, falsa puerta de escape a la miseria, fue asunto tratado por otro escritor de posguerra: Ignacio Aldecoa. <<

[43] De nuevo se reitera la barrera entre las dos ciudades, motivo recurrente a lo largo de la novela. Pero frente a la claudicación de Emilio o de otros personajes de la colonia, conscientes de que aquello no está a su alcance, Pepe expresa continuamente su voluntad de conquistar un lugar en la ciudad como objetivo de sus actos. <<

[44] *hierofante*: sacerdote del templo de Ceres y, por extensión, el que domina conocimientos recónditos. <<

[45] *jaque*: en lenguaje de germanía, valentón, perdonavidas, arrogante. <<

[46] *herramienta*: pistola, arma de fuego en germanía. <<

[47] *virolosa*: vulgarismo para indicar picada de viruelas. <<

[48] En una novela con una fuerte carga dramática, ésta es la única secuencia que excepcionalmente se sirve del humor. Pese a la crudeza naturalista con que se plantea el intento de violación de Crucita y la fiereza animal de la Mellada, la súbita intervención de esta última y el cambio de situación a que da lugar, con el agresor agredido produce carcajadas en la colonia y cierta consternación estupefacta en el lector. <<

[49] Frente a la habitual subjetividad del narrador omnisciente, en secuencias como ésta, donde el protagonismo corresponde a la colectividad, adopta un visión desde fuera, mero observador objetivo, o bien deja a los personajes la responsabilidad de enjuiciar cuanto sucede desde perspectivas variadas. <<

[50] *balates*: caminos empedrados. También terrenos pendientes. <<

[51] *hacinas*: conjunto de haces amontonados ordenadamente. <<

[52] *panoja*: vulgarismo para designar el dinero. <<

[53] *parné*: voz de germanía y de uso común en Andalucía para designar el dinero. <<

[54] Esta acumulación de juicios explícitos, que hoy no serían considerados políticamente correctos, constituyen un ejemplo evidente de intromisión de la voz narrativa, puesto que no se deducen de lo narrado ni son exigidos por el texto. El fugaz protagonismo así concedido al grupo de gitanos, como la visita a la colonia de los extranjeros poco después, constituyen episodios sueltos que no terminan de cuajar en la unidad sustancial de la novela. <<

[55] *cañí*: en caló, gitano de raza. <<

[56] *opimo*: rico, abundante. <<

[57] *venustidad*: belleza, hermosura. <<

[58] Nuevamente se cumple el fatalismo que preside la novela. Ningún esfuerzo merece la pena. Cuando Cachopán vence su pereza natural acuciado por la desesperación ante la enfermedad de su hijo, y comienza a trabajar ordenadamente, el azar vuelve a imponer la ley de los seres predestinados a la desgracia. <<

[59] La edición de 1957 presentaba al inicio de esta Tercera Parte varias secuencias completas aquí eliminadas, protagonizadas por un franciscano, un mesías contemporáneo que lleva la esperanza espiritual y material a estos olvidados de la sociedad y emprende la regeneración de la colonia. Al determinismo fatalista que preside toda la novela se oponía así una súbita salvación final (*deus ex machina*) de signo religioso significado en las bienaventuranzas que abrían cada una de las Partes de la novela y que también fueron eliminadas. La desaparición de este elemento esperanzador redundaba en la unidad de la novela, cuyo fatalismo bronco, nihilista, y desde luego agnóstico, casaba mal con tal incorporación inopinada. <<

[60] *coima*: voz de origen germanesco para designar, según el contexto, moza, amante, prójima. Aquí con sentido de ramera, prostituta. <<

[61] En su delirio Mercedes recupera el recuerdo de su llegada en medio de la noche lluviosa a la chabola de Antonio, asociada a la imagen onírica de las miradas de los ciegos que la persiguen. De este modo se confirma el carácter de premonición funesta de su antigua pesadilla y se establece una sutil asociación entre el miedo de la mujer acosada por los hombres, simbolizado en las miradas ciegas, y la consecuencia final que para Mercedes tiene su entrega a Pepe el Granaíno, algo que ella siente como pecado que merece castigo. Se enfatiza su condición de víctima. <<

[62] La impresión producida por la muerte de Mercedes suscita en el viejo contemplativo la necesidad de hacer algo, de gastar energía, lo que manifiesta en su deseo de realizar una actividad tan carente de finalidad concreta como andar. <<

[63] La eliminación de la acción del franciscano sobre la colonia (véase nota 59) cambia en parte el sentido de esta alucinación. Si en la primera versión de 1957 las chabolas efectivamente habían sido sustituidas por un ordenado conjunto de casitas arregladas, en la versión definitiva esta visión únicamente obedece a los delirios de Antonio que preceden a su muerte. <<